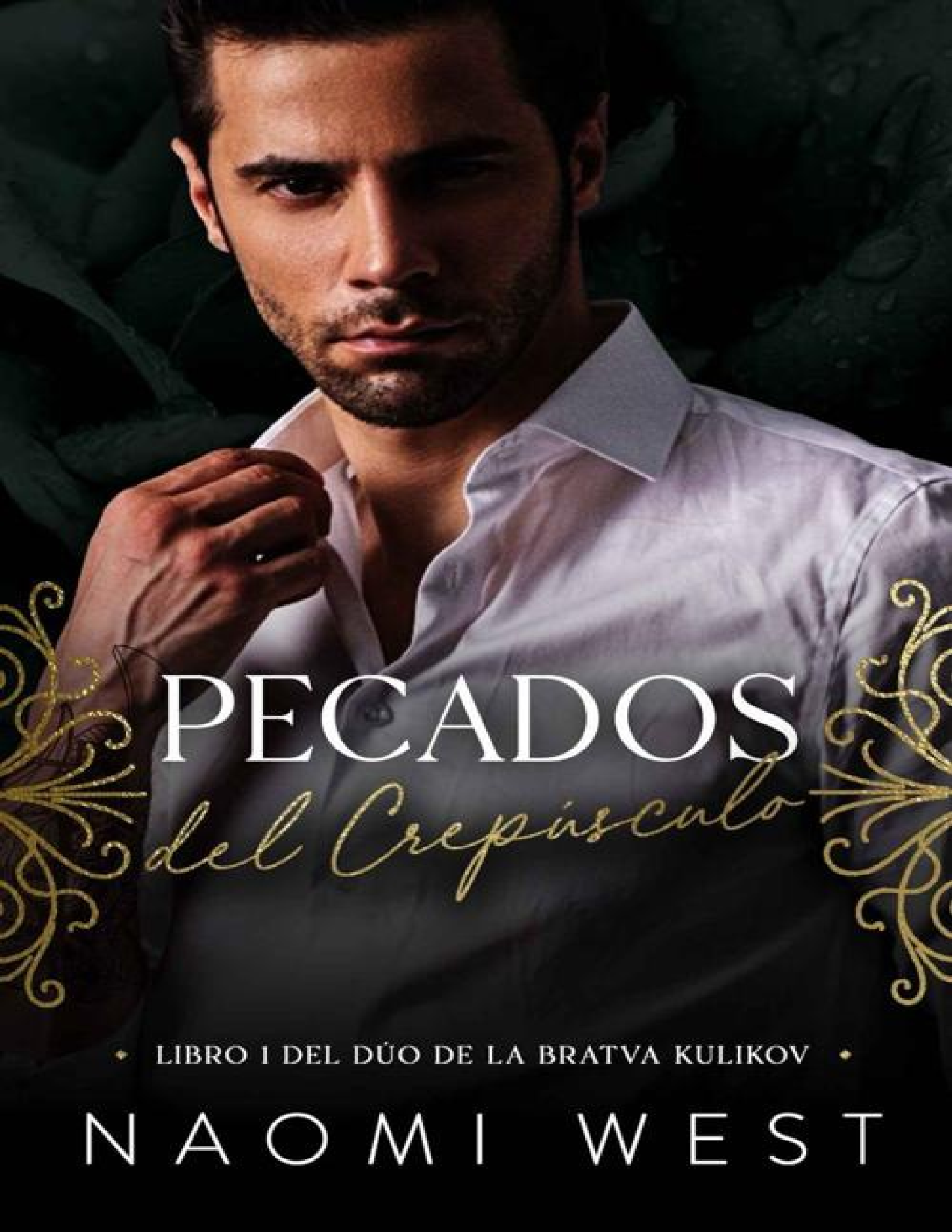

PECADOS
del Crepúsculo
LIBRO I DEL DÚO DE LA BRATVA KULIKOV
NAOMI WEST

PECADOS DEL CREPÚSCULO

LA BRATVA KULIKOV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Pecados al Crepúsculo

1. Luna
2. Yakov
3. Luna
4. Luna
5. Yakov
6. Luna
7. Luna
8. Yakov
9. Luna
10. Luna
11. Yakov
12. Luna
13. Yakov
14. Luna
15. Luna
16. Yakov
17. Luna
18. Yakov
19. Yakov
20. Luna
21. Luna
22. Luna
23. Yakov
24. Luna
25. Luna
26. Yakov
27. Luna
28. Luna
29. Luna
30. Yakov
31. Luna
32. Luna
33. Yakov
34. Yakov
35. Luna
36. Yakov
37. Yakov
38. Luna
39. Yakov
40. Luna

41. Yakov
42. Luna
43. Luna
44. Yakov
45. Luna
46. Luna
47. Yakov
48. Yakov
49. Luna
50. Yakov
51. Luna
52. Yakov
53. Luna
54. Yakov
55. Luna
56. Yakov
57. Luna
58. Luna
59. Yakov
60. Luna
61. Luna
62. Yakov
63. Luna
64. Yakov
65. Luna
66. Luna
67. Yakov
68. Luna
69. Yakov
70. Luna
71. Luna
72. Yakov
73. Yakov
74. Yakov
75. Luna

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

PECADOS AL CREPÚSCULO

¿Qué hay peor que una cita a ciegas sorpresa?

Descubrir que tu cita es un jefe de la mafia...

Y acabar embarazada de él.

Mi mejor amiga me engañó.

En lugar de tomar unas copas con las chicas, estoy en este bar para encontrarme con una cita a ciegas.

—¡Es simpático, normal y guapo! —promete.

Solo una de las tres es correcta.

Yakov Kulikov es guapísimo y diez veces más peligroso.

Saltan chispas, pero esto no es como en las películas.

Es una pena de prisión.

Resulta que el Sr. Alto, Oscuro y Melancólico está al mando de la Bratva Kulikov.

Y, ahora que he captado su atención, insiste en que necesito su “protección”.

Ser secuestrada por un atractivo jefe de la mafia: el sueño de la mayoría de las chicas, ¿correcto?

Incorrecto.

La mansión de Yakov es más bien una jaula dorada.

Este príncipe manchado de sangre me llama su pequeña luz, pero aquí solo veo oscuridad.

Ya sería bastante malo si solo tuviera que preocuparme por mí misma.

Pero, después de una noche de arruinarme para todos los demás hombres....

También tengo que pensar en el bebé de Yakov.

PECADOS AL CREPÚSCULO *es el Libro 1 del dúo de la Bratva Kulikov. La historia continúa en el Libro 2,* ***LÁGRIMAS DEL CREPÚSCULO.***

LUNA

No me odies, pero...

Puede que sí o puede que no te haya preparado una cita a ciegas sorpresa.

Releo el mensaje de texto de Kayla media docena de veces mientras empieza a salirme vapor lentamente por las orejas.

¿Hay cuatro palabras en español peores que "*cita a ciegas sorpresa*"? Bueno, sí, se me ocurren unas cuantas.

Hongo maligno del pie.

Auditoría fiscal del demonio.

Mi marido quiere anal.

Pero "cita a ciegas sorpresa" les sigue muy de cerca. En el peor de los casos.

Podría estrangularla. Kayla Stevenson ha sido mi mejor amiga desde que ambas estábamos en pañales, pero, ahora mismo, ni siquiera me lo pensaría dos veces antes de empujarla por un acantilado.

Si se hubiera presentado aquí en persona como me prometió que haría esta noche, realmente podría haberlo hecho. Cuando llamó, estaba ocupada en mis asuntos, fundida en mi sofá mientras veía un horrendo programa de telerrealidad que permanecerá en el anonimato. Me dijo que ella y algunos de nuestros amigos en común habían quedado para tomar unas copas en un bar muy divertido, situado junto a un restaurante ruso en el centro de la ciudad. Intenté zafarme, pero ella insistió en que me pusiera un vestidito negro y viniera a divertirme por una vez en la vida.

—Todavía no eres un bulto, pero en este momento ya estás al nivel de una bolsa —insistió.

—Estás siendo dramática. Estoy bien.

—¡No estás bien, Luna! Estás *sola*.

Puse los ojos en blanco mientras me sonrojaba de vergüenza. No estaba exactamente equivocada, per se. Pero soy la última persona en la Tierra que lo admitiría.

—Prefiero estar sola a ser la Sra. Niño de la Abuela —repliqué.

—*Ahora*, ¿quién es la dramática? —replicó Kayla—. Está bien, te metí en una mala cita. Demándame.

—¡Podría hacerlo! El tipo *compartía cama con su abuela*, Kay. ¡Tenía treinta y tres años! ¿Quién hace eso?

—Admito que era un poco... inusual. Pero cada familia es diferente, ¿sabes?

—Definitivamente, no lo sé —dejé escapar un suspiro cansado. El trabajo me había dado una paliza esta semana, pero aún no estaba lista para irme a la cama. Me encontraba en ese estado intermedio de evasión en el que estoy demasiado cansada para hacer cosas productivas, como doblar la ropa o preparar la comida, pero demasiado excitada para decir que es hora de irse a la cama—. Um. ¿A qué hora quedaron?

Chilló de alegría y, una hora más tarde, me encontraba en el exterior de *The White Bear*, un local de cócteles con muy buena pinta en WeHo. Vi un letrero de neón blanco brillante con la forma de un enorme oso y un portero muy intimidante vestido de negro que montaba guardia ante la puerta de cuero rojo...

Pero ni una señal de Kayla.

Como si me estuviera espiando, es precisamente entonces cuando llegan los mensajes. ***No me odies, pero...***

Pulso el contacto de Kayla con tanta fuerza que por un momento me preocupa haber roto la pantalla del teléfono. Golpeo con la punta de la bota el bordillo de la acera a toda velocidad mientras la línea suena y suena. En cuanto descuelga, no espero a que empiece a hablar.

—Tienes que estar de coña, Kay.

Prácticamente puedo oír la mueca de dolor en su voz. —Te pedí expresamente que no te enfadaras.

—¡Y yo te pedí expresamente que no lo hicieras más! Me estás provocando una úlcera.

—Relájate, nena —canturreó—. Todo va a salir bien. Por lo que sabes, tu príncipe azul te está esperando dentro con un ramo de rosas, dispuesto a conquistarte.

—No intentes salirte con la tuya. Estoy muy molesta. Lo digo en serio.

Oigo un crujido de ropa y el golpeteo de unos pies cuando Kayla se levanta para dar una vuelta por su apartamento. Siempre ha sido muy rápida cuando habla por teléfono. Entre eso y la forma en que corretea por la casa con pies pesados como Shrek, casi me volvió loca durante los tres años que vivimos juntas después de la universidad. Cuando conocí a Benjy, pensó que mi compañera de piso era literalmente un gigante, hasta que se conocieron por fin y se dio cuenta de que no era más que una cosa rubia de metro y medio con una zancada inexplicablemente fuerte.

Benjy. Ni siquiera me gusta pensar su nombre en mi cabeza, y mucho menos decirlo en voz alta. Han pasado dos años desde la última vez que lo vi. Aunque no volviéramos a cruzarnos, seguiría siendo demasiado pronto.

Pero las cicatrices que dejó en mí están aquí, viviendo sin pagar alquiler en mi cabeza, como *él*,

en realidad. Era una sanguijuela en todos los sentidos importantes. Física, emocional, económica y espiritualmente. A veces, todavía me despierto en mitad de la noche y extiendo la mano solo para asegurarme de que no está al otro lado de la cama.

Kayla sigue hablando, aunque yo no he estado escuchando. —...Lo que digo es que, si no te abres al amor, ¿cómo va a encontrarte? Hay muchos peces en el mar, pero nunca pescarás uno si no lanzas un...

—En primer lugar —interrumpo—, odias el pescado. ¿No recuerdas cuando intenté llevarte a comer sushi por tu vigésimo primer cumpleaños?

Su estremecimiento es audible. —No me lo recuerdes. Aún saboreo ese rollo de atún picante en mis pesadillas.

—Estás siendo una vez más dramática. Pero, de todos modos, en segundo lugar, ¿cuándo entró el "amor" en la ecuación? Esto es una cita a ciegas.

—¿Así que vas a hacerlo? —pregunta ansiosa.

—Espera un poco. Aún estamos discutiendo lo molesta que estoy contigo.

—Como si fuera tan terrible para ti echar un polvo. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo, Loon? ¿Ah? ¿Acaso lo sabes? ¿Tienes telarañas entre los muslos?

Arrugo la nariz y miro al portero del bar para asegurarme de que no está escuchando. —Ha pasado... un tiempo.

—Si me dices que Jason el Imbécil fue tu última vez, literalmente voy a gritar.

—Bueno...

Alejo el teléfono de mi oreja mientras Kayla cumple su promesa de gritar. Cuando por fin se queda sin aliento, vuelvo a escucharla con un suspiro. —Sé que piensas que soy patética, pero...

—*No* creo que seas patética —insiste ella con firmeza—. Solo quiero que seas feliz, Luna McCarthy. Quiero que seas tan feliz que no puedas soportarlo. Porque eres especial para mí y para todos los que te conocen. Y hace... Hace mucho tiempo que no veo una luz en tus ojos. El Engendro de Satán la apagó. Solo quiero volver a verla.

Suelto una larga exhalación que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo. —Una cita a ciegas no me arreglará —susurro—. Empieza a preocuparme que nada lo haga.

—No digas eso. Te quiero. Todo irá bien. Solo tienes que... cerrar los ojos y dar un salto de fe, supongo. Eso es lo que es esto. Un salto de fe.

Miro el cartel sobre la barra. —Un salto directo a la boca del oso, por lo visto.

—Podría ser bueno. No lo descartes.

Una vez más, por muy frustrante que sea Kayla en ese sentido que solo pueden ser las mejores amigas y hermanas, no se equivoca. Por "descartar cosas" es que me siento sola. Por eso no puedo conciliar el sueño por la noche, por eso paso demasiado tiempo mirando al techo texturizado de mi habitación a oscuras, como si allí hubiera respuestas a mi futuro si entrecerrara

los ojos lo suficiente. Llevo mucho tiempo hibernando del mundo, intentando curarme.

Pero las heridas se enconan en la oscuridad.

Necesitan luz para curarse.

—¿Qué aspecto tiene este tipo? —pregunto.

Kayla jadea, encantada. —Alto, moreno y guapo. Imposible que no lo veas. Debería estar esperándote en el restaurante junto al bar. Se llama Sergey.

Frunzo el ceño, me acerco a la ventana y miro a través de ella, haciendo todo lo posible por mantenerme fuera del campo visual por si alguien de dentro se asoma. No hay necesidad de quedar como una súper desquiciada antes de que empiece la cita.

El restaurante está lleno de parejas felices, familias felices, camareros, ayudantes y cocineros felices. Todos tienen sonrisas deslumbrantes y genuinas.

Excepto un hombre.

La única persona que no tiene compañía en la cena no sonríe en absoluto. Es fácil ver que es enorme, aunque esté sentado en la esquina más alejada. Sus hombros son casi tan anchos como la propia cabina y la luz se refleja en su pelo negro, sedoso y despeinado sin esfuerzo.

Pero lo que más me llama la atención es su ceño fruncido. Destaca todas las líneas afiladas de su rostro. Planos de sombra que se mezclan con los ángulos captados por el resplandor de las velas. Aprieta la mandíbula y, al principio, creo que parece furioso. Pero entonces parpadeo y miro un poco más de cerca y me doy cuenta de que hay algo más.

Ahí hay *melancolía*. Algo tan triste que llega y hurga en las partes magulladas de mi propio corazón.

Mientras miro, él baja la mirada y comprueba la hora en un reluciente reloj plateado. Luego, como si sintiera que lo miro, levanta la mirada y me mira a los ojos.

Mis labios se separan automáticamente. Es una locura pensar que puede verme: estoy al otro lado de un cristal oscuro, al otro lado de un restaurante abarrotado, media escondida entre las sombras. Es imposible que establezca contacto visual.

¿...Verdad?

Pero es lo que parece. Esa sensación de melancolía compartida se duplica y triplica en un instante. Se me corta la respiración. La gente siempre hace comentarios tontos sobre “detener el tiempo”, pero así es como me siento. Como si todos los clientes del restaurante, todos los peatones que pasan junto a mí por la acera, se detuvieran y dejaran que este momento transcurriera.

Aparto los ojos antes de que ocurra nada extraño. Aun así, me recorre un escalofrío por todo el cuerpo, un escalofrío que no tiene nada que ver con la temperatura exterior.

—¿Sigues ahí? —me dice una voz metálica al oído.

Me doy cuenta con una sacudida de que sigo al teléfono con Kayla. —Sí —murmuro—.

Perdona. Acabo de ver...

—¿Qué?

—No importa. No importa. Creo que voy a... oh, por el amor de Dios, voy a entrar en el restaurante. Ya te contaré cómo va.

Pulso *Colgar* justo cuando Kayla está a medio camino de recordarme que soy “la luna de sus estrellas”, lo mismo que dice siempre que colgamos el teléfono.

Lo vuelvo a meter en el bolso. Enderezo los hombros. Me arreglo el pelo en el reflejo de la ventana y respiro hondo por última vez.

Entonces, empujo la puerta.

YAKOV

Odio este puto restaurante.

Hace una hora, cuando entré por la puerta, sentí un horrible revoltijo en el estómago. Tres vodkas después, no ha mejorado.

Lo odio sobre todo porque me resulta muy familiar. Lo conozco como la palma de mi mano, como el sabor de mi propia lengua. Prácticamente he crecido aquí. Desde que mis piernas eran demasiado cortas para llegar al suelo cuando estaba sentado, mi familia ha venido aquí para momentos grandes y pequeños.

Cuando mi hermano pequeño Nikandr dio sus primeros pasos, estábamos aquí.

La última vez que vi a mi hermana Mariya en persona, estábamos aquí.

El día en que esos *mudaks* hijos de puta de la Bratva Gustev me robaron la vida de mi padre, estábamos aquí.

Pero, al igual que los vodkas, el paso del tiempo no ha hecho nada para que sea más fácil volver a cruzar esas puertas. En todo caso, lo empeora. Me hace recordar toda la mierda que tanto he intentado olvidar.

La camarera vuelve revoloteando. Debe ser nueva, porque no reconozco su cara, aunque han pasado cinco años desde que murió Otets y yo estuve aquí por última vez, así que supongo que es natural que haya cierta rotación.

Su sonrisa es brillante y despreocupada, otra razón por la que sé que debe ser nueva. Si tuviera alguna idea de quién soy, de lo que hago, de lo que he hecho, no sonreiría.

Correría lo más rápido que pudiera hacia la maldita puerta de salida.

—¿Puedo ofrecerte algo más? ¿Otro trago? ¿El menú? Pareces solo.

Aprieto la mandíbula. Sí, definitivamente es nueva. Alguien experimentado sabría mejor que nadie intentar entrometerse en mi vida personal. —No, gracias.

Que nadie diga que no soy un caballero.

Frunce el ceño y abre la boca para responder, pero se lo piensa mejor y se marcha. Tengo que recordarme que su confusión no es culpa suya. Me he pasado toda la vida aprendiendo a

mantener el rostro limpio de emociones. Todo está encerrado en una pequeña caja negra en lo más profundo de mi pecho y ahí se queda.

Pena, rabia, lujuria: todo tiene el mismo aspecto en el rostro de Yakov Kulikov, *pakhan* de la Bratva Kulikov.

Así ha sido siempre.

Así es como tiene que ser.

Miro mi reflejo en la esfera de mi reloj. Cada vez me sorprende más lo mucho que me parezco a mi padre. Tengo las cejas de mi madre, espesas y oscuras, pero son la fuerte barbilla y los ojos verdes de mi padre los que me miran.

Siento el pinchazo de la atención de alguien. Es otra cosa que he perfeccionado durante años. En mi trabajo, si no notas que te miran, la gente se acerca demasiado. Y, cuando la gente se acerca demasiado, ocurren cosas malas.

Cuchillos entre tus costillas. Balas en la nuca antes de que te des cuenta de que ha llegado tu hora.

Espero un instante y dirijo la mirada hacia la ventana del fondo. Es puro instinto lo que me hace mirar hacia allí. Pero, como siempre, el puro instinto da sus frutos.

Veo a una chica encogida contra la pared al otro lado de la ventana. No, una chica no, ¿una mujer? ¿Una señorita? No sé cómo llamarlas hoy en día. Mantengo mis interacciones con el sexo opuesto al mínimo absoluto. Cuando tengo necesidades, llamo a una profesional que sepa ser discreta y hacer el trabajo sin aspavientos. Se vienen, me vengo, se van. Fin de la transacción comercial.

Lo llames como lo llames, parece como si la hubiera alcanzado un rayo cuando nuestros ojos se cruzan. Sus labios se separan ligeramente. Incluso desde aquí, me doy cuenta de que son jugosos y carnosos. Y esa expresión es el tipo de confusión inocente que solo se encuentra en los rostros de las personas que no han visto el lado feo de este mundo.

No como yo, al menos.

Pasa un latido más antes de que la mujer vuelva a saltar fuera de mi campo de visión. Lo último que veo es el movimiento de su pelo rubio antes de que desaparezca.

Me encojo de hombros y vuelvo a pasar el dedo por el borde de mi vaso de vodka. Nikandr debería llegar pronto. La impuntualidad es su don; mi hermano pequeño cree que las horas de las citas son una graciosa broma que se gastan unos a otros, por muchas bofetadas que le dé para sugerirle lo contrario.

Frunzo el ceño cuando veo una pequeña mancha de sangre en la parte posterior de mi nudillo. Cojo la servilleta, la mojo en el vodka y la limpio. El alcohol me escuece un instante antes de que se me pase. Flexiono y despliego el puño para asegurarme de no haberme roto nada al golpear en la cara a aquel motorista enjuto.

Mi mente se remonta a una hora atrás. Sus finos labios se tambaleaban, untados con su propia sangre, mientras me miraba desde donde había caído. —¿Vas a m-m-matarme?

—No si me dices lo que quiero saber.

Después confesó rápidamente. Cuando tu reputación te precede, como la mía, es fácil descubrir la información que necesitas. La gente se quiebra muy fácilmente. Se magullan y sangran y luego, *pum*, son masilla en tus manos.

En el caso del desafortunado miembro del club de motociclistas, necesitaba saber el nombre y la ubicación de un solitario fabricante de armas imposibles de rastrear. No pudo darme el lugar exacto, pero me dio el nombre de alguien que lo sabría.

Eso es progreso.

Llevo cinco años abriéndome camino en la cadena alimentaria en busca de este escurridizo hijo de puta. Porque, cuando lo encuentre y reclame su negocio como propio, cortaré la arteria principal de Akim Gustev.

Y entonces, podré contemplar con deleite cómo el hombre que mató a mi padre se ahoga y muere lentamente.

Una presencia ante mí desvía mi atención de mis pensamientos. —Ya era la puta hora de que aparecieras, Nik…

Pero no es Nikandr. No es él en absoluto.

Es la chica de la ventana.

Parece más frágil bajo las luces que en la oscuridad. Tiene la piel bronceada y suave, los labios carnosos y los ojos brillantes. Mientras la observo, se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Eso es solo lo obvio. Veo más cosas de ella mientras se agita en su sitio. El bolso que lleva colgado del hombro es un Louis Vuitton de imitación, una buena imitación, pero una imitación al fin y al cabo, lo que me hace pensar que gana un dinero decente, pero no increíble. Algo de guante blanco, a juzgar por las yemas de sus dedos sin callos. La tonificada inclinación de sus tríceps parece propia de una fanática del yoga. O de una bailarina, quizá. Cualquiera de las dos me sirve para mi repentina imagen mental de ponerle las piernas por encima de la cabeza y deleitarme con su coño hasta que se deshaga para mí.

Lo más destacable es que le tiemblan las manos, lo que obviamente sugiere una cosa por encima de todo: que está *absolutamente aterrorizada, joder*.

—¿Puedo ayudarte? —exclamo.

Se muerde el interior de la mejilla con tanta fuerza que, un momento después, da un respingo. Se mete uno de los dedos temblorosos en la boca, maldita sea, esa boca, y sale con una mancha roja de sangre en la punta. —Lo siento —murmura—. Estoy nerviosa.

Arqueo una ceja y espero a que me explique qué demonios tiene eso que ver conmigo.

—Yo solo... no hago este tipo de cosas a menudo. Es decir, lo hago, pero no soy yo; es mi mejor amiga Kay... quiero decir... uf. Ya lo estoy haciendo tan mal y ni siquiera me he sentado todavía.

Todavía. Es una palabra interesante. Parece creer que voy a invitarla a acompañarme. Abro la

boca para mandarla a la mierda. No estoy de humor para calmar las preocupaciones de mujeres ansiosas, por muy adorables o flexibles que sean, pero lo que sale en su lugar me coge por sorpresa.

—¿No haces qué tipo de cosas a menudo?

Su garganta se sacude al tragar. Hace gestos de un lado a otro. —Esto. Citas. Citas a ciegas, más bien. Todo esto me resulta muy incómodo. Seguro que te das cuenta. Pero todo *me vale mierda* en este momento, así que, aunque voy a gritarle a todo pulmón a Kayla cuando llegue a casa, supongo que voy a dejarme llevar. Por cierto, soy Luna. Debería haberlo dicho antes.

Una cita a ciegas. Ahora lo entiendo: cree que soy la persona a la que ha venido a ver. La idea es hilarante en sí misma. Los hombres como yo no tenemos "citas a ciegas". No tenemos "citas" en absoluto. Vemos, ansiamos, conquistamos.

Pero esta... Algo en ella sugiere que nunca se ha acercado ni un puto kilómetro a un hombre como yo. Algo en ella sugiere que no sabría qué coño hacer conmigo ahora que está aquí.

Y a algo en mí le gusta mucho, mucho, la idea de demostrarle hasta dónde puede doblarse antes de romperse.

Tal vez, a diferencia del vodka, me distraiga de los recuerdos.

Así que me levanto y le tiendo la mano para que la estreche. —Es un placer conocerte, Luna. Siéntate.

LUNA

Mi nombre en su boca me produce algo extraño. Cuando dice “Luna” con esos labios orgullosos y pecaminosos y el más leve atisbo de una sonrisa burlona, es como si me estuviera saboreando. Todo de mí. Como si todos los detalles importantes de mi vida, mi pasado y mi futuro, estuvieran ligados a esas dos sílabas.

Espeluznante.

Pero, al igual que la sensación exterior, pasa rápidamente. Parpadea y la mueca se ensancha hasta convertirse en algo parecido a una sonrisa, al menos parece que es todo lo que este hombre puede sonreír; parece tener un rostro construido exclusivamente para arder.

Y así, siento que por fin puedo devolver la sonrisa.

—Ha sido un comienzo duro —me río nerviosamente. Voy a descolgarme el bolso del hombro y enseguida se me engancha la correa en un reborde del reposabrazos de la silla.

—Déjame ayudarte —alarga la mano y la desenreda con elegancia, luego la acomoda en un gancho oculto bajo el borde de la mesa.

—Qué caballeroso —me hundo temblorosamente en mi asiento—. Debes hacer esto a menudo.

—No, en realidad. Eres la primera y la última.

—¡Ay! —me presiono el pecho con una mano, melodramáticamente—. ¿Apenas me he sentado y ya estás jurando no salir con nadie más para siempre?

—O tal vez estoy suponiendo que tú y yo estamos predestinados a estar juntos —responde con otra sonrisa divertida.

Resoplo. —Aunque creyera en ese tipo de cosas, que no creo, algo me dice que tú *definitivamente* no lo haces.

—¿Ah, sí? —arquea una ceja—. ¿Qué más crees que sabes de mí, *solnyshka*?

Me doy un golpecito en el labio y lo miro. Lleva un traje impecable, negro como la noche, con una camisa color crema, los botones de arriba abiertos y el pecho ligeramente cubierto de pelo lo bastante visible como para ver que está en forma. Lleva un corte de pelo de doscientos dólares y un reloj de veinte mil.

Grita *dinero*.

Grita *arrogancia*.

Grita *te romperé el corazón y olvidaré que has existido*.

—Creo que de ninguna manera esta es tu primera cita a ciegas, eso seguro.

—Te sorprenderías. Los hombres de mi posición no suelen dedicar tiempo a distracciones como ésta.

Riéndome, le digo—: Primero, soy la mujer que te hizo dejar las citas, y ahora, ¿soy una "distracción"? Sigue con ese chorro de cumplidos y puede que hasta tengas suerte.

—No necesito piropearte para tener suerte.

Pongo los ojos en blanco. —Retiro lo que dije sobre la caballerosidad. Tu arrogante puntuación está tomando rápidamente la delantera.

Se echa hacia atrás en su asiento, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras me mira. —Lástima. Estaba empezando a imaginarme la boda. Estaba pensando en la playa.

—Odio la arena.

—La montaña, entonces.

—Demasiado frío.

—Viñedo.

—El vino tinto me da dolor de cabeza.

—Bueno, esto no lo hará —me asegura, justo cuando aparece de la nada un maître, portando una bandeja de plata con una reluciente botella de vodka y dos vasos fríos.

—Cortesía del chef —explica el hombre mientras deposita el licor en nuestra mesa y desaparece de nuevo antes de que pueda hacer ninguna pregunta.

Entrecierro los ojos y miro a Sergey. —Eso ha sido sospechosamente conveniente —le digo con recelo.

—Las cosas me salen bien —explica mientras sirve dos chupitos y me tiende uno.

Lo cojo a regañadientes entre las yemas de los dedos. Es como agarrar un glaciar, pero el líquido del cristal brilla de una forma que no parece tener nada que ver con la luz ambiente de aquí. —¿En serio? Debe de ser bonito. No tengo ni idea de cómo se siente eso.

Se ríe entre dientes. —El truco está en relajarse.

—Puede que eso sea cierto para *ti* —le digo—, pero eres un hombre rico, guapo y gigante en un mundo construido para satisfacer tus necesidades. Prueba ser una mujer de metro sesenta que gana sesenta mil al año vendiendo productos industriales de plástico y dime cuántas veces "funcionan" las cosas por arte de magia.

—Cuidado —advierte con una chispa traviesa en los ojos—. Sigue con ese chorro de cumplidos

y puede que tengas suerte.

Oculto mi risa sorprendida tras el cristal antes de conseguir controlar de nuevo mis expresiones faciales. —¿Quién *eres*? —pregunto acusadoramente cuando vuelvo a ser dueña de mí misma—. Todo esto empieza a parecer un montaje.

—¿Quién crees que soy? —replica, echándome en cara mi propia pregunta.

—No sé. Espero que no sea un asesino con un hacha o algo así.

Parece ofendido. Se lleva una mano al pecho como si le hubiera herido. —No, claro que no —luego de una pausa, añade—: Las hachas son demasiado sucias.

Mantiene el rostro serio el tiempo suficiente para que mi corazón se hunda en la acidez de mi estómago antes de volver a sonreír.

—Vas a ahuyentar a las chicas si bromeas así —le aconsejo.

—¿Quién dice que estaba bromeando?

—Eso también las ahuyentará.

—Puedes estar tranquila —me tranquiliza—. Nadie va a morir aquí esta noche.

—Qué alivio. Ojalá no fuera cierto, pero el listón de estas citas está literalmente así de bajo.

Levanta una ceja. —¿En cuántas citas malas de éstas has estado?

Dejo el menú y empiezo a contar con los dedos. —Bueno, veamos. He pasado por todos los clásicos: el tipo estaba casado, el tipo estaba borracho antes de que los aperitivos llegaran a la mesa, el tipo no tenía un duro y esperó a que llegara la cuenta para decirme que yo pagaba.

—Cuentos tan antiguos como el tiempo —acepta solemnemente.

—Aunque el tipo que compartía cama con su abuela fue sin duda el más raro de todos —me aclaro la garganta—. ¿Cuál de los clichés estándar eres tú?

Sergey se inclina sobre la mesa y me mira fijo. Era guapísimo de lejos, pero de cerca es aún más guapo. Sus ojos bailan, brillan y se funden en sí mismos una y otra vez. Es extraño que sus labios sean tan suaves y besables cuando están enmarcados en un rostro tan masculino.

—No soy como nadie que hayas conocido, *solnyshka* —dice en voz baja—. Puedo prometértelo.

Hay algo en la forma en que lo dice que me produce un escalofrío.

Entonces, su seriedad se desvanece y vuelven la música y la conversación. Esa pequeña bolsa de silencio se rompe y me pregunto si me lo he imaginado todo.

Una vez más: espeluznante.

Moviéndome incómoda ante toda su atención, cojo mi menú y lo esgrimo entre nosotros como un escudo. —Entonces, ¿qué hay de bueno aquí? —pregunto—. Nunca he estado aquí, nunca he probado la comida rusa, pero me muero de hambre.

Me mira durante un largo suspiro más antes de que sus ojos se desvíen por encima de mi

hombro. Una camarera se materializa allí inmediatamente. Parece asustada de él.

Lo entiendo, chica. Yo también.

—Tomaremos uno de cada —ordena.

Mi mandíbula golpea el mantel. —Oh, de verdad que no necesitas...

—Y dos de los *zharkoye*.

La camarera asiente y se marcha, dejándome mirarlo y preguntándome qué demonios está pasando. Con cualquier otro tipo, me preocuparía que intentara impresionarme con algún truco llamativo de ricachón. Pero algo me dice que a este hombre le importa un bledo impresionarme.

—Es mucha comida —murmuro—. Soy una cita barata, te lo prometo.

—Entonces, deberías valorarte más.

Doy una doble vuelta. —He dicho que soy una cita barata, no patética.

Sergey arquea una ceja, divertido. —¿Te he ofendido, *solnyshka*?

—No, no es... No me... Yo solo... *Maldita sea* —frunzo el ceño. Me muevo en una línea precaria entre ser una zorra y quedarme estupefacta por la forma en que este hombre arrasa con el mundo y no se disculpa por ello. Es como una maldita fuerza de la naturaleza, arrasando todo a su paso sin tener en cuenta las cortesías sociales.

Pero tenía razón en una cosa: nunca he conocido a nadie como él.

Decido ignorar el asunto y cambiar de tema. —Has pronunciado impecablemente el nombre de ese plato. ¿Eres ruso?

—De pura cepa —confirma con un movimiento de cabeza—. Mi familia llegó a este país cuando yo tenía cuatro años.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Hermanos?

—Sí —dice, con una vaguedad tan repentina y pulida que es como si me hipnotizara para que olvidara el tema por completo. Apoya los codos en la mesa y vuelve a inclinarse—. ¿Y tu familia?

Curioso. A algunas personas no les gusta hablar de sus familias; lo entiendo. Pero es una cita a ciegas y es una pregunta bastante normal, ¿no? Y, sin embargo, hay algo en su reacción que me hace sentir como si acabara de cruzar una docena de líneas profundas que él trazó en la arena.

—Uh, familia, veamos... no, en realidad no. Papá no existió. Hace mucho que no veo a mi madre. Lo mismo con mi hermano. En realidad, nunca... conectamos, supongo. Perdona, ¿dijiste que sí a tener madre, padre, hermanos o todo lo anterior?

—Solo he dicho que sí.

Me mira fijamente, prácticamente retándome a que siga curioseando. Quiero hacerlo. Debería hacerlo. Pero, por alguna razón, no lo hago.

En lugar de eso, miro mi vaso de chupito. —¿Nos bebemos esto o solo lo vigilamos?

Sergey se ríe. —Sería un desperdicio de buen vodka dejarlo reposar. ¿Por qué brindamos?

—Tú eres el de las oraciones ingeniosas —le respondo—. Tú decides.

Levanta el vaso y su boca se tuerce en otra sonrisa divertida. —Por la última primera cita que tendremos —sugiere.

—Amén —golpeo mi vaso contra el suyo y lo tiro directamente por la escotilla.

Arde como el infierno al bajar, pero, en cuanto llega a mi estómago, un agradable escalofrío me recorre de dentro a fuera.

Sergey se lame los labios. Atisbo un rápido destello de su lengua. Es extrañamente seductor para algo tan irreflexivo y automático.

—Es bueno, ¿no? —me pregunta.

—Es adecuado.

—Eres difícil de impresionar.

Lanzo una carcajada. —Soy todo lo contrario, te lo aseguro. Ya te he contado mi historial de citas a ciegas. Si hubieras visto al ganador con el que me quedé de esa tanda, pensarías que soy de lo más patética.

—Lo dudo —ronronea—. Lo dudo mucho —su mirada críptica se desplaza hacia el teléfono que tiene sobre la mesa. Tardo un momento en darme cuenta de que está vibrando. Lo coge y frunce el ceño al ver quién llama.

—¿Es tu mujer? —me burlo—. ¿O quizá tu abuela, preguntándose por qué tu lado de la cama está vacío?

Por primera vez esta noche, no me devuelve el flirteo. —Tendrás que disculparme un momento —dice—. No te muevas.

Sin esperar respuesta, sale a grandes zancadas del restaurante.

Me quedo allí jugueteando con mi vaso de chupito vacío, preguntándome si había algo de verdad en su brindis. *Por la última primera cita que tendremos*. ¿No sería una bendición? Tengo esa sensación de que se me eriza el vello de la nuca que todas las buenas comedias románticas dicen que es señal de amor verdadero. Es ingenioso, es guapo, obviamente tiene dinero.

Sin embargo, no puedo evitar sentir que hay algo más bajo la superficie. Pero, a quién quiero engañar, tal vez eso sea solo otra parte del encanto. Quizá estoy lo bastante enferma e ilusa como para pensar que el hombre con el que de algún modo he acabado esta noche es un hermoso misterio que pasaré el resto de mi vida desentrañando.

Cuando oigo pasos, me giro y sonrío. —Ahí estás. Empezaba a preguntarme si estarías ahí atrás afilando el hacha o...

Alguien se deja caer pesadamente en la cabina y gruñe. —¿Has pedido sin mí? Joder. Me parece un poco grosero, pero aceptaré pasarlo por alto.

Parpadeo, sorprendida, ante la masa pastosa y grasienta que está sentada donde se suponía que estaba el Sr. Ingenioso y Encantador. —Lo siento, ¿qué ocurre?

Me mira con el ceño fruncido. —¿Qué ocurre? Soy Sergey. *Tu cita*. Kayla nos organizó esta salida, ¿recuerdas? ¿Tengo que enseñarte mi carné o qué? —saca el carné de conducir de la cartera y me lo desliza por la mesa para demostrarme que tiene razón. Por supuesto, veo **SERGEY SMIRNOV** impreso junto a una foto del hombre que tengo delante.

Mi mandíbula golpea la mesa, justo cuando un familiar aroma masculino invade mis fosas nasales. Levanto la vista hacia el rostro cruelmente bello del hombre con el que me senté para empezar.

—Si él es Sergey... —le pregunto con un horror que va apareciendo poco a poco—. Entonces, ¿quién demonios eres *tú*?

LUNA

Miro de Sergey a No-Sergey, con la boca abierta.

Tal y como está yendo esta noche, no es del todo descartable que esta cita sea una especie de confusión con dobles y ciencia ficción. Kayla me ha preparado una cita decente. No, es más que eso: me ha preparado *una cita increíble*. Eso es inaudito. Es imposible a nivel de fantasmas, demonios e invasiones alienígenas.

Así pues, en una noche en la que lo imposible es posible, podría haber dos Sergeys.

Excepto que no hay dos Sergeys. No en realidad.

Los dos hombres que tengo delante no podrían ser más diferentes. El Sergey con el que he estado los últimos veinte minutos es evolucionado, encantador. Está erguido a mi lado, pensativo, vigilante. Este nuevo Sergey está descuidadamente borracho. Está encorvado, con el labio superior echado hacia atrás en una especie de gruñido neandertal. Y está mintiendo.

Dios, espero que esté mintiendo.

—No, tú no eres Sergey —sacudo la cabeza y me inclino hacia atrás, más cerca del hombre que deseo desesperadamente que sea Sergey. Siento el calor de su cuerpo empapándome el hombro —. Estoy *con* Sergey.

El chico nuevo se da golpecitos en el pecho, haciendo chapotear lo que sea que esté bebiendo sobre el borde de su vaso. —Soy Sergey. Tu amiga Katie... No, no... ¡Kayla! Sí. Kayla me dijo que nos encontráramos aquí.

Frunzo el ceño. —¿Cómo sabes... Hablaste con Kayla?

¿Esa zorra astuta me ha preparado dos citas? No me extrañaría. Quizá envió refuerzos. Me buscó rápidamente una cita de repuesto en cualquier aplicación de citas cutre a la que me haya conectado y envió al Sr. Asqueroso aquí para que me encontrara en caso de que la primera saliera mal.

Pero... ¿cómo encontró a *dos* hombres llamados Sergey?

Sacudo la cabeza. —Esto no tiene ningún sentido. Aparecí quince minutos tarde y aún no habías llegado. Estás borracho.

—No estoy borracho —balbucea. Sus ojos giran como canicas sueltas en sus órbitas.

—Estás completamente ebrio —le digo bruscamente—. Lo que en realidad tendría mucho más sentido. Eres absolutamente el tipo de chico con el que Kayla me habría emparejado. Tiene muy mal gusto.

No suelo insultar a alguien a la cara. He superado innumerables citas horribles con sonrisas serenas y demasiado perdón. Pero ahora estoy enfadada. La estaba pasando bien. Sobre todo. Ahora, este tipo lo está arruinando.

—Escuche, señor... —este tipo no es un señor, pero me siento mal por ser mala. Aunque esté tan borracho que no lo recuerde por la mañana—. Estás borracho. Has oído nuestra conversación e intentas gastarnos una broma. Eres Sergey. *Ja, ja*. Muy gracioso. Ahora, ¿podrías irte y...?

De repente, se lanza hacia delante y me agarra del brazo. Su palma está sudorosa mientras se desliza alrededor de mi bíceps. Me empuja hacia él. —No me iré sin la cita que me prometiste. Estás aquí para verme y...

Hay un destello de movimiento y el hombre me suelta el brazo. Ni siquiera lo he visto moverse, pero ahora, mi cita real se interpone entre el borracho y yo. Tiene la mano en el pecho del falso Sergey.

—No le pongas una puta mano encima si no quieres perderla —gruñe.

La violencia nunca me ha excitado. La regulación emocional es sexy. Utilizar palabras en lugar de puños es la forma en que los adultos gestionan los problemas.

Pero ahora, hay un muro de músculos entre mí y una posible amenaza, y mi libido canta de repente una melodía muy distinta. Resulta que tener a un hombre que te proteja del peligro es jodidamente excitante.

¿Quién lo iba a decir?

—No le voy a hacer daño —protesta el tipo—. Tú eres el que me ha robado la cita. ¿Eres una especie de asesino en serie, o algo así?

—No tienes ni puta idea de la clase de asesino que soy.

Tiemblo. Un escalofrío me recorre. No tengo ni idea de cómo este borracho no se echa atrás. Quizá si estuviera sobrio, se daría cuenta de que no tiene ninguna posibilidad de ganar esta pelea.

La gente empieza a mirar. Aunque no me importaría ver cómo Sergey saca a este tipo y lo tumba en la acera, quiero terminar nuestra cita. Así que me levanto y le apoyo una mano en el hombro. —No merece la pena, Sergey. El encargado puede echarlo. Está claro que le han servido demasiado.

—¡*Él* no es Sergey! —argumenta el tipo—. *Yo* soy Sergey. Se supone que tienes que estar aquí conmigo, estúpida...

—*Cuidado* —gruñe el primer Sergey—. Vigila lo que dices cuando hables con ella.

El hombre flaquea ligeramente, pero sigue sin echarse atrás. —Soy el auténtico Sergey. Kayla me dijo que nos viéramos aquí a las siete, pero... me retrasé. Llegué un poco tarde, pero...

—Has llegado una hora tarde —dice el primer Sergey—. Son las ocho. Ibas a hacer que se

sentara a esperarte una puta hora entera. ¿No conoces el significado del respeto?

Sus palabras me inundan de golpe.

No está negando que este tipo sea Sergey. No está afirmando ser el auténtico Sergey. Está... Está...

Confirmando su historia.

Miro a Sergey, o no Sergey, y tiene el ceño fruncido. *Sí, sigue siendo guapo.* —Te mereces algo mejor que esta cagada, Luna.

—¿Quién eres? —pregunto en un susurro apenas audible.

No responde, pero el auténtico Sergey se encoge. —Cancelé mis planes para estar aquí. Sería *algo seguro.* Ahora, he desperdiciado toda una noche con una zorra que no puede esperar unos minutos.

—Te he dicho que vigiles tu puta boca —el Guapo Desconocido Que No Es Sergey agarra al Borracho Que Es Sergey por el cuello de su camisa arrugada y lo arrastra hacia la puerta—. Te daré una oportunidad para salir de aquí. Muévete mientras aún te funcionen las piernas, *mudak*.

Ambos desaparecen en la noche. Me quedo allí, estúpida y estupefacta. Lo único que puedo pensar es: *¿Qué acaba de pasar?* Lo vi a través de la ventana. Tenía el pelo oscuro y una cara bonita, como dijo Kayla. No es un sistema de identificación a prueba de balas, pero el verdadero Sergey no tiene nada de atractivo.

Por otra parte, estoy segura de que Sergey podría pasar por guapo si le quitas la agresividad y el alcohol... y quizá si la foto está algo borrosa.

Pero llamé a este titán aterrador Sergey. Entré en el restaurante, me puse delante de él y le pedí disculpas por llegar tarde. Lo llamé por su nombre.

Y dijo...

¿Cómo te llamas?

Dios mío.

No sabía mi nombre. Nunca dijo que se llamaba Sergey. Tampoco respondió a una sola pregunta sobre su propia vida.

Me dejo caer en mi silla. En algún momento de todo este alboroto, nuestra camarera debe haber sacado la comida. Hay dos cuencos humeantes de estofado de ternera sobre la mesa. Tiene un aspecto delicioso, pero de repente siento náuseas.

Kayla no me organizó la mejor cita de mi vida: me organizó una con un imbécil borracho que se presentó una hora tarde y esperaba que yo siguiera allí esperándolo. Me agarró como si le perteneciera.

Me agarró como solía hacer Benjy.

Iba a arrastrarme a algún rincón oscuro del restaurante hasta que el hombre que no tenía que pedirme que me sentara a su mesa lo detuvo. Hasta que el hombre al que no conozco de nada me

protegió.

La confusión y la gratitud aún se arremolinan en mi estómago cuando vuelve a entrar solo en el restaurante, sin rastro del borracho Sergey.

No puedo apartar los ojos de sus hombros mientras sortea mesas y camareros para llegar hasta mí. La gente lo mira fijamente, pero él me mira a mí.

Ahora que he visto lo que podría haber sido mi noche, es aún más guapo. Increíblemente, el hecho de que también sea un mentiroso no ha tocado el chisporroteo de la química que he sentido entre nosotros toda la noche. Sigo sintiéndome atraída por él.

Sin decir palabra, se acomoda en su asiento, coge su bebida y bebe un sorbo. Su garganta se estremece. Su dedo golpea distraídamente la condensación que se acumula en el borde del vaso.

Es un hombre en total y absoluto control de sí mismo.

Mientras tanto, yo siento que me voy a salir de mi piel.

Antes de que pueda contenerme, salto de la silla. —¿Quién coño eres?

—Sergey no —me mira con una chispa de diversión en sus ojos ámbar—. Pero veo que ya te has dado cuenta.

YAKOV

—¿Te parece divertido? —Luna me mira con sus brillantes ojos azules.

Reprimo una carcajada. Sergey no se la merecía. Lo que se merecía era una paliza pública, pero estaba tan borracho que no habría sido divertido. No hay satisfacción en luchar contra alguien que no puede defenderse. Por mucho que el descuidado bastardo mereciera que le golpearan la cabeza un rato.

Pero Luna sabe luchar. Es fogosa.

Me gusta.

—Siéntate —le acerco la silla y le doy unas palmaditas en el asiento—. Sigamos hablando.

La incomoda que la gente nos mire, pero han estado mirando toda la noche; simplemente no se ha dado cuenta. Ningún miembro de la familia Kulikov puede estar aquí sin que se corra la voz y se intercambien susurros. Mi padre dejó completamente claro que este era su territorio. Es un pequeño milagro que nadie se acercara a nuestra mesa y delatara mi identidad antes de que entrara Sergey.

Luna se sienta, pero cruza los brazos obstinadamente sobre el pecho. —Querrás decir: "Sigamos mintiendo". Eso es lo que has estado haciendo toda la noche.

—No he mentido.

Se queda con la boca abierta. —Estás de broma.

—Tampoco.

—¡Me dijiste que te llamabas Sergey!

—No, tú *pensaste* que me llamaba Sergey. Yo no te he dicho nada.

—¡Pero me dejaste creerlo! —sisea—. Me dejaste lanzarme sobre un completo desconocido.

No puedo contener la sonrisa que se curva en mi boca. —¿Te has lanzado sobre mí, Luna?

—No, no —suelta, señalándome con el dedo—. No puedes hacer eso. Tu voz de alcoba no te va a sacar de esta.

—No me atrevería a intentar salir de esto. La estoy pasando demasiado bien.

Sus labios carnosos se fruncen, lo que no hace sino entretenerme más. Cuando Luna se acercó a mi mesa, agitada y nerviosa, era intrigante. Pero ahora, toda lucha y fuego y confesiones accidentales, es cautivadora.

Arroja la servilleta sobre la mesa y se deja caer en su asiento. Tiene las piernas cruzadas. Trazo el camino de la piel revelada desde la rodilla hasta la raja del vestido, cerca del hueso de la cadera. Tomo nota mental de saborear ese lugar más tarde.

—Me alegro de que te diviertas. Pero yo no. Puede tener algo que ver con que me hayan mentido toda la noche.

—No te he dicho mi nombre. Deberías agradecérmelo. Si lo hubiera hecho, habrías ido a cenar con ese *mudak* con el que tu amiga intentó emparejarte. Hablando de eso: No estoy tan seguro de que sea realmente tu amiga.

—¿Crees que debería estar agradecida? —resopla—. Sí, claro, joder. Puede que Kayla tenga un gusto terrible, pero al menos no es una mentirosa.

Se esfuerza mucho por convertirme en el villano. Es curioso, porque en casi todos los demás aspectos de mi vida *soy* el malo. Hay pruebas dondequiera que mires. Demonios, basta con ver la sangre de ese pobre motorista en el interior de mi muñeca si necesitas pruebas.

No es que vaya a enterarse de nada de eso. Luna es una distracción para esta noche y solo esta noche. Por la mañana, no será más que un recuerdo.

Me inclino hacia delante. —Te lo estabas pasando bien conmigo.

—Eso no es una pregunta.

—No lo es. Te lo estabas pasando bien conmigo —repito—. Estuviera yo aquí o no, ibas a cenar con un desconocido a pesar de todo.

Sus labios se separan. Quiere discutir, pero no puede. Sabe que tengo razón.

—La única diferencia entre que comas con el imbécil que acabo de tirar a la acera o conmigo es que conmigo te lo has pasado bien —cuando pasa la camarera, le doy un golpecito en el vaso para indicarle que quiero que me lo rellene—. ¿Me equivoco?

—La diferencia es que yo sabía su nombre —replica ella.

Extiendo la mano. —Soy Yakov.

Mira fijamente mi mano extendida, pero no la coge. Así que, rápidamente, le agarro la mano y enrosco sus dedos contra mis labios.

Luna deja de respirar. Durante un segundo, abre mucho los ojos y se queda mirándome. Cuando por fin aparto mi beso, vuelve en sí lo suficiente como para recordar que está enfadada conmigo y retira la mano.

—Ahora que eso está fuera del camino... ¿me equivoco?

—¿Te equivocas sobre qué? —pregunta, ligeramente aturdida.

—¿Me equivoco al pensar que la estabas pasando bien conmigo?

Luna me clava la mirada, pero la suaviza el giro nervioso de sus labios. —No.

—Entonces, está decidido. Terminemos la cita.

Luna me sostiene la mirada unos segundos antes de apartarse un mechón de pelo de la frente. —¿Siempre eres así de mandón?

—Siempre. Profesionalmente.

—¿Eres un jefe? —acerca su cuenco de estofado y le da una probada. Nunca había visto a nadie comer con resentimiento. Hasta que sus carnosos labios envuelven la cuchara y prueba por primera vez. Entonces, sus ojos se cierran y pierdo brevemente el hilo de mis pensamientos. El tren descarrila por completo cuando ella suelta un suave gemido—. Esto está bueno.

—Te lo dije —sabía que le gustaría. Solo que no tenía ni idea de cuánto me gustaría ver cómo le gustaba.

—Claro que sí —pone los ojos en blanco, pero no puede evitar sonreír—. Tienes razón en todo, o eso te gustaría que pensara. Seguro que te ayuda en tu trabajo.

—Ayuda en todas las líneas de trabajo. Lo recomiendo.

Ella resopla. —¿Qué clase de jefe eres?

No estoy acostumbrado a salir con mujeres que no conozcan mi historia. Al pertenecer a una empresa familiar, todos sabían que yo llevaría la antorcha. Para eso me criaron.

Eso no significa que sea seguro ir soltándolo a todas las mujeres que conozco. Por muy tentadora que sea.

—Dime, ¿en qué trabajas tú? —digo bruscamente.

Luna deja caer el tenedor. —Ni hablar. No conseguirás esquivar otra pregunta. No después de tus mentiras de antes.

—Omisiones —corrijo—. No te he mentido. Aunque lo hubiera hecho, fuiste tú quien pidió mentiras bonitas.

—¡Estaba bromeando! Nadie quiere que le mientan.

Sacudo la cabeza. —Eso no es verdad.

—Vale, ¿entonces quién? ¿Quién en la Tierra *quiere* que le mientan? —desafía.

—Tú. Ahora —sostengo su mirada—. No lo sabes, pero quieres que te mienta, Luna.

Su sonrisa vacila. —¿Por qué?

—Porque una mentira bonita no arruina una velada agradable como puede hacerlo una fea verdad —la camarera me trae otro trago y yo inclino la cabeza en señal de agradecimiento. Luego me vuelvo hacia Luna, que no me quita los ojos de encima—. Si de verdad quieres saber a qué me dedico, te lo diré. No te mentiré. Pero prepárate para oír una respuesta que no te gustará.

Se muerde el labio inferior. Nunca había visto una boca que me apeteciera tanto saborear. —

¿Cuál es la alternativa?

—Me dices lo que haces, no te molestas en hacerme la misma pregunta a cambio, y vemos a dónde nos lleva la noche.

Hay un segundo de vacilación. Un segundo en el que estoy seguro de que esta distracción va a arder en llamas.

Entonces, Luna suspira y vuelve la atención a su guiso. —Soy vendedora de un fabricante de plásticos industriales.

Buena elección.

—Y yo que pensé que yo era el malo. Luego me dirás que apaleas crías de foca.

La risa arde detrás de sus ojos. La chispa entre nosotros brilla más que nunca. A pesar de su buen juicio, Luna sigue aquí. Sigue pasándoselo bien. Lo mantendremos así mientras ella no intente complicar demasiado las cosas. Mientras no necesite la verdad.

—No pensé que fueras ecologista, Yakov —entrecierra los ojos y me examina de pies a cabeza —. No veo ninguna señal que me diga que eres un "Abrazador de Árboles".

—No me dejo llevar por mi corazón blando y sangrante en una primera cita.

Sonríe. —Ah. Bueno, si quieres saberlo, trabajo para un fabricante de plásticos industriales reciclados. Podría explicarte nuestro policarbonato de origen sustentable, pero no querría aburrirte.

—¿Aburrirme? Es casi como si hablaras sucio.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. —Serías el primero. Mi trabajo no es especialmente sexy. La gente suele descartarme bastante rápido cuando saco el tema.

Mi teléfono zumba. Quiero ignorarlo, pero no puedo darme ese lujo.

Lo saco y veo el nombre de Nikandr en la pantalla. La verdad es que me había olvidado de él. Había quedado conmigo hace media hora.

NIKANDR: Pensé que tenías una cita conmigo. ¿Debería ponerme celoso?

—Ahora me preocupa estar aburriéndote de verdad —dice Luna. Mira mi teléfono.

—Por desgracia para ambos, mi hermano no conoce el significado de los límites.

—Así que no mentías sobre eso. Realmente tienes un hermano.

—No he mentido en nada, ¿recuerdas?

Ella sonríe y levanta las manos en señal de rendición. —Claro, claro. Todos tenemos nuestros secretos sucios, supongo.

Más de lo que nunca sabrás.

Le devuelvo el mensaje. ***Es una larga historia.***

NIKANDR: Explícamela después. Tienes que largarte de ahí. Ahora mismo.

Me tenso. Sin que se note, escudriño el restaurante. Hay la misma gente que cuando llegué. Parejas y familias pequeñas en sus mesas íntimamente iluminadas. La única diferencia es que, cuando llegué, había suficiente luz como para poder ver hacia la acera. Ahora, el interior del restaurante se refleja contra el interior del cristal. Nik está detrás de ese cristal, en algún lugar, observando.

Y, si tiene tanto pánico...

Eso significa que alguien más debe estar observando.

—¿Va todo bien? —Luna mira por encima del hombro y luego vuelve a mirarme—. ¿Estás buscando a alguien?

La verdadera pregunta es si alguien me está buscando. Ignoro su pregunta y toco el contacto de Nikandr.

Responde de inmediato, saltándose un saludo para darme la información pertinente. —La Bratva Gustev.

—¿Cuántos?

Luna me mira fijo. Tiene las cejas fruncidas. Esperaba conseguir unas horas más de distracción de nuestra noche juntos, pero mis feas verdades llamaron a mi puerta más rápido de lo que me hubiera gustado.

—Cuatro —responde—. Están dos edificios más abajo, aparcados delante de la charcutería. Vinieron en dos coches distintos, pero se metieron en uno solo. Creo que están planeando algo.

Debería habérmelo esperado. Akim Gustev nunca ha sabido cuándo darse por vencido. Tampoco su padre. Debería haberlos matado a ambos al mismo tiempo. Erradicación total.

—Tienes que irte y llevarte a tu novia contigo —concluye.

Luna sigue mirándome. No oye lo que dice Nik, pero tiene la cabeza inclinada, como si esperara captar algunas palabras sueltas.

Quiero preguntarle si está seguro de que los hombres que vigilaban el restaurante nos vieron juntos. Nunca pensé en llevarla a mi casa. Un hotel habría bastado para las actividades que tenía en mente, pero si Akim tiene a sus hombres tras de mí, un hotel queda descartado. Tampoco quiero llevarla de vuelta al lugar donde se aloja. Bien podría estar colgando una diana en la puerta de su casa.

Pero no tengo que preguntar. Nikandr sabe lo que quiero saber.

—Ustedes bien podrían ser los bonitos maniquíes en el escaparate de una tienda —confirma—. Tengo visión clara de tu mesa. No ayudó que montaras semejante escena con el borracho. Sé cómo luce la chica y no tardaría ni cinco minutos en averiguar quién es y dónde vive. No está a salvo.

Hace una hora, no conocía a Luna.

Ahora, he puesto su vida en peligro solo por invitarla a sentarse a mi mesa.

—Sal de ahí —repite Nik—. Ve por la parte de atrás. Me reuniré contigo con el coche.

Cuelgo y Luna no pierde ni un segundo. —¿Va todo bien?

Tengo la bonita mentira en la punta de la lengua. *Sí, todo está bien. Come.*

Pero aún no le he mentido esta noche, y no empezaré a hacerlo ahora.

—¿No parezco estar bien?

—Pareces tenso. Y evasivo —se inclina hacia delante y apoya la barbilla en la palma de la mano —. Tampoco es así como nadie que yo conozca habla con su hermano. Ha sido críptico, y ahora me pregunto si no debería repensar algunas de esas preguntas personales que has evitado antes.

—Me encantaría asistir a tu interrogatorio, pero tengo que irme.

Se sienta erguida. —Ah, vale. Bueno... —mira por encima de la mesa y nuestras cenas a medio terminar. No puede ocultar su decepción—. La familia es lo primero. Lo entiendo, aunque mi familia sea un desastre. Dios, no voy a reabrir esa caja de Pandora. Espero que todo vaya bien con tu hermano y...

—*Tenemos* que irnos.

Parpadea. —¿Perdona?

—Te vienes conmigo.

Observa el movimiento de mi pulgar como si la estuviera hipnotizando. Puede que lo esté haciendo. Cuando levanta la vista, está aturdida. —¿Quieres que me vaya contigo? ¿Adónde?

—Mi casa.

Tengo cámaras, puertas, sensores de movimiento. Es de alta seguridad y el único lugar donde estará a salvo esta noche. Hasta que me asegure de que no está amenazada y la envíe de vuelta mañana a primera hora. Las distracciones pueden durar una noche. Si duran más, se convierten rápidamente en complicaciones.

—Yo no... —se muerde el labio inferior mientras piensa—. Acabo de conocerte. Acabo de saber tu verdadero nombre. Ir a tu casa me parece una locura, ¿no?

—Mucha gente diría que toda esta noche ha sido “una locura”.

Suelta un suspiro. —Lo que podría ser una señal de que debería terminar la velada. Irme a casa antes de que te reveles como un asesino en masa.

—O antes de que te lleve a casa para presentarte a mi abuela.

Se ríe, lo que parece tranquilizarla aún menos. —No te conozco, Yakov. Podrías hacerme daño.

Tengo que reprimir un bufido. *No tiene ni puta idea*.

—Sí, podría —digo—. Ya viste cómo arrastré a Sergey fuera de aquí. Si quisiera que vinieras conmigo, no podrías resistirte.

Traga saliva. Su garganta se sacude. No es la amenaza más sutil que he hecho nunca, eso seguro, maldición.

—Pero te doy a elegir —continúo—. Te pido que vengas conmigo, Luna. Simplifica las cosas y di que sí.

Luna tiene elección. Si elige correctamente, llevaremos esta distracción a mi mansión. Si no lo hace... entonces se revelará la horrible verdad. La obligaré a salir del restaurante y a subir a mi coche si es necesario. Cualquier cosa con tal de protegerla de un peligro que ni siquiera sabe que existe.

Sus ojos azules están pensativos. Me encantaría saber qué cree que está decidiendo. Lo que cree que está sobre la mesa en este momento. Sea lo que sea, no es ni de lejos tan peligroso como la realidad de lo que nos espera fuera de este acogedor restaurante.

Lentamente, se levanta y me coge la mano. —De acuerdo. Vámonos.

Sin decir nada más, la conduzco por la puerta trasera del restaurante.

LUNA

Si mi vida fuera una película, estaría tirando palomitas a la pantalla.

—Zorra estúpida —cacarearía—. Regla número uno: no vayas a un segundo lugar con el hombre que acabas de conocer. Es de manual.

Pero nada de Yakov es de manual. Ni su aspecto, ni su forma de hablar, ni cómo entró en mi vida. Ni la forma en que se me revolvió el estómago cuando me amenazó.

Vale, no me amenazó, per se. Pero casi.

Si quisiera que vinieras conmigo, no podrías resistirte.

Siento escalofríos en todo el cuerpo. Debería haberme despedido en ese momento. *Ha sido un placer conocerte, marinero, pero me marcho*. Eso es lo que habría hecho una mujer inteligente.

Por lo visto, no soy una mujer inteligente. Porque vi a Yakov echar al verdadero Sergey del restaurante como si nada. Lo vi con mis propios ojos... y lo único que pude pensar fue: *¿Con qué facilidad podría manejarme Yakov?*

Aprieto los muslos y me aprieto contra la puerta del coche. Aquí dentro huele a caoba y especias exóticas, pero no hay ambientadores de coche que yo vea. Así huele Yakov.

No me está facilitando pensar con claridad.

—A casa —ordena Yakov.

Doy un respingo ante el profundo retumbe de su voz, pero el conductor debe estar acostumbrado. Mira una vez por el retrovisor, aparta rápidamente la mirada cuando nuestros ojos se cruzan, y empieza a conducir.

Esto es una estupidez.

Soy estúpida.

Aún hay tiempo. Ni siquiera hemos salido del callejón. Podría pedirle al conductor que detuviera el coche y salir. O podría tirar de la manilla. Rodar por el cemento no me dolería demasiado a quince kilómetros por hora. Probablemente me rasgaría el vestido, pero es un pequeño sacrificio en el gran esquema de las cosas.

—¿Te estás arrepintiendo? —murmura Yakov.

Aprieto el hombro con más fuerza contra la puerta. Siento como si las palabras me hicieran cosquillas en la nuca, pero él sigue en su lado del coche. No se ha movido.

—Sí, pero este vestido cuesta demasiado como para arriesgarme a romperlo en la acera —no domino mis pensamientos lo suficiente como para fingir. Ahora mismo está recibiendo una Luna sin filtro. *Que Dios le ayude*.

—No hay riesgo de eso. Las puertas están cerradas. No me gustaría que te escaparas.

El corazón me da un vuelco.

Estoy encerrada. Me ha encerrado. Estoy. Bien. Encerrada.

Mis dedos pican por alcanzar la manilla con la necesidad de comprobarlo. Otra parte de mí no quiere saberlo. Si tiro de ella y no se mueve, ¿entonces qué? Como él ya ha señalado, no puedo luchar contra Yakov.

—Puedes respirar —dice con una risita oscura. Miro hacia él y lo veo teñido de amarillo por las luces de la calle. Tiene la boca inclinada en una mueca—. Estaba bromeando. Las puertas no están cerradas. No hace falta que lo compruebes y te caigas sin querer.

El conductor sale del callejón y acelera hacia el tráfico. Rasgarme el vestido sería la menor de mis preocupaciones si me cayera ahora.

—¿Estabas mintiendo? ¿Sobre las puertas? Quizá te diste cuenta de que estaba nerviosa y estás intentando que me calme.

No me quita los ojos de encima. —No importaría.

—¿Si estuviera tranquilo?

—Eso. O si intentaras saltar —se encoge de hombros.

Sus ojos son oscuros en la penumbra del interior del coche, pero veo el brillo cuando se deslizan arriba y abajo por mi cuerpo. —Te di a elegir. Elegiste venir conmigo. No hay necesidad de perseguirte... ¿verdad?

Te estoy dando a elegir. Te pido que vengas conmigo, Luna. Simplifica las cosas y di que sí.

Kayla no se lo va a creer. Tuvo que engañarme para que tuviera una cita. Sin embargo, aquí estoy una hora después, en la parte trasera de un coche extraño con un hombre guapísimo que claramente tiene mucho dinero. Suficiente dinero como para permitirse un chófer personal, al menos.

Maldición, ni siquiera me lo creo y soy yo a quien le está pasando todo esto. Aún no puedo decidir si me siento increíblemente asustada por Yakov o increíblemente atraída por él. ¿Es “ambos” una mala respuesta?

Me aparto de la puerta y dejo que mi mano se deslice desde mi muslo. Mis dedos caen sobre el asiento de cuero. —No voy a ninguna parte.

De repente, Yakov me agarra de la mano y me acerca a él.

Me deslizo por el asiento y choco con su costado. Su olor está por todas partes. Su mano se curva alrededor de mi cadera, con los dedos abiertos para retener aún más de mí.

—Sé que no lo harás.

Estoy desequilibrada y fuera de mí. Cuando levanto la vista, su boca está a unos centímetros de la mía. Estoy lo bastante cerca para que sus ojos vuelvan a ser verdes. Profundos e impenetrables.

Estoy temblando. Sé que él puede sentirlo. Aun así, pongo los ojos en blanco. —¿Es duro cargar con toda esa humildad? Debes estar agotado.

—No conoces el significado de la palabra —me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. No sabía que los hombres hicieran eso. No en la vida real—. Todavía no.

Agradezco la oscuridad. Aunque solo sea para que no pueda ver el calor que me sube por el cuello.

—No hay ninguna mujer triste esperándote en el restaurante, ¿verdad?

Arquea una ceja. —¿Qué?

—Bueno, quiero decir que probablemente debería habérmelo preguntado antes —era difícil pensar con claridad con toda su atención puesta en mí. Por la misma razón que ahora me cuesta formular las palabras—. No estabas en el restaurante por mí. No eres Sergey. Entonces, ¿por qué estabas allí?

Baja la frente. Es como ver un escudo colocarse en su sitio. La forma en que sus ojos se achinan y su mandíbula se flexiona. Incluso sus dedos se tensan en mi cadera.

—Para cenar —responde rotundamente.

—¿Solo? —sacudo inmediatamente la cabeza—. Lo siento. No tiene importancia. Simplemente no entiendo cómo está pasando esto.

—¿Y qué crees que está pasando? —pregunta.

Una aventura de una noche con el hombre más atractivo que he visto nunca.

Pero no me atrevo a decir las palabras.

—No lo... Supongo que splo quiero decir... que me alegro de que hayas estado en el restaurante esta noche.

Yakov sigue observándome, con la misma mirada lejana. Luego, avanza hacia mí.

Quizá sea el momento de reconsiderar tirarme del coche, porque no puedo besar a este hombre. No he besado a un hombre en... *Señor, ni siquiera sé cuánto tiempo*. Así que no puedo besarlo. Ahora no. No cuando no tengo práctica y probablemente tenga aliento a carne de vaca.

Aborta la misión. Retirada. Abandona la nave.

Excepto que Yakov no me da tiempo a hacer nada de eso. Engancha su dedo detrás de mi oreja,

me inclina la barbilla con el pulgar y presiona sus labios contra los míos.

Y de repente, necesito besarlo. Es lo único que puedo hacer. Lo único que deseo.

La mano de Yakov se desliza desde mi cadera hasta mi cintura y yo me inclino más hacia él. Mi rodilla se desliza sobre su muslo. Un giro y podría sentarme a horcajadas sobre él. No soy el tipo de mujer que se sienta a horcajadas sobre los hombres en la parte trasera de los coches, pero podría serlo.

Por Yakov. Si él quiere.

Me chupa el labio inferior y yo gimo. Gimo *de verdad*.

Me acerco más. El calor empapa su camisa. Le acaricio el pecho, el vientre. Dudo, esperando a que me dé una señal. ¿Debería bajar más? Quiero saber si siente el mismo dolor que yo. Quiero sentirlo por mí misma.

El mundo se ha reducido a este momento. Solo Yakov y yo. Nadie más.

Entonces, el coche se sacude ligeramente.

Es un ligero toque de freno. Pero es suficiente.

Me echo hacia atrás con un aullido. Todo mi cuerpo arde con una mezcla de deseo y vergüenza. Miro por el retrovisor, pero el conductor tiene los ojos en la carretera. Ahora mismo.

Yakov y yo no estamos solos. No hemos estado solos en todo este tiempo.

¿Cuánto vio? ¿Cuánto oyó?

—No te preocupes, *solnyshka* —dice Yakov. Sus labios están ahora contra la concha de mi oreja. Su aliento me calienta la piel—. Ha visto cosas mucho peores.

Si intenta que me sienta mejor, que siga intentándolo.

El resto del viaje transcurre en silencio. Soy una bola de ansiedad y energía inquieta, pero Yakov está perfectamente tranquilo. Intento no pensar en lo a menudo que debe de hacer cosas como esta para sentirse tan cómodo.

Eso es bastante fácil de hacer cuando el coche entra en lo que tiene que ser un camino de entrada de 800 metros de largo, como mínimo, y veo la mansión en la colina.

—¿Qué es *eso*? —me quedo boquiabierta. Las ventanas brillan con una luz cálida: los tres pisos.

—La mayoría de la gente lo llama casa.

Resoplo. —Mi tipo de gente no. Mi tipo de gente lo llamaría castillo.

—¿Eso me convierte en un príncipe?

Me giro hacia él, con la boca abierta. —¿Esta es tu casa?

—Según tú, es mi castillo.

—¡Hablo en serio!

—Yo también —la diversión brilla en sus ojos.

Miro de Yakov a la casa y viceversa. Cada vez, espero que uno u otro desaparezca. Pero ambos permanecen obstinadamente en su sitio.

La mansión se hace cada vez más grande hasta que estamos tan cerca que no puedo abarcarla toda a la vez. El coche se detiene y sigo mirando los arcos de piedra y lo que parece un balcón alrededor del segundo piso cuando se abre la puerta. Ni siquiera vi salir a Yakov, pero ahora está de pie frente a mí, con la mano extendida.

Le cojo de la mano y me saca del coche. Empiezo a darme la vuelta para dar las gracias al conductor, quizá disculparme por escandalizarlo, pero Yakov cierra la puerta y conduce hasta la parte trasera de la casa.

Solo cuando estamos solos... frente a la mansión de Yakov... en la oscuridad... me doy cuenta de una idiotez.

—¡No tengo mi coche! Lo dejé en el restaurante. Lo he olvidado por completo.

—Nikandr lo recogerá por ti en la mañana —Yakov se vuelve y se dirige a la puerta.

Mis pies, sin embargo, están pegados al cemento.

Por la mañana.

Yakov tiene la impresión de que no necesitaré mi coche hasta mañana.

Porque me quedaré aquí.

Las piezas tardan más de lo necesario en desplazarse y encajar, porque no se trata de un rompecabezas muy complicado.

Yakov quiere tener sexo. Quiere que duerma aquí.

Aún estoy en medio del camino de entrada cuando Yakov llega al porche delantero y se vuelve. —Verás que dentro estarás mucho más cómoda.

Lo dudo mucho. “Cómoda” estoy yo, sola en mi apartamento. “Cómoda” habría estado de librarme de otra cita terrible, comprar una dona rancia en la gasolinera de la esquina y quedarme dormida con un libro entre las manos.

Nada en Yakov me da *comodidad*.

Por eso, despego los pies de la acera y lo sigo.

La *comodidad* es para los pájaros.

LUNA

Yakov podría ser realmente un príncipe.

¿De qué otra forma podría explicar el techo abovedado con claraboya sobre su entrada? ¿O el retrato al óleo de lo que tiene que ser una versión infantil de Yakov y sus dos hermanos pequeños que cuelga sobre la chimenea del salón?

Por no hablar de la biblioteca. Estantes y estantes de libros con una escalera rodante de madera sacada directamente de La Bella y la Bestia. Yakov entra con una copa en cada mano. Coloca la mía en la estantería de al lado. Yo la cojo rápidamente, más preocupada que él, al parecer, por no deformar la perfecta madera con la condensación.

—Si no eres un príncipe, entonces mataste a uno y le robaste la vida —Paso el dedo por una hilera de libros encuadernados en cuero—. Este lugar es una locura.

—Eso es lo que ha pasado. Soy un asesino. Me pillaste.

Sonrío y señalo una placa unos estantes más abajo. —Lo sabía. Incluso con todo el montaje elaborado, colocando premios falsos con tu nombre, como si alguna vez fueras a... —me inclino más para poder leer el texto grabado. Luego, me vuelvo hacia él con los ojos muy abiertos—. ¿Has donado un hospital de investigación contra el cáncer? ¿Como... un hospital entero?

—Pensé que un hospital entero sería mejor que la mitad —responde despreocupadamente, tomando un trago.

—Me siento como una buena persona cuando redondeo mi compra en el supermercado al dólar más cercano por... —frunzo el ceño—. En realidad no sé para qué es. Pero es una especie de obra de caridad. Mientras, tú donas hospitales enteros y curas el cáncer.

—Yo pagué el edificio. La investigación se financia con fondos públicos —se encoge de hombros—. Es una deducción fiscal.

Si cualquier otro hombre con el que haya salido hubiera donado un hospital, es de lo único que hablaría. Probablemente me habrían llevado al hospital en nuestra primera cita. *La cafetería de aquí es de primera. Créeme. Yo financié el edificio.*

Sin embargo, Yakov ni siquiera sacó el tema. Yo saqué el tema y él ni siquiera quiere hablar de ello.

Increíble.

Este hombre está bueno, es rico *y* generoso, con una pizca de humildad (a pesar de mi bromita en el trayecto en coche). Está marcando casillas que yo ni siquiera sabía que tenía.

Yakov se apoya en el marco de la puerta, con un tobillo cruzado sobre el otro, observándome. Me llevo el vaso a los labios, pero me paralizo en cuanto lo huelo. —Esto no es agua.

—Tienes un paladar muy sofisticado —levanta la copa en un brindis sarcástico—. Deberías dejar el negocio de los plásticos y hacerte chef.

—*Ja, ja.* Lo que quiero decir es que no me gusta el vodka.

Se levanta y camina hacia mí. —¿Lo has probado?

—No me hace falta. Solo el olor ya me trae espantosos recuerdos de las noches que pasé abrazada al retrete del baño común de mi residencia universitaria.

Deja su vaso en el estante más cercano y coge el mío. Lo agita con dedos sorprendentemente delicados. —No compares esto con la mierda barata americana que podías permitirte en la universidad.

—Así que los hombres de mi escuela no invertían en cosas buenas. ¿Te sorprende tanto?

—Chicos —corrige Yakov—. Si acabaste la noche colgada de un retrete, entonces no eran hombres. No estaban cuidando de ti como debían.

Estaba bromeando, pero sus palabras me llegaron directamente al corazón.

¿Y cómo deberían cuidarme, Yakov?

Da un sorbo a mi vaso y me lo tiende. —Prueba esto. Es mejor.

No quiero beber vodka. En parte porque mi cabeza ya está nadando solo de estar tan cerca de él.

Pero puedo ver dónde sus labios tocaron el borde del vaso. Aunque ya nos hemos besado, la idea de poner mi boca en ese mismo lugar me excita. Cojo el vaso y lo miro a los ojos. Me observa atentamente mientras doy un tímido sorbo.

Espero el doloroso ardor.

Pero no ocurre.

—Eso está... bien —doy otro sorbo para asegurarme—. Vaya, está realmente bueno. Suave. Quizá un poco dulce.

—Ya te lo he dicho.

Pongo los ojos en blanco. —Siempre tienes razón. ¿Cómo podría olvidarlo?

Sonríe y da un golpecito en el lateral de mi vaso. —Si quieres beberlo bien, te lo debes beber de un trago.

—Es casi como si intentaras emborracharme, Yakov. ¿Debería asustarme?

—¿De mí? —pregunta—. Por supuesto.

Le creo. De verdad. Ha esquivado tantas preguntas y ha hecho tantos comentarios socarrones que sé que hay algo que no me está contando. Sé que debería preocuparme.

Pero estoy demasiado ocupada en sentirme atraída y no tengo energía para resistirme.

Bebo otro trago de vodka. Mis mejillas ya están calientes. Todo mi cuerpo está zumbando. Aunque no creo que tenga nada que ver con el alcohol.

—Entonces, ¿hay algo más que sea mejor en Rusia que en América?

—Pensé que las mujeres lo eran —Yakov me quita el vaso de las manos y lo coloca en el estante detrás de mi cabeza. Antes de que pueda preguntarme por qué, me vuelve a apretar contra la estantería y me pasa las manos por el pelo—. Después de esta noche... no estoy tan seguro.

Igual que en el coche, siento la presión de nuestros labios en cada parte de mi cuerpo. Al contrario que en el coche, no tengo que preguntarme qué quiere Yakov. Cuando alzo las manos para rodearle el cuello, me agarra de las muñecas y me las sujeta por encima de la cabeza.

Sabe a vodka y no puedo saciarme. Me estiro hacia delante para besarlo más fuerte. Para profundizar cada beso. Para saborearlo. Pero él se aparta. Se burla de mí con los labios y la lengua, sin darme nunca lo que quiero.

Cuando sus labios se dirigen a mi mandíbula y recorren mi cuello, gimo. No sé si es frustración o porque sus labios en cualquier parte de mi cuerpo me hacen sentir demasiado bien para ser verdad.

—No puedes apurarme —advierte Yakov mientras besa la pendiente de mi clavícula—. Tenemos toda la noche y yo tengo un autocontrol extraordinario.

Me arqueo contra él, desesperada por acortar la distancia que nos separa. —¿Quién dice que me quedaré toda la noche?

Ja. Es divertidísimo. De verdad. La sugerencia de que podría alejarme de esto. De él. Yakov podría arrojarme al porche ahora mismo y probablemente maullaría fuera como un gato callejero al que de repente le apetece su comidita. Necesito explorar todas las facetas de esto. De él.

Se aparta y me mira. De un vistazo, sé que puede ver todos los pensamientos sucios y desesperados de mi cabeza.

Sonríe y me suelta las manos. —Vete si quieres.

—De acuerdo. Quizá yo...

Las palabras mueren en mi garganta, exactamente donde Yakov me besa el cuello. Su lengua traza una línea hasta mi esternón, y entonces siento el aire suave y frío de su exhalación.

La piel se me pone de gallina. —Eres libre de irte —murmura Yakov, con sus labios rozando el escote de mi vestido. No puedo llevar sujetador con este atuendo, así que él sabe exactamente dónde raspar con sus dientes. Justo sobre la piel granulada de mi pezón. Jadeo y enrosco los dedos en su pelo oscuro.

El calor se arremolina en mi vientre y él ni siquiera se ha aventurado bajo mi ropa. Engancha una mano detrás de mi rodilla y desliza el dedo por el interior de mi muslo. Cada vez más arriba.

Todo mi cuerpo se tensa de anticipación.

Está tan cerca de donde lo quiero. Tan dolorosamente cerca.

—Bueno, *solnyshka*, si vas a irte, será mejor que te vayas ya —Yakov me mira bajo las cejas oscuras—. Mientras aún tenga control de mí mismo.

—Pensé que tenías un autocontrol extraordinario —jadeo.

—Sí, así es —su boca encuentra mi garganta. Sus labios presionan donde late mi pulso—. Es increíble que no te haya follado ya. Es increíble que no lo hiciera en el coche. Es increíble que no despejara la mesa del restaurante y te devorara allí.

Olvida esta noche. Puede que me quede aquí para siempre.

Me agarro a su cuello y traigo sus labios a los míos. Chocamos en una ola de dientes y labios y respiración agitada.

Lentamente, nos alejamos de las estanterías hacia el sofá. En cuanto siento el brazo del sofá contra la parte posterior de mis muslos, me echo hacia atrás y lo alcanzo.

Yakov está de pie junto a mí. Tiene los ojos negros como el carbón. Tiene el labio superior retraído en un gruñido. Parece salvaje. Debería tener miedo, pero no lo tengo.

—No podemos hacer esto aquí —gruñe.

Estoy demasiado excitada para sentirme insegura. Siento que moriré si no me toca. —¿No estamos solos? ¿Te preocupa que alguien nos vea?

Me pasa una mano áspera desde el cuello hasta la cintura. —Me importa una mierda si alguien ve. Que miren.

—Entonces, ¿por qué no podemos...?

—Si voy a follarte, no lo haremos como adolescentes cachondos en el sofá —Yakov me levanta con un movimiento fluido y me rodea la cintura con las piernas. Sus manos pellizcan posesivamente mi culo—. Voy a follarte en una cama, Luna. Donde tenga espacio para hacerlo bien.

YAKOV

Quería una distracción y la he conseguido, maldición.

Cuando Luna se detuvo junto a mi mesa, pensé que me serviría para una hora de diversión. Podría utilizarla como indulto y aun así quedar con Nikandr para cenar tarde. Entonces, la Bratva Gustev asomó la cabeza por su pequeña ratonera de mierda y todo se descontroló.

Me llevo a una mujer a mi cama. Eso no ha ocurrido en... nunca. Nikandr querrá oír todos los detalles, como disculpa por haber faltado al aniversario de la muerte de nuestro padre. Aunque Luna ya le dio un pequeño espectáculo en el coche.

Pero no necesito explicarle nada. No hay nada que explicar. Nada ha cambiado. Por la mañana, nuestro padre seguirá muerto y Luna se habrá ido hace tiempo.

Entro en mi habitación y cierro la puerta de una patada.

Luna me raspa la espalda con las uñas y aprieta las caderas contra mi palpitante erección. —¿Qué me está pasando? —susurra en voz baja una y otra vez.

La tumbo en la cama, con las manos apoyadas en el colchón a ambos lados de ella. —Se llaman juegos preliminares. Los hombres de tu vida no tienen ni idea de cómo tratar a una mujer, ¿verdad?

—¡Ya sé lo que son los preliminares! —se mueve para darme un manotazo en el pecho, pero la agarro de la muñeca. Deslizo los dedos por su suave piel, enroscando la mano alrededor de su bíceps y a través de sus costillas.

No debería encontrar esto tan sexy. Esta inocente rutina de niña buena. Es una pérdida de tiempo. Si fuera una noche normal, ya habría tenido dos orgasmos y estaría agotada. Estaría a punto de tirarle dinero y echarla por la puerta.

Excepto que, con Luna, no es una rutina. Ella nunca ha estado con alguien como yo. Un hombre que sabe lo que quiere. Un hombre que sabe lo que *ella* quiere.

Le subo el vestido por la cintura y le doy un mordisco en la cara interna del muslo. Le lamo la parte exterior de la cadera, el trozo de piel que me ha provocado durante toda la cena. Lleva un trozo de lencería de encaje apenas transparente que ya he visto mil veces.

—¿Te has puesto esto para él? —pregunto—. ¿Para Sergey?

Se retuerce bajo mi inspección, apretando las piernas como si pudiera esconderse de mí. —No sabía nada de él. Me lo puse para mí.

El borde desgarrado de mis pensamientos se suaviza. —Bien. Odiaría tener que matar a Sergey por soñar siquiera con verte así.

—No hace falta la violencia —dice riendo, pasándome las manos por el pelo.

—Siempre hay necesidad de violencia cuando alguien toma lo que es mío —engancho los dedos bajo el encaje y tiro de él por el largo tramo de sus piernas. Luego, me acomodo entre sus muslos temblorosos—. Y esta noche, Luna... eres jodidamente mía.

La separo con la punta de los dedos y ya está empapada. Sus muslos intentan apretarse, pero la obligo a abrir más las piernas.

Cree que quiere esconderse, pero una versión de Luna se puso un tanga rojo de encaje antes de salir de casa esta noche. La misma versión que salió del restaurante conmigo.

A esta buena chica le gusta jugar con la oscuridad; veamos cómo le gusta ser devorada por ella.

Arrastro la parte plana de mi lengua por su raja y sus caderas se sacuden en la cama. Cada roce de mis labios o cada movimiento de mi lengua hace que se retuerza aún más sobre el colchón. Tengo que sujetarle las caderas con el brazo para mantenerla en su sitio.

Aun así, se retuerce. —Yakov, yo nunca...

—¿Nadie te ha probado antes? —pregunto, recorriendo con la mirada la longitud de su cuerpo. *Me gusta demasiado la idea.*

Sacude la cabeza. —No. Bueno... una vez. Pero yo... —sus palabras se desvanecen en un gemido cuando rodeo su clítoris con mis labios—. Benjy decía que no... No tienes que hacerlo.

Sergey. Benjy. Tantos hombres por destruir.

—No hago ni una puta cosa que no quiera hacer, Luna —subrayo el punto introduciendo mi lengua profundamente en su calor. Mis labios rozan su piel hinchada y sus dedos me aprietan el pelo.

De repente, se relaja. La tensión desaparece de sus miembros. Sus caderas giran para encontrarse con mi boca. Toma lo que quiere porque le he dado permiso. Le dije que estaba bien.

Lo que nos lleva a preguntarnos...

¿Qué más debo decirle que haga?

Deslizo dos dedos dentro suyo y me siento para verla desenredarse. Le meto los dedos más deprisa y rodeo su clítoris con el pulgar. La conduzco con fuerza y rapidez hacia el clímax que ambos sabemos que se avecina.

Se le encoge el vientre y cierra los ojos. Sus labios se entreabren en un gemido. No recuerdo la última vez que me excité tanto, y ni siquiera estoy dentro de ella. Ni siquiera me ha tocado.

—Córrete —exijo—. Córrete, maldición, Luna.

Necesito entrar en su interior y liberar el nudo de mi pecho... pero no hasta que ella termine.

Aprieta el edredón con las manos, destrozando la cama mientras se retuerce. —Qué bueno. Eres tan bueno. Estoy cerca. Estoy...

Me aprieta los dedos y siento celos de mi puta mano. Necesito estar dentro de ella. Mataría por sentirla a mi alrededor.

Pero eso es un problema en sí mismo. El viaje de Luna al lado oscuro tiene que terminar. Cuando lo haga, la enviaré de vuelta con el coño dolorido y la huella de una mano estampada en el culo. Será la última de una larga lista de mujeres en las que nunca volveré a pensar.

—Dios mío —se echa los brazos a la cabeza. Sus manos se retuercen en su halo de pelo rubio y sonríe borrosamente—. Ha sido increíble. Nunca me había corrido tan fuerte. Eres... —su voz se interrumpe cuando mira hacia atrás y ve las ventanas del suelo al techo que rodean mi habitación —. Las ventanas están... están abiertas.

—¿Y?

—Y está oscuro. La gente podría oír. Ver. Oírnos y vernos, quiero decir. Nos verán…

—Follar —termino por ella.

—Iba a decir “desnudos” —dice en voz baja. Tiene las mejillas sonrosadas por una mezcla de orgasmo y vergüenza.

¿Cómo puede seguir sintiéndose avergonzada?

Vuelvo a arrodillarme y la miro. —Ya te vi, Luna. Te probé. Nadie más importa.

Se muerde la comisura del labio para contener una sonrisa aturdida. —Otra vez esa humildad.

—La humildad es para la gente que tiene miedo de su propio poder —Me tiro de la camisa por encima de la cabeza y la lanzo al suelo.

—Para ti es fácil decirlo cuando te ves... —hace un gesto hacia mi cuerpo—, así.

Le arranco la mano del aire y la pongo en posición sentada. A partir de ahí, es un tirón fácil y un deslizamiento para sacarla de la cama y ponerla en pie.

Usa el brazo libre para intentar bajarse el vestido y cubrirse. —¿Qué haces?

Aprieto su espalda contra el cristal y la despojo lentamente de su vestido. —Detenme si no te gusta.

Nada podría detenerme ahora. No cuando cada curva de su cuerpo está a la vista. Su piel brilla a la luz de la luna que entra por las ventanas. Tiene las manos congeladas a los lados.

—Crees que quieres esconderte del mundo, Luna. Pero no es así —la hago girar y aprieto sus manos contra el cristal—. Quieres que te vean. Quieres que *yo* te vea.

El camino de entrada se extiende delante de nosotros. A pocos metros pasa una acera.

—Podría pasar alguien —susurra, mientras flexiona las manos contra el cristal y arquea la

espalda.

Si lo hacen, no verán más que su propio reflejo. Pero Luna no lo sabe.

—Crees que es excitante. Quieres que la gente te vea así —le susurro al oído—. ¿Verdad que sí?

Niega con la cabeza, pero veo el fantasma de su expresión en el cristal. Tiene el labio inferior apretado entre los dientes. Lucha contra sí misma.

Le beso el cuello y la agarro por la cintura. Ella gime ante mi contacto. —Entrégate a mí, Luna. Yo me encargaré de ti.

Lentamente, se inclina hacia delante. —De acuerdo... por esta noche.

Por esta noche.

Porque se habrá ido por la mañana. Ya lo sé. Es mi plan. Entonces, ¿por qué coño la idea de que se vaya de aquí y esté con un imbécil como Sergey me hace querer encadenarla a esta cama?

Ahuyento el pensamiento liberando mi dolorida polla de los pantalones y presionándome contra su entrada.

No es el momento de saborear la forma en que su cadera encaja en mi palma. O la forma en que jadea cuando deslizo la punta de mi cuerpo en su calor. Esto es un rollo de una noche. Es una distracción que debería hacer polvo y abandonar. Es hora de sacármela de encima y dar por terminada la noche.

Pero, en el momento en que siento el apretón de su cuerpo alrededor de mi polla, tengo que ir más despacio.

La aprieto centímetro a centímetro mientras se estira —Yakov —gime—, nunca había tenido a nadie tan grande. No sé si...

—Puedes recibir cada centímetro de mí. Vas a hacerlo —digo entre dientes apretados. Es un esfuerzo no soltarme ahora.

Echa la cabeza hacia atrás y le agarro un puñado de pelo. Arqueo su espalda y sigo presionando.

Una parte posesiva y animal de mí quiere destruirla. Reclamarla hasta que no quede nada para nadie más. Pero me muevo lentamente.

Le meto el último centímetro. Se siente tan bien que no puedo pensar en nada más.

Una vez que se ha adaptado, me arrastro hacia fuera y vuelvo a presionar dentro de ella. Una y otra vez, la lleno. Hasta que le tiemblan las piernas. Hasta que grita.

La velocidad aumenta. Es tan fácil entrar en ritmo con ella. Me araña los muslos, los hombros, el pecho... cualquier parte de mí que pueda tocar. Tiro de ella hacia mi polla sin descanso. El sonido de nuestras caderas chocando entre sí es todo lo que oigo. Eso y sus gemidos, tan dulces, puros y jodidamente perfectos.

Está a punto de soltarse de nuevo cuando unas luces salpican la ventana. Los faros brillan contra el cristal cuando alguien se acerca por el camino de entrada. Luna se pone rígida.

Le suelto el pelo y le rodeo el cuello con un brazo. La arrastro de nuevo contra mi pecho, mis labios contra la concha de su oreja para poder gruñir—: Dime la verdad, *solnyshka*. Dime lo que quieres.

No responde más que un gemido cuando vuelvo a chocar con ella. Mi mano se estrecha alrededor de su cuello y ella se aprieta más contra mí.

—Dímelo —exijo.

—Quiero... —jadea, con la cabeza apoyada en mi hombro—. Quiero que nos vean. Quiero que miren y deseen ser nosotros.

En cuanto las palabras salen de su boca, se desmorona. Ha estado esperando toda su maldita vida para decir exactamente eso.

Su cuerpo está imposiblemente apretado a mi alrededor. No tengo ni una puta oportunidad. Clavo los dedos en sus caderas y bombeo dentro suyo hasta que no quede nada. Hasta que la necesidad de ella desaparezca por completo.

Entonces, Luna mira hacia atrás por encima del hombro, con los labios torcidos en una sonrisa de sorpresa.

Y la tiro sobre mi cama y lo vuelvo a hacer.

~

LA MAYORÍA DE LAS NOCHES, dormir no me resulta fácil. Al menos, no desde hace cinco años. Quizá por eso me fascina tanto ver dormir a Luna.

Está serena. La sábana le rodea la cintura. Sus pechos suben y bajan con su respiración.

Se supone que ya he terminado con ella, pero sigo detectando nuevos lugares que aún no he tocado. La suave piel bajo su ombligo. El lunar en la parte superior de su oreja derecha.

Debería darle un codazo para que se despierte y desterrarla a la suite de invitados, pero, por alguna razón, no quiero molestarla. Además, necesita descansar después de la larga noche que hemos pasado.

Así que decido marcharme.

Salgo de la cama y bajo a tomar otro trago. El cielo empieza a clarear, pero aún no he dormido.

Las noches que no puedo dormir o me despierto de una pesadilla, bajo y me preparo una bebida. Si se acerca el amanecer, salgo a correr. Lo que haga falta para quemar la bruma de los recuerdos.

Después del esfuerzo de anoche, no tengo ganas de correr; además, aún no hemos tenido en cuenta la amenaza del Gustev. Así que voy a la cocina en busca de licor.

No me molesto en encender las luces. Crecí en esta casa. Sé orientarme en la oscuridad.

Entonces, se enciende la luz de encima del lavabo. Entrecierro los ojos ante la penetrante

claridad, pero sé quién es antes incluso de que hable.

—Has tardado bastante —gruñe Nikandr—. No pensé que te gustara quedarte a hacer mimos, hermano.

—Estoy lo más jodidamente alejado de eso —mi voz está rasposa por el desuso.

—¿Quieres decir que estuviste follando todo ese tiempo? Es una resistencia impresionante para un viejo.

—Solo soy cinco años mayor que tú.

En un tiempo, cinco años me parecían toda una vida. Maté a mi primer hombre cuando Nik aún dormía con sábanas de bombero.

Hoy en día, cinco años parecen nada. Tuvo que madurar mucho cuando murió nuestro padre. En un solo día, perdió a su padre y al hermano que conocía. Es la única razón por la que lo dejo hablar tanto.

—Bueno, si has tenido que dejarme plantado, supongo que al menos me alegro de que valiera la pena —se inclina hacia delante—. Valió la pena, ¿verdad? La vi en el restaurante. Rubia y con curvas. Y no la vi en el coche, pero no me hizo falta. Era obvio lo que estaban tramando allí. Ni siquiera puedo culparte. Se veía jodidamente...

—Cuidado con lo que dices —gruño, sorprendiéndome incluso a mí mismo por la intensidad. Luego, suspiro y cedo—. Sé que no has venido aquí solo para hablar de ella.

Agacha la cabeza. —No *solo* para hablar de ella. Estaba haciendo varias cosas a la vez. Supuse que primero me pondrías al corriente de quién es y qué hiciste con ella. Luego, te pondría al corriente de lo de la Bratva Gustev.

—Te equivocas. No te diré una mierda y tú me dirás qué hacía la Bratva Gustev fuera del restaurante favorito de nuestro padre en el quinto aniversario de su muerte.

Nikandr suspira con evidente decepción, pero sabe cuándo hablo en serio. —Hablé con una fuente de dentro y esos soldados Gustev estuvieron informando de todos tus movimientos a Akim durante toda la noche. No estaba allí en persona, pero como si lo estuviera. Fuera lo que fuese, no se trataba de unos imbéciles de bajo nivel pinchando al oso y buscando pelea. Akim les envió a buscarte. Está bastante involucrado.

—¿Por qué?

—Bueno, acabamos de matar a su líder, por si has olvidado esa pequeña misión. Matamos al padre de Akim —dice—. Me atrevería a suponer que eso tiene mucho que ver.

—Evidentemente. Pero ¿por qué sentarse fuera del restaurante y vigilarme sin hacer nada? Si querían vengarse, podrían haber atacado. No lo hicieron. Quiero saber por qué.

Ya sé por qué. Lo habría adivinado en el coche de vuelta a casa, si Luna no me hubiera distraído tanto. Pero Nikandr aún es joven. Lo negaría y se enfadaría conmigo por haberlo sugerido siquiera, pero todavía tiene mucho que aprender.

—¿Vigilancia? —su rostro se arruga de preocupación—. Estaban... *Mierda*. ¿Crees que Akim

sabe que vas detrás de su traficante de armas?

Sacudo la cabeza. —Si lo supiera, sin duda habría atacado. Esa operación es la clave para que me apropie de todo lo que le importa a Akim. No se arriesgaría.

—Entonces, ¿qué?

—Venganza —digo simplemente—. Le quité a su padre. Ahora quiere quitarme algo a mí. Un ojo por otro puto ojo. Es lo bastante listo como para saber que un golpe directo sería casi imposible. Así que busca un objetivo.

Nikandr maldice de nuevo. —¿Crees que deberíamos decírselo a Mariya?

—Akim no irá a buscarla a Rusia a menos que esté desesperado. Ella está bien por ahora. No hay por qué preocuparla.

O preocupar a nuestra madre, más bien. La razón por la que cogió a nuestra hermana pequeña y cruzó el Pacífico en primer lugar fue para evitar las consecuencias de la muerte de papá.

—Sabes lo que esto significa, hermano. Los hombres de Akim te vieron salir a cenar con esa mujer. Te vieron salir con ella.

—Acabo de conocerla esta noche.

—No importa —insiste Nik—. Una noche es más que suficiente para poner una diana en su espalda. Esa chica está en peligro.

Esa chica es un peligro.

—Lo sé. Maldición, lo sé.

—¿Y? —insiste—. Tienes un plan. Sé que lo tienes. ¿Cuál es?

Si me hubiera parado a pensarlo durante cinco putos minutos, quizá esta noche habría sido diferente. Quizá Luna estaría durmiendo en mi habitación de invitados. Quizá no tendría su sabor en la lengua y el sonido de sus gemidos sonando en bucle en mi cabeza. Quizá estaría a salvo si la hubiera dejado en paz.

Pero no me paré a pensarlo.

Y lo que ya hicimos no cambia lo que tiene que ocurrir a continuación.

—Me la quedaré.

Las cejas de Nikandr se alzan. —¿Te la *quedarás*? No es un perro, Yakov. No puedes mantenerla aquí así como así.

—Puedo hacer lo que me salga de los cojones, hermano.

Resopla. —Vale. Entonces, ¿qué? ¿Vas a atarla y tirarla al sótano?

—No me tientes.

Nik quiere hacer cien preguntas más. Veo que le arden detrás de los ojos. Pero tiene un poco de tacto. —¿Y Akim?

Sonrío. —Creo que es hora de que le enviemos un mensaje.

LUNA

Me despierto envuelta en Yakov.

Bueno, al menos su olor. El otro lado de la cama está frío, así que es evidente que me ha abandonado hace rato. Pero aún está en las sábanas, en la almohada, en mi piel: recuerdos de él y de lo que hicimos anoche por todas partes.

Incluso en forma de un dolor débil pero persistente entre las piernas.

Me doy vuelta y entierro mi sonrisa en el colchón. Lo de anoche ni siquiera parece real. No estoy segura de quién ha sido, pero no puedo haber sido yo. Luna McCarthy no hace cosas así.

Su mano alrededor de mi garganta.

Mi cuerpo bañado en sudor y luz de luna.

Quiero que nos vean. Quiero que miren y deseen ser nosotros.

Sonrojo instantáneo. Sí, he vuelto a ser la de antes. Me ruborizo ante la más mínima idea de algo sexual.

Pero anoche, al menos durante un rato, se me contagió la seguridad de Yakov. Apenas lo conozco, pero confié en él. Sabía que estaba a salvo.

Ahora, la dura luz de la realidad se cuela por las ventanas increíblemente grandes de Yakov y mi aliento rancio y mi cabello de recién despertada me dicen que es hora de volver al mundo real.

Mi vestido sigue tirado en el suelo, donde lo dejó Yakov después de quitármelo. Me lo vuelvo a poner y miro los desperfectos. Está arrugadísimo, pero también se ha encogido, si es que eso es posible. Anoche era un sexy y sofisticado vestidito negro. A las ocho de la mañana, bien podría ser un pequeño pañuelo negro para lo mucho que cubre. Tengo la tentación de rebuscar en los cajones de Yakov y encontrar unos pantalones cortos y una camiseta, pero parecería una loca bajando las escaleras con su ropa.

Dormimos juntos; fue increíble, pero no voy a entrar y empezar a hacer preguntas sobre arreglos florales y cuentas bancarias conjuntas. No voy a ser un bicho raro que lo convierta en algo más de lo que fue... por mucho que esté abierta a la idea.

Cojo el bolso de la mesilla y rebusco dentro el móvil. Seguro que Kayla pasó toda la noche mandándome mensajes para saber cómo estaba yendo todo. Lo tiene bien merecido por

emparejarme con un perdedor como Sergey. Quizá espere a llegar a casa para contestarle. Dejarla sufrir un poco más.

Aunque puede que no tenga elección en ese aspecto. Compruebo todos los bolsillos y bolsas de mi bolso, pero mi teléfono no está allí.

Sacudo las sábanas y miro debajo de la cama, pero no está por ninguna parte. Ni siquiera recuerdo la última vez que lo tuve. ¿Quizá en el restaurante?

Bien. Justo lo que necesita este paseo de la vergüenza: una salida de reconocimiento.

Me armo de valor, respiro hondo y abro la puerta de la habitación de Yakov. Evito mi reflejo en todos los espejos y superficies vagamente reflectantes por los que paso. No puedo hacer nada para mejorar la situación, así que la ignorancia es una bendición. Además, no es que vaya a verme nadie más, ¿verdad?

¡Error!

Mire donde mire, hay alguien con un cesto de ropa sucia o un plumero. Dos hombres están de pie en la entrada con tijeras de jardinería, pasando un ramo de flores a una criada que sostiene un jarrón.

Criadas aquí. Mantenimiento allí. Gente por todas partes.

Y cada uno de ellos levanta la vista cuando paso. Sonríen y saludan como si esperaran que yo estuviera aquí hoy. Como si no les sorprendiera lo más mínimo ver a una mujer con un vestido negro ceñido que se tambalea por el pasillo sobre tacones altos al amanecer.

Puede que en realidad no les sorprenda. Si todas estas personas estuvieron en la casa anoche, es imposible que no oyeran algo. Que no vieran algo.

Por favor, trágame tierra.

Avanzo a toda velocidad por la casa hacia una salida, o tal vez hacia un balcón por el que arrojarme misericordiosamente, cuando oigo su voz.

—Buenos días, *solnyshka*.

Es la quinta vez que alguien me dice eso en otros tantos minutos, exceptuando el apelativo cariñoso ruso cuyo significado desconozco, pero que hace que se me retuerzan las entrañas cada vez que lo oigo, pero es la primera vez que siento el retumbe barítono de las palabras en mis huesos.

Yakov está de pie en una cocina de mármol blanco, con una toalla sobre el hombro derecho y una espátula en la mano. No puedo decidir qué parece más delicioso: si él o las tortitas caramelizadas que está haciendo.

—Tú cocinas —suelto. Su ceño se arquea y dejo caer la cara entre las manos—. Por eso no socializo antes del café. O una ducha.

Desliza una taza humeante por la isla hacia mí. Me abalanzo sobre ella con la poca gracia que tengo. Es decir, ninguna.

—Quería decir que me sorprende que cocines, ya que tienes aquí a todo el personal doméstico a primera hora de la mañana.

Coge la sartén y mueve la muñeca. Como si nada, una fina tortita sale volando de la sartén, gira en el aire y vuelve a caer en la sartén, donde chisporrotea en mantequilla. —¿Se suponía que esa era la versión con más tacto?

—Es lo mejor que tengo esta mañana, por lo visto —me encojo de hombros—. Algunos no nos levantamos listos para ser modelos de portadas de revistas ni para voltear tortitas impecablemente.

Parece momentáneamente confuso. —Ni siquiera me he duchado.

Gruño. —No digas eso. Hace que sea mucho, mucho peor que aún tengas este aspecto. Acabo de hacer mi paseo de la vergüenza delante de todos los que trabajan para ti.

Agita una mano desdeñosa. —No te preocupes por ellos.

—¿Por qué? ¿Están acostumbrados a este tipo de cosas? —la pregunta sale antes de que pueda contenerme. Sacudo inmediatamente la cabeza, avergonzada—. De nuevo, ignórame. No tengo suficiente café en mi organismo para ser sutil. Por favor, no contestes. Continúa y...

—Mi personal no está acostumbrado a nada —dice Yakov, hablando por encima de mí—. Si trabajan para mí, significa que son discretos. Tus secretos están a salvo con ellos.

¿Es eso lo que soy? ¿Un pequeño y sucio secreto?

El Señor sabe que Yakov ya tiene bastantes. Como lo que hace por trabajo, que puede permitirse financiar hospitales y mantener un personal doméstico completo.

Pero no estoy en condiciones de exigirle respuestas. Así que paso a temas más seguros.

—¿Haces tortitas a menudo?

—*Blinis*.

Levanto las cejas. —¿Cómo dices?

—Se llaman *blinis*. Mi madre y mi abuela me enseñaron a hacerlas cuando era pequeño en Rusia. Como una crepe, pero mejor.

—Me han dicho que todo es mejor en Rusia.

Es un retroceso desesperado a nuestra conversación de anoche. Quiero ser sutil, pero no me molestaría oír que Yakov ha cambiado de opinión. Ahora piensa que al menos una mujer rubia, americana, sin habilidades para ligar y con el rímel emborronado es mejor que cualquier mujer que haya tenido.

Espero algún tipo de reconocimiento por su parte, pero no hay nada. Se limita a seguir cocinando hasta que mi estómago suelta un gruñido largo y fuerte.

—Toma —Yakov desliza un plato de *blinis* hacia mí—. Come.

No quiere que me muera de hambre. Es una buena señal, ¿verdad?

Me meto un bocado en la boca antes de poder decir otra estupidez. Debería comer e irme. Si quiere volver a hablar conmigo, lo hará. No voy a lanzarme sobre él.

Entonces, un gemido sale de mi garganta. —¿Eso es Nutella?

—Y fresas —Asiente—. Es el relleno favorito de mi hermana pequeña.

—Chica lista —doy otro bocado y trago un gemido—. Yakov... estos son increíbles.

Abre la boca para responder, pero la puerta del patio se abre en el mismo momento.

Una mujer con el brazo lleno de sábanas dobladas entra en la cocina y se detiene, tartamudeando. —Oh, lo siento, Sr. Kulikov. No sabía que estaba...

—Está bien —dice Yakov—. Entra, Hope.

Hope sonríe nerviosamente e inclina la cabeza hacia mí. —Buenos días, señora.

Tengo la boca llena de comida; de lo contrario, le contestaría algo. En lugar de eso, levanto la mano para saludar.

—¿Cómo está tu madre? —pregunta Yakov.

Por un segundo, creo que me está hablando a mí. Entonces, Hope responde. —Mucho mejor. Gracias por preguntar —dice—. Sus pulmones se están curando muy bien. El médico dice que ya está prácticamente fuera de peligro.

Yakov asiente. —Bien. Pero avísame si necesitas algo de tiempo libre de nuevo. Sabes que tu trabajo aquí está seguro.

Hope le sonríe con una admiración tan sincera que no puedo evitar mirar fijamente.

Yakov tenía razón: realmente no tengo nada de qué preocuparme en lo que respecta al personal. No solo trabajan para Yakov, sino que lo adoran.

Mentalmente añado algunos puntos más a la larga lista de cualidades admirables que ha acumulado en las últimas doce horas: capaz en la cocina, amable con sus empleados y absolutamente inigualable a la hora de provocarme orgasmos múltiples. Esto último debido a la triste realidad de que nunca me había sucedido antes de anoche.

—Has sido muy amable —susurro.

Yakov frunce el ceño. —¿Qué?

Hago un gesto hacia el pasillo, donde Hope acaba de desaparecer con las sábanas. —Nunca he tenido un jefe que se preocupara por lo que ocurría en mi vida fuera del trabajo. Creo que es agradable.

—Si crees que la decencia humana básica es “agradable”... —murmura.

—Es evidente que la familia es importante para ti —continúo, avanzando a pesar de las señales de advertencia y las luces amarillas intermitentes—. Sé que tienes un hermano y una hermana. Y has mencionado a tu madre. Pero no has dicho nada de tu padre. ¿Está por aquí o...?

—Come más —dice Yakov de repente.

—Oh, um... No, estaré bien con este —miento. Ya casi he terminado mi primer *blini* y me gustaría un bufé de todos ellos, pero empiezo a captar sus indirectas no tan sutiles.

Se encoge de hombros, deja caer la sartén con mantequilla en el fregadero y deja correr agua fría sobre ella. El vapor se levanta delante de él, así que no puedo leer su expresión.

Ni siquiera sé lo que espero leer. Quizá un gran cartel en su frente que diga: "*Anoche fue increíble. Hagámoslo otra vez*". Podría decirle que me escriba, pero, como probablemente mi teléfono está en el fondo de un contenedor de basura mohoso de un restaurante, lo más probable es que en uno o dos días tenga un número nuevo.

Yakov empieza a limpiar la sartén. Después de añadir "lava sus propios platos" a la lista de mis casillas que sigue marcando, me levanto y cojo mi bolso.

—Bueno, Yakov, esto ha sido... divertido —la palabra me parece pequeña e insignificante después de lo de anoche, pero es todo lo que tengo—. Gracias por la cena, el desayuno y todo lo demás.

Muy bien. Eso es. Muy suave. Agradable y casual. El sexo no cambia el mundo ni nada parecido, solo es relleno. Nada del otro mundo.

No levanta la vista. No responde. Sigue fregando la sartén, con los musculosos antebrazos flexionados por el esfuerzo.

—Seguro que mi gato cree que me han asesinado —me río aunque tengo ganas de llorar. No puedo llorar. No llores. Me dirijo hacia la puerta trasera. Una huida limpia es la mejor opción—. Gracias de nuevo por todo. Quizá nos veamos por ahí, o...

Llego al final de la isla al mismo tiempo que Yakov. Lleva toda la mañana en el lado opuesto del mostrador, pero ahora, sus dos metros y muchos centímetros se interponen firmemente entre la salida y yo.

—No irás a ninguna parte, *solnyshka*.

Mi estúpido corazón da un vuelco.

Quiere que se repita lo de anoche. Es evidente que se trata de eso. Intentaba hacerse el duro y dejarme marchar, pero no pudo. No sin tenerme una última vez.

Me preparo para ser recogida y violada en la isla. Pero... no ocurre nada. Yakov se limita a permanecer de pie frente a mí, con su expresión tan cincelada e ilegible como siempre.

—Lo siento —frunzo el ceño—. No sé... ¿Qué está pasando ahora? ¿Es como un juego o...?

—Estás en peligro —Yakov se desplaza frente a la puerta—. El único lugar donde puedo protegerte es aquí, en mi casa. Así que te quedas. Indefinidamente.

Mi estúpido corazón compensa el latido que se ha saltado. Ahora late el doble. Y con razón.

Yakov está loco como una puta cabra.

LUNA

—Oh. Vale. Estoy en peligro. Bien.

Asiente a lo que dice el loco y avanza hacia la puerta.

Yakov no parecía loco anoche. Al menos, no de una forma que diera miedo. Parecía peligroso e interesante. Claro, mintió sobre quién era para cenar conmigo. Pero lo que algunos llamarían locura, yo lo llamo halago.

Ahora me pregunto si no habría sido mejor que nunca nos hubiéramos conocido. Me habrían plantado en una cita a ciegas que no pedí para empezar, y luego me habría ido sola a casa, pero al menos no habría una montaña de hombre entre yo y la única salida a la vista.

—No me crees —dice Yakov. No es una pregunta. Mis dotes interpretativas deben ser peores de lo que pensaba.

—No —admito con una sonrisa comprensiva—. No lo sé. Lo siento. Creo que puedes estar un poco confundido.

Probablemente por eso tiene tantos empleados aquí. Es una especie de media casa. Son sus vigilantes, no sus trabajadores.

—Las cosas serían más fáciles si me creyeras, pero no es necesario. Lo que hablamos anoche sigue siendo cierto —se inclina hacia mi, con voz grave—. Quiero que te quedes, así que te quedarás.

Mi corazón es un colibrí en mi pecho. No puedo recuperar el aliento. —Creo que deberíamos hablar de esto. Seamos lógicos con la situación, ¿vale?

Asiente. —Vale. Empezaré: estás en peligro. Puedo mantenerte a salvo. Lógicamente, tiene sentido que te quedes aquí.

—Eso no es... —resoplo. No tengo ni idea de cómo hablarle a una persona en plena crisis. Sobre todo, cuando yo también me siento como una persona en plena crisis—. ¿Por qué estoy en peligro ahora si no lo estaba anoche? ¿Qué ha cambiado?

—Nada. Anoche *estabas* en peligro —dice—. Por eso te traje a mi casa.

—No, no. Me trajiste porque teníamos una cita. Salió bien. Volvimos para... *ya sabes*. La clásica trayectoria de una buena cita.

Aunque solo sea eso, necesito que sea verdad. Si hay alguna posibilidad de que lo de anoche fuera una elaborada trampa de Yakov para traerme a su casa, estaré realmente en peligro. Podría autodestruirme de pura humillación.

—Nunca terminamos nuestra cita. Recibí una llamada en mitad de la cena diciéndome que no estábamos seguros. Te saqué de allí.

Me paso una mano por el pelo grasiento. —Si anoche estuve en peligro, ¿por qué no me lo dijiste en cuanto recibiste la llamada?

No debería sorprenderme nada de esto. La primera cita buena que tengo en toda mi vida y el príncipe se convierte en rana cuando sale el sol. Vete a saber.

—Sacarte a rastras habría provocado una escena.

Sacudo la cabeza. —Si realmente estuviera en peligro, me habría marchado. En primer lugar, no me dices por qué estoy en peligro.

—Correcto. Y no lo haré.

Le guiño un ojo. —¿No me vas a decir qué está pasando? ¿Esperas que te crea, aunque no me expliques qué está pasando?

—Me importa una mierda que me creas —dice fríamente—. Puedes pensar que estoy loco si quieres. Al menos estarás viva.

La simpatía que sentía hacia Yakov por su obvia inestabilidad mental se está consumiendo rápidamente.

—Esto no tiene ningún sentido. No sé cuál es tu problema, pero tienes que ver que esto no es normal. Te has inventado una amenaza. Estoy a salvo.

—Ahora sí. Porque nadie entra o sale de mi propiedad sin mi permiso.

Echo un vistazo a la habitación, pero no veo ninguna cámara evidente. Ni láseres de detección de movimiento, ni centinelas dispuestos a llenarme de plomo si respiro mal.

—Nada de esto es real. Estoy a salvo —vuelvo a decirle.

Se cruza de brazos y yo ignoro la forma en que sus bíceps se tensan contra el material de su camiseta. —Te mientes a ti misma.

Es tan absurdo que casi me río. —No necesito mentirme a mí misma. Me has estado mintiendo desde que nos conocimos.

—No querías oír la verdad —sus ojos verdes son penetrantes y me atraviesan—. Me preguntaste qué hacía en el trabajo y te dije que te diría la verdad si eras lo bastante valiente para oírla. En lugar de eso, elegiste la bonita mentira. Dejaste de hacer preguntas. Te fuiste conmigo aunque no tenías ni puta idea de quién era.

—¿Así que ahora todo esto es culpa mía? Tú me secuestras, ¿pero yo soy la mala?

—No, definitivamente yo soy el malo —dice con una risa oscura—. Tú solo eres la chica tonta que no se dio cuenta lo bastante pronto.

El vestido me aprieta tanto que no puedo respirar. Nunca habría pensado que una mansión pudiera ser demasiado pequeña, pero me siento claustrofóbica.

—Vale, entonces dime la fea verdad —abro los brazos—. Me estás secuestrando. Eso es bastante feo. Creo que ya has descubierto tu tapadera. Será mejor que me cuentes todo lo demás.

—¿Crees que el secuestro es lo peor de lo que se me puede acusar, Luna? —Yakov se acerca un paso más a mí—. Todos los que conociste esta mañana saben que no se te permite salir de las instalaciones y no pestañearon. Han visto cosas mucho peores.

Anoche dijo lo mismo del conductor. Supuse que era porque había llevado a muchas mujeres en el asiento trasero. Ahora no estoy tan segura.

Da un paso atrás, de nuevo con cara de aburrimiento. —Puedes ir donde quieras por la casa y los terrenos, pero no intentes salir de la propiedad. No quiero perder el tiempo trayéndote de vuelta.

—No puedes hablar en serio. ¿De verdad esperas que me quede sentada y... qué? ¿Esperar a que vuelvas?

—Hay una biblioteca, una piscina, una televisión. No es como si te hubiera dejado en una celda con una taza de metal —suelta—. Estás en una mansión. Disfrútala.

Ante eso, me río de verdad. —Por supuesto. Debería estar agradecida de que me secuestres, ¿verdad? De lo contrario, nunca podría permitirme este tipo de lujos. Por desgracia, ¡no pongo precio a mi puta libertad!

Está delante de mí antes de que pueda parpadear. Mi cabeza apenas llega a su barbilla y tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¿Tienes idea de lo fácil que habría sido abandonarte en aquel restaurante? Podría haberte abandonado a tu suerte sin pensármelo dos veces. No me haría perder el sueño.

—Hasta ahora, he sobrevivido bien por mi cuenta.

—Has sobrevivido en *tu* mundo. Donde tu mayor amenaza es un ex novio malvado e imbéciles borrachos que llegan tarde a las citas. Pero ahora estás en mi mundo —gruñe—. No tienes ni idea de a qué te enfrentas.

No sé qué es peor: pensar que Yakov pueda estar loco...

O la abrumadora sensación que tengo de que no está loco en absoluto.

—Llamaré a la policía —suelto de pronto—. Si no me dejas ir, llamaré a la policía.

Me fulmina con la mirada. —¿Con qué teléfono?

Tardo un segundo en asimilar las palabras. En cuanto lo hacen, retrocedo tambaleándome. —Tú... me robaste el teléfono. Fuiste a mi bolso mientras dormía y me robaste.

Hace un gesto de desdén. —Añádelo a la lista de pecados.

Me arden las lágrimas en los ojos. No hace ni diez minutos, estaba creando una lista muy diferente para Yakov. Apenas podía creer que fuera real. Parecía imposible que un hombre

pudiera tener tantas cualidades asombrosas.

Ya sé que es imposible.

—Todo esto, todo lo que dijiste, todo lo que hicimos, era mentira.

—Una vez más: Nunca te he mentido.

—¡Y una mierda! Me protegiste cuando apareció Sergey y te hiciste el interesado en mi vida. Me trajiste a tu casa y... —una lágrima rueda por mi mejilla y me la quito de un manotazo—. No hago este tipo de cosas con cualquiera. Significó algo para mí y tú mentiste sobre todo. Confié en ti.

—Te equivocaste de príncipe azul. No te prometí nada.

No se equivoca, pero sigo odiándolo. Siento un dolor hueco en el centro del pecho.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón. Es culpa mía. Perdóname por confundirte con un puto *ser humano*.

—Estoy seguro de que no volverás a cometer ese error —Yakov coge las llaves del mostrador y pasa junto a mí hacia la entrada—. Recuerda lo que te he dicho. Quédate dentro de la valla.

Es la última persona a la que quiero ver ahora mismo, pero no puede dejarme aquí sola. Me apresuro a seguirlo, con mis estúpidos tacones chasqueando sobre el suelo de baldosas. —¡No puedes irte así como así! ¿Adónde vas? ¿Cómo es que secuestrar a alguien no es lo más importante que tienes entre manos hoy?

—Secuestrarte apenas se registra.

—Si soy tan insignificante, ¿por qué aceptaste cenar conmigo? —,e abalanzo sobre su brazo dos veces antes de conseguir agarrarle la muñeca.

Gira para mirarme, pero suelta la mano de un tirón. Su rostro es frío y me estremezco. No se parece en nada al hombre encantador con el que cené anoche.

—Estaba pasando una noche de mierda y tú eras la distracción que necesitaba. Se suponía que ibas a ser unas horas de diversión sin sentido antes de que te mandara a paseo.

Hubo una conexión real entre nosotros. La sentí. No pudo haber inventado eso, ¿verdad?

—Pero, ¿por qué... por qué yo?

Se inclina hacia delante y sisea—: Simplemente porque estabas allí. Te elegí porque eras lo que estaba más cerca. Y ahora formas parte de algo que nunca podrás comprender y tu vida está en mis manos. Créeme, esto no me alegra más que a ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas hasta que Yakov no es más que un borrón. Sólo sé que se ha ido porque la puerta se cierra tan fuerte que el suelo tiembla.

Esta mañana la casa estaba a reventar de gente y voces, pero tras nuestra pelea no se oye ni un solo ruido.

El personal de Yakov parecía amable y cálido. Ahora sé la verdad. Nadie de esta casa va a

ayudarme.

Estoy completamente sola.

YAKOV

A veces, desprecio tener razón.

Si me hubiera equivocado sobre los planes de Akim Gustev, entonces podría haber enviado a Luna a casa como había planeado. Podría haberla sacado de mi casa y de mi vida sin todas las preguntas, las lágrimas y el maldito descaro.

Si me equivocaba, tampoco tendría que sacar a un hombre de su coche e interrogarlo a primera hora de la mañana.

Por desgracia para el pobre *mudak* que tengo entre manos, siempre tengo la puta razón.

Al menos, el muy cabrón tiene la decencia de ponérmelo fácil. Está tan ocupado mirando por la ventana del apartamento de Luna que no me ve llegar. Abro la puerta del conductor y lo arranco de cuajo antes de que pueda siquiera coger su pistola.

—Toca esa pistola y morirás —lo golpeo contra el lateral del coche. El aire sale a borbotones de sus pulmones.

—¿Qué coño pasa, hombre? ¿Qué estás...? —se queda con la boca abierta en cuanto me ve bien —. Oh, no.

—Me encanta cuando mi reputación me precede. Hace las cosas mucho más fáciles —agarro su pistola y me la meto en el bolsillo—. ¿Qué haces aquí?

Sacude la cabeza. —No sé nada. Lo juro. Ellos me envían, yo voy. ¿Sabes?

El tipo es joven. Apenas tiene la edad de Nikandr. Su barba es fina y desaliñada y sus extremidades aún parecen demasiado largas para su cuerpo. Llamarlo el peldaño más bajo de la escalera de Akim Gustev sería una promoción.

Eso no significa que no tenga información útil.

—¿A quién has venido a ver? —pregunto.

Ya le corre el sudor por la frente. —Nadie.

—Supongo que debo ser claro: miénteme y también morirás. En realidad —le digo, presionándolo contra el coche hasta que le estalla la columna vertebral—, la mayoría de los caminos te llevan a la muerte. Solo hay uno que podría salvarte la vida. Te sugiero que hables.

Luna vive en una calle tranquila, así que no hay nadie más en las aceras. Pasa un taxi, pero ni siquiera nos dirige una mirada. La gente dice que los humanos se están insensibilizando ante la violencia como algo malo, pero eso hace que mi trabajo sea muchísimo más fácil.

Le agarro por el cuello y lo levanto sobre las puntas de los pies. —¿A quién has venido a ver?

Balbucea en busca de aire, pero sigue sin responder.

Suspiro. —Hagas lo que hagas aquí, debe ser muy importante para que el jefe te deje saltarte la gran reunión de hoy.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Cómo sabes que...?

—Ya lo sé todo —digo bruscamente—. Igual que ya sé por qué estás aquí. La única razón por la que te lo pregunto es para darte la oportunidad de ser útil.

Nikandr se enteró de la reunión entre Akim y su misterioso traficante de armas hace unos días. Hay muy poca información más allá del hecho de que la reunión se está produciendo. "Dónde" y "con quién" siguen encabezando mi lista de preguntas. Me encantaría saber qué piensa este *mudak*.

Lo levanto un poco más del suelo y gimotea. —Es tu chica. La rubia.

—¿Ni siquiera sabes su nombre?

—No necesito saberlo —dice—. Tengo una foto.

Hace un gesto hacia el coche. Miro a su lado y veo una imagen ampliada de Luna sentada en el asiento del copiloto. Es de anoche. Está de pie junto a mi mesa, con la cadera inclinada hacia un lado y una mano tocando su pelo rubio. La imagen está un poco borrosa, pero es inconfundible.

Vuelvo a centrarme en él, con los dedos ansiosos por aplastarle la tráquea. —¿Cuál era tu objetivo?

—Vigilarla y...

—No me mientas, maldición —gruño—. Ya me has hecho perder bastante tiempo hoy. Pierde un segundo más y me aseguraré de que no veas el siguiente.

Traga saliva. —¡Solo hacía lo que me decían! Akim quería a alguien apostado aquí para que cuando ella saliera...

—La mataras.

Agacha la cabeza. —No es nada personal. No para mí. Es solo otro trabajo.

—Lo comprendo perfectamente —lo bajo al suelo y retrocedo medio paso—. Por ejemplo, voy a matarte aquí mismo, en la acera, pero no es nada personal. Solo es otro trabajo.

Cuando le aprieto la pistola en un lado del cuello, cierra los ojos. —¡Te diré lo que quieras saber! Solo, por favor, por favor, no me mates.

—¿Con quién se va a reunir Akim?

—No lo sé.

Chasqueo la lengua y amartillo el arma. —Inténtalo de nuevo.

—Realmente no lo sé —insiste—. Todavía estoy verde. Me envían a trabajos como vigilancia nocturna para eliminar a una mujer de camino a casa. No estoy en la mezcla para muchas de las cosas más importantes.

La forma en que sugiere despreocupadamente que eliminar a Luna es un trabajo servil tiene mi dedo apoyado en el gatillo. —Una última oportunidad. Dime lo que sabes o...

—¡Budimir! —jadea—. Akim se va a reunir con un tipo llamado Budimir. Es todo lo que sé, lo juro.

Que me aspen. Un nombre. Tenemos un nombre.

Tal vez este desvío no fuera una pérdida de tiempo, después de todo.

Retiro el dedo del gatillo y retrocedo. El soldado se desploma contra el coche. Parece un poco verde. Algo me dice que no está acostumbrado a que le amenacen.

—Gracias por tu sinceridad.

Me mira con las cejas fruncidas. —¿Estamos bien?

Asiento y hago un gesto hacia el coche. —Ya está. No necesito nada más de ti.

No me quita ojo mientras se desliza por el lateral del coche y se deja caer en el asiento del conductor.

Realmente no necesito nada más de él. —No olvides esto —le doy la vuelta a la pistola y se la tiendo con la empuñadura por delante.

Alarga la mano temblorosa hacia ella. En el momento en que sus dedos rodean la empuñadura, enrosco mi mano alrededor de la suya, le retuerzo la muñeca y le aprieto el arma bajo la barbilla.

Ni siquiera tiene tiempo de suplicar por su vida antes de apretar el gatillo.

Dejo que su brazo y la pistola caigan naturalmente sobre su regazo. Cuanto menos arreglado parezca, mejor.

Dije que no necesitaba nada más de él y lo dije en serio. No necesitaba que volviera directamente al cuartel general de Gustev para decirle a Akim que sé que vigilan a Luna *y* el nombre de su proveedor de armas.

Cierro la puerta del coche de una patada, sellando al miserable bastardo en su tumba de cuatro ruedas. —Un placer hacer negocios contigo, amigo mío.

LUNA

No es obvio simplemente caminar por la mansión de Yakov, especialmente cuando estás allí por primera vez después de unas copas y mareada por haberlo besado en el trayecto en coche, pero la seguridad es estricta.

Al principio no me fijé en las cámaras, pero ahora las veo por todas partes. Ojos negros y brillantes que vigilan y graban desde todos los detectores de humo, relojes y espejos de la casa. En los lugares donde no pude encontrar cámaras, como en los cuartos de baño o justo fuera de lo que debe ser el despacho de Yakov, hay puertas cerradas. O, mejor aún, criadas que "casualmente" aparecen de la nada para ver si necesito ayuda con algo.

—Estaría bien algo de ayuda con mi plan de fuga —dije después de que la tercera criada se acercara mientras yo sacudía el picaporte del despacho—. Y, si tienes una llave para esta puerta, sería estupendo.

Sonrió como si le hubiera pedido un vaso de leche y siguió por el pasillo haciendo cualquier maldad que hace en la mansión de Yakov. Probablemente desempolvar el armario de armas de pinchos de su calabozo.

Probé las puertas delantera y trasera en cuanto se fue Yakov. Ambas estaban abiertas. Salí y me quedé en el porche. No apareció nadie para empujarme dentro... pero noté que me miraban.

Un hombre que tiene suficientes criadas, mayordomos y jardineros para un partido de fútbol de tamaño normal, seguro que tiene unos cuantos guardias de seguridad escondidos entre los arbustos. Seguro que también son de lo mejor. Seguro que les paga lo suficiente para que estén dispuestos a tumbarme si salgo corriendo.

Por si no fuera suficiente disuasión el hecho de que me eche un guardia, mis poco prácticos tacones de noche de cita cierran el trato. Apenas puedo andar con ellos, y mucho menos correr.

Lentamente, doy tres vueltas al interior de la casa. Intento memorizar la distribución del lugar por si me resulta útil más adelante, pero sobre todo observo que Yakov tiene un gusto artístico irritantemente bueno. "Culto" se añadiría a la creciente lista de sus buenas cualidades si yo no hubiera triturado, quemado y esparcido mentalmente al viento las cenizas de esa lista.

Sin ningún plan de huida y sin nada más que hacer, finalmente salgo al patio trasero y me dirijo a la piscina.

Unas amplias escaleras conducen del patio de cemento a una zona de estar empotrada. Hay sillas, tumbonas y mesas medio sumergidas en el agua. En otras circunstancias, cogería mi sombrero para el sol, mi libro y me dejaría caer en una de esas sillas. Me sumergiría en el agua poco profunda durante horas mientras leo y tomo sol.

Pero, en estas circunstancias, no tengo bañador. Ni sombrero para el sol. Ni siquiera un cepillo de dientes, ya que estoy enumerando cosas que harían mi vida un poco más agradable. Así que me conformo con bajar al borde de la piscina y dejar que mis pies cuelguen en el agua.

Sinceramente, no es un momento terrible. Hasta que recuerdo que estoy prisionera de un hombre que puede o no estar clínicamente loco. Y si no está loco y todo lo que me ha dicho esta mañana es cierto, entonces alguien viene a por mí.

Por lo que veo, no hay ninguna opción buena.

Mi rutina habitual para las citas nocturnas consiste en enviar mensajes de texto a mis amigos para ponerlos al día de dónde estoy y con quién. Si no hubiera estado tan enfadada con Kayla anoche, le habría enviado un mensaje de texto en el trayecto en coche antes de que Yakov me robara el teléfono. Así, al menos habría una pequeña esperanza de que alguien en algún lugar me estuviera buscando.

Así las cosas, nunca me he sentido más sola.

Así que, cuando Hope sale de la casa principal en dirección a la casa de la piscina, aprovecho la oportunidad de mantener una conversación humana.

—¡Hope! —agito un brazo sobre mi cabeza y ella gira hacia mí al instante.

No la he visto desde esta mañana en la cocina, pero una cara conocida es una cara conocida. Los mendigos encarcelados no pueden elegir.

—¿Puedo ofrecerle algo, señora? —pregunta cortésmente.

No tenía ningún plan cuando la llamé, pero me viene todo de golpe. —¡Oh, sí! Sí, de hecho, podrías. Perdí mi teléfono en alguna parte. No estoy segura de dónde. Pero solo necesito hacer una llamada rápida. Cinco minutos como mucho.

No debería costarme mucho decirle a Kayla que su plan de encontrarme un novio hizo que me secuestraran.

Hope me lanza una sonrisa comprensiva que me hace desfallecer de decepción antes de que pueda siquiera decir una palabra.

—Supongo que eso va contra las normas —refunfuño.

—Me despedirían —explica, disculpándose—. Lo siento.

—En mi opinión, todos salimos ganando. Ayudas a una persona inocente a escapar de un secuestro y ya no tienes que trabajar para un psicópata.

La comisura de sus labios se tuerce en una sonrisa involuntaria. —El Sr. Kulikov no es un psicópata. En realidad, es bastante simpático.

Le hago un gesto para que se vaya. Si no va a ayudarme, no quiero hablar con ella. —Sí, sí. Lo oí preguntar cómo estaba tu madre. A mí también me engañó, hasta que cerró las puertas.

—No ha cerrado las puertas. Ahora está fuera.

Cruzo los brazos y me encorvo. —Simbólicamente.

Hope mira hacia la casa. Sus ojos escrutan las ventanas y las puertas. Luego se agacha a mi lado, con voz grave. —Si Yakov te retiene aquí, es por tu propio bien. Confía en mí.

—Ni siquiera te conozco. No puedo confiar en nadie.

—Puedes confiar en mí —sonríe—. Llevo casi ocho años trabajando para la familia Kulikov. Primero trabajé para el padre de Yakov. También era simpático. Luego pasó todo y Yakov se convirtió en mi jefe.

—¿"Pasó todo"? ¿Qué significa eso?

Hope vuelve a sacudir un poco la cabeza. —Tampoco puedo decírtelo.

Gimo. —No puedes ayudarme, no puedes decirme nada, y llevas ocho años trabajando con esta gente. Tengo que decir que no pareces muy de fiar, Hope. Probablemente te han lavado el cerebro para que pienses que esto es normal.

—Esto no es normal —concuerda—. Lo sé. Pero que no sea normal no significa que no sea correcto. El Sr. Kulikov es un buen hombre. Confío en él. Si lo dejas, cuidará de ti.

—¿Por qué tiene que cuidarme? —bajo la voz—. ¿Quizá si pudieras decirme quién me persigue, me ayudaría? Ni siquiera sé de qué me están salvando.

Hope se levanta. —Lo siento, pero no puedo. Tendrás que hablarlo con el Sr. Kulikov.

—Hablas como alguien que nunca ha intentado hablar con él —murmuro—. Hace que esquivar preguntas parezca un deporte olímpico.

Hope me ignora y esboza una sonrisa brillante. —Hay bañadores en la casa de la piscina, por si quieres darte un chapuzón.

—No estoy de humor —miento. En realidad, no me importaría, pero es el principio de la cuestión. No quiero que parezca que me lo estoy pasando bien por si alguien en esta casa se olvida de que estoy aquí contra mi voluntad.

Ella sigue sonriendo. —Es tu elección. Pero yo digo que, si vas a estar aquí un tiempo, será mejor que lo aproveches al máximo. Hay sitios peores donde estar atrapada.

—No estoy *atrapada* —siseo—. Soy prisionera. Eres cómplice de secuestro, lo sabes. Cuando salga de aquí, también daré tu nombre a la policía.

—De acuerdo —dice suavemente—. También es tu elección.

Hope se va y no veo a nadie más durante un par de horas. Podrían estar todos de descanso. Lo más probable, sin embargo, es que se haya corrido la voz de que estoy sonsacándoles información e intentando entrar en habitaciones cerradas. Seguro que se mantienen alejados de mí.

No es que importe. De todas formas, ninguno de ellos es de ayuda. Su amor por Yakov es muy profundo. No encontraré amigos en su equipo.

Cuando el sol está directamente sobre mi cabeza, decido refugiarme en el interior en busca de algo de sombra. Cojo una botella de agua de la nevera y me dirijo a la biblioteca.

Su enorme tamaño aún me deja sin aliento. Quizá, cuando nadie me vea, me subiré a la escalera de madera y fingiré que soy una princesa de cuento de hadas. Ahora mismo, solo quiero escapar. Si no puedo hacerlo literalmente, lo haré ficticiamente.

Pero Yakov consigue arruinar también esos planes.

—Una habitación entera llena de libros y ni un solo romance —murmuro para mis adentros.

Es increíble la cantidad de gente que dice ser culta y, sin embargo, nunca ha cogido una novela romántica. Teniendo en cuenta que Yakov solo me sedujo para llevarme a su casa y poder retenerme como rehén, supongo que no me sorprende tanto.

Después de rebuscar un rato en las estanterías, cojo una polvorienta novela de fantasía y me acurruco en el sofá.

Dos horas y cien páginas más tarde, sigo allí sentada cuando oigo el barítono familiar de su voz que se acerca por el pasillo.

Se me retuercen las entrañas.

Es una mala costumbre y me gustaría que parara. Estoy evolutivamente predispuesta a encontrar atractivo a un hombre con una voz profunda y aterciopelada. Eso es todo. Porque la última vez que vi a Yakov me miró a los ojos y me dijo que no me quería aquí.

Esto no me alegra más que a ti.

Lo dudo mucho. Porque lo único peor que estar en un sitio donde no quieres estar es saber a ciencia cierta que nadie más te quiere allí tampoco. Definitivamente, soy la menos feliz de todos en esta mansión.

Pero, si Yakov realmente no me quiere aquí, ¿por qué me trajo con él en vez de dejarme en el restaurante? ¿Por qué se levantó temprano y me preparó el desayuno?

Anoche me dijo que nunca hace nada que no quiera hacer. No tengo ni idea de qué creer sobre gran parte de lo que está ocurriendo, pero una pequeña parte de Yakov Kulikov es al menos un poco bondadosa.

Con suerte.

Si no consigo que me deje marchar de una vez, quizá pueda hacer algunas cosas a mi favor.

Tiro mi libro a un lado y voy al encuentro de mi secuestrador.

YAKOV

Cuando paso por delante de la biblioteca, las puertas dobles se abren y golpean las paredes de ambos lados. Luna está en la puerta con su vestido arrugado y maquillaje de dos días. Tiene un aspecto horrible.

También tiene un nuevo tono rosado en la piel. Los guardias mencionaron que pasó la mayor parte del día en la piscina.

—Quiero irme a casa.

—Hola a ti también —paso junto a ella, pero siento que me sigue de cerca.

—Perdona, ¿esperabas que te esperara en la puerta con una tarta recién hecha y un delantal puesto? —la imagen de Luna con un delantal con volantes, *solo* un delantal con volantes, ocupa demasiado espacio en mi cerebro. La alejo justo cuando Luna se da la vuelta y se detiene delante de mí, con las manos en las caderas—. Deja que me vaya.

—No.

—¡No puedes retenerme aquí para siempre!

—No quiero retenerte aquí para siempre —me doy vuelta y me dirijo a mi habitación.

Luna va descalza y trota detrás de mí. Es aún más menuda sin tacones. Tiene que dar dos pasos por cada uno mío. —No me quieres cerca, pero no dejas que me vaya. Quieres retenerme durante un número aleatorio e incognoscible de días, ¿y luego qué? ¿Me dejarás marchar sin más?

—Sí. Al borde de una carretera si tienes suerte. Al borde de un precipicio si *yo* tengo suerte.

—*Ja, ja*. Haces todo esto para mantenerme a salvo. Si me quisieras muerta, ya lo estaría.

No se equivoca. Pero la ignoro y atravieso la puerta de mi habitación.

Hoy han venido las asistentas y han hecho la cama, pero sigo oliendo a Luna por todas partes. Menos de veinticuatro horas en mi casa y ya se ha filtrado en las fibras.

Tengo habitaciones de invitados más que suficientes. Podría alojarla en cualquiera de las que hay en el lado opuesto de la mansión, cerrar la puerta y tirar la llave. Pero quiero tenerla cerca.

Aunque solo sea porque tengo la sensación de que Luna va a ser mucho más problemática de lo

que parece.

—Si no vas a matarme, lo menos que puedes hacer es decirme quién me persigue.

—Lo menos que podía hacer era dejarte en el restaurante para que te defendieras de los lobos tú sola. No me pidas lo mínimo, *solnyshka*.

—Vale, hay algo. ¿Qué lobos? —pregunta—. ¿Esto es como *Amor sin Barreras*? ¿Con los Jets, los Sharks y los lobos?

Sacudo la cabeza. —No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Parece personalmente ofendida. —Es un musical. Seguro que ya has oído hablar de él. Puedo cantarte un poco si...

—Si quieres sacarme respuestas, tendrás que esforzarte más. Me educaron para soportar la tortura —dejo caer el reloj sobre la cómoda y me giro para mirarla.

—Nunca sé si hablas en serio —entrecierra los ojos en finas rendijas azules que intentan leer cada uno de mis pensamientos.

No le doy nada. Empiezo a desabrocharme la camisa y veo que el puño está chamuscado por la pólvora. Debería haberme remangado la camisa antes de matar a ese soldado de Gustev. Por otra parte, ¿para qué sirve un sastre personal si no es para mantenerme nadando en camisas de vestir a medida? Giorgio estará encantado de tener algo en lo que trabajar.

Me quito la camisa estropeada y la dejo caer al suelo del armario.

—¡Yakov! —Luna golpea el suelo con el pie—. Háblame. Dime algo, por favor. Quiero entender de dónde vienes, pero, si no me dices nada, entonces no podré...

Las palabras mueren en su garganta cuando me doy la vuelta. Sus ojos se abren de par en par mientras bajan muy, muy lentamente por mi pecho.

Planeaba sacar a Luna de su eje. Iba a dejar que me siguiera mientras hacía mi rutina normal: desvestirme, ducharme. Pero un vistazo a la piel y Luna se muerde el labio inferior y me mira como si buscara la forma más eficaz de trepar por mí. Si no tengo cuidado, *ambos* caeremos en la trampa que he tendido.

—No trabajo con gente que no tiene nada que ofrecer —paso junto a ella, lo bastante cerca como para que nuestras manos se rocen. Ella se echa hacia atrás cuando paso y se rodea el pecho con los brazos.

—¿Cómo sabes que no tengo nada que ofrecer? ¿Y si conozco a esas personas que me persiguen? Quizá podría...

—No las conoces.

Resopla con fuerza. —Pero quizá podría averiguar quiénes son y...

—No puedes.

—Pero si me dejas, entonces podría...

—No lo haré.

Suelta un grito agudo y frustrado. —¿Me dejas terminar?

Sacudo la cabeza. —No.

—Eres un auténtico imbécil, ¿sabes? —se deja caer en el extremo de mi cama, y definitivamente no pienso en la última vez que estuvo allí... con las piernas abiertas, las manos en mi pelo—. Debería haberme dado cuenta enseguida, pero estaba en negación. Estaba tan desesperada por tener una buena cita que dejé de lado todas mis reservas y esperé lo mejor.

Saco una camiseta gris oscura del cajón y me la pongo encogiéndome de hombros antes de volverme hacia ella. —Buena observación. Percibí todas tus reservas. Sobre todo durante tu tercer orgasmo. Parecías tan insoportablemente conflictuada.

Se sonroja de nuevo. Estoy esperando a que se vaya. Que se aleje encorvada, avergonzada y con los ojos llorosos. En lugar de eso, se levanta y me hunde un dedo en el pecho. —Nunca he dicho que tuviera reservas sobre tu polla. Supuse que sería satisfactoria desde el principio.

¿Cómo me encontré al azar en una cita con la única mujer que me ha sorprendido? Si fuera cualquier otra, le partiría el dedo en dos en cuanto se le ocurriera tocarme. En realidad, si fuera cualquier otra, habría tenido demasiado miedo para intentarlo siquiera.

Sé qué esperar de todos los demás en mi vida. Pero Luna es una desconocida. No sabe lo suficiente como para tenerme miedo...

Sin embargo.

—¿Tratas así a todo el mundo en tu vida? —replica Luna—. Dijiste que tenías una familia, pero las únicas personas que he visto por aquí son contratadas. ¿Dónde están los demás?

—Eso no es algo que necesites saber.

Ella gime. —Bien, Sr. Guardián del Conocimiento, ¿qué crees que necesito saber?

—Por ahora, lo único que necesitas saber es que estás a salvo en esta casa.

—Esto parece el puto Día de la Marmota —murmura. Empieza a darse vuelta, pero se detiene y vuelve a mirarme—. De acuerdo. Si quieres que me quede en tu casa, me quedaré. No más fugas...

—No puedes escapar.

Ella entrecierra los ojos. —Pues nada de *intentar* escapar. Pero con una condición.

—No tengo ni puta idea de por qué te crees en condiciones de hacer un trueque conmigo.

—Soy optimista —se encoge de hombros—. Además, quiero ponerme algo aparte de este estúpido vestido y los tacones.

—Puedo comprarte ropa.

Sacude la cabeza. —Quiero mi ropa. Puedes venir conmigo si lo necesitas, pero quiero ir a mi apartamento y...

—En absoluto.

Es probable que Akim se haya dado cuenta de que el soldado que plantó frente al edificio de su apartamento no lo está informando. Puede que incluso sepa que está muerto a estas alturas. Hice que pareciera un suicidio para las autoridades, pero Akim sabrá que no es así. Si es listo, pondrá a alguien con un poco más de discreción en el trabajo.

El caso es que, si Luna se acerca a menos de tres manzanas de su apartamento, Akim lo sabrá.

No puedo arriesgarme.

—Solo una hora —suplica—. Quiero coger algunas de mis cosas. Ropa, maquillaje, mi ordenador, mi gato.

Sacudo la cabeza. —Ni de coña. No vas a traer un gato a mi casa.

—¡Pero Gregory morirá si no hay nadie para darle de comer!

Tiene que estar de broma. —¿Quién llama Gregory a su gato?

—Alguien cuyo primer amor fue Gregory Peck en *La princesa que quería vivir* —levanta la barbilla, no tan avergonzada como debería—. Es un buen nombre. Noble.

—Noble o no, tu maldito gato no va a vomitar bolas de pelo por toda mi casa.

—Solo lo hace una vez cada varias semanas. Ni siquiera es para tanto —me agarra del brazo y me rodea suavemente la muñeca con los dedos. Sus ojos azules están muy abiertos y desesperados—. Por favor, Yakov. Me aseguraré de que no haga ningún desastre. Ni siquiera te darás cuenta.

Las mascotas nunca han tenido sentido para mí. Dedicas tiempo y dinero a cuidarlas, ¿y para qué? Son una carga, en el mejor de los casos.

Luna también es una carga. Y lo será aún más si me niego. Veo el camino a seguir: Dejo que Gregory se pudra, Luna llora a moco tendido y mi vida se complica.

Además, un gato podría mantenerla ocupada. Estará tan ocupada recogiendo su mierda que yo tendré cinco putos minutos de paz para pensar cómo erradicar a Akim Gustev.

—Bien.

Salta arriba y abajo, todavía agarrada a mi brazo. Estoy menos concentrado en cómo se mueve mi cuerpo y mucho más en el suyo. El vestido no hace mucho por mantenerla en su sitio. Las cosas rebotan y tiemblan y... maldición, estaría bien que se pusiera otra ropa. Como una parka.

Saco el brazo de su agarre. —Pero no puedes salir de la mansión. Enviaré a alguien a tu apartamento a buscar lo que necesites.

—Es mi casa. No quiero extraños en mi casa.

Me encojo de hombros. —Entonces, despídete de Gregory. Estoy seguro de que ha vivido una vida muy plena y llena de sentido.

—¡Solo tiene dos años! —frunce el ceño y se muerde el labio. Veo cómo su determinación se

desvanece poco a poco, hasta que finalmente suspira—. De acuerdo. Vale. Haré una lista de lo que quiero y te daré los códigos de las puertas principales, el buzón y la puerta de mi apartamento.

—No es necesario —paso junto a ella en dirección a la puerta.

—¿Cómo vas a entrar sin llave? —grita tras de mí.

Ahora que ya no puede verme, por fin puedo sonreír. —De la misma forma que consigo todo lo que quiero: por la fuerza.

Luna no me sigue fuera del dormitorio. No importaría que lo hubiera hecho. Abro la puerta de mi despacho, entro y cierro inmediatamente.

Puede que deje entrar a Luna y a su gato en mi casa, pero de ninguna puta manera la dejaré entrar en mi negocio.

Me dejo caer en la silla del escritorio y saco el teléfono. Nikandr contesta al primer timbrazo. —He estado investigando el nombre que me diste antes, pero aún nada —dice en lugar de un saludo—. Resulta que hay muchos Budimirs. Imagínate.

—Al final lo reduciremos. Estas cosas llevan su tiempo.

La paciencia nunca fue mi fuerte, pero tuve que mejorar en ella después de que la Bratva Gustev matara a mi padre. La venganza no es algo que se pueda apresurar.

—Nunca has dicho de dónde has sacado el nombre —comenta Nik—. ¿Quién fue tu contacto? Ninguno de los míos sabía nada.

—Se lo saqué al soldado que Akim envió a vigilar el apartamento de Luna... antes de matarlo.

—Mierda —susurra—. Bueno, parece que entonces tomamos la decisión correcta al mantenerla en tu casa. Akim la habría matado a la primera oportunidad.

Ese pensamiento ha estado alojado en mi cabeza todo el día. *¿Qué podría haber pasado si hubiera dejado a Luna en aquel restaurante?*

Lo que pasó porque *no* la dejé en el restaurante también se me ha quedado grabado en la cabeza.

No estoy acostumbrado a esto. Pensar en una mujer *después* de habérmela follado. Es un territorio nuevo para mí. Sin duda, se debe a que está atrapada en mi casa y le gusta seguirme a todas partes, acribillándome a preguntas. En cuanto la saque de mi vida, se irá de mi cabeza. Estoy seguro.

—Hablando de eso, ¿cómo es tu nueva compañera de piso? —pregunta Nik—. ¿Ya se han repartido los servicios y han hecho una tabla de tareas?

Me sacudo los recuerdos de Luna y subo los pies al escritorio. —El único que está haciendo tareas aquí eres tú. Necesito que vayas a su apartamento y recojas algunas cosas.

Silba. —Primer día y ya la estás mudando. ¿Cuándo es la boda?

No me gusta animarlo, pero no puedo evitar reírme. —Será el día en que se congele el infierno.

Nik sabe que no tengo planes de casarme. No después de ver lo que perder a mi padre le hizo a mi madre.

Mis padres estaban tan enamorados como pueden estar dos personas. Es raro en los de nuestro tipo, sobre todo en las generaciones mayores. Hay muchos matrimonios concertados y negocios ocultos entre los votos. Pero mis padres eran auténticos. Hicieron que funcionara durante décadas, y aun así desapareció en un puto segundo. En un abrir y cerrar de ojos.

Sé de cerca lo que se siente cuando te arrancan el amor.

No tengo ningún interés en ser el que se queda atrás.

—Marcaré el gran día en mi calendario —Nik se ríe entre dientes—. Entonces, ¿qué voy a coger? Si se parece en algo a Mariya, podría coger todo lo que hay en el armario, el baño y la despensa y aun así no sería suficiente.

—Luna no es nuestra hermana. No es de la familia y esto no son unas vacaciones. Coge lo esencial —tamborileo con el dedo sobre el escritorio y pongo los ojos en blanco—. Y a su gato.

Nik balbucea, como si se estuviera ahogando. —Odias a los gatos.

—No lo estoy adoptando; solo dejo que lo traiga aquí para que no se muera de hambre. Le dije que lo mantuviera alejado de mí. Si esa cosa se me acerca, la mataré.

—De acuerdo. Lo que usted diga, *capitán*.

Le está dando demasiada importancia a esto, pero me importa una mierda. Si esta pequeña bola de pelo va a impedir que Luna se suba por las paredes y meta las narices en mis asuntos, entonces un poco de pelo de gato merecerá la pena.

Lo que haga falta para mantenerla a salvo... *y* lo más lejos posible de mí.

LUNA

Confía en tu instinto. Escucha a tu corazón. Sigue tu intuición.

La gente suelta tonterías abstractas como si lo resolvieran todo. Si a ellos les soluciona todo, vaya. ¿Qué pasa con la gente como yo?

¿Se supone que debo confiar en mi instinto? ¿El mismo instinto que me decía que estaba bien que Benjy se marchara cada vez que nos peleábamos y se fuera durante días? *Definitivamente no te está engañando,* me decía mi instinto. *Te quiere*.

No hablemos de mi corazón. Escuchaba a ese hijo de puta cada vez que Benjy se enfadaba y gritaba cosas que luego juraría que no quiso decir. Cosas como “eres una inútil” y “eres la razón por la que bebo”. Cuando me dijo que yo era como un ancla que lo arrastraba hacia abajo, mi corazón me dijo que ese era el precio del amor.

Porque creía que lo quería. A pesar de todo, creí estar enamorada de Benjy hasta el final.

Por eso estoy sentada frente a Yakov en la isla de la cocina, viéndolo hacer huevos revueltos y tostadas, sin saber qué pensar del hombre que tengo delante.

Creo que me está diciendo la verdad sobre cualquier peligro que me aceche ahí fuera, pero no puedo estar segura. También podría ser un sociópata cualquiera que encierra a las mujeres por diversión. Su casa es lo bastante grande. Podría haber mujeres encadenadas en habitaciones por todas partes y nunca nos cruzaríamos.

Casca un huevo con una mano como un profesional y, de repente, mis partes femeninas quieren intervenir y orientar al resto de mi cuerpo confundido.

—¿Hay alguna otra habitación en la que quieras que duerma? —pregunto, intentando distraerme.

—No.

—Pero es en tu habitación donde estoy, ¿no? Es donde está toda tu ropa.

Ya sé la respuesta porque ayer por la tarde presencié en primera fila cómo se quitaba la camiseta. La noche que me trajo a su casa, estaba oscuro y pasaban muchas cosas. No pude verlo bien.

Pero ayer no estaba oscuro. Vi cada hondonada, cresta y valle de la sección media de Yakov a plena luz del sol, sin filtros. Y *oh, misericordia*. Menudo torso.

—Tus dotes de deducción son impresionantes —murmura.

Todo conjunto perfecto de abdominales debe tener un defecto. El de este es que está unido a un imbécil.

Un imbécil que me está preparando el desayuno ahora mismo.

Un imbécil que anoche fue a mi apartamento y me trajo ropa limpia y salvó a mi gato de morir de hambre.

Un imbécil complicado. El peor tipo de imbécil.

—Solo digo que puedo mudarme a otra habitación si quieres. No tengo por qué quedarme allí si...

—Si me estorbas, me aseguraré de que no lo hagas. Hasta entonces, come —desliza un plato hacia mí.

Los huevos están imposiblemente esponjosos y no sabía que fuera posible hacer tostadas sin quemarlas, porque Dios sabe que nunca lo he conseguido. Tengo hambre, así que doy unos bocados antes de retomar la conversación que él desea que deje.

—Me resulta difícil estorbarte cuando ni siquiera duermes allí.

Por las ojeras que tiene, no creo que duerma en ningún sitio.

Planta las palmas de las manos en la encimera de mármol y se inclina hacia delante. —¿Me echaste de menos anoche, Luna?

Debería ser ilegal que me sienta así de bien cuando dice mi nombre. Como si acariciara con un dedo la columna de mi cuello.

Mi cuerpo se acalora y prácticamente entierro la cara en mi plato. —Solo intento cumplir mi parte de nuestro trato. Fuiste a mi apartamento y me trajiste algunas de mis cosas, así que quiero ser una buena cautiva. Una prisionera modelo, si prefieres.

—Si esperas una liberación anticipada, sigue soñando.

Un millón de preguntas que sé que no responderá florecen y mueren en mi cabeza. No me dirá cuál es la amenaza, lo que significa que no me dirá cómo piensa acabar con ella, lo que significa que no me dirá cuánto tiempo va a tardar.

No puede, o no quiere, contarme nada de su vida.

Quizá me diga algo sobre la mía.

—Necesito que me devuelvas el teléfono.

Sacude la cabeza con disgusto. —Y yo que pensé que traerte el gato me compraría al menos una mañana sin peticiones estúpidas.

—No es una estupidez. Tengo que llamar a mi jefe.

—¿Y decirle qué? —pregunta Yakov.

—¡Que estoy viva! —respondo bruscamente—. Que me gustaría conservar mi trabajo, pero tengo que ocuparme de una urgencia y no puedo ir a la oficina hasta dentro de unos días.

La mandíbula de Yakov se tensa y me invade el pánico. Supuse que todo lo que había dicho de que me quedaría aquí indefinidamente era una exageración. Es difícil imaginar un problema que Yakov no pueda resolver en una semana.

—Esto acabará en unos días, ¿no? —pregunto lastimosamente.

Deja caer la sartén en el fregadero y limpia la encimera. —Me estoy encargando.

—¿Encargándote de qué? ¿De la amenaza o de mi jefe?

—Las dos cosas —gruñe—. Yo me encargo de todo, Luna. Cállate cinco putos minutos y déjame hacerlo.

Empujo mi plato como una mocosa, haciendo volar una tostada al suelo. —Siento no estar lo bastante relajada para ti. Resulta que tener toda mi vida patas arriba es un poco estresante. Ni siquiera sé si voy a tener trabajo cuando vuelva a mi vida. Puede que no te identifiques, pero prefiero no estar sin techo.

Sin perder un instante, Yakov me echa otra rebanada de pan tostado en el plato para sustituir la que he tirado. —Acabo de decirte que yo me encargo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no te vas a quedar sin casa.

Arqueo una ceja. —¿Piensas pagarme el alquiler, entonces?

Me mira fijamente, con la boca obstinadamente cerrada.

—Vaya. De verdad que no vas a decirme nada, ¿no?

Su silencio es respuesta suficiente.

—Esto no es normal —le digo, señalando su cara con un dedo—. La gente normal habla más que esto. Habla mucho más que esto. Por ejemplo, mi mejor amiga. Kayla. Habla sin parar. Y, como lleva dos días sin saber de mí después de nuestra cita, me sorprendería que no estuviera de camino para hablar con la policía ahora mismo.

—Me importa una mierda lo que le diga a la policía.

—Puede ser. Pero tu vida sería mucho más fácil si la policía no viniera a husmear. ¿Verdad?

Sus ojos verdes son del color de las hojas después de la lluvia primaveral... y completamente ilegibles.

Entonces, sin previo aviso, saca el teléfono del bolsillo trasero y me lo desliza por el mostrador. —Tienes cinco minutos. Y voy a escuchar cada puta palabra.

LUNA

Mi pulgar se cierne sobre el botón de llamada mientras Yakov enumera regla tras regla tras regla. —No digas mi nombre. No le des mi dirección. No le digas que estás en peligro.

—Lo sé —gimo—. No soltaré ninguno de tus profundos y oscuros secretos. No tienes de qué preocuparte.

Pulso el botón de llamada y empieza a sonar. Pero Yakov pone la mano sobre el altavoz y me susurra al oído—: Sé que yo no. Pero *tú* sí. Lo último que necesito son dos pasivos de los que ocuparme. ¿Lo entiendes?

El timbre deja de sonar y Kayla descuelga. —¿Luna? Hola?

Pero me quedo helada, porque la mano de Yakov sigue cubriendo la boquilla y sus labios rozan mi piel con cada palabra. —Si le cuentas a tu amiga algo que no debes, vivirás para lamentarlo. Ella no.

El corazón me late con fuerza. Estoy temblorosa y no estoy segura de si es por la amenaza de Yakov o por el hecho de que aún puedo sentir el calor de su aliento en mi cuello.

—¿Luna? —pregunta Kayla—. ¿Estás ahí? ¿Me oyes?

Me trago los nervios y me inclino sobre el teléfono. —Hola, perdona. Soy yo.

Luego hay una larga pausa—: "*Perdona*", dice. "*Hola*", dice. Como si no llevara dos días seguidos reventándote el teléfono.

Deslizo el dedo hacia abajo en la pantalla de notificaciones y, sorpresa, hay un montón de llamadas y mensajes de Kayla.

—¡En serio! —grita—. Sé que estás enfadada conmigo por lo de la cita a ciegas sorpresa. Lo entiendo. Pero aplicarme la ley del hielo no está bien. Tenía miedo.

Ya somos dos.

Cuando Yakov enumeraba su larga lista de normas, yo no prestaba atención. Sé lo que no puedo decirle. Es evidente.

Lo que no es tan obvio es lo que *puedo* decirle. Nunca he sido una buena mentirosa. Y menos cuando le miento a mi mejor amiga.

—Lo sé. Lo siento. Es que estaba... muy enfadada.

Hay un instante de vacilación antes de que Kayla vuelva a hablar. —¿Qué te pasa? ¿Por qué suenas tan rara?

Yakov está de pie junto a mí, lo bastante cerca como para que su brazo me roce cuando me alejo bruscamente del teléfono como si me hubiera electrocutado.

Apenas he soltado dos frases y Kayla ya sospecha. Me arrastro las manos por la cara y busco la mejor explicación que se me ocurre. —Me estoy recuperando de un resfriado. Todavía estoy un poco congestionada.

—No me refería a tu voz —suelta—. Es que suenas... rara. ¿Sigues enfadada conmigo?

A esta puedo responder con sinceridad —No. No sigo enfadada.

Daría cualquier cosa por poder hablar con ella ahora mismo. Ella es la razón por la que estaba en el restaurante en primer lugar, pero Kayla no podía saber lo que iba a ocurrir. No la culpo de nada de esto.

—Vale, estupendo. ¿Eso significa que estás preparada para contarme cómo ha ido la cita?

—No hay nada que contar. Solo fue una cita. Una cita normal.

Yakov levanta una ceja y yo lo aparto de un manotazo. Lo último que necesito ahora es un motivo más para estar nerviosa.

Kayla resopla. —Una cita “normal” para ti es algo trágico. Sin ofender.

—Entonces fue normal para una persona normal. Estuvo bien. Nada que informar.

Oh, cómo nos reiremos de esto más tarde. Tengo millones de cosas que informar. Un sinfín de información que mi mejor amiga debe saber de inmediato. Como el hecho de que Yakov me ha preparado el desayuno dos veces en dos días mientras que Benjy nunca me cocinó nada en todo el transcurso de nuestra relación. Ni siquiera paró en una gasolinera a comprarme un granizado cuando me tuvieron que extirpar las amígdalas, un desaire que Kayla nunca le perdonó.

Suspira. —Maldición. Qué putada, Loon. Lo siento.

—Es lo que hay.

—No me atrevería a organizarte otra cita a ciegas ahora mismo porque tu amistad es demasiado importante para mí, pero...

—No creo que esa frase necesite un “pero”. Puedes terminarla ahí.

—Pero... —repite Kayla—. Realmente creo que, ahora que has vuelto al ruedo, deberías quedarte ahí. No quiero que te refugies en tu pequeña guarida de hobbit.

—Puede que me gusten las meriendas, pero llamarme hobbit es llevarlo un poco lejos.

Se ríe. —Lo digo en serio. Sé que muchos de los peces de nuestro océano particular son deformes y están enfermos, y les gusta meter la polla en cualquier agujero que encuentran.

Yakov se traga la risa.

—Ve al grano, Kay.

—La cuestión es que hay muchos fracasados ahí fuera, pero, si sigues con ello, sé que encontrarás al pez adecuado para ti —dice—. Alguien atractivo, excitante, amable y todas esas cosas que buscas.

Tengo que luchar para no mirar a Yakov.

Antes de ayer por la mañana, él era ese tipo. Soy realista, sabía que había muchas posibilidades de que las cosas no funcionaran. Pero tenía esperanza. Por primera vez en dos años, tenía esperanzas de encontrar a alguien.

Ahora, me aterra pensar que ya lo he hecho.

—Si ese tipo existe, no se mueve en los mismos círculos que yo. O mi cebo está defectuoso —digo—. Lo único que pesco aquí son neumáticos viejos y flotadores podridos.

—¿Así que no hubo ninguna chispa en tu cita?

Yakov se inclina y chasquea los dedos en voz baja, haciéndome un gesto para que me apure.

—No. Ninguna chispa —lo miro directamente a los ojos—. En realidad, el tipo era de lo peor. Un imbécil poco atractivo.

Yakov pone los ojos en blanco mientras Kayla suspira. —¡Maldita sea! Bueno, ¡no pierdas el ánimo! Quizá podamos salir esta noche y...

—No puedo —digo, un poco demasiado deprisa.

—No para buscar hombres. Para beber. Solo nosotras dos. Claro, si una de nosotras trae un bloc de papel y empezamos a enumerar todas las cualidades que buscas en un chico y luego una de nosotras se lleva ese papel a casa y hace alguna búsqueda por Internet, entonces estaría bien. Pero es solo para nosotras dos.

Sacudo la cabeza. —Eres ridículo. No vamos a hacerlo. Sobre todo porque vas a apartarte de mi vida sentimental y dejar que yo me ocupe de ella. Pero también porque en realidad estoy... fuera de la ciudad.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde ayer por la mañana —miento—. Me enviaron a un viaje de trabajo.

—¿Por cuánto tiempo? Se supone que mañana por la noche tendremos noche de juegos en casa de Lottie.

Dios, casi me olvido de eso. Tal vez que te secuestren no sea tan malo si puedes perderte eso.

—Esta vez tendré que perdérmelo. Pero no pasa nada. Tienes mejores posibilidades si no voy.

—¡Claro que no! Mis posibilidades serán terribles. Si no estás ahí, ni siquiera vale la pena presentarse.

Resoplo. —Vamos, Kay. Todos se emparejan y yo siempre soy la rara. La última vez que hicimos esto, todos se emborracharon y quisieron jugar al *Twister*. El novio de Lottie me hizo ser la encargada de darle vuelta al tablero.

Es agresivamente *poco divertido* gritar partes del cuerpo y colores mientras tus amigos se manosean.

—De acuerdo. Me parece justo. Pero ¿y si traes una cita a la próxima noche de juegos? Entonces tendríamos números pares y...

—Nunca va a ocurrir, Kayla. Y la noche de juegos tampoco va a ocurrir esta semana. No sé cuánto tiempo estaré fuera. El horario es... cambiante.

Ella resopla. —Bien. ¿Necesitas que alimente a Sir Gregory? Puedo pasarme después del trabajo y asegurarme de que no vuelve a arañar tus cortinas.

Yakov me fulmina con la mirada, pero yo no le hago caso. Tiene dinero más que suficiente para cambiar unas cortinas.

—No, no pasa nada. Tengo un vecino que lo vigila.

—Hm. Vale. Si algo cambia, aún tengo mi llave de repuesto. Puedo pasarme.

Por mucho que quiera que mi mejor amiga averigüe qué está pasando, aunque solo sea para tener a alguien con quien hablar de todo, sé que no es una buena idea. Quiero creer que Yakov no haría daño a ninguno de mis amigos, pero no voy a fiarme de mi instinto. Prefiero prevenir que lamentar.

—Gracias, Kay. Te llamaré cuando vuelva.

—Más te vale. Bebidas —anuncia—. Habrá bebidas. Y queso. Y más bebidas.

Me río por primera vez en dos días. —Es una cita.

Cuando cuelgo, sigo sonriendo. Odio mentirle a Kayla, pero oír su voz me ha ayudado mucho.

Entonces, levanto la vista y mi sonrisa se desvanece. Yakov me está mirando fijamente, con sus ojos oscuros y abrasadores.

Recupero el aliento. —¿Qué?

Parpadea y, sin más, la mirada desaparece. Ha vuelto a la normalidad.

Me arrebata el teléfono de la mano antes de que pueda siquiera intentar conservarlo y lo deja caer en su bolsillo trasero.

Respiro hondo, intentando estabilizar mi ritmo cardíaco. Los hombres como Yakov no pueden ir por ahí mirando así a la gente. Siento que voy a arder.

—¿Y bien? ¿Te ha gustado mi actuación? —exclamo.

—Tu amiga se tragó tu historia, si eso es lo que preguntas.

Me encojo de hombros. —¿Qué puedo decir? Soy una buena actriz.

Para mi sorpresa, Yakov asiente. —Ha sido impresionante. Excepto una parte. No me la creí en absoluto.

—¿Qué parte?

—Que no hubo chispa en la cita —pasa a mi lado y se inclina para susurrarme—. Vi a través de ti.

YAKOV

—¿Para qué es todo esto?

Luna está en la puerta del comedor con un vestido rosa pálido y unos tacones altísimos. Le dije a Hope que le transmitiera el mensaje de que se pusiera algo bonito, pero aún me sorprende que Luna me haya escuchado. Pensé que tendría que obligarla a ponerse un vestido. Esto es... inesperado.

—Es la cena.

Luna da otro paso hacia delante, observando el decorado formal y las luces tenues. —Hay flores en la mesa.

Hope debía de saber qué pensaba ponerse Luna. Los tulipanes del centro de la mesa son exactamente del mismo tono de rosa que su vestido.

—Las flores no son para la cena. Son decoración.

Me fulmina con la mirada. —Sé para qué sirven las flores.

—Entonces deja de actuar como si nunca te hubieras sentado a cenar —le acerco la silla—. Siéntate.

Se cruza de brazos, firmemente plantada en la puerta. —¿Es una orden?

—Comer es una habilidad básica de supervivencia. ¿Tengo que obligarte a sobrevivir, Luna?

—Llevar un vestido a cenar no es "supervivencia" —se mira a sí misma—. Esto es lujo. Solo intento averiguar cuál es el truco.

—No hay truco.

Al menos, no uno que yo pueda descifrar.

La idea se me metió en la cabeza ayer, cuando Luna hablaba por teléfono con Kayla. Kayla parloteaba sobre cómo Luna no debía renunciar a las citas. Que tenía que seguir buscando hasta encontrar al hombre adecuado para ella.

Entonces, vi la cara de Luna y todo encajó.

Luna no estaba enfadada porque Kayla siguiera organizándole citas, sino porque seguía

organizándole *malas* citas.

Luna quiere el tipo de chico aburrido, básico y simpático que describió Kayla... Pero no cree que exista.

Maldición, yo no soy ese hombre. Yo lo sé. Luna lo sabe. Pero ni siquiera estoy seguro de que supiera reconocer a ese tipo de hombre si entrara por la puerta ahora mismo, con flores y una caja de bombones en forma de corazón.

Así que le enseño a Luna lo que quiere. No me enamoraré de ella, pero puedo mostrarle cómo debe ser.

Pasa la mano por el respaldo de la silla como si buscara un interruptor de detonación. —No veo qué ganas con esto. Parece una trampa.

—Si quisiera atraparte, no necesitaría una distracción —la cojo de la mano y la arrastro hasta la silla—. Soy más que capaz de conseguir que hagas lo que quiero.

Aparta la mano y la pliega sobre su regazo. —Claro. De la misma forma que consigues todo lo que quieres. *Por la fuerza*. Lo recuerdo.

—No *todo* —me encojo de hombros—. Muchas cosas vienen a mí voluntariamente.

Me sostiene la mirada durante un segundo, atónita, antes de apartar la vista, nerviosa. Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada más, se abren las puertas de la cocina y sacan la comida.

La expresión atónita de Luna no hace más que aumentar cuando le ponen la comida delante. —¿Esto lo has hecho tú?

—Debo de haber preparado un buen desayuno si crees que de repente estoy sofriendo cebolletas y sirviendo un costillar de wagyu perfectamente cocinado.

—A estas alturas, nada de ti me sorprendería —murmura.

Resoplo. Lo dudo mucho. Hay cosas que no sabe de mí que le chamuscarían sus bonitas cejitas hasta arrancárselas de la cara.

—Le pedí un favor a un amigo —explico a regañadientes.

—A eso me refiero exactamente. ¿Quién tiene amigos que sean cocineros de talla mundial?

—No pierdo el tiempo con gente mediocre.

Podría leer más en eso si quisiera, pero llega una distracción en forma de vino, fruta fresca y focaccia caliente con un chorrito de miel. He ultimado el menú esta mañana, pero incluso yo tengo que admitir que parece excesivo ahora que lo tenemos delante.

Luna se queda mirando la mesa y sacude lentamente la cabeza. —¿Hiciste todo esto por... por mí?

Sí. Y ni siquiera intento llevarte a la cama. Busquémosle sentido a esto.

Arrastro una cebolleta por el plato, juntando hierbas y mantequilla. —Yo también tengo que

comer.

—Ya hemos comido juntos antes. Sé cómo es. No es esto —se vuelve hacia mí, con las cejas fruncidas por la preocupación—. ¿Ocurre algo?

—Todo va bien.

Señala el plato de pan. —Hay como cuatro platos delante de nosotros. Estoy intentando averiguar por qué intentas untarme antes de derretirme. Literalmente.

Me paso una mano por el pelo, frunciendo el ceño. —Por el amor de Dios. Nunca me he arrepentido de algo tan rápido en mi vida.

De un modo u otro, siempre vivo para arrepentirme de haber sido amable.

—¿Qué has dicho? —pregunta, con un deje de pánico en la voz—. Si algo va mal, habla conmigo. No tienes por qué hacer todo esto. Sea lo que sea, puedo solucionarlo.

—No hay nada que manejar —me agarro al borde de la mesa. Podría obligarla a mirarme a los ojos y ver la verdad. Pero tocarla no es la forma de sacármela de la cabeza. ¿Encontrarle un noviecito aburrido? Eso servirá—. No pasa nada. Solo es una cena. Estamos comiendo. No hay ninguna trampa.

Se muerde el labio inferior. —¿De verdad es solo una cena? ¿No tendrás malas noticias para mí o algo así?

—Creo que acabo de descubrir por qué la nuestra ha sido la primera cita buena que has tenido en años. Interrogar a tu cita sobre por qué te invita a salir no es una buena charla para cenar.

—¡Sé cómo es una cita! Pero tú y yo no... No... —se detiene y, lentamente, sus ojos se abren de par en par—. ¿Esto es una cita?

—Créeme, Luna: si esto fuera una cita... lo sabrías.

Algo parecido a la decepción se dibuja en su rostro y se calla.

Comemos durante unos minutos antes de que se aclare la garganta. —Gracias por la cena.

Respondo con un rápido gesto de la mano. Yo no manejo la gratitud; trato con favores. Doy algo para conseguir algo. Si no recibo algo, no doy una mierda.

Hacer algo bonito como esto solo porque sí es... nuevo.

—Te creo, ¿sabes?

Arqueo una ceja e intento no parecer tan interesado como me siento. —¿Sobre qué?

—Todo. Que estoy en peligro, aunque no sé cuál es el peligro —su tenedor raspa el plato mientras termina la última cebolleta. Aparto el plato y lo vuelvo a colocar sobre el entrecot—. No se me dan bien muchas de estas cosas de las relaciones. Citas, confianza y esas cosas. No quiero decir que tengamos una relación. Obviamente.

—Obviamente —digo entre dientes.

—Pero mi último novio no me puso fácil para confiar en la gente. O en mí misma —añade suavemente.

Cuando levanta la vista hacia mí, con sus ojos azules abiertos y vulnerables, una extraña emoción me golpea de lleno en el pecho. —¿Qué estás diciendo?

Salta ante el tono cortante de mi voz. —Digo que empiezo a confiar en ti y...

—No —digo bruscamente—. Sobre tu último novio. ¿Qué te hizo?

Me da igual que haya salido antes con un *mudak*. Si quiere dejarse abofetear por un imbécil, ¿por qué debería importarme?

¿*Por qué* me *importa*?

Me encantaría ignorarlo, pero, por alguna razón, no puedo.

Me importa. Más de lo que debería.

La boca de Luna se inclina en una sonrisa triste. —Creo que me dices la verdad. Pero la confianza va en ambos sentidos, Yakov. Tú no me cuentas tus secretos; yo no te contaré los míos.

Estoy a punto de argumentar, de exigir, en realidad, que me cuente todo sobre ese tipo, incluida su dirección actual, cuando una bola de pelo sarnoso se deja caer sobre el extremo de la mesa con un fuerte *PAP*.

—¡Gregory! —chilla Luna—. Debe estar poniéndose cómodo aquí. Lleva escondido en mi habitación desde anoche.

Mi habitación. No sé cómo he pasado de no traer nunca a una mujer a casa a dejar que Luna y su puto *gato* duerman en mi cama, pero oírla reclamar el espacio como suyo me produce algo extraño.

Me gusta que aquí se sienta como en casa. Que confíe en mí.

Me gusta demasiado.

Gregory aparta con la pata un tenedor sobrante del extremo de la mesa y se dirige lentamente hacia nosotros. Sus ojos son de un azul pálido, comparados con el aguamarina intenso de su dueña, pero se clavan en mi alma con el mismo tipo de curiosidad innata. Aunque creo que la motivación de Gregory tiene más que ver con el costillar que tengo en el plato que con lo que me pasa por la cabeza.

—Estar encima de las mesas es demasiado cómodo con diferencia. Tiene que irse —me agacho para espantar al gato al suelo, pero al instante enrosca la cabeza en la palma de mi mano. Siento la vibración de su ronroneo retumbar en mi brazo.

Luna se tapa la boca con las manos. —¡Está ronroneando! Eso significa que le gustas.

Vuelvo a empujar al gato, pero cae de lado con un ruido sordo. Luego rueda sobre mi mano. El ronroneo continúa.

—Nunca ronronea para nadie. Casi ni ronronea por mí —la sonrisa de Luna se desvanece.

Entorna los ojos hacia su gato—. ¿Le has dado alguna golosina o algo cuando no miraba?

Resoplo. —No hagas preguntas estúpidas.

—No tiene sentido que haga esto. Solo lo hace por comida, así que debes haberle dado algo.

—Lo único que le voy a dar es una patada en el culo.

Luna resopla molesta y se inclina sobre la mesa. El pelo le cae sobre el hombro y un aroma floral la sigue. —Vete, Gregory —ahuyenta al gato—. No te quiere aquí como yo. No aprecia tu compañía. Vete y te encontraré más tarde.

Gregory le lanza una mirada mordaz antes de saltar ligeramente del extremo de la mesa y entrar en la cocina.

—Bueno, ya has conocido a Gregory —murmura Luna, dejándose caer en su asiento—. Como a cualquier otra criatura del planeta Tierra, le gustaste de inmediato. No me extraña.

—El sentimiento dista mucho de ser mutuo.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. Pensé que a los villanos les gustaban mucho los gatos. En las películas, siempre están acariciándolos y tramando planes malvados.

Arqueo una ceja. —Pensé que ahora confiabas en mí.

—Confío en ti, pero eso no significa que sea idiota. Sea lo que sea lo que tienes entre manos… —me hace un círculo con el dedo en la cara—, es definitivamente villano de alguna manera. Así que pensé que te gustaría Gregory. ¿Qué te pasa? ¿Tu padre atropelló al perro de tu infancia, o algo así?

—No, pero lo habría hecho. Mi padre odiaba a las mascotas más que yo. Mi madre siempre quiso tener un gato, pero él se negó.

—¿Así que nunca has tenido una mascota? ¿Ni siquiera un jerbo, o algo así?

—Mariya tuvo una mascota durante unos días.

—¿Es tu hermana? —pregunta.

Asiento. —Suplicó a nuestros padres una mascota durante años. Se negaron, así que tomó cartas en el asunto. Coló una ardilla bebé en su habitación y la guardó en una caja debajo de la cama.

Luna jadea. —¿Una ardilla? ¿Una ardilla salvaje? ¿Cómo la cuidó?

—¿Quién sabe? Mariya es decidida. Nadie puede decirle que no. Incluso cuando nuestros padres encontraron la ardilla y la liberaron, Mariya volvió a cogerla esa misma noche y la metió en su habitación. Al final tuvieron que llevarla a un refugio para alejarla de ella.

—¿Es lo mismo “refugio” que cuando un perro “se va al norte del estado a vivir en una granja”? —hace un gesto de asco, como si ya supiera la respuesta.

—Mi padre quería matarla. De hecho, casi lo hizo. Pero mi madre se lo impidió. Tiene un corazón demasiado blando para ver sufrir a ninguna criatura.

No me parezco a ella en ese aspecto.

Luna sonríe y suspira. —Tu familia suena bien. ¿Los conoceré algún día?

No tiene ni idea de que ya conoce a Nikandr. No es ningún secreto que mi hermano trabaja en el negocio familiar; todo el mundo sabe quién es. Pero dejar que Luna se entere de cómo funcionan las cosas en mi vida... Eso es un terreno resbaladizo. Es más fácil no recorrer nunca ese camino.

—¿Por qué quieres conocer a mi familia?

—No lo sé. Porque parecen importantes para ti.

—Exactamente. Son importantes *para mí*. Ni siquiera los conoces.

—Conocerlos lo arreglaría, listillo —deja el tenedor y apoya la barbilla en el puño, observándome—. Puede que a mí se me den mal las citas, pero a ti se te dan mal los amigos. ¿Lo sabías? Este es el tipo de cosas que hacen los amigos. Comparten información sobre sus vidas.

—No soy tu amigo, Luna.

Amigo es solo una palabra de cinco letras. Pero, en lo que respecta a Luna, es lo último que quiero ser.

—Todavía no —me pone una mano en el brazo y sonríe—. Por eso vamos a jugar a un juego. ¿Has oído hablar de Verdad o Verdad?

LUNA

—El juego se llama Verdad o Reto —dice Yakov con el ceño fruncido y condescendiente.

—No. Se llama Verdad o Verdad. Sin retos, solo respuestas.

Lo que no sabe es que me lo acabo de inventar. Si Yakov no quiere decirme nada a la antigua usanza, ya sabes, mediante una conversación humana normal, tal vez pueda sonsacarle algunas cosas con coacción. Combatir el fuego con fuego.

O algo parecido.

Se pasa una mano por la mandíbula y se echa hacia atrás en la silla. —Si esto no acaba con tu ropa en el suelo, no me interesa.

Respiro. *Quiere verme desnuda. Quizá sea una cita de verdad.*

Entierro ese pensamiento muy, muy dentro de mí. No importa. Puede que crea que Yakov dice la verdad sobre que estoy en peligro, pero eso no significa que vaya a volver a meterme en la cama con él. Me mintió la noche que nos conocimos. Varias veces. Ya me han mentido bastante en mi vida. No voy a dejar que me engañen otra vez.

—De acuerdo. Entonces, nunca sabrás nada más de mí.

—¿Ah, no? —la diversión baila en sus ojos.

—¿No me crees?

Tiene que esforzarse para evitar que su boca se tuerza en una sonrisa. —No. No te creo.

Me encojo de hombros. —He recibido muchos consejos tuyos sobre cómo ser temperamental y misteriosa. Creo que te sorprenderás. Ahora soy una trampa de acero.

Se le forma un hoyuelo en la barbilla y asiente, no muy convencido. —Claro, *solnyshka*. Lo que tú digas.

Otra vez ese maldito apodo. Me retuerce las entrañas de un modo que no apruebo. —¿Qué significa eso?

—Te lo diría, pero soy demasiado temperamental y misterioso —se sirve un vaso de vino y me lo ofrece.

Lo cojo y me encorvo en la silla. —Puede que no tenga mucha práctica con las buenas citas, pero lo sé todo sobre vivir en una casa tensa y llena de secretos. Puedo aplicarte la ley del hielo durante días. Tengo años de experiencia en eso.

Yakov frunce el ceño. Su mano se tensa sobre el vaso.

Por alguna razón, le molestó que mi ex fuera un imbécil. De la misma manera que le molestó que Sergey estuviera borracho y se le fueran las manos cuando se presentó tarde a nuestra cita.

Yakov me dijo cuando nos conocimos que los hombres de mi vida debían tratarme mejor. Luego, procedió a engañarme para que viniera a su casa, donde me dio el mejor sexo de mi vida y después me retuvo como rehén, así que no estoy totalmente convencida de que sepa lo que significa "mejor", pero, aun así, fue para mantenerme a salvo, ¿no? Es un enigma y estoy desesperada por saber más.

Solo espero que mi plan funcione.

Tamborilea varias veces con el dedo en el borde del vaso. Luego, se incorpora y me mira a los ojos. Me derrito bajo su atención, pero intento no mostrar lo mucho que me afecta su cercanía.

—Jugaré a tu jueguecito, Luna.

¡Sí!

—Pero yo voy primero.

Frunzo el ceño. —No eres divertido.

—Nunca he pretendido serlo —se inclina aún más hacia mí. Juro que debe ser capaz de oírme tragar saliva—. ¿Tu ex novio abusaba de ti?

Me esperaba la pregunta, pero aun así me roba el aliento. Es la primera vez que alguien me lo pregunta abiertamente. Kayla sospechaba, pero no me gusta hablar de eso. De él. Algunas cosas es mejor dejarlas en el pasado.

—Hablando de "no diversión" —me río, pero suena hueco—. Mi ex no era nada divertido. Pero nunca me pegó.

Yakov flexiona la mandíbula. —Eso no es lo que he preguntado.

Instintivamente, me rodeo con los brazos, aunque aquí dentro hace un calor agradable. —En cierto modo, creo que habría sido más fácil si me *hubiera* pegado. Eso es blanco o negro, ¿sabes? Sé cómo es el maltrato físico. Todo lo demás era una especie de zona gris. Como cuando me aislaba de mis amigos y mi familia o controlaba a quién podía enviar mensajes de texto y a quién no. Al principio ocurrió lentamente. Lo siguiente que supe es que controlaba todos los aspectos de mi vida. Dónde iba, a quién veía, qué comía.

Debería parar. Ya he dicho lo suficiente para responder a la pregunta.

Pero, ahora que por fin lo digo en voz alta, es difícil parar.

Me arden los ojos de lágrimas. Los cierro con fuerza y respiro entrecortadamente. —Lo triste es que yo quería hacerlo feliz. Cuando las cosas iban bien, Benjy podía ser tan cariñoso y dulce. Me

gustaba esa faceta suya. Pero cuando metía la pata, cuando llegaba a casa demasiado tarde o me vestía con algo que no le gustaba o le hacía demasiadas preguntas sobre dónde había estado, las cosas se ponían feas. De algún modo, me hacía creer que todo era culpa mía.

Sentía mucha vergüenza. Me avergonzaba la forma en que lo hacía comportarse. Si podía ser tan amable con los demás pero tratarme como a una mierda, entonces debía de significar que había algo malo en mí.

Incluso cuando me escapé, persistía la vergüenza. Me susurraba al oído todo el tiempo. *¿Por qué te quedaste con él tanto tiempo? ¿Por qué no te fuiste?*

—¿Cuándo te diste cuenta de que no eras tú? —pregunta Yakov.

Su voz quema la niebla de los recuerdos y la vergüenza. Me devuelve al aquí y al ahora.

Abro los ojos, con una sonrisa pegada al rostro. —Creo que esa es tu segunda pregunta. Me toca a mí.

Asiente lentamente, la viva imagen de la calma, pero, cuando miro hacia abajo, veo que sujeta el vaso con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

Probablemente piense que soy patética. Un hombre como Yakov no sabe nada de ser dominado por otra persona. No sabe lo que es que te hagan pequeña.

Pero no importa. No cuando estoy a punto de obtener la respuesta a la única pregunta importante.

Respiro hondo y le miro a los ojos. —¿Quién quiere hacerme daño, Yakov?

Despega los dedos de su vaso con evidente esfuerzo. —No puedo decírtelo.

No sé por qué esperaba algo diferente. Claro que Yakov no va a seguir las reglas de un estúpido juego que me he inventado. Aun así, espero...

—¿No puedes decirlo porque no sabes la respuesta?

Sacude la cabeza. —Sé exactamente quién es.

—¿Pero sigues sin decírmelo? —mis esperanzas se derrumban—. Sabes quién es, pero no quieres decírmelo.

Me mira sin ningún signo de culpa o vergüenza. No creo que sea capaz de cosas humanas tan básicas.

Me aparto de la mesa para dejar espacio entre nosotros. No quiero que vea las lágrimas de rabia que brotan de mis ojos. —Por eso querías ser primero. Porque sabías desde el principio que no ibas a jugar. Dejaste que siguiera hablando de uno de los peores momentos de mi vida y supiste todo el tiempo que no ibas a responder a ninguna de mis preguntas.

—Si me hubieras preguntado algo que no te pusiera en peligro, te habría contestado.

—¡No te creo!

Se encoge de hombros. —No voy a arriesgar tu vida por un juego tonto, Luna. Enfádate por eso si quieres. Me da igual.

Me enfurece. Es exasperante.

Aunque tenga que admitir, en el fondo, lo dulce que es que quiera protegerme.

Pero no. *¡No!*

—Sigues saliéndote con la tuya —le digo bruscamente—. Te niegas a responder a mis preguntas o a contarme nada y luego acabo pensando que eres un buen tipo por ello. No es justo. Tienes que decirme *algo*. Algo como... como... Oh, Hope dijo algo sobre trabajar para tu padre antes de trabajar para ti.

Se tensa. Es sutil, pero en algún momento de los últimos días me he familiarizado lo suficiente con Yakov como para leer la inclinación de sus hombros.

—¿Puedes decirme algo al respecto, o de alguna manera también me pondrá en peligro?

—No te pondrá en peligro. Solo es una historia de mierda.

—Claro, y la mía era todo arco iris y sol —murmuro sarcásticamente.

Yakov me evalúa, con las cejas fruncidas. Finalmente, exhala un suspiro. —Ha muerto.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. —Siento mucho tu pérdida... pero tiene que haber algo más en esa historia.

—Contar historias no es uno de mis muchos talentos —se encoge de hombros.

—Qué sorpresa —murmuro—. Sueles ser muy hablador.

Sonríe. Luego se le borra y mira hacia otro lado. La tensión vuelve a aparecer en su rostro. —Fue hace cinco años. El aniversario de su muerte fue en realidad la noche en que tú y yo nos conocimos. Estaba en el restaurante para reunirme con mi hermano para cenar.

Me quedo con la boca abierta. —No tenía ni idea. Si lo hubiera sabido...

—Si lo hubieras sabido, entonces no habrías sido una buena distracción.

—Dijiste que era una noche de mierda. Creo que te has quedado corto —digo—. Podrías habérmelo dicho.

—Sostuve a mi padre mientras exhalaba su último aliento. No es un día que me guste recordar.

Mi mano se acerca instintivamente a la suya. Me detengo y mis dedos tamborilean sobre la mesa. —Yakov, lo... lo siento mucho.

Se encoge de hombros como si no importara, pero ahora lo veo. El peso sobre sus hombros. La nube oscura sobre su cabeza.

—No es lo mismo, pero mi padre también murió —no sé por qué le digo esto. Supongo que para que se sienta mejor, si es que eso es posible—. Se fue cuando yo era pequeña. No lo conocí en absoluto. Cuando quise conocerlo, ya se había ido. Un accidente de coche.

—Se lo ha perdido —susurra Yakov.

He oído muchas respuestas a esa historia, que van desde la lástima a la ira por mi parte.

La de Yakov es mi favorita.

—¿Puedo preguntarte qué le pasó a tu padre? —presiono, ávida de más.

—Lo asesinaron. Le dispararon en el pecho.

Me quedo con la boca abierta. —Pero dijiste que le abrazaste cuando murió. ¿Estuviste... estuviste *allí*?

Me dedica una sonrisa triste.

Ahora no puedo contenerme: cruzo la mesa y le cojo la mano. En cuanto lo hago, comprendo por qué Gregory se convirtió en un charco en cuanto Yakov lo tocó. Es cálido y fuerte, y nunca me he sentido más segura en mi vida.

Enrosco mis dos manos alrededor de las suyas y paso los pulgares por sus nudillos. Quiero cartografiar su tacto aunque se me rompa el corazón por todo lo que ha pasado.

—No puedo imaginar lo que debió de ser para ti. Nadie debería tener que ver algo así.

—Me entrenaron para ese momento —nos mira fijamente las manos, pero no se aparta—. A mis hermanos no. Ellos también lo vieron. Debería haberlos mantenido alejados.

—Eso no lo planea nadie. No podías saberlo —respiro entrecortadamente—. Sé que no hace mucho que te conozco, pero puedo decir que cuidas de la gente que te rodea. Si yo puedo verlo, seguro que ellos también.

Serían estúpidos si no lo hicieran.

—No importa. Lo hecho, hecho está.

Oigo lo que dice, pero no le creo. Ver morir a tu padre delante de tus ojos no es el tipo de cosa de la que la gente se lava las manos. Lo llevas siempre contigo.

Acaricio con el pulgar la parte posterior de la suya. Saltan chispas allá donde toco. —Gracias por decírmelo, Yakov.

—¿Te gusta oír historias trágicas?

—Me gusta conocerte —corrijo suavemente—. Hay mucho más que no sé, pero si dices que la información es peligrosa para mí, intentaré respetarlo. Me cuesta confiar en la gente, sobre todo en los *hombres*. Pero creo que nunca me harías daño.

Sin quererlo, me inclino hacia él. Nuestras rodillas se tocan, mi pierna se desliza entre las suyas. El corazón me late tan fuerte que me cuesta recuperar el aliento. —¿Lo harías?

Levanta la vista y hay un rayo de sol dorado oculto en el verde de sus ojos. Me inclino aún más para verlo mejor.

De repente, me agarra la barbilla. La áspera yema de su pulgar me roza el labio inferior. Suelto una exhalación temblorosa cuando su dedo se engancha bajo mi mandíbula. Me inclina la cara hacia arriba como si me estudiara, admirándome desde todos los ángulos.

Observo cómo la claridad de sus ojos se oscurece. Me agarra con más fuerza hasta que gimo.

Siento su aliento contra mi mejilla mientras dice—: Siempre sale alguien herido.

Sin decir nada más, Yakov me suelta y sale del comedor.

YAKOV

El bar es un mugriento montón de madera acurrucado a la sombra de un edificio de apartamentos de nueva construcción. Parece un montón de basura que la cuadrilla olvidó tirar. Tiene sentido. Es exactamente el tipo de lugar en el que esperaría que alguien como Benjamin “Benjy” Bauer perdiera el tiempo.

No fue difícil encontrar al ex novio de Luna. La mañana siguiente a nuestra cita, hice que mi investigador privado personal lo buscara. Podría habérselo pedido a Nikandr, pero esto no es exactamente asunto de la Bratva. Además, lo último que necesito es que Nik piense que entre Luna y yo hay algo más de lo que hay.

No me gustan los hombres despreciables que maltratan a mujeres con las que ni siquiera deberían compartir el aire que respiran. Es tan sencillo como eso.

La música retumba en las ventanas traqueteantes, pero la puerta no se ha abierto ni cerrado en treinta minutos. Estoy tentado de entrar y buscar a Benjy yo mismo, pero prefiero encargarme de él en el aparcamiento. Si por algún milagro este bar tiene un sistema de seguridad, no verá una mierda en la penumbra.

Así que tamborileo con los dedos sobre el volante y espero.

Cuando dejé a Luna en el comedor y subí al coche, esperaba que la energía que bullía bajo mi piel se desvaneciera. De todos modos, solo era una reacción química. Una respuesta instintiva a la forma en que me cogió de la mano y trató de consolarme.

Creo que nunca me harías daño. ¿Lo harías?

No debería tener que hacer una pregunta así. Quise matar a todos y cada uno de los hombres que le hayan hecho pasar ese pensamiento por la cabeza.

Peor aún: por un segundo pensé que tal vez yo podría ser la clase de hombre que no le haría daño. Cuando se deslizó cerca de mí, con sus ojos azules ardientes y esperanzados, me pregunté cómo sería ser la clase de hombre que Luna necesita.

Pero no hay ninguna posibilidad. Cuanto más deje entrar a Luna, más probabilidades hay de que salga herida.

Nunca seré ese hombre para ella. Pero puedo ser el que se asegure de que los fantasmas de su pasado nunca vuelvan para atormentarla.

La puerta principal del bar se abre. Una luz naranja pálida atraviesa el aparcamiento de grava. Dos personas salen balanceándose ligeramente. La pareja se besa en la puerta, silueteada contra el luminoso interior.

Cuando se separan, la mujer se aparta hacia la derecha, pero no antes de que el tipo le dé una bofetada en el culo. Dura.

—Basta, Benjy —ella suelta una risita y se aleja mientras él la persigue con la mirada.

Benjy se apoya contra el edificio y observa cómo su oxidado sedán sale del aparcamiento. Un segundo después, veo la punta incandescente de su cigarrillo.

Apenas siento los pies en el suelo cuando salgo del coche y camino hacia él.

—¿Es tu novia? —pregunto en un tono despreocupado.

—¿Eh? —tira la ceniza al suelo y me mira—. Oh. ¿Ella? No. No, solo una zorra con la que follo.

Me rechinan las muelas. —Así es. Tu novia está en casa, ¿no?

Solo puedo ver un lado de su cara con la luz ambiental que entra por la única ventana ennegrecida del bar. Pero es suficiente. Entrecierra los ojos y me mira con el rostro arrugado por la confusión.

No tiene ni idea de que lo seguía un investigador privado. Idiota. Se merece todo lo que se le viene encima.

—¿Quién coño eres? —pregunta Benjy.

—Lo importante aquí es quién eres tú —le digo—. Por suerte, tengo algunas respuestas a esa pregunta. Sé que eres el tipo de hombre que tiene todo el puto mundo en su mano, todo lo que una persona puede desear, pero lo tira por la borda por una zorra enferma en un bar.

—¿Qué coño? ¿Conoces a Tiffany? ¿Eres su hermano o algo así? Me dijo que su familia vivía fuera del estado —deja caer el cigarrillo a un lado y mira arriba y abajo por la acera como si esperara que hubiera más gente. Como si necesitara ayuda para patearle el culo—. No engaño a nadie. Ni siquiera conozco a esa zorra que se acaba de ir. Solo estábamos hablando.

—No estoy hablando de Tiffany —gruño.

—Entonces, ¿de quién?

No digo su nombre. Si lo hago, si tengo que decirle de quién estoy hablando porque es demasiado estúpido para sumar dos más dos, lo mataré. No podré contenerme.

Así que espero, mirándolo fijamente hasta que por fin se encoge de hombros. —¿Se trata de... Luna?

En el momento en que su nombre cruza sus labios, estallo.

Subo a la acera y le atravieso la cara grasienta con el puño antes de que pueda levantar las manos. Su cabeza rebota contra el revestimiento de madera con un golpe satisfactorio.

—¿Qué coño? —grita. Se agacha cuando vuelvo a golpearlo. Mis nudillos rozan un lado de su

cara y se enganchan en su oreja.

Se oye un sonido desgarrador cuando arranco de su oreja lo que debe de ser un diamante falso. Cae estrepitosamente al suelo y la sangre de la carne destrozada se derrama por su cuello.

Solo me distraigo un segundo, pero el tiempo suficiente para que me clave el cigarrillo en el bíceps. Me quema y le aparto el brazo con el codo, justo cuando me da el único puñetazo que le voy a permitir.

Es un puñetazo descuidado, desequilibrado y más un golpe de refilón que un golpe sólido. Pero me sigue doliendo la cuenca del ojo y me estalla la oreja.

Se ríe, orgulloso de sí mismo. Entonces, me pongo de pie y sus ojos se abren de par en par.

—Vamos, hombre —suplica—. ¿De qué va esto? No tenemos que...

—Sí tenemos que, maldita rata.

Luna dice que Benjy nunca le pegó, pero no me importa si es cierto. Lo aporreo por cada palabra desagradable que le haya dicho. Lo hago papilla por hacer que dude de sí misma. Lo meto en el cemento por pensar, aunque solo sea un segundo, que era digno de ella.

Cuando tose sangre, me retiro. Me levanto y me limpio los nudillos ensangrentados en los vaqueros.

Benjy se queda tumbado, tosiendo y balbuceando. Ya tiene los ojos hinchados y el labio partido.

—Te mereces algo peor por lo que le hiciste —gruño—. Y, si vuelves a acercarte a Luna, te mataré.

Gime, más sangre le gotea por la barbilla. —Estás como una puta cabra. Llamaré a la policía, hombre.

—Bien. Diles que fue Yakov Kulikov.

Benjy abre mucho los ojos. Se esfuma cualquier posibilidad de que llame a la policía. El hombre es estúpido, pero aparentemente no tanto. No tan tonto como para empezar una guerra con la Bratva Kulikov. Y mucho menos con su líder.

—¿Estás con ella o algo así? —pregunta Benjy, incrédulo—. ¿Luna? ¿Por eso has hecho esto? ¿Te lo ha pedido ella?

Luna nunca pediría esto. Ni siquiera se le pasaría por la cabeza. Es una buena persona. Mejor que nosotros dos.

Lo cojo por la parte delantera de la camisa, levantando su cuerpo roto del suelo. —Ni siquiera vuelvas a decir su nombre. Te mataré tan jodidamente rápido que ni siquiera lo verás venir.

Cierra los ojos y asiente frenéticamente. —¡Vale! Vale, no lo haré. Por favor.

Lo tiro al suelo como la basura que es y me voy.

Cuando vuelvo al coche, la rabia ha desaparecido. Pero la mirada de Luna inclinándose hacia mí, con los labios entreabiertos, se reproduce como una película en mi mente.

Hice bien en marcharme. No puedo permitirme quererla. Ni a ella ni a nadie.

YAKOV

Es tarde cuando vuelvo. La mansión está a oscuras.

Conduje durante horas después de dejar al ex de Luna en la acera, pero no pude escapar de la realidad. No pude escapar de *ella*.

Porque Luna está bajo mi piel.

Ninguna otra mujer se ha acercado lo suficiente como para tener la oportunidad. Pero los días que hemos pasado dando vueltas el uno alrededor del otro me están afectando a un nivel jodidamente primario que desafía a la lógica. *Está en mi casa; tengo que protegerla.*

Se desvanecerá cuando se vaya, estoy seguro. Solo necesito controlarme hasta entonces.

Supuse que Luna ya estaría dormida, pero, mientras camino por el pasillo, una luz azul parpadea desde el salón. Oigo voces apagadas procedentes del televisor.

Sigue andando, cabrón, me digo. *Ve directamente a tu despacho y duérmete, joder.*

Pero me detengo en la puerta de la sala de estar.

Luna está tumbada en el sofá. Tiene una manta sobre las piernas y su gato en el regazo. Pero mis ojos se dirigen hacia lo que lleva puesto.

—Llevas puesta mi camiseta.

Se sobresalta al oír mi voz, haciendo volar a Gregory. El pequeño mestizo se zambulle bajo la mesita con un silbido.

—No te he oído —exhala un suspiro agudo, con la mano apretada contra el pecho. Apretada contra la tela de *mi* camisa.

Cruzó una línea. Ha tocado mi mierda. Debería arrancársela y tomarla de vuelta.

El problema es que eso es exactamente lo que quiero hacer: arrancársela.

Pero por todas las razones equivocadas.

—Te dejé entrar en mi habitación. No te dejé entrar en mi vestidor.

Luna se mira, cohibida. —Lo siento. Solo tengo un pijama aquí y está en la lavandería. Te la

habría pedido, pero no estabas aquí y...

Se levanta de repente. La manta cae al suelo alrededor de sus pies, haciendo evidente que no lleva pantalones. No es que los necesite. La camisa le queda enorme. El dobladillo le llega a medio muslo. Estoy tan concentrado en el lugar que tardo un segundo en darme cuenta de que camina hacia mí.

—¿Qué pasó? —respira Luna. Alarga la mano hacia mí, pero se retira con un grito ahogado—. Yakov, tu cara...

Maldición.

Ni siquiera me miré cuando volví al coche. El único golpe de Benjy debió dejar huella.

—Estoy bien.

—Tienes el ojo morado. Y tus... Dios mío, Yakov. Tus manos —esta vez, Luna no se detiene. Me acuna la mano, con los pulgares sobre la piel rota y ensangrentada—. Si tus nudillos tienen este aspecto, probablemente debería preocuparme más por el otro tipo, ¿eh?

Retiro las manos. —No te molestes. No merece la pena.

—Pero ¿quién...?

—Estoy bien —digo bruscamente.

Se cruza de brazos, pero no retrocede. Ladea la boca, molesta. Luego, señala el sofá. —Si quieres sentarte, te limpiaré.

—No quiero.

Sus ojos se entrecierran. —Entonces cogerás una infección y arruinarás tu bonita cara para siempre.

—Creía que a las mujeres les gustaban las cicatrices.

—Puede que sea cierto, pero una herida supurante no es una cicatriz —pasa junto a mí hacia el pasillo, desapareciendo ya por la puerta—. Ahora vuelvo.

No necesito que me limpie. Me he limpiado después de suficientes peleas como para saber cómo funciona un botiquín de primeros auxilios. Con lo que no estoy tan familiarizado es con tener a alguien cerca para atender mis heridas.

Es la curiosidad más que nada lo que me atrae hacia el sofá. Un vistazo a otra vida más doméstica.

Han estado pasando anuncios en el televisor desde que entré, pero ahora vuelven a poner la película. Es en blanco y negro y la partilla de debajo dice *La princesa que quería vivir*. En algún lugar de mi mente hay un destello de reconocimiento.

Entonces, dos zarpas salen sigilosamente de debajo de la mesita. Seguidas de dos ojos muy abiertos.

Gregory mira hacia la pantalla mientras el protagonista masculino dice algo, y yo lo recuerdo. La

película favorita de Luna.

—¿Tu tocayo? —pregunto, señalando con la cabeza al que debe de ser Gregory Peck en la pantalla.

El gato levanta la vista hacia el televisor durante un largo instante antes de volver a centrar su atención en mí. Poco a poco, sale de debajo de la mesita y se acerca cada vez más al sofá.

Finalmente, salta sobre el extremo de la misma, agitando la cola detrás de sí.

—Quédate ahí si sabes lo que te conviene —le advierto.

No me puedo creer que esté viendo un gato en mi casa, y mucho menos que esté hablando con uno. Hoy no ha ido en absoluto como yo pensaba.

Luna vuelve a entrar en la habitación con un fardo de suministros. Lo deja todo sobre la mesa y se posa en el borde, frente a mí. No hay ningún sitio donde puedan ir nuestras piernas, así que acaban entrelazadas. Igual que antes de que me fuera de la cena.

Es un esfuerzo no seguir el dobladillo de mi camisa mientras se desliza más y más por su muslo.

Cuando me agarra la mano y la balancea con la palma hacia abajo sobre su rodilla, renuncio a ese esfuerzo. Podría quitarle la camisa y tumbarla de espaldas sobre la mesita en dos movimientos. Un movimiento si dejo que se quede con la camiseta puesta. Le queda tan jodidamente bien que puede que lo haga.

—¿Y bien? —pregunta, arrastrando un paño húmedo por mis nudillos—. ¿Me contarás qué pasó?

—No tienes por qué preocuparte.

—Difícil. Me preocupa.

Luna me frota la mano como si quisiera dejarme algunas marcas. Está enfadada.

Raro.

—Donde he estado esta noche no tiene nada que ver contigo.

Antes de que pueda decir nada, Gregory se acomoda contra mi pierna. Ni siquiera lo he visto deslizarse por el sofá, pero ahora ronronea ruidosamente contra mí.

—Genial —Luna lo aparta de mí y lo empuja al suelo—. Él tampoco necesita que lo adules, Gregory. Está bien. ¿No lo has oído? Unos nudillos ensangrentados y un ojo amoratado son normales.

Gregory se zambulle de nuevo bajo la mesita con un fuerte maullido, y Luna enjuaga su trapo y empieza con mi otra mano.

Está preocupada por mí, pero desearía no estarlo. Y que me jodan, pero no quiero que se enfade. Solo Dios sabe por qué.

—Esto no es normal para mí —le digo.

Duda un segundo, levanta la vista y vuelve a apartarla rápidamente. Es como si intentara no mirarme.

—*Normalmente* —continúo—, doy a los hombres la oportunidad de echarse atrás en una pelea conmigo. La mayoría hace lo más inteligente y lo acepta. Pero esta noche alguien ha recibido su merecido.

—¿Qué significa eso?

—Significa que lo tuve todo bajo control. No tienes por qué preocuparte.

Me mira las manos, pero frunce el ceño. —Entonces... ¿Eso significa que ya no estoy en peligro?

—¿Qué?

Sus ojos azules están muy abiertos y vulnerables cuando levanta la vista hacia mí. —¿Todo esto significa que te has ocupado de la persona que me amenazaba? ¿Volveré ahora a mi apartamento?

El momento se rompe. No está preocupada por mí. Solo quiere saber cuándo puede irse. Retiro las manos y me sacudo el agua. —No vas a ir a ninguna parte.

—Pero si te ocupaste de eso, entonces...

—Si pudiera solucionar este asunto en una noche, no te habría retenido aquí para empezar —gruño.

Luna se queda helada durante un segundo. Luego, se da vuelta y arroja el trapo al cuenco. El agua se desliza por el lateral y gotea por el borde de la mesa.

Coge la bolsa de hielo y se vuelve hacia mí. Pero, cuando empieza a levantar el brazo, se le cae. —Quiero saber por qué... Olvídalo. No importa.

Se mueve para ponerme la bolsa de hielo en el ojo, pero se la arrebato de la mano y la tiro a un lado. —Dilo.

Tiene el labio inferior pellizcado nerviosamente entre los dientes. Cuando lo suelta, su barbilla se tambalea. —No entiendo por qué te tomas tantas molestias para mantenerme a salvo cuando ni siquiera te agrado.

Mi cerebro se vacía. Todo lo que pensaba desaparece en un suspiro.

Se encoge de hombros como si no le afectara, pero ahora se le llenan los ojos de lágrimas. —Intentas salvarme de esta amenaza, sea lo que sea, pero no me quieres cerca. Me desperté la mañana después de acostarnos y ya no estabas. Esta noche has salido corriendo de la habitación cuando he intentado besarte —Luna baja la mirada y suelta una risita triste—. Mírate. Aprietas los puños con tanta fuerza que se te han vuelto a abrir los cortes. No entiendo por qué estar cerca de mí es tan terrible para ti.

Estar cerca de Luna *es* terrible.

La noche que la traje aquí por primera vez, sabía que era un error. Solo pensé que era un error del que podría deshacerme por la mañana.

Ahora, está aquí día tras día. Una tentación de la que no puedo escapar.

No tengo ningún deseo de estar cerca de alguien. Sé cómo acaba eso.

Pero todo lo que ha ocurrido esta noche, la cena, Benjy, sentarme aquí mientras ella me remienda como si estuviéramos jugando a los putos recién casados, es la prueba de que ya es demasiado tarde, maldición. Lo haya querido o no, he cedido a la tentación de Luna.

Estoy hasta el cuello.

—¿Yakov?

El sonido de mi nombre en su voz suave y temblorosa es la gota que colma el vaso. Suelto el apretado asidero de mi autocontrol y agarro a Luna en su lugar.

Luego, la atraigo contra mí y la beso.

LUNA

Estoy congelada. Yakov Kulikov me está besando y estoy helada.

No entiendo cómo llegamos hasta aquí. *No le agrado*. No puede ser, ¿verdad? Es la única explicación que tiene sentido para mí. ¿Por qué si no se apartaría? ¿Por qué si no se negaría a decirme nada, a dejarme entrar?

Y ahora... ¿*esto*?

De vuelta a la mesa de dibujo, supongo.

Para cuando me chupa el labio inferior, mi cuerpo decide que no importa cómo llegamos hasta aquí. Coloco las rodillas a ambos lados de él y me arqueo contra la sólida pared de su cuerpo.

Muevo las caderas contra él y gimo. Después de días negándome lo que quiero, permitirme esto me parece decadente. Incluso finjo que no veo mi propio pijama perfectamente limpio en el cajón para ponerme la camisa de Yakov en su lugar. Cualquier cosa con tal de estar cerca de él como pueda.

Me agarra de la cadera y me aprieta la misma camisa alrededor de la cintura.

—Siento haberte robado la ropa —susurro.

Sacude la cabeza. —Lo único por lo que tienes que disculparte es por llevarla todavía puesta.

De un tirón, Yakov destroza la camisa y me la quita en dos trozos desperdiciados. Era una camisa muy bonita. Pensaba robármela y ponérmela durante años y años. Pero ni siquiera puedo lamentar que se vaya cuando él cierra su boca alrededor de mi pezón.

Yakov me lame mientras curva mi columna vertebral con dos manos enormes, inclinándome hacia él, tomando lo que quiere como si fuera así de fácil. Como si no llevara días enfurruñada en su casa intentando negar la verdad que cada vez es más difícil de ignorar: no tengo miedo de ninguna amenaza que me espere fuera de la mansión de Yakov.

Temo que Yakov Kulikov me gusta mucho más de lo que yo le gustaré a él.

Su boca está caliente en mi garganta. —No sé lo que está pasando —grazno.

¿A quién le importa? ¡Cállate! No todo el sexo tiene que ser sincero y significativo. Por una vez en mi vida de pensar demasiado, quiero apagar el cerebro y dejar que esto ocurra.

Pero, cada vez que me toca, me suben dudas y preguntas por la garganta.

—Te lo enseñaré.

La piel de gallina me recorre el pecho. —Te he preguntado si ibas a hacerme daño —trago saliva. Es difícil pensar cuando estamos tan cerca—. No dijiste que no.

Siempre hay alguien que sale herido. No son exactamente palabras de consuelo.

Yakov retrocede y me mira. Sus ojos recorren mi cuerpo. Hay una intensidad que no comprendo. La línea que separa el odio del amor es delgada, y no sé de qué lado está.

Lentamente, me desliza de su regazo al sofá. Estoy segura de que eso es todo, así que empiezo a marcharme, hasta que una mano enorme me sujeta al mueble por las caderas. Yakov se hunde entre mis rodillas, aunque es tan gigantesco que aún me mira a la altura de los ojos.

—Nunca fue que no me agradaras —me muerde el interior del muslo y se retira para sonreír ante el contorno rojo de sus dientes sobre mi piel—. Es que odio romper cosas bonitas.

Me obliga a separar las rodillas, aunque a estas alturas no es especialmente difícil. Su exhalación me hace cosquillas en el centro húmedo de las bragas.

Inhalo bruscamente, pero no sirve de mucho. La habitación se vuelve borrosa por los bordes. Me siento como si flotara, incluso con Yakov inmovilizándome.

—¿Vas a romperme? —susurro.

—Si hago aunque sea la mitad de lo que se me pasa por la cabeza ahora mismo, te destruiré, maldición —su mandíbula se flexiona y me mira—. Eso es lo que quieres, ¿no?

Estoy congelada, mirándolo como si estuviera viendo una película. Esto no puede ser real. *Él* no puede ser real.

Yakov me aparta las bragas negras y me pasa el pulgar por la raja. —Estás muy mojada, *solnyshka*. Por eso esperabas despierta, ¿no? Es porque querías que volviera y te reclamara así.

Sí.

No.

Vale, bien. Tal vez.

Después de que se fuera de la cena, quería volver a verlo. Tenía un dolor en el pecho que no desaparecía. Necesitaba hablar con él. Entonces, apareció ensangrentado y roto y me aterroricé. ¿Y si nunca volvía a casa? ¿Y si nunca tenía la oportunidad de...? Ni siquiera estoy segura de qué.

Una cosa es segura: nunca hubiera soñado que llegaría a tener esto.

Desliza sus dedos más profundamente dentro de mí. Su pulgar roza mi clítoris y ardo. Engancho la mano a su cuello y la pierna a su pantorrilla, aferrándome con todas mis fuerzas. Aprieto su mano como si no pudiera controlarme, porque no puedo.

Gimo su nombre y una retahíla de sílabas sin sentido. Me penetra cada vez más deprisa, al ritmo

de los latidos de mi corazón. Mis caderas se levantan del sofá y Yakov me rodea la cintura con un brazo. Me sujeta, acercándome cada vez más al límite.

—Mírame —exige.

Abro los ojos y veo cómo me mete los dedos. Luego baja su boca hasta mi clítoris, sus ojos clavados en mí mientras destroza el control que tengo sobre mí.

Grito mientras me recorre una oleada tras otra de placer.

—No apartes la mirada —ordena Yakov. Inclina la cabeza hacia un lado. Sus ojos oscuros me estudian mientras me derrito—. Mírame cuando haga que te corras.

Nunca me he sentido más vulnerable ni más excitada en mi vida.

Y Yakov lo sabe.

Apenas he bajado cuando me echa las piernas por encima de los hombros y coloca su polla en mi coño. De un solo empujón, me penetra. Estoy preparada para él, bueno, eso creía, pero la forma en que me estira aún me roba el aliento.

Jadeo y él me rodea las piernas con las manos, empujando aún más dentro de mí, lo que me hace jadear de nuevo, lo que lo empuja más dentro de mí, lo que me hace... ya te haces una idea.

—Maldición —echa la cabeza hacia atrás, con la garganta sacudida por la luz azul del televisor —. ¿Lo sientes? Estás hecha a mi medida.

Su vientre se flexiona y no puedo evitar tocarlo. Mis dedos están fríos contra las duras crestas de sus abdominales.

Me folla cada vez más deprisa. Mis jadeos se disuelven en algo aún menos coherente. Tiro los brazos por encima de la cabeza, buscando el borde del sofá solo para tener algo a lo que aferrarme.

Yakov deja caer su mano entre mis piernas y empieza a rodear mi clítoris con el pulgar hasta hacerme delirar. Todo mi mundo se estrecha hasta donde su cuerpo toca el mío.

—Yakov, yo… —estoy a punto de decirle que va a hacer que me corra. Pero no hace falta. El apretón de mi cuerpo alrededor del suyo es bastante fácil de interpretar.

Ralentiza sus embestidas cuando mi orgasmo por fin se apiada de mí y me deja respirar de nuevo. Sus manos callosas suben y bajan por mis espinillas, que descansan sobre sus hombros. Luego, me aparta las piernas. Caen inútilmente sobre el sofá y él se inclina sobre mí.

—¿Te follo como alguien a quien no le importas, Luna? —gruñe las palabras con un profundo retumbar en mi oído.

Sacudo débilmente la cabeza. —No. Eso fue...

—Quizá debería hacerlo. Quizá debería follarte como si fueras un rollo de una noche sin rostro, sin nombre y sin sentido.

¿Es eso lo que soy? ¿Lo que *somos*?

No. En algún lugar de mi interior, lo siento.

Hay más aquí.

Enrollo mis piernas alrededor de la parte baja de su espalda, acercándolo más. Su punta me atraviesa y gimo.

—Fóllame como si fuera un rollo de una noche, si quieres —digo con voz ronca—. No tengo que gustarte. Solo... *deséame*. Tócame. Con eso basta.

Estoy mintiendo. No será suficiente hasta que lo tenga todo.

Se desliza más dentro de mí, con los dientes apretados. —No es suficiente, Luna. No quiero eso. ¿No lo ves?

Sacudo la cabeza. Si no me quiere, no quiero saberlo. Quiero las mentiras bonitas. Quiero la fantasía. Lo que sea que signifique que Yakov siga tocándome y yo pueda quedarme aquí en sus brazos, eso es lo que quiero.

—Lo que quiero es follarte como si fueras el último polvo de mi vida —Yakov vuelve a clavarse en mí—. Eso es lo que me aterroriza, maldición.

Me besa mientras me llena, reclamándome con su lengua y su polla hasta que vuelvo a retorcerme debajo de él.

—Yakov... —gimo, con las piernas apretadas a su espalda.

Se pone rígido. Su mano aprieta mi pelo y se derrama dentro de mí con un gruñido salvaje.

Estoy destrozada en todos los sentidos imaginables. Se me cierran los ojos antes incluso de que Yakov se deslice fuera de mí.

Cuando siento sus brazos recogerme por detrás de la espalda y por debajo de las rodillas, gimoteo algo, aunque ni siquiera sé lo que intento decir. Yakov me hace callar y me quedo dormida con el suave vaivén de sus pasos.

Me despierto una vez más pasándome el edredón por debajo de la barbilla.

Lo último que oigo es el profundo rumor de su voz.

—Duerme un poco, *solnyshka*.

LUNA

Ni siquiera me sorprendo cuando me despierto y Yakov se ha ido.

Una parte de mí se pregunta si anoche siquiera ocurrió. Me pareció un sueño.

Entonces, veo las marcas de sus mordiscos en mi pierna y en mi cuello. Veo los moretones en mis caderas, donde me sujetó con fuerza y tiró de mí hacia él.

Todo era real.

Lo que quiero es follarte como si fueras el último polvo de mi vida. Eso es lo que me aterroriza, maldición.

Me dijo las cosas más sucias y adorables. Luego me dejó sola para que averiguara qué significaba todo aquello.

Mis pensamientos son demasiado grandes para encerrarme en casa, así que salgo a los jardines que hay detrás de la mansión esta mañana temprano.

Y me siento allí.

Por horas.

Pero, incluso a la luz del sol, no hay mucha más claridad.

Yakov estaba cubierto de moretones y sangre cuando volvió, por el amor de Dios. ¿A qué viene eso? Está claro que se peleó, pero ¿con quién? ¿Por qué? Se fue enfadado de la cena cuando intenté besarlo, se peleó a puñetazos y luego volvió y me folló cuando le pregunté por eso.

Yakov toma el "frío y el calor" y lo convierte en una forma de arte. Nunca sé lo que me va a tocar. Lo enfermizo es que a una parte de mí le *gusta* eso.

Algún terapeuta en algún lugar se llevaría todo mi dinero para decirme que he aprendido a amar el dolor. Años de estar con Benjy probablemente destruyeron la parte de mi cerebro dedicada a las relaciones. No sé cómo *hacerlo* sanamente.

Pero en el fondo no me lo creo. Porque nunca me gustó estar con Benjy. Me despojó de todo hasta el punto de que me aterrorizaba estar sola. Porque estar sola significaba estar con la persona que más me avergonzaba conocer: yo misma.

Gimo y me dejo caer en un banco de piedra, situado bajo un sauce llorón.

—¿Va todo bien? —grito de sorpresa y me doy vuelta para encontrar a Hope caminando por el sendero hacia mí. Sonríe—. Perdona. No quería asustarte.

—Creía que estaba aquí sola.

—Lo estás. O... lo estabas. Pero te vi caminando y pensé que podrías necesitar algo.

Necesito a alguien con quien hablar. Eso es lo que necesito.

Me encantaría volver a llamar a Kayla, pero ni siquiera sé qué le diría. Lo que sí *puedo* decir. Además, Yakov es el guardián del móvil. Necesito su permiso para hablar con ella. Y necesitaría saber dónde está para poder pedirle el permiso. Como hoy ha decidido jugar al fantasma, eso no va a ocurrir.

Le dirijo una sonrisa tensa. —Solo necesitaba un poco de aire fresco.

Hope mira a su alrededor, suspirando mientras contempla el paisaje. —Este es un buen lugar para eso. Me encanta venir aquí en mis descansos.

—Es como un cuento de hadas de la vida real —admito—. El estanque es la cereza del pastel. Esos son nenúfares de verdad. No me sorprendería que un pájaro empezara a hablarme.

Se ríe. —Si los pájaros empiezan a hablarte, avisa a alguien. Pediremos a los hombres de blanco que vengan a buscarte.

—Otro día más atrapada en esta casa y puede que llegue a ese punto. Los pájaros son mejores que nadie.

Cierro la boca en cuanto me doy cuenta de lo que digo. Hope es del equipo Yakov hasta el final. Sé cuál es su lealtad. No es alguien en quien deba confiar, o con quien deba quejarme.

Entonces, me sorprende asintiendo. —El Sr. Kulikov te ha dejado sola muchas veces.

Me vuelvo hacia ella. —¿Es normal en él?

¿Cuántas otras mujeres se han consumido bajo su techo, desesperadas por llamar su atención? Pensar que soy una más en una larga lista me produce náuseas.

—¿Qué? —balbucea—. No. Esto no es normal en absoluto.

—Oh.

Puede que realmente no le guste a Yakov. Es solo una especie de atracción sexual en bruto lo que sigue uniéndonos. En cuanto eso desaparezca, estaré en la calle, valiéndome por mí misma.

—No, no quería decir... —me pone una mano en la rodilla y aprieta—. Quería decir que no es normal que tenga aquí a una mujer. Nunca ha hecho eso.

—Sí, claro. Míralo. Seguro que tuvieron que poner la verja para que no entraran las mujeres.

Hope se muerde el labio, intentando no sonreír. —Si el señor Kulikov pasa tiempo con otras mujeres o no, es asunto suyo. No quiero invadir su intimidad.

—Mentirosa —me río—. Saber lo que hace en privado te encantaría tanto como a mí.

—De acuerdo. Quiero saberlo, pero no sería *profesional* por mi parte invadir su intimidad —corrige, mirándome en busca de aprobación.

Le hago señas para que siga. —*Eso* sí que me lo creo. Continúa.

—Pero ni una sola vez, en todo el tiempo que llevo trabajando para él y para su padre, ha traído a una mujer a la mansión. Jamás —me mira profundamente a los ojos, intentando inculcarme todo el significado de lo que está diciendo.

—¿Nunca ha traído a una mujer a casa? ¿Cómo es posible?

Se encoge de hombros. —Solo sé que eres la primera mujer que ha traído.

Pienso en esa primera noche en el restaurante. Me pidió que volviera a casa con él como si nada. Como si fuera algo que hacía siempre.

No es precisamente sorprendente. Yakov lo hace todo con una facilidad que procede de una confianza en sí mismo absurdamente alta. La mayor parte de la cual es, aún más molesto, bien merecida. El hombre es guapísimo y encantador cuando quiere. La mayoría de las mujeres aprovecharían la oportunidad de irse a casa con él. Yo lo hice.

Un molesto brote de esperanza comienza a florecer en mi pecho.

Lo aplasto antes de que tenga una oportunidad.

—Solo estoy aquí porque intenta protegerme —le digo con severidad—. No creo que yo cuente. Sobre todo, porque Yakov me ha dicho en múltiples ocasiones que nunca me habría traído aquí si no hubiera tenido que hacerlo.

Las circunstancias atenuantes condujeron a todo esto. Si no hubiera recibido esa llamada en mitad de la cena, ahora estaría sola en mi apartamento, decidiendo qué serie ver, y si el vino tinto o el vino blanco en caja iban mejor con mi pizza congelada.

Hope se encoge de hombros. —Podrías tener razón, pero yo no estaría tan segura. El hecho de que se preocupe lo suficiente por ti como para querer protegerte significa algo.

¿Te follo como alguien a quien no le importas, Luna?

El recuerdo me hace arder la cara. Aparto rápidamente la mirada para que Hope no se dé cuenta. No hay necesidad de compartir ese acontecimiento con ella. Ese pequeño núcleo quedará entre Yakov y yo.

Hope se inclina, con voz grave. —Yakov no deja entrar a la gente, Luna. El hecho de que estés aquí significa algo —quiero preguntarle qué cree que significa, pero se levanta y se quita el polvo de los pantalones—. Tengo que volver al trabajo antes de que alguien se dé cuenta de que me he ido.

—Pensé que estabas de descanso.

Se lleva un dedo a los labios y sonríe. —Un descanso no oficial. No se lo digas a nadie.

Me paso los dedos por los labios. —Tu secreto está a salvo conmigo.

Hope sigue el camino de piedra hacia la casa mientras mi mente da otra vuelta a los mismos pensamientos y preguntas que he estado meditando toda la mañana, ahora con un añadido notable.

Quizá Hope tenga razón. Quizá Yakov me está dejando entrar.

Hope dijo eso sin enterarse de nuestra conversación de anoche. Ella no sabe que Yakov me contó lo del asesinato de su padre. Definitivamente no sabe la forma en que me habló anoche... la forma en que me tocó, como si fuera la última oportunidad que tendríamos cualquiera de los dos.

Al recordar lo de anoche, siento un zumbido bajo la piel que no puedo quitarme de encima. Así que salgo a dar un paseo para intentar quemar algo de energía.

Me dirijo a la valla trasera y doy la vuelta por una cuidada zona de árboles y enredaderas que cuelgan de enrejados de madera. Hay sombra y está sombrío, y estoy viviendo realmente todos mis sueños de cuento de hadas boscoso cuando oigo una ramita romperse detrás de mí.

En un instante, la realidad me invade.

Me doy la vuelta y escudriño el camino, buscando entre los arbustos.

No estoy en un cuento de hadas. Estoy en el mundo real, donde la gente me persigue. No debería estar tan cerca del límite de la propiedad.

—¿Puedo ayudarte en algo?

En cuanto las palabras salen de mi boca, estoy segura de que estoy siendo estúpida. Yakov me dijo que estaba a salvo mientras permaneciera dentro de la valla. Así que estoy a punto de poner los ojos en blanco y continuar mi paseo... cuando alguien dobla la esquina a grandes zancadas.

LUNA

Me aterrorizo cuando pienso que es esa amenaza sin nombre y sin rostro, que por fin viene a terminar lo que demonios empezaron aquella noche en el restaurante.

Me aterrorizo aún más cuando me doy cuenta de que solo es Yakov.

—¡Me has asustado! —me doy una palmada en el pecho. Mi corazón se acelera, pero, extrañamente, coge ritmo cuando me doy cuenta de que es Yakov el que está delante de mí.

Por otra parte, cuando lo pienso realmente, no es tan raro después de todo.

—Pensé que tal vez gritabas porque te alegrabas de verme —tiene las manos en los bolsillos, caminando despreocupadamente hacia mí. Ni siquiera cuando grité rompió el paso. En realidad, no parecía sorprendido de verme.

Quizá sea porque no lo está. Quizá me vio desde la casa igual que Hope y vino a verme.

—Si las mujeres gritan cuando te ven, yo lo tomaría como una señal de que algo va mal.

—O *muy* bien —Se encoge de hombros, dejando caer esa insinuación como si no fuera a recordar un momento de nuestra muy reciente historia compartida en el que yo gritaba su nombre.

Me pongo de puntillas alrededor de la enorme oreja de elefante que se interpone entre nosotros y paso el dedo por una frondosa enredadera de clemátides moradas. —¿He interrumpido tu paseo vespertino?

—Si no quisiera la interrupción, habría seguido andando.

—Eso no habría sido muy caballeroso por tu parte.

Se agacha bajo una rama baja. —Detenerme a hablar contigo no me convierte en un caballero, Luna. Deberías plantearte subir el listón.

¿Está de broma? Mi listón no podría estar más alto. Cualquier hombre que se acerque a mí después de esto va a tener que incendiar toda mi alma antes de que le dé incluso la hora, gracias a él.

Tengo miedo de que vea esa terrible verdad escrita en mi cara, así que me doy la vuelta y sigo caminando.

—Ahora, ¿quién está siendo grosera? —se burla.

Sus pasos crujen en el suelo detrás de mí, siguiéndome por el sendero.

No puedo evitarlo. Sonrío.

Caminamos así durante un minuto, con sus pasos cada vez más fuertes detrás de mí. Cuando por fin dejo de andar, Yakov está tan cerca de mí que puedo sentir el calor de su cuerpo contra mi espalda.

Con él tan cerca, es imposible pensar en otra cosa que no sea acortar distancias. Me vienen a la mente imágenes de nosotros dos enredados la noche anterior y de cómo sería si me diera la vuelta, le echara los brazos al cuello y lo besara aquí y ahora.

¿Me empujaría o me tiraría al suelo y me haría cosas indecibles?

Yakov no hace nada que no quiera hacer, así que sería una buena forma de obtener una respuesta a mi pregunta: *¿Me quiere como yo lo quiero a él?*

Aún no estoy preparada para saber la respuesta a eso, lo que significa que necesito una distracción. Rápido.

Señalo robóticamente hacia un gran arriate elevado de hojas secas y malas hierbas. Destaca entre el resto del jardín meticulosamente ajardinado. —Allí no crece nada.

Doy unos pasos más hacia delante antes de atreverme a girarme y encararme de nuevo con él.

Es realmente injusto que tenga incluso mejor aspecto a pleno sol que bajo luces artificiales. Probablemente yo esté grasienta y sudorosa por haber estado fuera toda la mañana, pero Yakov tiene el pelo oscuro perfectamente despeinado y la piel suave.

Vuelvo a señalar el jardín. —Alguien debería plantar algo ahí. Es un auténtico desperdicio de espacio.

A todos los multimillonarios les encanta que critiquen su jardinería, ¿verdad? El camino al corazón de un rico es juzgar sus parterres.

Me preocupa aburrirlo, pero entonces veo su mirada. Yakov no mira hacia el jardín. No le hace falta. Veo que sabe exactamente de qué lugar estoy hablando.

—No siempre estuvo vacío. Allí mi madre tenía un huerto. Decía que recibía el mejor sol, así que mi padre le construyó allí un arriate.

—Qué amable —digo en voz baja, arrepintiéndome de pronto por haber sacado el tema.

—Luego, murió y mi madre volvió a Rusia.

Mi corazón se hunde. Su mano cuelga floja a su lado. Sería tan fácil extender la mano y cogerla. *Eso* es lo que quieren todos los hombres dañados y emocionalmente inaccesibles, ¿verdad? Que critiquen su paisajismo y *luego* que les tomen la mano.

En lugar de eso, cruzo las manos detrás de la espalda para luchar contra la tentación. —Lo siento. No me di cuenta de que era…

—Si quieres que no sea un desperdicio de espacio, adelante —interrumpe.

—¿Quieres decir que plante algo?

—Eso es lo que hace la mayoría de la gente con un jardín.

Me río nerviosamente. —La mayoría de la gente no tiene un pulgar negro como yo. Siempre he querido tener plantas de interior y un huerto, pero mato todo lo que toco.

—Quizá necesitabas mejores provisiones.

—La tierra y las plantas son bastante universales. Creo que el problema lo tiene la usuaria —me señalo a mí misma—. Yo soy el problema.

—No eres el problema, Luna —me mira a la cara. Luego, mira más allá de mí, hacia el parterre del jardín—. Dilo y me aseguraré de que tengas lo que necesites.

—Vale. Um, claro. No es que tenga mucho que hacer ahora mismo. ¿Por qué no probar con la jardinería?

Él asiente. —De acuerdo.

De acuerdo.

Vivo en su casa, duermo en su habitación y ahora cultivo, probablemente mato, plantas en el viejo jardín de su madre. *Me está dejando entrar*.

—Cuando te has acercado —digo de sopetón—, he pensado que tal vez eras... otra persona. Alguien que había venido a hacerme daño.

—Te he dicho que estás a salvo dentro de la valla.

—Lo sé. Es difícil estar segura cuando no sé quién me persigue. No sé si es una persona o un grupo de personas —hundo el talón en la tierra—. Quizá si tuviera alguna idea de lo que me persigue, podría protegerme mejor.

—No hace falta que te protejas —suelta.

—Sé que me proteges, pero no estás cerca todo el tiempo. La mayor parte del tiempo, en realidad —añado suavemente—. Quiero saber a qué me enfrento en caso de que...

—No.

Abro mucho los ojos. No es que esperara que Yakov se abriera y me lo contara todo, pero pensaba que habría una discusión. Después de anoche, después de lo que dijo Hope, pensé que era una posibilidad.

La decepción me araña la garganta y me quema los ojos. Pero me niego a que me vea llorar. Yakov no me deja entrar. ¿Por qué iba a dejarlo ver lo que pasa por mi cabeza? Tampoco es que le importe.

—Me alegro de que lo hayamos hablado —digo con sorna. —Ahora que ya he tenido mi tiempo de recreo, volveré a mi celda.

Bajo furiosa por el sendero y me dirijo hacia la casa. Esta vez no hay pasos detrás de mí.

YAKOV

—¿Has oído hablar alguna vez de una cosita llamada “luz solar”? —Nikandr entrecierra los ojos en mi despacho desde la puerta, intentando distinguirme en la oscuridad—. Esto es desolador.

—Me duele la cabeza —murmuro.

No es mentira. No exactamente. Estar sentado delante de una pantalla de ordenador brillante en una habitación oscura durante tres horas hace que me ardan los ojos.

—Otra razón para salir de esta habitación —Nik se acerca a la ventana y separa dos de las persianas para asomarse. La cegadora luz del sol atraviesa mi despacho durante un instante antes de que él vuelva a cerrarlas.

Estaban abiertas antes. Así fue como vi a Hope y a Luna hablando en el jardín. Entonces, de repente, sentí el impulso irrefrenable de ir a estirar las piernas. Qué raro.

—Mi trabajo está aquí.

—*Mi* trabajo, en realidad —corrige Nik—. ¿Qué sentido tiene que investigue los negocios de Akim si vas a encargarte tú de todo?

—Tiene proveedores y frentes por toda la ciudad. Necesitamos saber cuál de ellos se desmoronará bajo un poco de presión en caso de que el dato de Budimir no dé resultado.

—Lo sé. Es una información que estoy investigando. Tienes otras cosas más importantes entre manos.

—¿Qué es más importante que la Bratva?

—Oh, nada del otro mundo. Solo una rubia con curvas con la que te acuestas —intenta reprimir una sonrisa, pero no lo consigue—. La primera mujer con la que te veo fuera de los rincones oscuros de un club, ahora que lo pienso.

—La única razón por la que Luna está aquí es por Akim. Si resuelvo el problema de Akim, me deshago de Luna.

Me he repetido esa frase tantas veces que ha perdido todo su significado. Decirla en voz alta es diferente.

—En mi opinión, parece otra razón para tomarnos nuestro tiempo con él —murmura.

—No te lo he pedido —cierro el portátil de golpe—. Si Akim va a empezar a asesinar a todas las mujeres con las que voy a cenar, es un problema que tenemos que resolver inmediatamente.

—Sería un problema si fueras a cenar con mujeres más a menudo. La razón por la que Akim envió a alguien para que sacara a Luna es porque es la primera mujer con la que has tenido una cita... ¿alguna vez? ¿Es eso cierto?

—No fue una cita. Fue un malentendido.

Un malentendido en el que me metí de lleno. No es que vaya a ofrecer esa información. Nik ya está leyendo demasiado en todo esto.

Mi hermano baja la barbilla y me mira fijamente, claramente poco convencido. Es la misma mirada que nos echaba nuestro padre de pequeños cuando nos pillaba haciendo algo que no debíamos. Yo siempre le cubría, pero nuestro padre nunca se lo creía.

—Fuiste tú quien llamó y me dijo que estábamos en peligro. ¿Debería haberla dejado morir?

—No —dice—. Pero tenemos pisos francos. Muchos. Podrías haberla alojado en uno de ellos.

Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Quería a Luna cerca de mí, así que la mantuve cerca. No tengo por costumbre cuestionar mi intuición.

—Aquí es más seguro.

—Obviamente —resopla—. El recinto es el lugar más seguro de la maldita ciudad. Otra razón más por la que no sueles traer gente aquí. Sobre todo a la gente que te interroga y te envía en mitad de la noche a pegar a sus ex novios.

Aprieto los dientes. —No pierdas el tiempo siguiéndome.

Sonríe, señalándose los ojos y las orejas. —Estaba haciendo mi trabajo.

Maldición. No quería que Nik se enterara de mi pequeña cita con Benjy. Más que nada, porque sabía que me miraría exactamente como lo está haciendo ahora.

—Y yo hacía el mío —ladro—. Me aseguraba de que las personas bajo la protección de mi Bratva estuvieran totalmente protegidas.

—Vale, pero si fuera cualquier otra persona, no estaría bajo tu protección en absoluto. La habrías echado de tu casa en cuanto hubiera empezado a hacer preguntas. En realidad, para empezar, no habría estado en tu casa.

—Bien dicho —señalo con un dedo hacia la puerta—. Adiós, Nik.

Ignora mi orden y se inclina hacia delante, con las palmas de las manos sobre mi escritorio. —Está bien si te gusta. Genial, incluso. Es bueno que te sueltes un poco. Pero, como tus ojos y tus oídos, necesito saber si esto que hay entre ustedes va en serio.

—Como tu *pakhan*, no necesito explicarte una mierda.

—Tengo a alguien vigilando su apartamento, pero, si son pareja, necesito organizar mucha más protección. Si es tu mujer, todos los actores importantes de la ciudad tendrán una diana en su espalda. Hay que protegerla como a una reina.

La imagen de Luna con una corona, *solo* una corona, no me aclara nada.

—Ella no es mi puta nada —siseo—. Si dedicaras tanto tiempo a seguir pistas sobre Akim como a seguirme a mí por la ciudad, ya tendríamos a la Bratva Gustev bajo control.

La cara de mi hermano brilla de dolor antes de levantar las manos. —Sí. De acuerdo. Si me dejas algo que hacer, me pondré en movimiento, jefe.

"Jefe" debería ser una señal de respeto, pero conozco a Nik mejor que eso. Acabo de recordarle su lugar en la jerarquía y no le está gustando.

Únete al club. Luna y él tendrían mucho de qué hablar. Lástima que no tenga planes de dejarlos juntos a solas en la misma habitación a corto plazo.

Nik se marcha con el rabo entre las piernas y un pendrive con información que he estado recopilando. Es una ofrenda de paz que arruina mis planes de quedarme en mi despacho el resto de la tarde. Sin nada más que hacer, me dirijo a la cocina.

Es después de comer, pero ni siquiera he desayunado. Enciendo la cafetera exprés y me doy la vuelta para encontrar a Luna de pie justo detrás de mí.

Lleva unos vaqueros desgastados y una camiseta rosa recortada. Mis ojos se fijan en la franja de piel bronceada que se ve justo por encima de su cintura. Luego la esquivo y cojo una taza. —Si quieres vengarte de mí por haberte asustado antes, tendrás que esforzarte más.

—Nunca malgastaría mi energía. Probablemente tengas un rastreador oculto sobre mí en alguna parte. Seguro que zumbó y te avisó de que venía.

—Encuentras el camino a cualquier habitación en la que yo esté. No hace falta rastreador.

—Algunos de nosotros no somos criaturas recluidas sin necesidad de contacto humano —ve la taza que tengo en la mano y se le ponen los ojos como platos—. O de café. Por eso estoy aquí. Por el café.

No le creo ni por un segundo. Está aburridísima. Tan aburrida que está dispuesta a hablar conmigo aunque sé que sigue enfadada por lo de antes.

Le di el viejo huerto de mi madre, pero Luna prefiere tener respuestas. Cuanto más se queda, más me gustaría dárselas. Pero no quiero ponerla en peligro. Cuando deje atrás mi mundo, quiero que sea una ruptura limpia. Quiero que esté a salvo.

Cojo una segunda taza. —¿Cuál es tu veneno?

—Nada de veneno, para que quede claro. Lo digo porque estoy segura de que tienes un armario con veneno de verdad escondido en alguna parte —dice—. Pero un capuchino estaría bien.

—¿Quieres un capuchino?

—Acabo de decir que estaría bien.

Me giro para mirarla. —Esa no fue mi pregunta.

Pone los ojos en blanco. —Lo que quiero es un moca blanco con dos chupitos de espresso y salsa

de caramelo, pero como esta mansión se construyó sin cafetería, enorme descuido, por cierto, un capuchino estaría bien.

Me vuelvo hacia la máquina. —Eso suena asqueroso.

—Por eso no quería decírtelo. Sabía que me juzgarías. Pero no es que tu simple chupito negro de café expreso sea una obra maestra culinaria.

—No sabes cómo me tomo el café.

Se ríe. —Sí, así es. Todos los hombres varoniles son iguales. ¿Por qué disfrutar realmente de tu primera bebida del día cuando en vez de eso podrías beber ácido de batería y hacer crecer un poco de vello en tu pecho desnudo? —se le calientan las mejillas y aparta la mirada—. En fin. Los mocas blancos son la mejor mierda.

Luna espera en silencio hasta que pongo una buena cantidad de nata montada encima de su taza.

—¿Qué es eso?

Me doy la vuelta, con su moca blanco en la mano. —La mejor mierda, por lo visto.

—Es un moca blanco.

—Con nata montada y salsa de caramelo —bebo un trago y doy vueltas a la lengua con la mezcla azucarada—. Creo que lo que querías decir es que: *Sabe a mierda.*

Le deslizo la taza por la isla, pero no la coge. Está demasiado ocupada mirándome boquiabierta. —¿Cómo lo has hecho?

—Mi personal tiene una amplia gama de preferencias de café. El armario del café se mantiene bien surtido.

—Vale, pero eso no explica cómo sabes siquiera qué es esta bebida. O cómo se prepara.

Mientras se prepara el simple chupito de espresso negro que pienso beber, me apoyo en el mostrador y cruzo los brazos. —No sabes tanto de mí como crees, *solnyshka*.

Finalmente bebe un trago, maldiciendo en voz baja. —Oh, maldición.

—¿Es esa tu versión de una crítica de cinco estrellas?

—Soy yo dándome cuenta de que no sé nada de ti. En absoluto.

Como a mí me gusta.

Normalmente.

Pero la forma en que Luna frunce el ceño ante la encimera me hace dudar de ese planteo.

—¿Qué quieres saber?

—Todo —suelta. Sus mejillas se ruborizan—. Estoy un poco desesperada por tener algo en lo que pensar. A mi cerebro no se le dan bien los periodos largos de inactividad.

—El otro día estuviste cinco horas seguidas en la biblioteca.

Arquea una ceja. —Y eso que dices que no me has puesto un rastreador.

—No necesito un rastreador. Pasé por la biblioteca y estabas tan metida en tu libro que ni te diste cuenta.

Aún recuerdo su aspecto. Tenía las piernas enroscadas y el pelo le caía sobre los hombros como una sábana. Fue extraño lo normal que se sintió verla allí.

—Oh —frunce el ceño—. Deberías haber dicho algo.

—Estaba ocupado.

Ocupado en cualquier otra cosa que no fuera arrebatarle el libro de las manos y follármela sin sentido contra las estanterías.

Frunce el ceño. —Debe ser agradable. Me encantaría estar ocupada.

—A la mayoría de la gente le encantaría relajarse en una mansión durante unos días.

—Pues que cambien conmigo —suelta. Al instante, se muerde el labio inferior—. Es que... Relajarme no es bueno para mi ansiedad. Me gusta estar ocupada. Por eso hago tantas horas extra desde que Benjy y yo rompimos. Estar en la oficina es más fácil que estar sola en casa. Es demasiado tranquilo.

Después de que la Bratva Gustev asesinaran a mi padre, no dormí en la mansión durante semanas. No ayudó que mi madre se marchara a Moscú con Mariya a cuestas. La casa estaba en completo silencio. Enterré mi ansiedad en una serie de mujeres que estaban encantadas de dejarme dormir en su cama. No estaban tan contentas cuando me iba a primera hora de la mañana.

—Tampoco es que Benjy fuera una gran compañía —se encoge de hombros—. Pero lo que él gritaba solía ser mejor que los pensamientos que me rondaban por la cabeza. Hasta que ya no.

A la mierda lo que piense Nik: puede que tenga que localizar a Benjy y volver a pegarle. Cuanto más aprendo sobre él, más me doy cuenta de que debería haberlo matado.

—Te mereces algo mejor que la compañía de un maltratador imbécil —suelto entre dientes.

Me dedica una sonrisa tensa. Delgada. No se parece en nada a cómo se le ilumina la cara con una sonrisa de verdad. —Si conoces a algún buen chico dispuesto a hacer el trabajo, mándamelo.

LUNA

La puerta principal se abre, pero yo permanezco acurrucada en mi sillón favorito de la biblioteca. No leo ni una sola palabra de la página que tengo delante. Estoy demasiado ocupada escuchando el sonido familiar de los pesados pasos de Yakov por el pasillo hasta la cocina.

Si quiere verme, vendrá a buscarme.

Soy distante. Soy misteriosa y esquiva. No me lanzaré sobre un hombre que apenas tolera mi presencia en su casa.

Entonces, huelo a pizza y tiro mi libro a un lado y paseo despreocupadamente mi culo distante, misterioso y escurridizo directamente a la cocina.

En el mostrador hay dos cajas de pizza junto a una fila de bolsas de la compra. Me pongo de puntillas para echar un vistazo a las bolsas justo cuando Yakov entra por la puerta.

—Hola. Hola, ¿qué tal? —me alejo bruscamente de la isla como si estuviera ardiendo.

Abre una de las cajas de pizza al pasar. —La cena está servida.

—¿Pizza?

—Supongo que te resulta familiar.

—Obviamente. En especial las que vienen congeladas sin marca. Pero no sabía si a ti te gustaría —saco un trozo y empiezo a comérmelo sobre el mostrador.

Yakov me desliza un plato. —Incluso los pakistaníes comen pizza. Es el gran igualador.

No hay nada igualador en la forma en que inclina la cabeza hacia atrás para coger los hilos de queso fundido que cuelgan de los bordes de su rebanada. Es un vistazo a cómo sería si el mismísimo Zeus se dignara a comer comida humana.

Aparto la mirada antes de no poder ver la pizza sin pensar en Yakov. Ya me arruinó el sexo. Me niego a darle la pizza también. —Pensé que la muerte era el gran igualador.

Asiente. —La muerte y la pizza. Viene por todos nosotros.

Comemos en un silencio extrañamente cómodo durante unos minutos. Entonces, Yakov arrastra las bolsas de la compra por el mostrador hasta que están frente a mí.

Paso la mirada de las bolsas a él. —¿Se supone que tengo que abrirlas?

—No te pongas tímida ahora. Te vi intentando mirar cuando entré.

Me ruborizo. —No estaba espiando; solo...

—Metes las narices donde no te llaman. Ya lo sé. Lo has convertido en una costumbre —coge una de las bolsas y la deja caer sobre mi regazo—. Por suerte, aquí todo es para ti.

Preguntaría por qué Yakov me compró algo, pero no me daría una respuesta directa. Nada más allá de algún gruñido de reconocimiento y "porque quise". Así que cojo el camino de menor resistencia y abro la bolsa.

—¿Un Kindle? —suelto.

—Mi tarjeta está vinculada a la cuenta. Compra los libros que quieras.

Se me abren mucho los ojos. —Las cinco palabras más románticas jamás pronunciadas. No tienes ni idea del daño que podría hacer.

Me aparta con la mano. —Haz lo que puedas.

Quiero hacerlo. *De verdad* que quiero. Tener una tarjeta de crédito y una tienda de libros electrónicos es mi versión de Julia Roberts comprando ropa en *Mujer Bonita*. Es mi momento de comedia romántica.

Pero ya he recibido bastante de Yakov.

—Pero aquí tienes toda una biblioteca. Esto es demasiado.

—Las novelas románticas no van a acabar conmigo, Luna.

Mi nombre en su profunda voz de barítono... Que sea la sexta palabra más romántica jamás pronunciada.

—Aun así, no tenías que...

—Ya lo sé. No hago nada que no quiera hacer.

Gruño. —Ojalá dejaras de decir eso.

—Pues deja de olvidarlo. Te lo compré porque sé exactamente qué libros hay en tu mesilla de noche. Mi biblioteca es un poco escasa en *Acariciada por el Rey Prohibido*.

Mis mejillas están tan rojas que podría pararme en un cruce y dirigir el tráfico. —¿Los has visto?

Benjy odiaba que leyera novelas románticas. Decía que no era realista. Probablemente porque no llegaba ni a la suela del zapato a ninguno de mis novios ficticios.

Pero, desde que conocí a Yakov, los héroes sobre el papel no son tan interesantes como el hombre que tengo delante.

Abrazo el Kindle contra mi pecho y me obligo a sonreír. —Te vas a sorprender mucho cuando compre todos los romances que existen y te arruines.

Me tiende otra bolsa. —Sigue abriendo. Hay más.

Mucho más. Un iPad, un diario, un surtido arco iris de bolígrafos que harían que la Luna adolescente se volviera loca, guantes de jardinería y una bolsa de regalo roja y negra rellena de papel de seda rojo.

—Este es de lujo —saco el papel de seda rojo e inmediatamente lo vuelvo a meter dentro—. Oh. Ropa interior.

—Pijama —corrige Yakov.

—No sé qué tipo de pijama habrás visto últimamente, pero... —me detengo y sacudo la cabeza —. En realidad esto tiene mucho sentido. Cualquier mujer que pase la noche contigo probablemente lleve puesto exactamente lo que hay en esa bolsa.

Serían estúpidas si no lo hicieran. Yakov se arranca la camiseta y tiene el aspecto que desearían tener los modelos retocados de las revistas de fitness. Es difícil estar en la misma habitación con eso sin sentirse cohibida. El satén y el encaje son el tipo de armadura que necesitaría una mujer.

—Dijiste que te habías quedado sin pijamas, así que me aseguré de que no volviera a ocurrir.

Es la primera referencia, aunque vaga, que hace a lo que hicimos la otra noche. Tenía la impresión de que íbamos a esquivar ese tema hasta la próxima vez que la tensión sexual fuera demasiado evidente para ignorarla. Entonces, nos desgarraríamos la ropa mutuamente y pasaríamos otra noche haciendo cosas de las que no hablaríamos al día siguiente.

Pero una bolsa de lencería da la señal de que quiere hacer mucho más que hablar de lo que hicimos. Parece que quiere repetir.

Me río nerviosamente. —Si esta es tu forma de decirme que no quieres que lleve tus camisetas, mensaje recibido.

—No quiero tener que destrozar más de mi ropa favorita.

Maldita sea. Buscaba ser distante y misteriosa, pero debería haberlo sabido. Yakov es el rey en esa arena. ¿Me quiere? ¿No? No lo sé.

—Entonces, la lencería es un regalo para ti en realidad —me doy cuenta de lo que he dicho un momento demasiado tarde y me apresuro a explicarme—. Es un seguro para proteger tu armario.

—No, es todo para ti, Luna. Solo tú puedes decidir cómo utilizarla.

En realidad, solo hay una forma de usar la lencería. Por otra parte, podría estar hablando del Kindle. Quiero que hable del Kindle, ¿no? Es mucho menos complicado que la alternativa.

Yakov retira nuestros platos vacíos. La cena ha terminado. Probablemente se retirará a su despacho o dondequiera que se esconda mientras yo estoy en su dormitorio.

En el balancín caliente y frío que es nuestra relación, esta noche se inclina a lo caliente. Estamos siendo casi amigables. No estoy preparada para que eso se acabe.

Inspira como si fuera a decir algo, pero lo interrumpo antes de poder contenerme.

—¿Qué tal un juego?

Arquea una ceja. —¿Otra emocionante partida de Verdad o Verdad?

Todavía hay un millón de preguntas que quiero hacerle. Tantas cosas que quiero saber. Pero lo que deseo más que todo eso, aunque solo sea por esta noche, es volver a cuando nos conocimos. Cuando nuestra situación no era tan complicada. Cuando Yakov no era más que el hombre más atractivo e interesante que jamás había conocido.

—Me interesa menos desnudar nuestras almas esta noche. Estaba pensando en jugar al póquer.

—Me gusta jugar con apuestas. No hay diversión en el póquer para mí.

—No estaba pensando en jugar por dinero —lentamente, cojo la bolsa roja y negra de regalo—. Dijiste que era mi regalo y que yo podía decidir cómo utilizarlo. *Strip-poker* es mi decisión.

Yakov es ilegible. Me estudia sin revelar ni una pizca de lo que pasa por su cabeza. Luego, asiente. —Voy por las cartas.

~

LA HABITACIÓN ESTÁ CALIENTE, pero cada centímetro de mi piel expuesta está cubierta de piel de gallina. Lo cual, ahora mismo, es mucha piel.

Me quito el sombrero que encontré en el fondo del armario de Yakov. Cae en un montón con el resto de mi ropa. —Haces trampas.

—Lo dice la mujer que se puso tres capas de ropa mientras yo iba a buscar cartas.

Cuando me puse la lencería que me compró, puede que añadiera o no algunas cosas. Como una segunda camisa, una chaqueta, un gorro y unos guantes. No es que nada de eso ayudara. Yakov me ha sacado todo. Solo me queda una camiseta negra de encaje y mis vaqueros. Una mano más y podría haber desnudado mi alma respondiendo a sus preguntas. Pronto desnudaré todo lo demás.

—He cambiado de opinión. Quiero jugar a Verdad o Verdad.

Yakov está a punto de repartir la siguiente mano cuando se detiene. Guarda las cartas en una pila ordenada delante de él y asiente. —Está bien. Pero esta noche es Verdad o Prenda.

—¡Ese no es el juego!

—Ya te lo he dicho, *solnyshka*. Me gusta jugar con apuestas —el deseo relampaguea en sus ojos mientras me mira—. Además, he hecho una inversión. Me gustaría obtener los beneficios.

Si seguimos jugando al Póquer, en tres rondas estaré completamente desnuda. Al menos, con Verdad o Prenda, existe la posibilidad de que me lleve a Yakov conmigo.

—Vale, pero me toca a mí primero —me inclino hacia delante, sin perderme cómo los ojos de Yakov se desvían hacia mi pecho—. ¿Quién intenta hacerme daño?

Yakov gruñe y se lleva la mano al dobladillo de la camisa. —Esa pregunta no está en el espíritu de una competición buena y limpia.

—No estaba destinado a ser así —me siento y admiro la nueva extensión de piel bronceada. Los abdominales de este hombre podrían hacer que el acero parezca blando. Quiero arañarlo con un diamante y ver cuál se agrieta primero.

—Mi turno —se pasa el pulgar por la mandíbula—. Vale, ¿qué tal si me dices por qué querías jugar al *strip-poker*?

—Sonaba divertido.

Sacude la cabeza. —El *strip-poker* no es divertido. Son juegos preliminares. ¿Qué tal si intentas responder otra vez?

Cruzo los brazos. —¿Por qué debería hacerlo? Parece que crees que ya sabes la respuesta.

—Podríamos haber armado un rompecabezas, o ido a una noche de vino y pintura.

—Dios mío. Estás de broma. Nunca harías eso.

—No —admite con una sonrisa burlona—. Pero podías habérmelo pedido. En lugar de eso, querías desnudarte. ¿Por qué?

Porque es la única forma en que sabía que podía hacer que se quedara. Porque la forma en que me mira cuando me desea hace que me duela el pecho de la mejor manera. Porque puede que yo también sea masoquista. Tocar a Yakov es mi tipo de dolor favorito.

Sin romper el contacto visual, me levanto, me desabrocho los vaqueros y me los bajo por los muslos.

El camisón negro cae hasta la parte superior de mis muslos en un volante de encaje, pero hay aberturas altas a los lados. Sé por haberme mirado en el espejo antes de bajar que él puede ver la curva de mi cadera y la fina tira de las bragas a juego, casi transparentes.

Es exactamente donde están fijos los ojos de Yakov cuando vuelvo la vista hacia él. —Mi turno.

—Esta vez lanza una pregunta de verdad —advierte sombríamente—. Una que pueda responder.

—¿Por qué me has traído a tu mansión?

—Estabas en peligro.

—Podías haberme llevado a otro sitio —digo—. Seguro tienes otras casas, ¿no? Podrías haberme metido en un jet privado y haberme enviado a alguna isla desconocida en alguna parte. Pero me has traído aquí... a tu casa... a donde no has traído a ninguna otra mujer antes. ¿Por qué?

Yakov se inclina hacia delante. Por un segundo, creo que va a levantarse y a quitarse los vaqueros. Si no va a responder, al menos me quedaré con una buena vista.

En lugar de eso, me pasa el dedo por debajo de la barbilla y por el cuello. Frota entre sus dedos el lazo de satén negro de mi hombro. —Porque me intrigas.

—Esa no es una respuesta real —me tiembla la voz. Espero que no se dé cuenta.

—Es lo único que vas a tener —desliza un dedo bajo mi tirante, siguiendo la línea hasta la curva de mi pecho—. ¿De verdad te parece esta mansión una prisión?

Quiero quitarme otra capa. Quiero que Yakov me la arranque con los dientes. Pero mi cerebro sufre un cortocircuito. Antes de que pueda detenerme, estoy respondiendo a su pregunta.

—No —respiro—. No, no es así. No la veo así desde hace... mucho tiempo.

Desliza sus manos bajo el volante de encaje y sobre mis costillas.

—Pero he respondido a la pregunta.

Arrastra sus manos callosas sobre mi piel. —Creo que eso merece un premio, ¿no crees?

Sí, así es.

Me quita el encaje por la cabeza. Su boca recorre la tela. Me muerde la parte inferior del pecho y me rodea el pezón con la lengua. Me arqueo hacia delante y él me introduce en su boca.

—Aún puedo hacer otra pregunta —planto las manos sobre su pecho, intentando darme espacio para pensar. En lugar de eso, lo único que pasa por mi mente es lo bien que se siente su piel caliente. Cómo deseo tocar más de él, todo él.

—El juego ha terminado. Ahora jugamos un nuevo juego.

Introduce su mano entre mis piernas. Durante un segundo dejo que me distraiga con la fricción que siento en los huesos. Separo los muslos y me deslizo hasta el borde de la silla. Podría dejar que acabara conmigo así. No me costaría mucho. Ya estoy tan cerca.

Pero no quiero despertarme mañana sintiéndome como esta mañana.

—Vale, un juego nuevo —le digo con rudeza, empujándolo hacia atrás para que se apoye en el borde de la mesita. Le bajo la cremallera lentamente, dejando claras mis intenciones—. Jugaré si tú quieres.

Me mete la mano en el pelo con un gruñido. —Haz tu puta pregunta.

—¿Por qué te intrigo?

Me inclino y lo cojo de un solo golpe caliente. Mi lengua se arrastra por su parte inferior mientras su mano me aprieta el pelo.

Quizá sea una pregunta interesada, pero lo recompensaré por complacerme. Necesito saber qué hacemos aquí.

—Maldición, Luna —su muslo se aprieta bajo mi mano. Hay una tensión en su voz que no había oído antes. Sus caderas se mueven mientras se introduce en mi boca.

Me quita la mano de la pierna. —Tócate.

No hay lugar para la vergüenza. Puede que Yakov no me desee, pero desea esto tanto como yo. Mis bragas transparentes están empapadas. Las hago a un lado y rodeo con un dedo el dolor que siento entre las piernas. Un gemido se desliza entre mis labios.

—Más rápido —ordena Yakov. Aprieta su mano en mi nuca y tira de mí hacia él—. No pares hasta que te corras. Quiero verlo.

No es una orden difícil de seguir. No podría parar aunque quisiera.

Sus ojos se clavan en mí y la atención me embriaga. Le sostengo la mirada, acariciándome mientras él me toma la boca. El orgasmo me golpea de repente. La única razón por la que me mantengo erguida es porque Yakov me tiene cogida por el pelo.

—Jodidamente hermosa, *solnyshka* —gruñe.

Todavía estoy bajando cuando Yakov se desliza fuera de mi boca. Me rodea la parte baja de la espalda con un brazo y me lleva al suelo. Me levanta las caderas hasta que me penetra de golpe. —Nunca había querido reclamar a una mujer así.

No tengo ni idea de qué está hablando. Con quién está hablando. Le araño los brazos y trato de agarrarlo mejor para encontrarme con él a medio camino. Para poder hacer algo más que cogerlo.

—Me intrigas —dice, recordándome la pregunta que le hice—. Ya hemos follado, pero aún quiero más. Quiero tomar tu boca y tu coño y todo lo que me des hasta que no quede nada.

Asiento antes de que haya terminado. Yo también quiero eso. Todo eso.

Engancho las piernas a su espalda y Yakov entrelaza sus dedos con los míos. Me clava las manos en el suelo y me penetra. —Quiero ser el único hombre que te haga correrte.

—Por favor —jadeo.

Aprieto las piernas a su alrededor, manteniéndolo enterrado en mí mientras cabalgo y cabalgo. Yakov me gruñe en ruso y no necesito una traducción para saber lo que dice.

Así, sin más.

Su cuerpo se pone rígido, pero siento cómo se retuerce dentro de mí. Su placer me lleva al límite con él.

Cuando estoy demasiado débil para permanecer envuelta en él, Yakov me baja al suelo. Cae sobre mí y me besa la mandíbula y el pulso atronador. —Lo intrigante es que sigo dentro de ti... y ya estoy pensando en la próxima vez. Quiero follarte otra vez.

Le paso la mano por el pelo y sonrío. —Pues hazlo.

Así lo hace.

LUNA

Me despierto cuando suena el teléfono.

—Es para mí —Yakov me besa la nuca—. Vuelve a dormirte.

¿Quiere besarme el cuello y luego decirme que vuelva a dormir? También podría engancharme a una silla eléctrica y decirme que me relaje. *Poco posible*.

Yakov está en mi cama. Supongo que en su cama. En cualquier caso, los dos estamos en la misma cama y ha salido el sol. Hemos dormido juntos, lo cual es más sorprendente que el hecho de que anoche nos acostáramos dos veces.

Nunca me he despertado junto a Yakov y no pienso desperdiciar la oportunidad en un ciclo REM.

Me pongo de lado y le miro el móvil. —¿Por qué no estás hinchado?

—¿Perdona?

Le señalo la cara con un dedo. —Se supone que debes estar hinchado y tener arrugas en la cara. Quizá algo de baba seca en la comisura de los labios. Se supone que tienes lagañas en los ojos y un aspecto asqueroso para que yo me sienta mejor conmigo misma.

Me mira. —¿No te sentiste bien anoche?

Oh, Dios. Es demasiado temprano para esto. Todo el calor de mi cuerpo se acumula en mis mejillas y entre mis piernas. Estoy ruborizada y nerviosa, y no me queda suficiente flujo sanguíneo para el cerebro.

Yakov vuelve a inclinarse sobre mí para colocar su teléfono en la mesilla de noche. Su peso me presiona contra el colchón, y nunca me había alegrado tanto de estar aplastada. Huele a especias calientes y a madera. Lo aspiro profundamente y no siento ninguna vergüenza por ello.

—¿Siempre te despiertas a las...? —miro el despertador y casi me ahogo—. ¡Son las cinco de la mañana! Por favor, dime que no te levantas tan temprano todos los días.

—Era mi madre. A veces se olvida de la diferencia horaria.

—Correcto. En Moscú. ¿Qué hora es allí?

—Diez horas por delante. Para ella es media tarde. Pero para ti es medianoche —me levanta el edredón hasta debajo de la barbilla.

Frunzo el ceño. —No duermo hasta tan tarde.

—Más tarde que yo. Te has saltado el desayuno las dos últimas mañanas.

Después de apartar el teléfono, Yakov me rodea la cintura con el brazo. Tengo miedo de moverme por si se da cuenta y me lo quita, así que tengo que esforzarme para refrenar mi conmoción. —¿Cómo dices? ¿Me estás diciendo que me has estado preparando el desayuno y me lo he perdido?

Normalmente no soy de las que duermen hasta tarde, pero no he tenido mucho que hacer. Dormir mata el tiempo. Cuando me levanto, no veo a Yakov por ninguna parte. No hay rastro de él en la cocina, ni olor persistente a comida frita del desayuno.

¿Ahora me entero de que podría haber estado comiendo *blinis* y bebiendo mocas blancos todas las mañanas?

—Me preparé el desayuno con suficientes sobras por si alguien más quería —aclara—. Nunca apareciste.

—¡Deberías haberme despertado! Me habría levantado para comer tortitas. Aunque eso significara que tuvieras que verme con cara de sueño, pelo alocado y mal aliento.

Asiente. —La próxima vez. Ahora, vuelve a dormir.

—¿Me lo prometes? —le clavo un dedo en su pecho sólido como una roca—. Si me duermo, ¿no te irás a comer tortitas sin mí?

—Palabra de explorador.

Resoplo. —Nunca fuiste explorador.

—No, no lo fui. Pero tienes mi palabra.

—Bien —murmuro, acercándome ligeramente a él y cerrando los ojos.

Intento dormirme. De verdad que lo intento. Pero no importa cuánto tiempo pase aquí tumbada, mi cerebro no se apaga.

Yakov está en la cama conmigo. Aún me hormiguea el cuello donde me besó. Es todo tan doméstico, extraño y maravilloso que tengo miedo de dormirme. ¿Y si todo es un sueño?

Abro los ojos de golpe y Yakov tampoco duerme. Está mirando al techo.

—¿Eres muy unido a tu madre? —susurro.

No se mueve, salvo por una pequeña sonrisa que se dibuja en sus labios. —Sabía que no estabas dormida.

—Échale la culpa a tu madre.

Se pasa los dedos por el pelo. Su brazo desnudo se flexiona y refleja la luz de una forma que

debería ser ilegal. Es hipnotizante y he olvidado que le he hecho una pregunta hasta que empieza a responderla.

—Éramos unidos cuando crecía. Hoy en día es más difícil. Está tan lejos.

—Tu hermana también está allí, ¿verdad?

Asiente. —De eso me estaba hablando esta mañana. Mariya le está dando problemas otra vez.

—¿Qué edad tiene?

—Diecisiete.

Hago un gesto de dolor. —Las adolescentes son una bestia.

—Por eso mi madre quiere que traiga aquí a Mariya.

—¿Como para una visita?

—A vivir —explica—. Cree que sería bueno para ella volver a Estados Unidos y estar conmigo. Por lo visto, tengo tendencias autoritarias.

Jadeo con evidente sorpresa sarcástica. —¿Tú? No. Jamás.

Sonríe un instante antes de volver a quedarse pensativo. —De cualquier forma, no importa. Mariya es alérgica a la autoridad. Lo último que quiero es que venga aquí y se salte las normas que he establecido para protegerla y acabe herida. Tampoco quiero que mi madre se quede sola.

—¿No volvería también?

—Allí se siente más segura. Después de lo que le pasó a mi padre, necesitaba alejarse. Ahora es mayor y su salud empieza a flaquear. No creo que desarraigar su vida allí le haga ningún favor.

—Pero la echas de menos —supongo.

Arruga el ceño, pero mantiene la mirada en el techo. —Echarlas de menos no es razón suficiente para ponerlas en peligro. Ambas están mejor allí.

Ya ha respondido a tantas de mis preguntas que no puedo contenerme. No puedo evitar que las palabras salgan de mi boca. —¿Son los mismos que me persiguen a mí? ¿También persiguen al resto de tu familia?

Se pone de lado. Siento un hormigueo de conciencia. —Si pudiera decirte lo que está pasando y saber que la información no te pondría en peligro, te lo diría.

Suspiro. —Sí, ya lo sé.

—No, no lo sabes —me presiona la mejilla con la palma de la mano—. Quiero decírtelo, pero mi trabajo es mantenerte a salvo. Cueste lo que cueste.

Nunca me había excitado tanto que alguien se negara a responder a mis preguntas como ahora. Me muerdo el labio inferior. —Sabes, empiezo a pensar que, bajo esos músculos de película de superhéroes, en realidad podrías ser un poco blando.

—No tan blando como tú —su mano recorre mi cuello y pasa por debajo del edredón. Anoche no

me volví a poner el pijama, así que del roce a que Yakov se enrosque a mi alrededor y me penetre por detrás hay un salto muy rápido.

Cuando los dos acabamos, me arrastra de nuevo contra su pecho. Me quedo dormida con su brazo alrededor de mi cintura y su aliento en mi pelo.

Tres horas más tarde, me despierto sola, con una nota en la cama a mi lado.

Esta mañana ha surgido algo. Hay tortitas en la nevera para ti. Nunca rompo una promesa.

YAKOV

El hombre que está al otro lado de la mesa se frota las manos tratando de averiguar qué debe hacer aquí.

No sé por qué. Es muy sencillo. Le he dicho exactamente lo que va a hacer.

—Aquí no hay elección, Feliks —interviene Nik, cada vez más frustrado—. Yakov te está dando una mejor parte del dinero que la que nunca te ha dado Akim. No hay decisión.

Es evidente que Feliks no está de acuerdo. Está temblando desde que entró en la habitación del hotel hace una hora. Ni siquiera he tenido que asustarlo colocando en una carpeta ordenada las transacciones que he reunido durante años.

Si rechaza mi trato, me aseguraré de que se las entreguen "anónimamente" a un agente federal. Pero creo que, si le hablo ahora de ese pequeño incentivo, se quemará, se meará encima, o ambas.

Normalmente celebraría una reunión como esta en la mansión, pero no quiero asuntos como este demasiado cerca de Luna. Sobre todo, si tienen algo que ver con Akim Gustev. Ya hace suficientes preguntas.

Anoche le contesté porque hizo que valiera la pena mi tiempo. Esta mañana... no tengo excusa. Tenerla en mi cama me hizo sentir bien. Hizo preguntas que podía responder, así que lo hice.

Ahora se me ha quedado grabada la imagen de ella tumbada en mi cama, con el edredón alrededor de la cintura y su piel tersa brillando a la luz de la madrugada.

Maldita sea.

Follármela hasta sacármela del cuerpo podría llevarme más tiempo del previsto.

—Tengo mucho en lo que pensar —murmura Feliks, devolviéndome al aquí y ahora.

—¿Cómo poner fin a tu acuerdo con Akim? —pregunta Nik—. Sugeriría una cesta de frutas de buen gusto con una tarjetita. Eso le gustará.

Feliks sacude la cabeza con tanta fuerza que le tiembla el bigote. —No, no le gustará.

—Vas a trabajar para mí. ¿Crees que permito que la gente joda a los que están a mi servicio?

—¿No? —adivina Feliks.

—Maldición, no —le digo—. Puedo encargarme de Akim Gustev.

Eso es lo que estoy haciendo ahora mismo: encargándome de él. Antes de cortar de raíz a Akim, le daré unos cuantos golpes de advertencia. Feliks lleva años trabajando con la Bratva Gustev. Los matones de los Gustev secuestran coches y los clonan. Luego, el trabajo de Feliks es venderlos por una parte del dinero. Nik también descubrió que Akim blanquea dinero a través del lote de coches usados de Feliks. Sacar a Feliks de debajo de Akim no es un golpe mortal, pero escocerá.

Eso es lo que quiero. Una muerte lenta y agonizante por mil cortes. Quiero que sepa que se ha acabado mucho antes de que llegue realmente el final.

Feliks se pasa una mano temblorosa por el pelo ralo. —Tus cifras tienen sentido. De todas formas, hace años que quiero reducir el número de coches clonados. A mi mujer no le gusta que los federales estén siempre husmeando. Pero Akim me ha amenazado. Ha amenazado a mi familia. Si coopero contigo, no sé lo que hará.

—La pregunta que deberías hacerte no es qué ocurrirá si cooperas conmigo, sino qué ocurrirá *si no* cooperas conmigo, Feliks.

—¿Qué ocurrirá? —pregunta.

—Si rechazas mi trato, Akim será la menor de tus preocupaciones —me inclino hacia delante—. ¿Lo entiendes?

Él lo entiende. Cinco minutos después, Feliks y yo nos damos la mano para inaugurar una nueva era de cooperación entre nosotros.

Nik lo acompaña fuera y vuelve a la habitación un minuto después sacudiendo la cabeza. —Ese pobre desgraciado está aterrorizado. No sé por qué se metió en este negocio.

—Probablemente Akim le dio la misma opción que yo.

—¿Ninguna, quieres decir? —Nik se ríe.

—Exacto —asiento—. Por eso quiero que lo vigiles.

—¿A Feliks o Akim?

—A ambos. A todos.

Se apoya en la puerta, con los brazos cruzados. —¿Crees que Feliks se pondrá parlanchín con nuestro encuentro?

—Es una posibilidad —admito—. Si lo hace, lo quiero muerto. No podemos permitirnos que Akim sepa lo que tramamos antes de que estemos preparados.

—¿Por eso estamos en un hotel en vez de en tu despacho? —Nik pasa la mano por el edredón blanco—. ¿Para que Akim no vea que sus compañeros se presentan en nuestra casa?

Se acerca bastante a la verdad, así que asiento.

Nik se ríe entre dientes. —Mentiroso. Estamos aquí porque no quieres que tu novia te vea rompiendo rótulas.

—Esto no tiene nada que ver con Luna.

Me lanza la misma mirada molesta que significa que no se cree ni una palabra de lo que digo.

—Las únicas rótulas que se van a romper son las tuyas —gruño—. Luna está bajo mi protección. Yo la protejo.

—Está debajo de *algo*, eso seguro —murmura.

Lo ignoro por su propio bien y le doy una palmada en la espalda. —El dato de Feliks fue buena información. Avísame en cuanto tengas algo más. Cuanto más astillemos la red de Akim, más fácil será derribarla.

—Lo haré —me deja llegar hasta la puerta antes de añadir—: Avísame cómo le queda a Luna la lencería que le has comprado.

Me quedo inmóvil con la mano en el pomo de la puerta. —Te dije, maldición, que no me siguieras.

Nunca le dije explícitamente que no se imaginara a Luna en lencería, pero es una regla nueva, a partir de ahora.

—No lo hice —dice—. Pero cuando Yakov Kulikov va a un sex shop, se corre la voz. La gente ve lo que pasa, hermano. Bueno, la mayoría de la gente lo ve. Todos menos tú.



LLEGO TARDE A CASA. El salón está a oscuras. No hay nadie en el patio. No hay nadie en la cocina.

Camino por el pasillo hacia el dormitorio y me digo a mí mismo que estoy haciendo un millón de cosas distintas de la verdad. Que es que *la estoy buscando*.

Hay un montón de ropa sucia junto a la puerta del baño. Vaqueros, ropa interior, un sujetador deportivo rosa. Oigo correr el agua dentro.

Seguridad me dijo que Luna se había pasado todo el día trabajando en el jardín. Hice que el jardinero, Bruce, le diera todos los suministros que necesitara para renovar el parterre.

Lo ofrecí para mantenerla alejada de mí. Si Luna está ocupada fuera, no podrá meterse en mi pellejo. O eso pensé.

Ahora soy yo quien tiene la mano en el pomo de la puerta.

Como un yonqui en busca de su siguiente dosis, abro la puerta.

Luna chilla y se echa un brazo al pecho antes de darse cuenta de que soy yo. Luego, vuelve a relajarse en el agua. Tiene la cabeza apoyada en el borde y los dedos de los pies equilibrados en el extremo opuesto.

—No sabía que ya habías vuelto. Pensé que era una criada o algo así —sus pechos flotan como medias lunas en la clara superficie del agua.

Luna no intenta ocultarse de mí.

Confía en mí.

No sé cuándo coño ocurrió, pero aquí estamos, maldición. Está desnuda y sonriendo en mi bañera.

Nikandr cree que Luna y yo tenemos una relación. Se equivoca, lo sé y Luna debería saberlo, pero no es infundado.

Se supone que debo mantener viva a esta mujer. Eso es. Entonces, ¿por qué estoy aquí de pie con una erección palpitante como si fuera un puto adolescente?

—¿Yakov? —Luna sigue sonriendo—. ¿Va todo bien?

No. Pero eso cambiará pronto.

Cruzo el cuarto de baño y saco del agua el cuerpo desnudo y goteante de Luna.

—¿Qué haces? —está confundida, pero sigue riéndose.

Confía en mí.

No digo nada mientras la llevo al dormitorio y la tiro en la cama.

—¿Qué estás...? —se ríe y echa la cabeza hacia atrás—. Esto es una locura. Estoy empapada, Yakov.

—Estás a punto de estarlo.

Le abro las piernas de par en par y deslizo mi lengua por su centro. Cualquier protesta muere inmediatamente en sus labios mientras la lamo y chupo y me doy un festín con cada centímetro de ella hasta que se retuerce sobre la cama.

Luna se agacha para ponerme la mano en el pelo, pero se la aparto. Le inmovilizo las manos sobre el vientre y la sujeto. La devoro hasta que grita hacia el techo.

—Maldita sea —empieza a incorporarse cuando me retiro—. Yakov, eso ha sido...

No le doy espacio para terminar el pensamiento. Aplasto mi boca contra la suya. Nuestras lenguas se hunden y nuestros labios chocan con fuerza. Es desordenado y violento. Luna empieza a desgarrarme la ropa. Me arrastra la camisa por la cabeza y me desabrocha los pantalones. Cuando me toca el bulto, sonríe. —Te toca.

—Siempre me toca a mí —gruño.

La tumbo bruscamente boca abajo y la deslizo por los tobillos hasta el borde del colchón. Su aullido de sorpresa se convierte en un gemido cuando la lleno de una fuerte embestida.

Con esto basta. Esto bastará. Agarrarla, tomarla de todas y cada una de las formas que quiera: *esto* me la va a quitar de la cabeza.

Entonces, Luna aprieta el edredón y arquea la espalda. Levanta las caderas para que yo me deslice aún más profundamente.

—Maldición —presiono con los pulgares las hendiduras de la base de su columna y la atraigo contra mí.

Ella gime. —Estás tan profundo, Yakov. No pares.

No lo haré. No puedo.

Ese es el problema.

Ahora mismo, Luna está en mis manos. Está indefensa ante mí. Y no *puedo* detenerme.

—Ahí mismo —grita, con los muslos temblorosos—. Me corro.

Ella se aprieta a mi alrededor y yo no tengo ninguna posibilidad. Me derramo dentro suyo mientras una sarta de maldiciones sale de mi boca.

Cuando terminamos, Luna me presiona el pecho con su mano aún húmeda. —Gracias por eso. Vaya. Muchas gracias.

La cogí sin mediar palabra, la tiré sobre mi cama y me la follé. Y ella me lo agradece.

Confía en mí.

Lo más jodido de todo...

Es que me gusta.

~

LUNA LLEVA HORAS DURMIENDO.

Yo he estado muy despierto.

Primero tumbado en la cama, luego de pie en la cocina con un trago en la mano. Y luego otro. Y otro.

Ahora estoy en el salón con las luces apagadas y la televisión a bajo volumen.

Es algo que ya he hecho millones de veces. Cuando la casa está demasiado silenciosa y no puedo dormir, enciendo la televisión y espero al agotamiento o al sol. Lo que venga antes.

La diferencia esta noche es que la casa no está en silencio. Luna respira suavemente en mi cama. La escuché, inhalar, exhalar, inhalar, exhalar, durante horas. Todo el tiempo pensando: *¿Qué demonios estoy haciendo?*

Hay una razón por la que no traigo mujeres a mi casa ni a mi vida. Hay una razón por la que no he tenido nada más allá de un rollo de una noche en años. Luna es la primera mujer a la que he tocado más de una vez desde que tengo uso de razón.

Pero cada vez me resulta más difícil aferrarme a esa razón cuando Luna está delante de mí. O,

maldición, desnuda en mi bañera. Mi polla se estremece como la traidora que es.

Me dejo caer en el sofá y recuesto la cabeza en el cojín. Se suponía que el alcohol cortaría cualquier mierda emocional que se estuviera gestando en mi interior, pero lo ha empeorado. Al llegar antes a Luna, estaba cabreado. Estaba enfadado conmigo mismo por traerla aquí. Estaba enfadado con ella por haberme arrastrado.

Ahora estoy... estoy bebiendo solo en la oscuridad, viendo un infomercial, mientras Luna duerme desnuda en mi cama.

Entonces, un borrón blanco sale volando del suelo y aterriza en el cojín que hay a mi lado. Dos profundos ojos azules me miran.

El puto gato.

Como si las cosas no fueran suficientemente malas.

—¿No tienes una caja en algún sitio para ir a cagar? —digo bruscamente—. ¿O una bola de pelo que cortar?

Gregory me mira fijamente, agitando la cola detrás de él.

—La única razón por la que estás aquí es por Luna. Si de mí dependiera, ahora serías un cascarón muerto de hambre en su apartamento.

El gato parpadea.

Cuando ignoro el hecho de que deja pelos por todo mi sofá, puedo admitir que es un animal bonito. Un gato bonito que aún desearía que estuviera en otro lugar que no fuera mi casa, pero aún así...

Chasqueo los dedos y señalo al gato. —Ya está. Esto es lo que hay. Luna es preciosa, pero eso no significa que la quiera cerca. Como tampoco te quiero a ti cerca.

Era una mujer hermosa y desnuda en mi cuarto de baño. ¿Qué otra cosa podía hacer con eso? ¿Jugar a las adivinanzas?

Vuelvo a acabar de un trago mi bebida. Misterio resuelto. Soy un hombre con una polla que funciona y Luna es preciosa. Claro que quería follármela. Es normal. Pero, en el momento en que ella se vaya, estará fuera de mi vista y fuera de mi mente.

Eso no explica por qué he estado pensando en ella esta mañana durante mi reunión. Y durante el resto de la tarde.

Pero estoy lo bastante borracho como para ignorarlo. Entonces, Gregory aprovecha para subirse a mi regazo.

—¿Tengo estampado “Rescatista de mascotas” en la frente? —empujo al gato fuera de mi regazo, pero un minuto después está de vuelta y me amasa la pierna con las patas. Lo dejo hacerlo hasta cansarse, frunciendo el ceño todo el rato. Cuando está satisfecho, se hace un ovillo sobre mi muslo.

—No te acostumbres. Pronto se irán. Los dos.

Gregory solo acurruca su cabeza contra mi palma y ronronea.

LUNA

Como si el tocino ennegrecido y los huevos acuosos y mocosos no fueran suficiente señal de que debo dejar la sartén y evacuar definitivamente la cocina, la alarma de humos emite un chillido desgarrador.

—¡Las tostadas! —me doy vuelta y reviento la tostadora, pero ya es demasiado tarde. No solo he quemado el pan: lo he incinerado.

Dejo caer cuatro rebanadas de pan tostado negro y ceniciento en el cubo de la basura y luego me lanzo a por una bandeja de horno para despejar la alarma de humos.

Estoy subiendo a la encimera con la bandeja de galletas bajo el brazo cuando entra Yakov.

—¿Qué demonios estás haciendo? —está entrecerrando los ojos contra el ruido, con sus enormes hombros encogidos alrededor de las orejas.

Hasta hace veinte segundos, seguía dormido. Me escabullí de la cama antes del amanecer para preparar este espectáculo de mierda.

—¡Haciendo el desayuno! —grito.

Sacude la cabeza. —¿Qué?

Grito más fuerte, aún sacudiendo el humo. —¡Se ha quemado todo y ha saltado la alarma! Intentaba sorprenderte, pero...

Yakov salta sobre el mostrador con un solo movimiento, como harían los humanos normales al dar un paso. Su brazo me rodea la cintura para que no me caiga mientras se estira y pulsa el botón de la alarma de humos.

Al instante, el ruido se interrumpe.

—No sabía que existía ese botón —murmuro.

Yakov baja del mostrador y me tiende la mano. La cojo y me deslizo por todo su cuerpo. Incluido el bulto muy notable de la parte delantera de sus pantalones de chándal.

Yakov hace una mueca de dolor y yo me sobresalto como si estuviera electrificada. Y como si yo no fuera ya *muy* amiga de esa erección en particular.

Sin embargo, los últimos días hemos sido más conocidos de paso que amigos. Solo porque Yakov ha estado ocupado. Antes de eso, éramos íntimos. Esperaba que volviéramos a ser íntimos después de hacer un cambio de rol y prepararle un buen desayuno.

Muevo un brazo hacia el mostrador y hago una mueca. —Bueno... sorpresa.

—Has hecho el desayuno.

—Tocino, huevos y tostadas. Tocino y huevos. La tostada hizo saltar la alarma de humos —dejo caer la cara entre las manos—. No hace falta que te lo comas.

Me aparta las manos de la cara. —Estás murmurando entre los dedos. No te oigo.

Le miro y es la primera vez que estamos tan cerca desde hace unos días. Casi había olvidado lo alto que es. Lo intimidante que es mirar su afilada mandíbula.

Cojo un trozo de tocino arrugado. —Los cerdos que murieron por este desastre quemado me van a perseguir por desperdiciar su sacrificio.

Yakov coge el tocino, le da un mordisco y toda la tira se astilla en cientos de trozos. Suena como si masticara serrín.

—Por favor, no te comas eso —intento arrebatarle el resto de la mano, pero la mantiene demasiado alta por encima de mi cabeza—. Benjy siempre decía que comer lo que yo cocinaba era una forma de tortura, pero yo pensaba que estaba siendo imbécil.

—*Es* un imbécil —gruñe Yakov.

—Pero también tenía razón. Eso es una tortura, ¿no?

Yakov pasa de mí para coger un plato. —Ya te he dicho que me han entrenado para soportar la tortura. No pasa nada.

—Pero no se suponía que fuera una tortura. Se suponía que iba a ser bonito y... —la palabra “romántico” muere en mi garganta.

¿Esperaba que este desayuno mantuviera a Yakov en la mansión conmigo más de diez minutos? Claro que sí.

¿Había una pequeña parte de mí que pensaba que mi caprichosa interpretación del clásico desayuno americano lo dejaría lo bastante boquiabierto como para levantarme a la encimera y comerme de postre? Nunca lo sabré.

Yakov se mete en la boca un bocado de huevos aguados y traga. Realmente debe ser capaz de soportar la tortura. Ni siquiera se inmuta.

—No tienes que cocinar. Para eso contrato a un cocinero.

—Pero sigues cocinando a veces. ¿Por qué te molestas si tienes un cocinero?

—Porque se me da bien —no parece arrepentido por la pulla, exactamente, pero da un mordisco aún mayor a los huevos—. Juego con mis puntos fuertes. Tú también puedes hacerlo. Tienes muchos.

Es un insulto envuelto en un cumplido. No sé muy bien qué hacer con él. El cumplido menos que nada. —No creo que las sesiones maratónicas de lectura y cavar hoyos en la tierra vayan a hacerme ganar ningún premio.

—¿Va todo bien? ¿Con el jardín?

Me encojo de hombros. —Planté semillas y las regué. Aún no hay señales de plantas radiactivas ni de tierra impía, así que creo que lo estoy haciendo bien.

Asiente, pero no esboza ninguna sonrisa. No me devuelve ninguna broma divertida.

Luego de la debacle de la bañera, pensé que tal vez se había acabado la montaña rusa de frío y calor. Las cosas parecían estar templadas, con tendencia a hervir.

Ahora estamos tibios, en el mejor de los casos, y no sé qué pasó.

—Si tengo suerte, cultivaré una planta de *La tiendita del horror*.

—No sé qué es eso —dice alrededor de otro bocado arenoso de tocino.

—Es un musical. Una Venus atrapamoscas con gusto por la sangre y un barítono impresionante. No me importaría un poco de canto y baile por aquí —hago un círculo con el dedo sobre la encimera de mármol—. Podría animar un poco las cosas.

Yakov se levanta y enjuaga su plato en el fregadero. —Buena suerte con eso.

—¿Tienes trabajo que hacer hoy?

Odio el tono desesperado de mi voz. No soy la mujer que se sienta a esperar a un hombre. Al menos, no quiero serlo.

Coge su taza de café. —Estaré dentro y fuera. Sobre todo fuera.

Con eso, se ha ido. La puerta del despacho se cierra con un chasquido y me desplomo contra el mostrador.

No soy esa mujer... sobre todo porque no hay nadie a quien esperar. No es solo que Yakov esté ocupado. Es el hecho de que Hope ha tenido los últimos días libres, no puedo llamar a Kayla, y...

Sí, vale, se trata sobre todo de Yakov.

Pensé que estábamos llegando a un punto en el que empezaría a dejarme entrar. Emocionalmente, pero también a nivel práctico. Cosas como "¿Quién coño me persigue?" serían un buen punto de partida. ¿Cuánto tiempo puede tenerme aquí sola y en la oscuridad?

No quiero pensar que el hecho de que Yakov pasara tiempo conmigo y jugara a juegos fuera un truco. Pero, si era un truco... sería uno muy, muy bueno. He bajado la guardia. Ahora estoy tan ocupada retorciéndome por él que no pienso en cuándo voy a largarme por fin de aquí.

Vierto comida en el plato de Gregory, que es la versión de mi gato de un canto de sirena. Quince segundos después, Gregory viene corriendo por el pasillo, con la cola en alto y las orejas levantadas.

—La comida es sin duda el camino hacia *tu* estómago —murmuro.

Gregory me ignora y se zambulle en el fondo de su cuenco. No está tan mimoso desde que llegó a la mansión. Sospecho que recibe su dosis diaria de mimos de otro miembro de la casa, mucho más musculoso. Pero no he confirmado esa teoría. Todavía.

Estoy pensando si podría encargar e instalar mis propias cámaras. Tal vez una cámara de collar de gatos para pillar a Gregory y a Yakov in fraganti. Y entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

—Interacción humana —me digo—. Necesito interacción humana.

Marcho hacia la puerta del despacho de Yakov antes de poder detenerme.

Le preguntaré si puedo llamar a Kayla. Solo una llamada. Preferiblemente, una en la que no esté pendiente de mí para asegurarse de aprobar todo lo que digo. Diez minutos hablando con mi mejor amiga podrían sacarme de este atolladero y darme algo de perspectiva.

Kay compensa su pésimo gusto en cuanto a posibles pretendientes siendo un sistema de apoyo sólido como una roca. Una vez me dijo que siempre tiene un oído para escuchar, un hombro sobre el que llorar y un contacto con una trituradora de madera si las dos primeras cosas no ayudan.

Me detengo ante la puerta del despacho de Yakov y levanto la mano para llamar, justo cuando oigo mi nombre al otro lado.

—Esto no tiene nada que ver con Luna —gruñe Yakov.

No he visto a nadie entrar en su despacho. Debe estar al teléfono.

Date la vuelta, me digo. *Aléjate y dale su intimidad*.

En lugar de eso, me inclino más y pego la oreja a la puerta.

Espero, pero no oigo nada dentro. Ni voces. Ningún movimiento. Puede que estar sola en esta casa me esté volviendo loca. Estoy teniendo alucinaciones.

Estoy a punto de levantarme de nuevo y llamar cuando la puerta se abre de golpe. Los anchos hombros de Yakov llenan el marco de la puerta. —¿Qué haces?

Salto hacia atrás y sonrío. —Venía a verte.

—Es difícil hacerlo a través de una puerta de madera —arquea una ceja. También podría apuntarme a la cara con una linterna y gruñirme que podemos hacerlo “por las buenas o por las malas”.

—Estaba a punto de llamar a la puerta.

—No me gusta que me interrumpan cuando estoy trabajando —sale de la habitación y cierra la puerta tras de sí—. ¿Necesitas algo?

Compañía humana. Un abrazo. Una máquina del tiempo para poder volver atrás y deshacer el acercamiento a tu oficina en primer lugar.

—Quería saludarte —me balanceo de los talones a los dedos de los pies y viceversa—. Así que... hola.

Podría preguntarle lo de llamar a Kayla, pero sé cuál sería la respuesta. He dado el menor tirón a la correa y se comporta como si me hubiera pillado trepando por una ventana o escalando las vallas. Pedirle hablar con Kayla haría saltar demasiadas alarmas.

Yakov me apoya la mano en la parte baja de la espalda y me conduce por el pasillo. —Tengo que irme un rato. Si necesitas algo, habla con alguien del personal o de seguridad. Ellos pueden ayudarte.

No me llames. Eso es lo que está diciendo. *Si necesitas algo, habla con otra persona.*

Yakov me deja a unos pasos del dormitorio. Como si no quisiera acercarse demasiado. —Volveré más tarde.

Me despido con la mano y sonrío. Pero, en cuanto se cierra la puerta principal, atravieso la casa y me dirijo a su despacho.

Siempre cierra la puerta tras de sí. Lo he visto hacerlo.

Pero no la cerró ahora.

Existe la posibilidad de que la puerta se cierre automáticamente tras él. También podría abrirse con algún escáner ocular, o de huella dactilar de alta tecnología. No me sorprendería lo más mínimo.

Pero cuando giro la manilla y empujo... la puerta se abre.

No soy la mujer que se sienta a esperar el permiso de un hombre. Soy la mujer que toma lo que necesita.

Lo quiera Yakov o no.

LUNA

El despacho de Yakov es exactamente lo que esperaba: meticuloso. Su ordenador portátil está perfectamente centrado. Aparte de un bolígrafo negro y un teléfono fijo, no hay nada.

Por muy desolado que esté, todavía hay un archivador en un rincón y cajones empotrados en el escritorio. Muchas cosas que rebuscar si quiero averiguar qué está pasando aquí.

Pero mi culo solitario se siente atraído por el teléfono.

Llama a Kayla y luego fisgonea. O llama a Kayla mientras fisgoneas. Puedo hacer varias cosas a la vez.

Marco el número de Kayla y voy saltando de un pie a otro mientras espero a que descuelgue.

—Hola, Kayla Stevenson al habla —tiene puesta su voz de Kayla adulta. La que usa para la llamada mensual con su abuela y para hablar con el dentista.

—Kayla, soy yo —no sé por qué susurro, pero hablar más alto me parece un riesgo—. Soy Luna.

Jadea. —¡Santa mierda! ¿Dónde demonios has estado, Loon? Me has dado un susto de muerte.

Kayla adulta ha abandonado el chat. Su abuela estaría muy decepcionada con su boca sucia. Yo, en cambio, nunca me he sentido más a gusto.

Me dejo caer en la enorme silla de despacho de Yakov. —Lo siento mucho. Estoy bien. Me encuentro bien. Solo he estado... ocupada.

—¿Ocupada con qué? Sé que no es trabajo.

—Sí, me tomé un tiempo libre.

—Eso dices ahora, pero la última vez que hablamos dijiste que estabas de viaje de negocios. Entonces, ¿cuál es la verdad?

Mierda. —Ah, claro. Estaba... de viaje, pero luego me enfermé.

—¿Te pusiste enferma y dejaste el trabajo? —suelta.

—¿De qué estás hablando?

—Llamé a tu trabajo —explica Kayla—. Llamé al número de tu mesa. Luego llamé a la

recepcionista y le pedí que me comunicara contigo. Me dijo que ya no trabajabas allí.

Me hinco aún más en el sillón de cuero de Yakov. Si yo fuera un gigante como él, probablemente tendría un gran apoyo lumbar. Tal como está, se me clava incómodamente en la parte media de la espalda. —¿Renuncié?

Yakov me dijo que se encargaría del trabajo por mí. Me prometió que tendría un trabajo al que volver cuando todo esto acabara. Y yo... confié en él.

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—Soy tan idiota —gimo.

—¿Qué está pasando? —ladra Kayla al teléfono—. No estás en el trabajo. No hay nadie en tu piso. Ni siquiera Gregory. Lo sé porque utilicé el repuesto que me diste para emergencias y fui a comprobarlo. Estaba tan desesperada que incluso fui a casa de Benjy.

—¡Kayla! *Nunca* volvería con él.

—Quería creerlo, pero también estaba desesperada. Estás tejiendo una red muy enmarañada, nena —suelta un fuerte suspiro—. Además, nota al margen: Benjy estaba hecho una mierda. Tenía la cara hinchada y magullada.

—¿Estuvo en una pelea?

—Aparentemente. La forma en que reaccionó cuando mencioné tu nombre me hizo preguntarme si no fuiste tú quien le destrozó la cara. Pero pareces sorprendida, así que supongo que no.

—¿Cómo le ganaría a Benjy en una pelea? —pregunto.

—No lo sé. ¿Cómo has podido desaparecer de tu trabajo y de tu piso sin decírselo a tu mejor amiga? —replica—. Últimamente haces muchas locuras.

—Lo siento, Kay. Debería haberte contado lo que pasa. Simplemente... no pude.

—No. Eso no me vale. No puedes llamarme de la nada, decirme que estás bien y volver a desaparecer. Quiero saber qué pasa y quiero saberlo ya.

—Ya somos dos —murmuro.

—¿Luna? —su voz se suaviza de inmediato—. Está claro que estoy enfadada contigo por hacer de Houdini, pero dime ahora mismo si esto es algo por lo que deba preocuparme. Si tienes problemas, allí estaré. Estés donde estés.

—Estoy... estoy bien.

Hay una larga pausa antes de que Kayla susurre al teléfono. —Usa la palabra “aleta” en una frase si necesitas que llame a la policía.

Resoplo. —¿Cómo podría siquiera utilizar la palabra “aleta” en una frase? ¿Empiezo a hablar de delfines al azar?

Kayla jadea. —¿Eso haces? ¿La has utilizado? ¿Debo llamar?

—¡No! —me incorporo—. No, lo siento. No lo hagas. Estoy bien. Cancela la Operación Delfín.

—No me asustes así. Estaba bromeando, pero luego la has usado de verdad —exhala un largo suspiro—. Luna... Voy a necesitar que empieces desde el principio. Sin escatimar detalles. A partir de ahora. Te escucho.

Si Yakov estuviera aquí, me diría que cuelgue. *La información es peligrosa, Kayla podría estar en peligro, peligro esto, peligro lo otro, bla, bla, bla*. Pero también corro el riesgo de perder la cabeza si no me deshago de algunas de las cosas que me rondan por la cabeza.

—Vale, sobre la cita a ciegas que me organizaste la semana pasada... Sergey me dejó plantada.

—No, no lo hizo. Saliste con él. Me contaste lo de la cita.

—Te hablé de una cita —explico—. Una cita que tuve con un hombre que creí que era Sergey, pero que acabó siendo otra persona. Él no me corrigió. A mitad de la noche, el verdadero Sergey apareció borracho y mi cita lo echó del restaurante.

—¿Y quién era tu cita? —pregunta.

—Se llama Yakov Kulikov y, al parecer, tiene algunos enemigos. Enemigos que ahora me persiguen porque nos vieron juntos en la cena.

—¿Qué? Tú… ¿Qué? No me lo puedo creer. Esto es una locura —jadea.

—De acuerdo. También se vuelve más loco. Porque estoy en su mansión desde la noche de la cita. Se llevó mi teléfono y no me deja salir porque sería peligroso que estuviera sola.

—*Aleta* —sisea Kayla—. ¡La Operación Delfín está en marcha! Voy a llamar a la policía. ¡Aleta!

—Sé cómo suena —me paso una mano por la cara—. Realmente sé cómo suena. Es una locura.

—Una locura. De maníacos. Problema mental. Síndrome de Estocolmo. Sí —dice Kayla—. Suena como todas esas cosas.

—No tengo el síndrome de Estocolmo. Ni siquiera me secuestró.

Si yo de la semana pasada pudiera oírme ahora, querría decir un par de cosas.

—Yakov intenta protegerme. Le creo —continúo—. Yo solo... necesitaba hablar con alguien del mundo real. Alguien de mi vida real. Necesitaba oír tu voz, Kay.

—Dios mío, Luna. Esto es... esto es mucho. Ni siquiera sé qué decir —la oigo pasearse al otro lado del teléfono. Atiende las llamadas en el baño del trabajo. El sonido familiar de sus tacones sobre el azulejo es reconfortante—. ¿Quieres estar allí con él? Eso es lo más importante. Porque, si quieres irte, deberías poder hacerlo independientemente de lo que él piense. Podemos reunir dinero y contratarte un guardaespaldas si es necesario.

—No tenemos dinero para un guardaespaldas.

—Para eso están los sitios de *crowdsourcing*. Recortaré mis gastos. Podemos solucionarlo.

Kayla y su novio acaban de mudarse juntos a un apartamento de dos dormitorios que a ella le encanta. También sé que Kayla me quiere. Si yo necesitara dinero, haría las maletas, vendería sus

cosas y se mudaría a su pequeño piso de una habitación sin pensárselo dos veces.

No puedo hacerle eso.

Ni siquiera sé si *quiero* hacerlo.

Me gusta estar aquí con Yakov. Sobre todo. Creo que sí. Salvo por los momentos en que se me hace un nudo en las entrañas y la cabeza me da vueltas, es realmente estupendo.

—Aquí estoy bien. Hay guardias de seguridad y tres comidas al día. Quedarse aquí es más fácil.

—A la mierda con lo "fácil" —replica—. Haré muchas cosas difíciles para asegurarme de que seas feliz y estés bien, Loon.

Se me llenan los ojos de lágrimas como la gran savia blanda que soy. —Gracias, Kay. Lo mismo digo.

—Entonces, ¿cómo estás? ¿Feliz y bien?

Es difícil responder a esa pregunta cuando mi actual compañero de piso es un dios griego caliente y frío que me da latigazos sexuales y emocionales a diario y, a veces, cada hora. También es difícil responder cuando "bien" depende de que no me asesinen enemigos desconocidos, tenebrosos, que pueden o no ser reales.

—Estoy a salvo —digo en su lugar—. Eso te lo aseguro. Ahora mismo, estoy a salvo. Yakov no me hará daño.

—¿Es una opción? ¿Te preocupa?

—No, no. No le tengo miedo. Solo...

—¿Solo qué? —replica—. O te mantiene a salvo o no lo hace.

—¡Me mantiene a salvo! Solo lo hace no diciéndome nada de lo que ocurre. Cree que la información es peligrosa —suspiro—. Yo le creo. Contarme más de lo necesario probablemente sería peligroso. Pero creo que el hecho de que esté aquí es peligroso. Estar cerca de él es peligroso.

—¿Qué significa eso?

—Yo no... Dios, parece una locura. Aún no lo he dicho en voz alta.

—El Barco de los Locos zarpó hace mucho tiempo. Ya no puedes escandalizarme. Escúpelo.

Respiro hondo y digo exactamente lo que he estado pensando. —Le dispararon a su padre en el pecho delante de él. Luego tuvimos que salir de un restaurante porque estábamos en peligro. Ahora parece que la gente va a por mí porque tenía una cita con él. Eso suena a cosas de *Buenos Muchachos* ¿verdad?

—Nunca he visto esa película.

—Mafiosos —digo claramente—. El clásico tipo de delincuentes que disparan, rompen piernas y te mandan a la mierda. No sé si se dedica exactamente a eso, pero tiene que ser algo así. Algún tipo de mercado negro, cosas clandestinas.

Con cualquier otra persona, pensaría que se metió con el grupo equivocado. Pero no creo que nadie pudiera meter a Yakov en algo de lo que no quisiera formar parte.

Sea lo que sea lo que está pasando aquí, está claro que él es el que manda.

—Lo último que he oído es que los contables y los médicos no se cargan a la gente. Así que puede que estés en lo cierto.

—Aún no me he armado de valor para preguntárselo —admito.

No puedo decirle a Kayla que Yakov me distrajo con su polla. No se fiaría de mi juicio. La Operación Delfín volvería a ponerse en marcha en un instante, y yo tendría que explicarle a Yakov por qué la policía se apareció en su puerta.

—Quizá no deberías —sugiere Kayla—. Preguntarle, quiero decir. Quizá lo más seguro sea guardarte ese pensamiento para ti. Si no te ha dicho que es un delincuente, sacar el tema podría no sentar muy bien.

—No le tengo miedo, Kay.

Ella suspira. —Lo sé. Solo me pregunto si tal vez deberías tenerlo.

Me golpea de repente: esto es un error.

Me siento mejor, pero Kayla está claramente asustada. Tiene todo el derecho a estarlo. No debería haberla metido en este lío. Estaba siendo egoísta, pero eso se acaba aquí. Sea lo que sea lo que pasa con Yakov, lo resolveré sola.

—Estoy siendo inteligente. Te lo prometo. Si algo cambia, te lo haré saber.

—¿Lo juras? —pregunta.

—Te lo juro. Tengo que irme. Te quiero.

—Yo también te quiero, Loon. Por favor, no vuelvas a desaparecer.

Cuelgo y me alejo del escritorio de Yakov.

No estoy segura de cuánto tiempo me queda aquí antes de que alguien me encuentre, pero no voy a perder ni un segundo más. Abro el cajón superior de su escritorio y me pongo a husmear.

LUNA

Resulta que fisgonear no es tan fácil como parece.

En las películas, la gente abre cajones de un tirón y vuelca cajas sobre largas mesas de madera. Esparcen papeles como si tuvieran una pelea de confeti. Pero yo tengo que ser precisa. El despacho de Yakov es un santuario de su eficacia. Probablemente percibirá un cambio en el continuo espacio-tiempo si alfabetizo incorrectamente una de sus carpetas.

Tengo que ser estratégica.

—Empieza por arriba y ve bajando —decido, sacando una pila de carpetas del cajón superior y colocándolas con cuidado sobre su escritorio.

La primera carpeta no es nada del otro mundo. Facturas y extractos bancarios, ambos con una cantidad irreal de ceros. Cuando ves una mansión como la de Yakov, la persona o está muy endeudada o es ridículamente rica. Ahora puedo afirmar con seguridad que Yakov es lo segundo.

Lo más interesante que encuentro es una pila de contratos escritos en ruso. Si tuviera mi teléfono, lo traduciría en Google. Tal como están las cosas, mi cerebro monolingüe no tiene suerte.

Una por una, rebusco en una carpeta, la pongo boca abajo a la izquierda y paso a la siguiente.

Entre algunas de las carpetas hay fotografías sueltas. Viejas Polaroids de una niña con rizos castaños oscuros que sujeta un elefante de peluche bajo la barbilla. Otra es de la misma niña con un niño algo mayor. Tiene los mismos ojos hundidos que Yakov, pero no es él. Probablemente sean sus hermanos.

¿Yakov es el tipo de hombre que apenas menciona que tiene hermanos, pero luego guarda fotos de ellos en el cajón de su escritorio? Claro que sí.

¿Cómo es posible que esté cabreada con él, hurgando en su despacho, y él siga encontrando la forma de ablandarme el corazón? Probablemente colocó las fotos para hacerme dudar de mi decisión de fisgonear.

Bueno... tendrá que esforzarse más. Hará falta algo más que un poco de sentimentalismo para sacarme del caso.

Dejo a un lado las fotos tan bonitas y sigo buscando.

El tercer cajón, como el primero y el segundo, es una colección de documentos aburridos y nada

en absoluto incriminatorio. Hay que reconocer que empiezo a sentirme culpable.

Yakov me dejó entrar en su casa, me protegió, me alimentó, me folló hasta volarme los sesos, ¿y así es como se lo pago?

Estoy a punto de guardarlo todo e intentar borrar cualquier prueba de mi presencia en la oficina cuando le doy la vuelta a una carpeta con otra foto Polaroid sujeta con un clip en la parte delantera.

Esta foto la reconozco.

—¿...Benjy?

Benjy está de pie junto a un coche. Lo último que supe es que no tenía, pero está a punto de subirse al asiento del conductor. Eso no viene al caso, porque la foto no tiene pose. Es evidente que no tiene ni idea de que alguien le está haciendo una foto.

Abro la carpeta y sé a ciencia cierta que Benjy no tenía ni idea de nada de esto. Son relatos detallados de todos los lugares donde estuvo y de todas las personas que vio en un periodo de veinticuatro horas. Las dos páginas siguientes son direcciones conocidas, números de teléfono y personas de interés. Veo mi nombre cerca de la mitad de la lista, justo debajo de Tiffany. La mujer con la que me engañó.

Miro fijamente la información que tengo delante e intento encontrarle sentido.

Yakov me preguntó por mi ex y se lo conté. Pareció sorprendido cuando le describí mi relación con Benjy. ¿Era una actuación? ¿Trabajan juntos?

—No —lo digo en voz alta para intentar calmar el latido acelerado de mi corazón—. No, no trabajan juntos.

¿Con qué fin? Benjy no tiene absolutamente nada que Yakov pudiera desear. A no ser que Yakov de repente esté en el mercado por un sofá plegable hundido y una cuenta de ahorros seca. Aunque Benjy tuviera algo valioso, he visto suficientes extractos bancarios antiguos de Yakov para saber que puede permitirse diez veces más que cualquier cosa que Benjy pudiera tener. Cien veces más. Benjy no tiene nada, pero Yakov tiene una foto suya en su escritorio.

¿Por qué?

No hay nada más en la carpeta que dé algún tipo de contexto, así que la aparto del resto de carpetas y sigo buscando.

Cuanto más profundizo en el escritorio, más interesantes se vuelven las cosas. En el fondo del último cajón hay una bolsa de plástico llena de teléfonos baratos. Desechables, si tuviera que adivinar.

No quiero saber por qué Yakov necesita tantos teléfonos desechables, pero tampoco quiero mirar a caballo regalado. Me guardo uno de los teléfonos para más tarde. Por si acaso necesito un salvavidas para salir de esta mansión.

Entonces, saco un recorte de periódico del día en que asesinaron al padre de Yakov. No hay datos identificativos en el artículo, pero solo el titular evidencia de quién se trata. **Hombre**

asesinado a tiros delante de su familia; la policía pide información.

Debajo del artículo hay algunas carpetas más sobre personas que no reconozco. Alguien llamado Budimir. Otro hombre llamado Akim Gustev.

Hace unos minutos, me habría volcado en toda esta información. Habría peinado cada trozo de papel buscando de qué conocía Yakov a estas personas y qué ocurrió realmente el día en que asesinaron a su padre.

Pero lo único que tengo ahora en la cabeza es: *¿cómo conoce Yakov a Benjy?*

Lo que le dije a Kayla es cierto: confío en Yakov. O eso quiero. Ha sido muy reservado desde que le conocí, pero que yo sepa no me ha mentido.

Quiero pensar que no lo haría.

Estoy sentada en el suelo, con un millón de nuevos pensamientos y preguntas zigzagueando por mi cerebro cuando escucho la voz de Yakov.

—¡Mierda! —mi enfoque organizado y metódico de revisar las carpetas se vino abajo en cuanto vi la carpeta de Benjy. Las pilas que tengo delante son un desastre y no hay nada que hacer al respecto. Las recojo entre mis brazos y las dejo caer amontonadas en el cajón de abajo.

Apenas tengo tiempo de cerrar el cajón de golpe y zambullirme bajo el escritorio antes de oír abrirse la puerta del despacho.

Yakov está hablando con alguien por teléfono en ruso. En otro contexto, me fascinaría escucharlo. Más allá del apodo que me ha puesto y de algunas palabrotas que reserva para cuando está muy dentro de mí, no lo he oído hablar nada de su lengua materna.

Sin embargo, en las circunstancias actuales, preferiría estar en cualquier jodido lugar del planeta.

Me hago un ovillo debajo de su mesa y rezo para que solo venga a enderezar el bolígrafo que tiene en la mesa o a dejar el correo.

Sea lo que sea, espero que lo haga rápido. Estoy muy apretada debajo de su escritorio y empiezo a tener calambres en las piernas.

Me rodeo las rodillas con los brazos para hacerme un ovillo, pero se me resbala el pie.

Me paralizo.

No lo ha oído. Es imposible. Fue un pequeño roce de mi tacón sobre la alfombra. Es un ser humano, no un Depredador.

Entonces, Yakov se calla. Escucho horrorizada cómo se pasea por su mesa.

Sus piernas aparecen a la vista. Luego la silla es arrastrada lentamente hacia atrás.

Todo el tiempo, intento mantener mi acogedora sensación de negación.

Pero, en cuanto Yakov se inclina y me mira fijamente, con las cejas y la boca fruncida en un ceño mortalmente serio, tengo que abandonar la farsa.

Murmura algo en el teléfono que yo traduzco aproximadamente como—: Perdona. Tengo que asesinar a una rubia entrometida. Ahora te llamo.

Luego, cuelga y me mira. Se pasa la lengua amenazadoramente por los dientes. —¿Qué haces aquí, Luna?

Me obligo a sonreír. —¿Te lo creerías si te dijera que vine a hacerte una mamada?

YAKOV

Agarro a Luna por el brazo y la saco de debajo de la mesa. Intenta dirigirse hacia la puerta, pero la hago girar hacia atrás y la arrojo a mi silla.

—¿Qué haces?

—Conseguir lo que me prometieron —le agarro la barbilla hasta que sus labios carnosos se separan—. Estás aquí para chupármela, ¿verdad? ¿Por eso estás metida debajo de mi escritorio?

Se aparta. —Para ya.

—Pues contéstame. ¿Qué coño haces aquí, Luna?

—Nada —se cruza de brazos—. Solo estaba...

—Dime la verdad o te...

—¿Qué? —alza la barbilla desafiante para mirarme a los ojos—. ¿Qué me harás, Yakov?

Me dejo caer frente a ella y apoyo las palmas de las manos en los brazos de la silla. Luna se encoge contra el reposacabezas, pero yo la sigo. No le doy ni un centímetro de espacio. Sus exhalaciones de pánico se mezclan con las mías.

—Si fueras cualquier otra persona, ya estarías muerta.

Entrecierra sus ojos azules. —Pero no soy “otra persona”, ¿verdad?

Era una amenaza, pero tiene razón. Por alguna razón que va mucho más allá de lo que puedo comprender, Luna es diferente. Se ha clavado en mí y no quiero soltarla. Aunque “soltar” es exactamente lo que debería hacer.

Tengo los nudillos blancos de tanto agarrar el reposabrazos. —¿Por qué coño no puedes mantenerte al margen, Luna? Te he pedido que hagas una maldita cosa —empujo la silla hacia atrás—. Estoy intentando mantenerte a salvo, y me lo estás poniendo jodidamente difícil.

—Y yo intento confiar en ti, pero me lo pones difícil.

Sacudo la cabeza. —No te he dado ni una sola razón para que no confíes en mí.

—¡*Ja!* Estás de broma, ¿verdad? ¡Apenas me has contado nada! He tenido que mendigarte retazos de lo que ocurre.

—Considérate afortunada. Podría no haberte dicho nada.

—Probablemente también pienses que debería agradecerte que me ocultaras esto —Coge una carpeta del escritorio y me la lanza al pecho.

El expediente de Benjy. No lo había mirado desde la noche en que lo localicé en el bar. Podría haberlo triturado en cuanto hubiera acabado con él. He visto suficientes hombres después de una pelea como para saber cuáles van a volver a levantarse. Benjy no es un luchador. Se quedará en el suelo.

—Pon las excusas que quieras, pero deberías habérmelo contado, Yakov. *Esto* fue una mentira.

—No vale la pena mentir sobre ese pedazo de mierda —gruño—. Ni siquiera vale la pena hablar de él.

—¿Por eso no has dicho que lo conoces? ¿Porque no vale la pena hablar de él? —replica—. Bueno, yo creo que vale la pena hablar de que el hombre con el que me acuesto tiene en su escritorio un expediente de mi ex maltratador. ¿Están trabajando juntos? Si esto es una especie de montaje, entonces... Ni siquiera sé cómo darle sentido.

—No me insultes, Luna. Nunca trabajaría con Benjy.

Levanta las manos. —Entonces, ¿qué está pasando? ¿Es él la persona por la que estoy en peligro?

—Si Benjy fuera el problema, ya estaría muerto.

—No quiero seguir haciendo esto —se lleva las manos a la cara y respira hondo. Cuando me mira, tiene lágrimas en los ojos—. No puedo seguir haciendo esto. Quiero confiar en ti. Pero necesito algo más. *Algo*. El otro día dijiste que querías contarme lo que está pasando. Pues cuéntamelo, Yakov. No todo, pero... algo. Por favor.

Sería mejor así. Si se fuera antes de tener que pensar cómo coño voy a dejarla ir.

Pero la mirada rota de su rostro no me da opción.

Cierro los ojos y suspiro. —Los hombres que mataron a mi padre me persiguen a mí y a cualquiera que esté cerca de mí.

—Tú y yo ni siquiera nos conocíamos.

—No importa —le digo—. Te uniste a la lista de personas a las que soy íntimo en el momento en que te acercaste a mi mesa.

Frunce el ceño. —¿Por qué irían a por mí? No soy nadie. ¿Matar a tu padre no es suficiente golpe?

El mundo está lleno de nadies. Caras en blanco que conforman el fondo de mi vida. Luna no es una de esas personas. Ella es alguien para mí, por eso Akim eligió bien su objetivo. Si hubiera sido cualquier otro, lo habría dejado morir.

—Fue suficiente... hasta que me vengué.

—¿Qué significa eso? ¿Cómo te vengaste?

Sacudo la cabeza. —Eso no es algo que necesites saber.

—Vale. Vale, pero... —respira hondo—. Mataron a tu padre; tú hiciste algo misterioso que desconozco como represalia; lo entiendo. Lo que no entiendo es qué demonios tiene que ver esto con Benjy. ¿Sabías quién era antes de conocernos en el restaurante? ¿Cómo está implicado en todo esto?

Me rechinan las muelas. Odio oírla decir su nombre. Odio que, aunque le hubiera partido el cuello aquella noche y lo hubiera arrojado a la acera como si fuera basura, nada podría borrar la historia que tiene con Luna.

—Benjy te hizo daño.

—Vale —dice lentamente—. ¿Qué tiene eso que ver contigo? ¿Por qué tienes su expediente en tu mesa?

—Te dije cuando salimos juntos de aquel restaurante que te mantendría a salvo.

—Pero lo de Benjy ocurrió hace años. Mucho antes de que tú y yo nos conociéramos. Él no...

Enrosco un dedo debajo de su barbilla y levanto sus ojos hacia mí. —*Te ha hecho daño*. No te lo mereces. Así que me encargué de eso.

Su ceño se frunce cuando empieza a comprender. —¿Cómo... cómo te encargaste?

No respondo, pero veo que Luna va atando cabos. Me mira el ojo izquierdo. El moratón hace tiempo que desapareció, pero Luna lo recuerda.

—Esa noche que llegaste a casa con un ojo morado... eso fue...

—Un golpe de suerte —gruño—. No tuvo otro.

Sus ojos azules se abren de par en par cuando lo que digo empieza a tener sentido. Entonces, lentamente, Luna me agarra de la muñeca. Entrelaza sus dedos con los míos y se arrodilla delante de mí.

Su pelo se enrosca sobre sus hombros en ondas doradas y soñolientas. Las recoge con una mano y se echa todo el pelo a la espalda.

—¿Qué haces? —mi polla se pone rígida mientras desliza la otra mano por mi muslo.

—Ya te lo he dicho.

Antes de que llegue a mi cremallera, la vuelvo a poner en pie de un tirón.

Ella parpadea, sorprendida. —¿Qué ocurre?

—Lo que pasa es que, si me corro, no quiero estar en tu boca —la empujo hacia atrás sobre mi escritorio y sus piernas me rodean la cintura—. Voy a enterrarme profundamente dentro de ti.

LUNA

Yakov me destroza el pantalón de seda del pijama de un fuerte tirón. Mis bragas se apartan aún más deprisa. Entre aliento y aliento, me mete dos dedos.

—Ya estás lista para mí —me gruñe al oído.

—Siempre estoy lista para ti —planto las palmas de las manos sobre el escritorio que tengo detrás para no desplomarme. Los archivos se desparraman por el escritorio y revolotean por el suelo.

—Aquí queda mucho por leer, Luna. Todos mis secretos al descubierto —su pulgar hace círculos más altos, rozando mi clítoris hinchado—. ¿Aún quieres leerlos?

Echo la cabeza hacia atrás mientras el calor se acumula en mi vientre. Yakov se inclina y me besa en el hueco de la garganta. —No.

Yakov tira de mi camisón con los dientes hasta que mis pechos se desparraman. Le rodeo la nuca con una mano y aprieto las caderas contra sus dedos mientras me abre de par en par.

—¿Vas a dejar que te folle hasta sacarte las preguntas? ¿Es eso?

Me deslizo por la cintura de sus pantalones y palpo su dura longitud. Se estremece cuando lo rodeo.

—Aquí hay muchas cosas horripilantes, *solnyshka* —su voz está tensa. Lo desea tanto como yo. Lo noto en la forma en que me toca.

—¿Por qué intentas convencerme de no hacerlo? —lo acaricio de nuevo, arrancándole un gemido—. Sé que lo deseas. Sé que *me* deseas.

Yakov lleva su otra mano a mi cuello. Sus dedos me rodean la garganta, inclinándome hacia atrás y hacia atrás y hacia atrás hasta que apenas puedo sostenerme. Tiemblo, tanto por el placer que se acumula entre mis piernas como por la forma en que me tambaleo sobre el borde de su escritorio.

—Puede que sepas que te deseo, pero no tienes ni puta idea de para qué —su aliento me calienta el cuello. Siento sus labios susurrando sobre mi piel—. Quizá no haya ninguna amenaza. Quizá te retengo aquí para poder follarte cuando quiera. Cuando estés agotada, me desharé de ti y encontraré a otra.

—No te molestes en mentir —respiro con dificultad—. Hope me dijo que nunca habías traído a otra mujer a casa.

Yakov tiene los ojos oscuros. Cuando arrastro los dedos por su parte inferior, un profundo gruñido retumba en su pecho.

—No vas a follarme hasta sacarme las preguntas. Seguiré teniendo preguntas, pero la respuesta a la más importante no está en ninguna de esas carpetas. Toda esta información no puede decirme lo que me estás mostrando ahora mismo —susurro.

Enrosca sus dedos dentro de mí y casi me caigo de la mesa. —¿Y qué te estoy mostrando?

—Que cuidarás de mí.

Las lágrimas me nublan la vista. Hace tanto tiempo que nadie cuida de mí. Años y años desde que pude depender de alguien que no fuera yo misma.

Pero confío en Yakov.

A pesar de mis dudas y de las preguntas que aún se arremolinan entre nosotros, puedo ver la verdad en sus ojos. La siento en la forma en que me toca. Lo vi cuando apagó la alarma de humos esta mañana, me ayudó a bajar de la encimera y se comió el desayuno quemado que preparé.

No quiere hacerme daño.

Yakov me rodea el cuello con la mano y me inclina aún más hacia atrás. Lo único que impide que me caiga hacia atrás es mi brazo apoyado detrás de mí. Antes de que pueda pensarlo demasiado, levanto la mano.

El mundo se me escapa de las manos durante medio segundo, quizá menos. Entonces, Yakov está ahí.

En un instante, me suelta el cuello y me rodea la cintura con el brazo. Me atrapa, nuestros cuerpos apretados, sus labios a solo unos centímetros de los míos.

—¿Ves? Sé que cuidarás de mí, Yakov —suspiro suavemente—. Así que, por favor... cuida de mí.

Yakov me mira durante un angustioso segundo. Luego, aparta las ruinas de mi pijama y me penetra hasta el fondo.

Me agarro al borde del escritorio. Caen más papeles y carpetas al suelo, pero no puedo pensar en nada cuando Yakov me inclina las caderas justo como él quiere.

Solo hacen falta dos o tres caricias. Arqueo la espalda, inclinándome ante la forma en que me llena hasta que me rompo.

—Ahí. Justo ahí —caigo sobre el escritorio, con la mejilla apretada contra una carpeta. Tengo una Polaroid delante, pero veo borroso. Estoy demasiado ocupada viendo estrellas para distinguir nada más.

—Maldición —gruñe Yakov.

Sigo palpitando cuando se desliza fuera de mí, me voltea y vuelve a llenarme.

El escritorio tiembla bajo nosotros. Los papeles caen al suelo, pero no me importa. Tampoco a Yakov.

Sus manos rodean mi cintura con fuerza. Me arrastra contra él, correspondiendo a sus empujones. Me agacho y presiono sus abdominales con la palma de la mano. Sus músculos se flexionan con cada movimiento. Tiene una fina capa de sudor sobre la piel. Quiero saborearla.

No me doy cuenta de que he dicho algo en voz alta hasta que Yakov me dice—: Ya habrá tiempo para eso más tarde.

Se estremece dentro de mí. El calor me inunda y Yakov se desploma sobre mi pecho. Su mejilla está caliente sobre mi esternón mientras se derrama una y otra y otra vez.

Enrosco la mano en su pelo, aferrándome a él y a sus palabras. *Más tarde*. Tendremos mucho tiempo después.

Espero que tenga razón.

LUNA

Podría acostumbrarme a esto.

Tanto como es posible acostumbrarse a que te despierte una lengua muy hábil lamiéndote entre los muslos.

Sonrío y estiro los brazos por encima de la cabeza. Yakov me aprieta el estómago con una mano enorme, inmovilizándome mientras me recorre con la punta de la lengua.

—Buenos días a ti también —cierro los ojos e intento empaparme de cada segundo.

La luz de primera hora de la mañana que entra por la ventana, el roce de la barba incipiente de Yakov contra mi piel sensible, el tacto áspero de sus manos en mi cintura, mis caderas, mi pecho...

Esto no es algo que pensé que llegaría a tener. Definitivamente, no con un hombre como Yakov. Nuestra desordenada relación podría haber acabado fácilmente en nada más que una serie de momentos robados y noches apasionadas interrumpidas por largos ratos de mi solitario anhelo.

Entonces me encontró debajo de la mesa de su despacho. A partir de entonces, todo cambió.

Para empezar, no podemos dejar de follar. A cualquier hora del día y de la noche, puedes encontrarme de rodillas o de espaldas mientras Yakov gruñe y ruge y se derrama dentro de mí. Me he corrido a cuatro patas, encima de él, debajo de él. He gemido en los alféizares de las ventanas y en las almohadas y en la palma de la mano de Yakov apretada sobre mi boca jadeante. Estoy dolorida todo el día.

Es increíble.

Esta mañana es suave. Más suave que el frenético “cuatro patas” de anoche en el gimnasio, al menos. Aún noto los ligeros moratones donde me sujetó las caderas. Yakov me pasa la lengua por el clítoris y me derrito. Mis muslos se aprietan alrededor de sus orejas y mi espalda se dobla cuando estoy al borde del orgasmo.

Vale, supongo que no *todo* ha cambiado. Sigo corriéndome vergonzosamente rápido cada vez. Gracias a todo poder superior existente.

Pero ahora, una vez que termina de arrancar incontables orgasmos de mi cuerpo indefenso, me atrae hacia sí y nos quedamos dormidos. También está ahí cuando me despierto.

Las cosas van bien entre nosotros.

Yakov hunde un dedo en mí, curvando la punta rugosa de su dedo contra mis entrañas mientras su lengua hace círculos y se burla.

—Maldición —siseo, agarrando el cabecero—. Me siento tan bien. Estupenda. No pares nunca.

Siento la curva de sus labios contra mí. El hecho de que esté entre mis piernas, sonriendo, es demasiado. Recupero el aliento y lo suelto en una exhalación entrecortada. Mi cuerpo se tensa alrededor de su dedo. El placer se apodera de mí hasta que no soy más que una huella flácida en el colchón.

Yakov trepa por encima de mí. Sus labios brillan con la evidencia de lo que acaba de hacer. Me besa el vientre y se mete bruscamente el pezón en la boca. Luego me da vuelta y me llena.

El sexo nunca había sido tan fácil con nadie. Me entrego a sus caricias y él cuida de mí. No estoy atrapada en mi cabeza, esforzándome y luchando por liberarme como tenía que hacerlo con Benjy. Acabar con Yakov es más fácil que respirar. Es natural.

—Estoy cerca —aprieto el edredón entre mis manos.

—Todavía no —exige Yakov—. Solo cuando te lo diga.

Sus dedos se clavan en la suave curva de mis caderas. Me penetra una y otra vez. Cada embestida es más profunda.

Aprieto los dientes y me mantengo a raya todo lo que puedo. Pero, cuando acelera, no tengo remedio. —No puedo —jadeo—. Yakov, necesito...

—Córrete para mí —gruñe—. Ahora —justo cuando me suelto, se abalanza sobre mí y se queda allí—. Te siento, *solnyshka*.

Nos quedamos tumbados, sin aliento y agotados, hasta que Yakov se despega de mí. Me besa el hombro y se desliza fuera de la cama.

—No sé ni cómo puedes andar después de eso —me río—. Tengo las piernas hechas gelatina.

Yakov se pone una camisa y va al armario por los pantalones. —No tengo elección. Hoy tengo trabajo.

—¿Otra vez? —no quiero que parezca que estoy haciendo pucheros, pero lo único que no ha cambiado en los últimos días es que sigo pasando mucho tiempo sola durante el día.

El jardín me ha dado en qué pensar y apenas he hecho mella en la reserva de libros electrónicos de mi Kindle. Tengo cosas que hacer. Pero ninguna de ellas es tan divertida como estar con Yakov.

Yakov sale del armario con los pantalones puestos. Me parece un crimen verlo vestido ahora que sé exactamente lo que pasa debajo.

—Volveré esta noche —me agarra de la pantorrilla y me retuerce hasta el borde de la cama. Grito, pero eso no lo detiene. Me presiona el centro, aún palpitante, con una palma tranquilizadora. —Haré que la espera valga la pena.

Dos orgasmos antes de las ocho de la mañana y aún podría buscar un tercero. —A este paso me vas a matar.

En sus ojos brillan chispas de diversión. —Nunca, *solnyshka*. Te llevaré al límite, pero sobrevivirás. Solo así podremos volver a hacerlo.

Se marcha. Lo echo de menos incluso antes de que la puerta se cierre.

Las cosas son mágicas... cuando Yakov está cerca.

Me siento realizada y contenta... cuando Yakov está cerca.

Es en el momento en que se va cuando me doy cuenta de lo vacía que está el resto de mi vida aquí. Tengo un dolor que los pasatiempos y las películas y los días tumbada junto a la piscina no pueden llenar.

Necesito una amiga.

Por eso, después de días guardando el teléfono desechable de la oficina de Yakov en el cajón inferior de la cómoda, lo saco.

Quise decir lo que dije cuando le dije que confiaba en él. *Confío*.

También hablaba en serio cuando dije que no necesitaba respuestas a todas mis preguntas. *No las necesito*.

Pero necesito a Kayla.

Configuro el teléfono con mi tarjeta de débito e introduzco el número de teléfono de Kayla. Ella me lo hizo memorizar hace años. —Si te secuestran y no tienes tu teléfono, necesitarás poder llamarme —me dijo mientras me preguntaba una y otra vez su número.

Nunca pensé que realmente se desarrollaría así. Tampoco pensé que me enamoraría del hombre que me secuestró. Eso demuestra que no sé nada.

—Hola, soy Kayla Stevenson —responde.

Sonrío al oír su voz de "Kayla profesional". —Hola, señorita Stevenson. Soy la Srta. McCarthy, llamando a...

—¡Mierda, Loon, me estoy muriendo aquí! —sisea Kayla al teléfono. Está susurrando, así que debe de estar trabajando—. Dame un segundo. Espera. No cuelgues.

Oigo estática y voces apagadas mientras Kayla habla con la gente de su despacho. Entonces, sus tacones hacen su familiar chasquido sobre las baldosas del baño y vuelve. —Tengo mucho que contarte. ¿Dónde has estado?

En la cama. Con Yakov. Sin nada de síndrome de Estocolmo Cachondo, eso seguro. Kayla no se lo creería, así que respondo con algo genérico. —Por ahí.

—Sigues en su casa, ¿verdad? —pregunta—. Más te vale. Si te escapas y no corres inmediatamente hasta mi apartamento, nuestra amistad se habrá acabado.

—No intento *escapar*, Kayla. Yakov me mantiene a salvo.

—Claro, claro —balbucea—. Pero si escaparas...

—Si escapara, sin duda tú serías mi primera parada —pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

Por *eso* necesito hablar con Kayla. Para recordar lo que es ser una persona fuera de esta casa.

Me siento en el asiento de la ventana que da a un lado de la propiedad de Yakov. Estoy lo bastante lejos de la puerta para que nadie que pase por el pasillo pueda verme. Y, como ventaja, puedo ver el camino de entrada. Sabré si vuelve el coche de Yakov.

La culpa me corroe el estómago, pero la empujo hacia abajo. Le estoy mintiendo a Yakov, sí. Pero es solo para poder hablar con mi amiga. Él lo entendería, ¿verdad?

—Ahora que eso está arreglado —dice Kayla—, tengo una puta tonelada métrica de cosas que contarte.

—¿Sobre qué? ¿Están todos bien?

—Todo el mundo aquí está bien. Eres tú quien nos preocupa.

Me paralizo. —¿Quién es "nos"? Nadie puede saber lo que está pasando, Kayla. No se lo has contado a nadie, ¿verdad?

Suspira. —No, no lo he hecho. Pero eso no significa que la gente no haga preguntas. Sé que te consideras nuestro tercio, pero las demás pensamos que eres vital para el grupo.

Resoplo. —Se llama "mal tercio". No soy un tercio.

—¡No se trata de eso! —replica, sobre todo contra sí misma—. Tengo cosas que contarte, Loon. Sobre Yakov.

Instintivamente, miro hacia la puerta. Como si el sonido de su nombre fuera a invocarlo. Es poderoso, pero no creo que tanto.

Aun así, me aparto de la puerta y bajo la voz. —¿Qué quieres decir? Ni siquiera lo conoces.

—No necesito conocerlo. Solo necesito escribir su nombre en una barra de búsqueda. Luna, ¿tienes idea de con quién estás viviendo?

La pregunta hurga en una parte tierna de mí, que sabe que aún hay muchas más preguntas que respuestas en lo que respecta a Yakov. Una parte de mí que se preocupa, en el fondo, de que nunca lo conoceré de verdad. No de la forma que yo quiero.

Alejo esa nube oscura con la mano. —Claro que sí, Kayla. Yakov ha sido sincero conmigo.

—Vale. Genial. Estupendo. Entonces, ¿estás súper tranquila viviendo con un hombre del que se rumorea que ha *matado* al líder de una familia criminal rival? ¿Te parece supernormal y nada aterrador?

Yakov me dijo que se había vengado del asesinato de su padre. Le pregunté qué significaba eso, pero ya lo sabía. ¿De qué otra forma puede vengarse? *Podría* llevar al responsable ante los tribunales y someterse a un largo juicio, pero Yakov no me parece de ese tipo. Se toma la justicia por su mano.

Aun así, oír a Kayla decirlo tan claramente me produce un escalofrío.

—¿Luna? —llama Kayla—. ¿Sigues ahí?

—Sí. Sí, estoy aquí. Perdona.

—¿Y qué? —replica—. ¿Lo sabías?

—Sabía... algo —admito—. Sí. Ya te lo he dicho, Yakov ha sido sincero conmigo.

Ella suelta una carcajada. —Bueno, eres la única. También tiene una lista enorme de presuntos delitos: asesinato, blanqueo de dinero, crimen organizado... Ni siquiera sé qué significa eso último, pero no suena bien.

Me llevo las rodillas al pecho. —Te entiendo, Kayla. Lo entiendo. Suena aterrador, pero...

—¿Pero qué? ¿Estás defendiendo esto? Ni siquiera te gusta cruzar la calle imprudentemente.

—Lo sé, pero...

—Me dijiste que era robar cuando intenté dar a una camarera el quince por ciento de propina en vez del veinte —continúa—. Cuando John me dio esos brownies en el trabajo, los envolviste en un pañuelo de papel, los metiste en la funda de tus gafas de sol y te los llevaste a casa de contrabando en el bolso. Eso fue *después* de que se legalizara la hierba.

—¡Ya entendí! —grito. Exhalo un largo suspiro y bajo la voz—. Lo entiendo, ¿vale? Voy por el camino recto. Soy una aburrida seguidora de las normas y no puedes creer que me meta en algo emocionante. Te entiendo.

—Luna —respira Kayla—, no creo que seas aburrida. Sin embargo, eres mi mejor amiga en el mundo. Por eso me preocupa que estés metida en algo muy turbio.

He tenido ese mismo pensamiento demasiadas veces para contarlas en las dos últimas semanas. ¿De verdad puedo culpar a Kayla por tenerlo también?

—Yakov mantiene en secreto parte de esta información porque cree que conocerla podría ponerme aún más en peligro —admito—. Eso significa que también es peligroso que tú lo sepas. Yo que tú, me calmaría con las búsquedas en Google.

—¡No, no lo harías! —se ríe—. Si nuestros papeles estuvieran invertidos, ya tendrías toda una disertación escrita sobre el tipo. Estarías preparando un documental en Netflix para averiguar si es culpable o no. Estarías haciendo todo lo imaginable para asegurarte de que yo estuviera a salvo y yo voy a hacer exactamente lo mismo por ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas. —Te lo agradezco, Kay. Te quiero y siempre deseo que estés bien. Pero también confiaría en ti si me dijeras que me apartara.

Hay una pausa. —¿Me estás diciendo que me retire?

—De la forma más amable posible... sí. Me encanta que te preocupes por mí, pero de verdad que estoy bien.

Suspira. —Quiero creerte, pero ni siquiera reconozco el número desde el que llamas. ¿Has

conseguido un número nuevo?

—Es solo temporal. Es un teléfono desechable.

—¿Yakov te dio un teléfono?

Me muerdo el labio inferior. —Yo... le cogí el teléfono.

Todavía hay muchas cosas de la vida cotidiana de Yakov de las que no sé nada. Kayla acaba de airear sus trapos sucios. Yakov es un criminal. Un criminal *criminal.*

Y sin embargo...

—Yakov me protege —le digo—. Lo creo de verdad. Confío en él.

Kayla suspira. —Espero de verdad que tengas razón, amiga.

Ya somos dos.

YAKOV

—Mariya debería quedarse contigo. Necesita a su madre.

Mi madre se burla al otro lado de la llamada. —Ella no piensa eso. No cree que necesite a nadie. Si Mariya se saliera con la suya, saldría por esa puerta y no volvería jamás. Algunos días, estoy tentada de dejarla.

Me pellizco el puente de la nariz. —Sabes que dejarla huir no sería seguro para ella.

—¡Lo sé perfectamente! Ahora necesito que Mariya lo sepa. Pero es testaruda. Tan testaruda como lo era tu padre. Quizá peor —suspira—. De todas formas, ella es igual que él. Él era su favorito. De nosotros dos, él era el único que podía hacerla entrar en razón.

—Mariya te quiere, pero es una adolescente. Se portará mal. Es normal.

—Esto no es normal, Yakov —insiste ella—. Nunca me había enfrentado a algo así. Tres hijos y estoy fuera de mí. Tú nunca fuiste así.

Eso no es verdad. Simplemente se me daba mejor ocultarlo. Las cosas que hice de las que mi madre no supo nada podrían llenar libros y esos libros podrían llenar bibliotecas.

—Me crie sabiendo lo que iba a heredar. Para mí fue diferente.

—Tu hermano tampoco fue nunca así. Nik era tan buen chico —dice con cariño—. Nunca me dio problemas.

Eso se debe a que abandonó el país cuando Nikandr tenía dieciséis años. No tuvo tiempo de darle problemas.

En cuestión de dos meses, le dispararon a nuestro padre delante de nosotros, nuestra madre se llevó a Mariya con ella al otro lado del mundo y yo me convertí en el único familiar de Nik y en su *pakhan*.

Podría señalarle todo esto, pero solo la metería en una espiral de dolor de la que no tengo tiempo de sacarla. Ni siquiera quería coger la llamada. El plan era ignorarla y esperar a que me enviara un mensaje de texto como siempre. Cuando hubieran pasado unas horas y se hubiera calmado la pelea que ella y Mariya habían tenido, le devolvería el mensaje.

Pero llamó y llamó y llamó.

Cuando por fin descolgué, mi madre estaba llorando. —*Sabes lo que me pasa cuando no contestas al teléfono enseguida. Me hace retroceder*.

El día que mataron a mi padre, viajé con él en la ambulancia. Su teléfono no paraba de sonar en el bolsillo. El paramédico me lo dio y me dijo que podía contestar si quería. Era mi madre.

Dejé que sonara.

—Nikandr y Mariya no son las mismas personas —le digo.

—Entonces deja que Mariya vaya a vivir contigo. Quizá Nik pueda contagiárselo.

—Tú tampoco quieres eso —a mi madre no le haría ninguna gracia saber que su hijito se pasa cualquier noche que no está trabajando ahogándose en copas y mujeres al azar. No es lo que yo llamaría un "buen modelo a seguir" para una chica de diecisiete años.

Suelta un sollozo. —No sabes lo que ha sido, Yakov. Mariya apenas está en casa. La castigo, pero se marcha en mitad de la noche. Vuelve a casa sin explicarme dónde ha estado. Tengo miedo de irme a dormir. El médico no deja de decirme que descanse, pero no puedo cuando esta chica corretea por la ciudad sin protección.

Me masajeo la sien. —Asignaré nuevos guardias para que la vigilen. Más guardias. Para que no pueda escabullirse.

—No podría burlar a los guardias de la mansión —responde mi madre—. Tiene puertas y cámaras. Es una fortaleza.

Una fortaleza con demasiadas damiselas exasperantes.

Hace tiempo que Luna dejó de intentar escapar. Se siente como en casa. Lo cual es un problema en sí mismo.

Ya es bastante malo que Luna sea una persona más de la que tengo que ocuparme. Una persona más que podría perder. Lo último que necesito es añadir a Mariya a esa lista.

—Mariya está más segura en Moscú. Venir aquí ahora no es una buena idea.

—¿Por qué no? ¿Tienes problemas? ¿Son los Gustev? No quiero perder a ninguno más por esta violencia innecesaria —gimotea—. Quizá Nik y tú deberían…

—Nik y yo estamos bien, pero estamos ocupados. No tenemos tiempo para estar con Mariya. Estaría mucho tiempo sola en la mansión. No creo que sea bueno para ella.

Todo es cierto, excepto la parte en la que estaría sola. Mariya estaría con Luna, lo que sería cataclísmico a su manera.

De repente, oigo la voz de Mariya de fondo. —¿Es Yakov? Quiero hablar con él.

Antes de que mi madre pueda decir nada, suena la otra línea. Es Nik.

—Estoy recibiendo otra llamada. Tengo que irme.

—Pero tu hermana es...

Paso a la llamada de Nik y gruño—: A partir de ahora, tú atiendes las llamadas de nuestra madre. Cada vez que llame, te las paso a ti.

—Yakov.

Normalmente, Nik soltaría alguna pulla sobre ser el favorito de mamá o se quejaría de ser mi secretario, pero hoy no. La forma en que dice mi nombre me hace incorporarme.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—Después de que Luna y tú salieran juntos del restaurante aquella primera noche, hice que marcaran todas las cuentas bancarias y líneas de crédito a su nombre. Quería asegurarme de que ni Akim ni nadie le pagaba para acercarse a ti.

Se lo pedí a Nik y se me olvidó. Ni siquiera le hice un seguimiento. Eso dice más de lo que debería sobre la influencia que Luna ejerce sobre mí.

—De acuerdo. ¿Y?

—Bueno, ha aparecido algo —dice—. Su tarjeta de débito tuvo movimiento esta mañana. Parece que tu chica compró crédito para un teléfono desechable. ¿Ha estado en tu oficina últimamente?

Me viene a la mente la imagen de Luna encaramada al borde de mi escritorio. He vuelto a ella muchas veces. Sus labios hinchados, sus largas piernas envolviéndome...

Maldición.

—¿El número es uno de los nuestros?

—Parece que sí —dice—. Y, por la forma en que lo dices, voy a suponer que no tenías ni idea de que se lo había llevado.

Me dijo que confiaba en mí. Peor aún, yo confiaba en ella, maldición.

Luego me robó.

Por eso no dejo entrar a la gente. Por eso mantengo mi círculo pequeño. La gente muere o te traiciona. No hay término medio.

—¿Yakov? —pregunta Nik—. ¿Qué vas a hacer?

—Yo me encargo.

YAKOV

—¿Dónde está? —gruño.

Está en el sofá con la tele a bajo volumen y el Kindle en el regazo. Salta al oír mi voz.

Gregory tiene la costumbre diaria de enroscarse en mis tobillos cuando entro por la puerta, pero hoy no. Se baja del regazo de Luna y se zambulle bajo la silla del rincón.

Luna frunce el ceño. —¿Qué buscas?

—El teléfono que robaste de mi despacho.

Sus ojos azules se abren de par en par y no dice ni una palabra. Es toda la confirmación que necesito.

Me mintió.

Doy media vuelta y cierro de golpe las puertas. Traquetean sobre sus raíles y chocan entre sí. Hay una pequeña cerradura en el centro que podría girar, pero no me molesto en hacerlo. Nadie de mi personal oirá lo que ocurre aquí dentro y vendrá a intervenir. Todos tienen buen criterio.

Cuando me doy vuelta, Luna está de pie. Lleva un vestido de verano rojo que hace que su pelo parezca aún más dorado y que sus ojos sean de un azul aún más intenso. En otra línea temporal, la habría visto con ese vestido y la habría devorado. Está guapísima.

Ahora no.

—Está claro que has olvidado con quién coño estás tratando —le digo—. ¿De verdad pensaste que podías hacer algo en esta casa sin que me enterara, Luna?

—No pretendía... No es lo que piensas, Yakov.

—¡No me digas lo que pienso! —rujo. La sangre me late con fuerza. Puedo oír su torrente en mis oídos—. Me mentiste y me robaste —*y me lo creí, maldición*—. Debería haberlo visto venir.

Está de pie al otro lado de la habitación, usando la mesita como barrera entre nosotros. Le doy una patada lateral y Luna chilla, tapándose la boca con las manos.

Sus ojos, muy abiertos, miran de mí a la puerta, como si intentara tramar su huida. Está aterrorizada. —¡Deja de intentar asustarme! No es un delito querer hablar con mi amiga.

—Tu amiga —digo, atando cabos.

—Sí, *mi amiga*. Si me hubieras escuchado medio segundo, podría haberte dicho que a la única persona a la que llamé con ese teléfono fue a Kayla. Hablamos durante diez minutos esta mañana. Nada más.

Luna me robó un teléfono y llamó a su mejor amiga.

Es mucho mejor que usarlo para llamar a Akim Gustev o a cualquier otra persona a la que le encantaría echar un vistazo a lo que ocurre dentro de mi mansión.

Pero no importa.

—Aun así me has mentido —extiendo la mano—. Dame el teléfono.

—¿Vas a asegurarte de que te digo la verdad? ¿No me crees?

Me río, pero no hay humor en ello. —Claro que no te creo. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque me conoces, Yakov. Te digo la verdad. La única persona con la que hablé fue Kayla.

Entrecierro los ojos. —Dame el teléfono. *Ahora mismo*.

Luna me mira durante un segundo, dos. Luego, rebusca en su bolsillo trasero y me lo tiende.

Se lo arrebato y lo abro. Solo hay un registro en las llamadas y ningún mensaje de texto. Sé que, si pulso el número, Kayla contestaría. Hasta ese punto le creo a Luna.

—Llamaste a Kayla diez putos minutos después de que me fuera esta mañana. Aún podía saborearte en la lengua y estabas ocupada yendo a mis espaldas para hacer lo único que te dije que no hicieras.

Sus mejillas se enrojecen.

Abro el navegador. Luna ya tiene abierto su correo electrónico. Un mensaje de Kayla llena la pantalla. Es una lista de enlaces a artículos sobre mí y mi familia. Debajo, Kayla ha escrito: ***Por si quieres saber más. Ten cuidado.***

Volteo la pantalla hacia ella. —¿Cuánto sabe?

Luna sacude la cabeza. —Nada. No le he dicho... bueno, le he dicho que me mantienes a salvo aquí. Eso es todo, lo juro.

—Parece algo más que eso. Sabe algo si te está advirtiendo que te alejes de mí.

—Hizo su propia investigación —insiste—. Todo eso está disponible en Internet. No le he dicho nada.

La pantalla se queda en negro y doblo el teléfono en la mano hasta que se me ponen blancos los nudillos. —No respondí lo suficiente a tus preguntas, así que te fuiste a buscar a otra parte.

—No, yo no...

—Por eso dejaste que te follara encima de mi escritorio y de todas esas carpetas. Para que pensara que habías terminado de buscar respuestas.

Tiene lágrimas en los ojos mientras sacude la cabeza. —Eso no es lo que estaba haciendo.

—Te está poniendo en peligro al enviarte cualquier cosa. Hay una razón por la que no te he contado esta mierda, Luna. Cuanto menos sepas, más fácil te resultará marcharte.

Se le pone la cara blanca. Me mira boquiabierta. —No quiero marcharme.

Esas palabras, más que ninguna otra cosa, rompen mi compostura.

Lanzo el teléfono contra la pared. La placa de yeso se resquebraja y salen volando trozos de metralla de plástico. —No me mientas, Luna. Nunca más.

—¡No estoy mintiendo! No quiero irme. Y no le pedí a Kayla nada de esa información. Ella la envió por su cuenta. Le dije que confiaba en ti —se seca las lágrimas que caen por sus mejillas —. Confío en ti. Yakov, me estoy enamorando de ti.

La sangre que golpea mis oídos se desvanece. Por un segundo, puedo pensar con claridad. Veo a Luna de pie frente a mí. Tiene el labio inferior apretado entre los dientes y los ojos de un hermoso azul vidrioso, rebosantes de lágrimas.

Mi polla se pone rígida, haciendo fuerza contra mis pantalones.

No debería confiar en ella.

Ella me quiere.

Luna entró en mi despacho. Me robó. Me mintió al respecto.

Me quiere, maldición.

Incluso cuando le dije que hablar con alguien de fuera de la mansión sobre mí y lo que está ocurriendo aquí podría ser peligroso para ella, lo hizo de todos modos. No sabe obedecer órdenes.

Parpadea, y algunas lágrimas más ruedan por sus mejillas. —Yakov, estoy enamorada de ti.

Podría estar rascando detrás de las orejas a la bestia posesiva que llevo dentro. Dice esas palabras y todo dentro de mí quiere rugir que es mía. *Mía*.

Acorto la distancia que nos separa en dos pasos. Dos pasos más y Luna queda encajonada entre mi cuerpo y la placa de yeso destrozada.

—Yakov.

No sé si me llama o me suplica. No importa. Se pierde en el aplastamiento de nuestras bocas.

Me rodea con las piernas y el vestido se le ciñe a la cintura. Puedo ver el endeble trozo de encaje que la cubre.

—¿Te las has puesto por mí?

Ella asiente. —¿Para quién si no?

—Nadie —le muerdo el labio inferior lleno y le doy un tirón—. No hay nadie más.

Mi polla se estremece. Incluso la idea de que pudiera haber alguien más enciende una oscura y codiciosa posesión. Necesito estar dentro de ella.

Me agacho para bajarme la cremallera, pero Luna llega antes. Me baja la cremallera con dedos temblorosos y me libero. Me acaricia una y otra vez antes de que yo aparte su mano.

—Aparta las bragas —le ordeno.

Lo hace rápidamente, apartando el encaje para que cada centímetro hinchado de ella quede expuesto ante mí. Se le corta la respiración. Deja que sus ojos se cierren y sus pestañas rozan la parte superior de sus mejillas.

—Te gusta que te mire —subo y bajo mi miembro por su raja—. Quieres que te vea.

Ella asiente frenéticamente. —Me has visto más que nadie.

Me gusta demasiado la idea. Un gruñido retumba en lo más profundo de mi pecho y me abalanzo sobre ella. Ella gime, pero está tan mojada que me absorbe de un solo golpe.

—No hay nadie más —le siseo al oído.

—Nadie —jadea, apretando las piernas en torno a mis caderas para estrecharme. Sus caderas se balancean y reciben cada una de mis embestidas—. Solo tú.

Paso el pulgar por su clítoris. —Esto es mío.

—Es tuyo. Soy tuya.

Penetro en ella hasta que solo se oye el ruido de nuestros cuerpos al chocar. Estoy al borde del abismo, pero me aferro a los últimos restos de autocontrol. Le agarro la barbilla y la obligo a mirarme con sus ojos azules encapuchados. —Eres mía.

Veo el momento en que se quiebra. La forma en que sus ojos se agitan y su ceño se frunce. Su respiración se entrecorta y asiente. —Sí. Sí, Yakov.

Mis muelas rechinan con cada empujón. Estoy jodidamente cerca. —Dilo.

Ella abre los ojos. —Soy tuya. Toda tuya.

Me vacío dentro de ella, subiéndola más por la pared hasta que me agoto.

Cuando termino, permanezco dentro de ella mientras me aparto de la pared y salgo de la habitación. Si a Luna le preocupa que mi personal nos vea, no lo demuestra. Me besa el pecho y el cuello. Me pasa las manos por el pelo y gira sus caderas contra mí con la esperanza de un segundo asalto.

Atravieso la puerta de una patada y la tiro sobre la cama.

Luna está tan concentrada en mí que no se da cuenta de que no estamos en mi habitación. Incluso cuando me deslizo fuera de ella y me subo la cremallera de los pantalones, se queda tumbada en el colchón, esperando.

Hasta que no atravieso la puerta, no se incorpora y echa un vistazo a la habitación de invitados. —¿Dónde estamos? ¿Qué estás haciendo?

No le digo nada. No le debo más respuestas. No cuando está dispuesta a arriesgar su vida para obtenerlas de otra persona.

Cierro la puerta y la atranco tras de mí. Los golpes empiezan unos segundos después.

—¿Qué haces? —grita Luna—. ¡No puedes encerrarme aquí!

Ya quiero darme vuelta y abrir la puerta de golpe. Quiero estar en esa habitación con ella. Podríamos encontrar tantas formas creativas de pasar el tiempo.

Pero no puedo.

Necesito poner de rodillas a Akim Gustev. Y, mientras lo hago, necesito saber que Luna no va a correr a mis espaldas y hacer que la maten.

No me dio otra opción.

Cuando paso por el salón, Gregory se escabulle por las puertas. Me sigue por el pasillo y atraviesa la cocina. Y, cuando abro la puerta de mi despacho, se enrosca en el marco y se desliza dentro.

Bien, puede quedarse.

El gato al menos sabe mantenerse alejado de mis asuntos.

LUNA

Los cuentos de hadas omiten la parte en la que le dices a un hombre que lo quieres y enseguida te encierra en una habitación durante dos días. Aunque tuviera acceso a una biblioteca, no hacen libros de autoayuda para este tipo de cosas. Estoy sola en esto.

Literal y figuradamente.

Me recuesto en la cama de invitados y miro fijamente al techo.

Cuando llegué aquí, pensé que la habitación de Yakov estaba vacía. Está claro que a este hombre no le gustan los sentimentalismos. He pasado semanas en su casa, y lo más parecido a recuerdos que he encontrado son las fotos de sus hermanos metidas en el cajón de su escritorio.

Pero la habitación de invitados es un nuevo nivel de yermo.

No hay fotografías, ni arte. Parece, se siente y huele a beige. Las estanterías, meticulosamente desempolvadas, están decoradas con cachivaches sin sentido y libros decorativos sobre botánica antigua y diseño de motores que nadie en su sano juicio leería jamás.

Atrapada como estoy sin nada que hacer y sin nadie con quien hablar, es evidente que no estoy en mis cabales. Si alguien viene a visitarme, podría hacerle girar la cabeza con todos los datos que conozco sobre los jardines egipcios y las primeras ilustraciones conocidas de plantas de la Revolución Neolítica.

Demonios, tráiganme a Gregory. Le hablaré hasta por los codos de la historia de las legumbres. Probablemente por eso Yakov no me dio a Gregory. No puede arriesgarse a que me sienta demasiado cómoda en mi celda.

El cerrojo de la puerta se mueve a media tarde y ni siquiera me incorporo. No tiene sentido.

La única persona que ha entrado o salido de esta habitación durante días ha sido Hope. El primer día que vino con mi cena, corrí junto a ella hacia la puerta abierta. Un guardia enorme me bloqueó el paso. Reboté contra él como una pelota contra la raqueta.

—Pensó que lo intentarías —suspiró Hope suavemente.

Intenté hablar con ella, que hablara con Yakov en mi nombre para dar sentido a lo que estaba pasando. *¿Me odia? ¿Estaré aquí para siempre? ¿Qué va a pasar?*

Hope se limitó a negar con la cabeza.

Cuando volvió para traerme el desayuno al día siguiente, no me dijo nada. Lo mismo con la comida y la cena. Yakov le dio instrucciones para que me dejara fuera, estoy segura.

Así que sigo mirando al techo mientras se abre la puerta. ¿Qué sentido tiene? ¿Por qué molestarse?

—Me voy a volver loca aquí dentro —murmuro a nadie en particular.

—Se lo transmitiré —dice una voz grave.

Me levanto tan deprisa que resbalo por un lado de la cama. —¿Quién eres? —entonces, lo ubico —. Eres el conductor.

Sonríe. —Me alegra saber que he causado impresión.

Estaba oscuro la noche en que Yakov y yo salimos juntos del restaurante. El conductor no llegó a darse la vuelta del todo, pero no es el tipo de perfil que se olvida. Por si la mezcla de pómulos afilados y pelo oscuro y ondulado no fuera suficiente, también tiene unos ojos verdes vibrantes. Son los más interesantes que he visto nunca junto a...

Su boca se inclina en una mueca mientras una cosa más hace clic en mi cabeza.

—Eres el hermano de Yakov.

—Nikandr Kulikov —hace un pequeño gesto con la mano mientras se deja caer en el sillón del rincón y cruza un tobillo sobre la otra rodilla—. Yakov dijo que eras inteligente. Bueno... últimamente no. Los dos últimos días han sido sobre todo acerca de cómo eres testaruda y estás empeñada en tu propia destrucción. Pero, antes de eso, había oído cosas buenas.

Resoplo. —Sí, claro. Yakov no te habló de mí.

—Por eso sé que solo tendría cosas buenas que decir —se da un golpecito en los labios—. Si Yakov te odia, habla un sinfín de tonterías. Si le caes bien, no te menciona en absoluto. Es así de protector con la gente.

—¿Qué dice cuando te encierra en un dormitorio durante dos días? —exclamo—. ¿Debo esperar una propuesta de matrimonio pronto?

—No te ha metido aquí para ser cruel. Realmente intenta cuidar de ti.

—Pues dile que quiero a mi gato.

Nikandr se ríe. —Ese gato... Esa podría ser la parte más sorprendente de todo esto. Yakov *odia* a los gatos. Cuando vi ese gato en su despacho, supe que la cosa iba en serio.

Se me desencaja la mandíbula. —¿Gregory está ahora en su despacho?

Et tu, Brute? Dios mío, ¿no hay fin a la traición?

—¿Es eso realmente lo que has deducido de lo que acabo de decir? —pregunta.

—Lo siento —digo sarcásticamente, poniendo los ojos en blanco—. Toda esta tortura cruel e inusual se me ha subido a la cabeza.

—¿Una suite de cinco estrellas y tres comidas gourmet al día es una tortura?

Abro los brazos. —¿Cómo llamarías a esto?

—Podría ser peor —advierte con voz grave y seria, inclinándose hacia delante para plantar los codos sobre las rodillas—. Hay otras habitaciones en esta casa donde estarías mucho menos cómoda.

Bromeé sobre una mazmorra cuando llegué aquí, pero quizá no estaba tan equivocada. Se me pone la piel de gallina. Me rodeo el pecho con los brazos para evitarlo.

—Estoy deseando salir de este lugar —susurro.

Nikandr me mira fijamente durante un largo segundo antes de exhalar un suspiro. —Hablar con gente que está interesada en el otro pero se niega a reconocerlo es un verdadero fastidio, ¿sabes? ¿Cómo dice el refrán? Puedes llevar un caballo a la orilla del río, pero no puedes obligarlo a beber. Pues bien, ustedes son caballos en un puto abrevadero gigante de agua, pero no beben ni un maldito sorbo.

Frunzo el ceño. —La primera persona con la que puedo hablar en días y no tienes ningún sentido. Estupendo.

—También es graciosa. Dios —murmura, sobre todo para sí mismo—. Mi hermano está muy jodido.

Sé exactamente lo que dice Nikandr, pero ahora no puedo pensar en ello. Le declaré mis sentimientos a Yakov y él me encerró. Eso dice más que cualquier otra cosa lo que siente por mí.

Sin embargo, sigo teniendo un dolor en el pecho del tamaño frustrante de Yakov. Él es la razón por la que estoy aquí sin nadie con quien hablar, pero sigo echándolo de menos.

¿Nikandr cree que su hermano está jodido? Debería echarme una buena y dura mirada.

—De todos modos —Nikandr se levanta con un gemido—. Solo quería venir a conocer a la mujer que tiene a mi hermano en semejante aprieto.

—Vuelves a confundirte —digo bruscamente—. Soy yo quien está en un aprieto.

Su sonrisa se desvanece. —No es fácil llevarse bien con mi hermano. Exige mucho a la gente que le rodea. Pero se exige a sí mismo aún más. Si te dice que va a cuidar de ti, no hay una sola puta cosa en el universo que vaya a impedírselo. Ni siquiera tú.

Mi estúpido corazón vuelve a sacudirse. —¿Así que debería estar agradecida de que quiera cuidarme tanto como para encerrarme?

—Sí, deberías estarlo —dice—. Porque, si fueras cualquier otra persona, nunca habría accedido a ayudarte en primer lugar. Habría dejado que te mataran. El hecho de que no lo hiciera significa más de lo que crees.

Estoy tan aturdida que ni siquiera me molesto en salir corriendo cuando se abre la puerta. La miro fijamente mucho después de que se haya cerrado.

~

TODO LO QUE ha dicho Nikandr da vueltas en mi cabeza durante horas. Es en lo único que puedo pensar mientras me ducho por la tarde para pasar el rato. Los pensamientos dan vueltas más rápido cuando Hope me trae la cena con un moca de chocolate blanco aparte.

Le pregunto quién ha preparado el plan de comidas, pero no me dice nada. Sin embargo, capto una sonrisa tensa en su rostro mientras sale por la puerta.

Luego, son horas y horas de estar despierta en la cama. Hope me trajo ayer un montón de ropa, pero ningún pijama. Así que he estado durmiendo en sujetador y ropa interior. No es que haya nadie cerca a quien le importe.

Estoy mirando el mismo techo que he estado mirando durante dos días cuando oigo a alguien en la puerta. Me subo el edredón hasta el cuello justo cuando se abre la puerta y entra Yakov.

Por un segundo, me quedo atónita.

Dos días sin él han debilitado mis defensas. Solo he pensado en lo cabreada que estoy con él por haberme encerrado, pero ahora, lo único que puedo hacer es acogerlo.

Es como la noche en que lo vi por primera vez. La suave luz de la luna y las sombras pintan los planos de su rostro y su pelo oscuro está despeinado sin esfuerzo. Es un sueño oscuro frente a mí.

—La puerta no está cerrada. Si dejas de intentar suicidarte, seguirá así —explica con un rumor melancólico.

No, no es un sueño. En mi sueño, ya estaría desnudo.

—Una disculpa rara, pero gracias.

Sus ojos se entrecierran. —No es una disculpa. Es una misericordia.

—¿Tú y tu hermano coordinaron sus discursos? Dijo algo parecido. Al parecer, debería darte las gracias por encerrarme. Significa que realmente te importo —me tiemblan las manos. El mero hecho de tenerlo cerca está acabando con mi sentido común—. ¿Enviaste a tu hermano para que me apaciguara?

—No necesito ayuda con eso.

Me arde la cara y me alegro de que esté oscuro. —¿Entonces qué? ¿Enviaste a un espía para asegurarte de que estuviera tranquila?

—Yo no lo envié. Vino por su cuenta. Simplemente no lo detuve.

Pero podría haberlo hecho. La implicación está escondida bajo sus palabras. Nikandr, como todos los demás en la vida de Yakov, sigue sus órdenes. Él ordena; ellos van.

—¿Nunca te cansas de dar órdenes a todo el mundo? —pregunto.

—Solo cuando la gente se niega a escuchar —se pasa una mano por el pelo. Me doy cuenta de que no es la primera vez que lo hace esta noche—. He venido para asegurarme de que estabas preparada para comportarte.

Pongo los ojos en blanco. —Seré una buena prisionera, si eso es lo que me pides.

Antes de que las palabras salgan de mi boca, Yakov está al otro lado de la habitación. Me rodea la cintura con el edredón y se arrodilla en la cama frente a mí. No hay un solo lugar donde nos toquemos, pero lo siento por todas partes. Nuestra proximidad es como una carga eléctrica en el aire. Siento un hormigueo en todo el cuerpo.

—Hago todo esto por tu bien —gruñe—. Intento asegurarme de que sigues respirando, y lo único que quieres es quejarte de cómo lo hago. ¿Por qué?

La cruda verdad estalla en mí antes de poder detenerme.

—¡Te dije que te quería y me encerraste y tiraste la llave! Estoy furiosa, Yakov —mi pecho sube y baja rápidamente. No puedo recuperar el aliento—. Estoy furiosa contigo. Y te he echado de menos. Y no sé a quién odio más: si a ti o a mí misma.

Respiro con dificultad, pero Yakov está inmóvil. Impasible.

Todo mi ser, cuerpo y alma, está desnudo ante él.

Y bien podría ser una estatua.

Sus ojos se apartan de los míos y bajan hasta mi pecho. Es solo un segundo, pero lo suficiente para que vea el destello del deseo. Luego aparta la mirada. —Necesito saber si vas a comportarte, Luna.

Es lo único que le importa. Ninguna confesión. Ninguna señal de que siente lo mismo.

Necesita *obediencia*. Otra persona que siga sus órdenes y no cause estragos.

Se me parte el corazón, pero me obligo a asentir. —Sí.

Vuelve a pasarse una mano por el pelo y se dirige a la puerta. —Puedes dormir donde quieras. Aquí... En otro sitio... Donde sea.

Vuelvo a subirme la manta hasta los hombros. —Bien.

Se detiene en la puerta. Mira hacia atrás, pero no me mira a los ojos. —Pero, si vuelves a actuar a mis espaldas, suplicarás que te encierre en esta habitación.

YAKOV

Suena mi teléfono. Lo silencio. Mi madre tiene que dejar de llamarme en mitad de la puta noche. En Rusia es casi mediodía, pero aquí es más de medianoche.

Salí de la habitación de Luna hace una hora y volví a mi despacho. He estado esperando a ver qué hacía. Le dije que podía dormir donde quisiera, pero, teniendo en cuenta que verla sin nada más que el sujetador me dio ganas de enterrarme en ella y no salir nunca, dormirá mejor si no estoy cerca. Si vuelve a mi habitación, me quedaré en mi despacho.

Estoy furiosa contigo. Y te he echado de menos. Y no sé a quién odio más, si a ti o a mí misma.

La vida sería más fácil si me odiara.

Sería aún más fácil si yo la odiara.

Tengo la mirada perdida en las vetas de la madera de mi escritorio cuando algo blanco pasa frente a mí.

—Maldición —escupo, echando la silla hacia atrás.

A Gregory no le importa, pues se hace una bola en la esquina del escritorio como el pisapapeles más poco práctico del mundo.

—Te compré una cama para que no te subieras por todos los muebles —le recuerdo con frialdad.

El gato echa la cabeza hacia atrás y me da un zarpazo.

Pongo los ojos en blanco. —Tú y tu madre tienen eso en común. A los dos les gusta meterse donde no les llaman.

Lo cojo en brazos, cierro la puerta del despacho y lo llevo conmigo al salón. De camino al carrito del bar, dejo caer a Gregory en la segunda cama para gatos que le compré.

Tenía sentido comprar dos, ya que la puerta de mi despacho está cerrada la mayor parte del tiempo. Si quiero que se aleje de mis muebles, es imprescindible que tenga un lugar donde dormir. Cuanto más cómodo esté, más me dejará en paz. Todos salimos ganando.

Es la misma estrategia que apliqué para que Luna viviera aquí.

Espero que funcione mejor con Gregory.

Me sirvo un poco de vodka y lo acabo de un trago. Cuando empecé a beber, cada trago me quemaba. Mi padre se rió cuando escupí mi primer trago. —Algún día te acostumbrarás —me dijo.

Así será con Luna.

Ahora mismo, está bajo mi piel. Verla en mi casa, oír mi nombre en sus labios y sentir su cuerpo entre mis manos me *quema*. Cada segundo de estar cerca de ella sin poder actuar según cada sucio pensamiento que cruza por mi mente es doloroso.

Un día me acostumbraré a ella. Un día, será más fácil.

Cuando me mire a los ojos y me diga que me quiere, no me inmutaré en absoluto.

Gimo y vuelvo a tomar otro trago. *Blyat'*. La vida sería más fácil si todo el mundo hiciera lo que se supone que debe hacer.

Me preguntó si estaba cansado de dar órdenes a todo el mundo y le dije la verdad. *Solo cuando la gente se niega a escuchar.*

Lo cual ha estado ocurriendo demasiado últimamente. Luna no quiere apartarse de mí y dejar que la proteja, Nik cree que necesito que haga de casamentero por mí, y nuestra madre no descansará hasta que me haya nombrado tutor de Mariya.

No tengo ninguna duda de que puedo acabar con Akim Gustev, incluso con todas las distracciones. Solo sería mucho más fácil si todos los que me rodean hicieran lo que se les dice.

Gregory elige este momento exacto para arrastrarse fuera de su cama de gato y saltar al sofá. Antes de que pueda empujarlo, llaman a la puerta.

Me levanto y lo señalo con el dedo. —No te pongas cómodo.

Gregory se acomoda en el sitio que acabo de calentarle, con la cola enrollada a su alrededor.

Dejo el vaso en la mesilla y me dirijo a la puerta. Es tarde para que alguien llame a la puerta. Las únicas personas que atraviesan la puerta sin que yo me entere son mis familiares. Y Nikandr hace tiempo que no llama a la puerta, por muchas veces que le diga que no irrumpa.

Se habrá olvidado la llave. Abro la puerta de un tirón, pero no está Nik en el porche.

Antes de que pueda procesar lo que estoy viendo, a *quién* estoy viendo, la chica morena suelta las maletas, abre los brazos y me sonríe.

—¡Sorpresa, hermano mayor! ¿No me vas a dejar entrar?

YAKOV

—Mariya.

Digo su nombre, pero mi cerebro sigue sin procesarlo. No puede estar aquí. Se supone que está a medio mundo de distancia.

Mariya se abalanza sobre mí y me rodea con los brazos. —No puedo creer que esté pasando esto. Ha pasado tanto tiempo.

Le doy unas palmaditas en la espalda, aturdido. —Tres años.

Tres largos años que parecen aún más largos cuando Mariya da un paso atrás y puedo verla bien.

La última vez que la vi en persona, tenía catorce años. Tenía las rodillas rechonchas y aparatos de ortodoncia y el pelo encrespado con el que no sabía qué hacer. Era una *niña*. Ahora...

—Has crecido.

—Lo tomaré como un cumplido —se ríe y empuja una maleta hacia mí—. ¿Qué tiene que hacer una chica por aquí para que la ayuden con las maletas?

Meto las maletas dentro y mi portero, Heinrich, se dirige soñoliento hacia nosotros por el pasillo.

—He visto su llegada en la cámara del timbre, señorita Mariya —bosteza e inclina la cabeza en un saludo formal—. Ha pasado mucho tiempo. Me alegro de tenerla de vuelta.

—Me alegro de haber vuelto. Puedes llevar esto a mi habitación, Heinrich.

Luego de una silenciosa confirmación por mi parte, Heinrich hace lo que Mariya le ha pedido. A tres años de distancia, pero aún recuerda cómo dar órdenes al personal. Algunas cosas nunca cambian.

—Este lugar no ha cambiado nada —gira en círculo, observando cada detalle. —¿Mi habitación está exactamente igual? Eso espero. La he echado de menos. No el papel pintado de mariposas, sino la cama. Mi colchón de aquí siempre fue mucho más cómodo. Los rusos no saben hacer putos colchones.

Me arrastro una mano por la cara, frotándome el sueño y el alcohol de los ojos. —¿Cómo has llegado hasta aquí, Mariya?

—Había un chófer esperándome en el aeropuerto. Bonito detalle, por cierto. Me sentí muy bien recibida.

—No he contratado a un chófer. Habría enviado a Nik a recogerte —*si hubiera sabido que venías. Ni tengo intención de dejar que te quedes.*

Se encoge de hombros. —Entonces lo habrá hecho mamá. Ella fue quien me reservó el boleto.

Maldición. La cadena de llamadas perdidas de esta noche de repente tiene mucho más sentido. Mi madre llamaba para avisarme. Convenientemente, esperó hasta que fuera demasiado tarde para deshacerlo. Probablemente el avión de Mariya estaba aterrizando cuando decidió ponerme al corriente.

Mariya entra en la cocina y abre la nevera. —Tus opciones de tentempiés son desoladoras. ¿Hay agua con gas en la nevera de las bebidas?

—¿Qué te dijo mamá antes de irte? —pregunto.

—*Adiós* —Mariya finge secarse los ojos y una despedida con la mano, imitando bastante bien a nuestra madre. Luego, se ríe—. No dijo una mierda. Me hizo las maletas y me dio un boleto.

—Tienes amigos en tu hogar. ¿Realmente querías dejarlos a todos?

—Ese lugar no es mi *hogar* —dice—. Este es mi hogar. Estar contigo y con Nik es estar en casa.

No se me ocurre una forma amable de decirle que no tiene ni puta idea de a lo que se apunta. Hace años que no estamos todos juntos. Hay una razón para eso. Varias, en realidad.

—¿Y mamá? Te echará de menos.

—Lloraba en el aeropuerto, pero lleva meses queriendo hacer esto. No me va a echar de menos.

—No seas estúpida.

Se echa el pelo oscuro por encima del hombro y me doy cuenta por primera vez de que tiene mechas moradas y rojas debajo. —No estoy siendo estúpida. No me quiere cerca. Me doy cuenta. Mamá nunca ha sido divertida. Solo empeoró después de todo lo de papá.

—Intentaba mantenerte a salvo.

—Entonces, hizo una gran elección al enviarme aquí —dice—. Ningún lugar de la Tierra es más seguro que esta casa. Papá se aseguró de eso.

Aprieto las muelas y me pongo en pie. —Hay muchas cosas que no sabes. Han cambiado muchas cosas.

—¿Cómo qué?

—Es más seguro para ti si no lo sabes —*¿Cuántas veces he dicho eso en las últimas dos semanas?*—. También es más seguro para ti si no estás aquí. Me alegro de verte, pero mañana por la mañana te pondré en el primer avión de vuelta a Moscú.

Mariya cierra de golpe la nevera y gira hacia mí. —No.

—No es una discusión.

Me estrecha los ojos. —No voy a volver. Acabo de llegar.

—Para empezar, no deberías haber venido —digo bruscamente.

—Créeme, sé lo mucho que no me quieres aquí, Yakov. Pero no todo gira en torno a ti.

—No se trata de mí —gruño impaciente mientras mis manos se aprietan en puños—. Todo se trata de la Bratva. Siempre se ha tratado de la Bratva.

—¿Por eso no te he visto en tres años? ¿Porque has estado demasiado ocupado con la Bratva? —se cruza de brazos y se da la vuelta, intentando ocultar que le tiembla la barbilla—. Nunca me hablabas por teléfono. Hablabas con mamá y colgabas antes de que pudiera decir nada. Debería haberlo tomado como una señal de que no me quieres cerca.

—Esto no tiene nada que ver contigo, Mariya. Se trata de mantenerlas a salvo.

—¿Quizá preferiría estar en peligro y con mi familia? ¿Lo has pensado alguna vez? Probablemente no. Seguro que no te identificas.

Una emoción a la que no estoy acostumbrado me atraviesa.

Culpa.

Cuando nuestra madre se fue con Mariya, las dejé ir. Así era más fácil. Estaba recogiendo el manto de mi padre, averiguando cómo dirigir a los hombres y sorteando su muerte. Ya tenía bastante con lo que lidiar. Tener a las mujeres de mi familia en otro continente facilitaba las cosas...

Para mí.

Está claro que eso no facilitó las cosas a mi hermana.

El agotamiento descansa pesadamente sobre mis hombros. Me pellizco el puente de la nariz. —Vayamos a dormir y hablemos de esto por la mañana.

—No hay nada de qué hablar, Yakov. Me quedo.

—Hablaremos por la mañana —suelto entre dientes.

Mariya se cruza de brazos. —Me escaparé antes de volver a Moscú.

—¡Mariya! ¡A la cama! Ahora!

Se estremece, pero se recupera rápidamente. Entrecierra los ojos. —Sí, *padre*.

Solo está siendo una bocazas, pero sí duele. No necesito otro recordatorio más de que no está aquí. Mi vida está llena de ellos ahora mismo.

En cuanto Mariya se dirige a su habitación, saco el teléfono y llamo a mi madre. —Intenté avisarte —suelta antes de que pueda articular palabra.

—Llamarme quince minutos antes de que esté en mi puerta no es un puto aviso.

—Lo sé, pero... —su voz vacila—. No podía hacerlo más, Yakov. El estrés de intentar cuidarla me estaba matando. Necesita estructura. Necesita una figura masculina en su vida.

Sí, padre.

Me sacudo el recuerdo. —No soy su padre. Soy su hermano.

—Eres lo más parecido que tiene, Yakov —dice suavemente—. Eres todo lo que tiene. Te necesita.

Mi padre me educó para que pudiera seguir adelante cuando él ya no estuviera. Mi propósito siempre ha sido dirigir la Bratva y cuidar de la familia.

Esto es solo una pieza más de eso.

Soy todo lo que tienen.

—Yo me encargo —le digo.

No tengo otra opción.

LUNA

Yakov dijo que podía dormir donde quisiera, pero no duermo nada cuando se va. Me paso la noche en vela, preguntándome qué hacer.

¿Me estaba invitando a la cama? ¿Me está esperando ahora mismo en su habitación? Si voy, ¿las cosas volverán a ser como antes?

Sigo lívida con él, pero a una parte de mí le gusta la idea de volver al ritmo fácil que habíamos encontrado antes de que robara aquel teléfono. Por fin me armo de valor y salgo de puntillas de la habitación de invitados al amanecer.

Si está en la cama esperándome, no sé si tendré fuerzas para resistirme.

Resulta que no tengo que hacerlo. Cuando llego a su habitación, la puerta está abierta y la cama hecha. O no ha dormido aquí o ya se ha levantado y se ha ido a pasar el día.

Me trago mi decepción y me dirijo al cuarto de baño.

La ducha de la habitación de invitados estaba bien, pero la de Yakov está sacada directamente de *Architectural Digest*. Solo la presión del agua es un sueño. Me froto la piel dos veces con su jabón corporal amaderado. Es casi vergonzoso lo mucho que echaba de menos su olor.

Cuando salgo del vapor caliente, tardo mucho en arreglarme. Me seco el pelo, domo mis ondas hasta convertirlas en rizos manejables, y me pinto los labios de tres tonos distintos antes de decidir no hacerlo. Luego, me planto delante del armario y espero a que el conjunto perfecto de "trato de seducirte, pero no descaradamente" salte de la percha.

—Esto es estúpido —murmuro mientras barajo mis opciones—. ¿A quién le importa lo que piense?

A mí sí. Mucho.

Anoche hubo un solo segundo en el que me miró como si quisiera atarme a la cama y hacer lo que quisiera conmigo.

Puede que Yakov no quiera estar cerca de mí ahora, pero la atracción entre nosotros sigue ahí. Si no puedo tener nada más, quiero recordárselo.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta de tirantes. Los intrincados tirantes de mi bralette se entrecruzan sobre mi pecho y me envuelven el cuello. Es sexy, pero de buen gusto. Reservado.

Eso es, nena.

Camino por el pasillo por primera vez en dos días sintiéndome sorprendentemente segura de mí misma.

Hasta que llego a la cocina.

Hay una mujer, no, *una adolescente,* sentada en la isla.

Me detengo de golpe. Está tan ocupada mirando el móvil que no se da cuenta de que la miro boquiabierta. Lo cual es bueno. Porque la pegatina "Sororidad antes que nada" que llevo en mi portátil desde hace unos años no aprobaría la expresión de mi cara ni los pensamientos que me pasan por la cabeza.

Esta niña casi no lleva ropa. Su minifalda podría ser una bufanda y su camiseta podría ser demasiado pequeña para un bebé. Además, apenas son las 8 de la mañana. ¿Quién necesita un maquillaje de ojos pesado y unos labios rojos en la mesa del desayuno?

La chica levanta por fin la vista. Su expresión no cambia. —Oh. Hola.

No parece tan sorprendida de verme como yo de verla a ella. Quizá sea una visitante habitual. ¿Hay alguna forma de que esté aquí para ver...?

No, en absoluto. Es una adolescente. Yakov nunca haría eso.

—Ni siquiera puedo decir "hola". Parece que mi hermano se ha embolsado a una auténtica genio —murmura, como si yo no pudiera oírla.

Hermano.

—Mariya —suelto antes de poder contenerme. Es más por alivio que por otra cosa.

—¿Quién eres tú? Aparte del último ligue de mi hermano —me mira de arriba abajo—. Bonitos vaqueros. No sabía que la bota ancha siguiera de moda.

Dios, los adolescentes son lo puto peor.

Fuerzo una sonrisa aunque ya quiero agarrar a esta mocosa por el cuello. —Me llamo Luna. Me quedo aquí.

—¿Qué significa eso de "*quedarse aquí*"? —pregunta Mariya.

—Significa lo que he dicho. Me quedo aquí.

Me dirijo a la despensa como si fuera la dueña del lugar. Como si fuera una invitada que conoce el lugar. Como si no hubiera pasado los dos últimos días encerrada en un dormitorio.

Si Mariya llega a creer que llevo en esta casa más de un día, seré feliz. Cada segundo que su atención se centra en mí, siento cómo se agota mi confianza. Es como volver a pasar por delante de las animadoras del instituto.

—¿Están saliendo?

Sonrío con dulzura. —Como te he dicho, me quedo aquí. Dejaré que tu hermano te diga algo más

que eso. No quiero excederme.

Ella pone los ojos en blanco. —Traducción: tienen sexo. Es bueno saberlo.

Mariya se hace la dura, pero está tan nerviosa por mí como yo por ella. Recuerdo cómo era ser una adolescente.

Me siento en un taburete a dos espacios de Mariya. —¿Cuándo has llegado de Moscú?

¿Por qué estás aquí? ¿Cuándo decidió Yakov que quería que vivieras con él? ¿Me lo iba a decir alguna vez?

Lo último que supe es que Yakov no quería a Mariya aquí. No creía que fuera seguro para ella. Por lo visto, han cambiado muchas cosas en los dos últimos días.

—Anoche, tarde.

—Entonces, te has levantado temprano.

—Jetlag —me mira de reojo—. Quizá seas tú la razón por la que no quiere que me quede aquí. ¿Se avergüenza de ti o algo así?

Solo se aprovecha casualmente de mis mayores inseguridades. No es para tanto. No pasa nada.

—Decida lo que decida tu hermano, no tiene nada que ver conmigo —le digo—. Pero dudo que te diga que no quiere que te quedes aquí.

Al menos, no en su cara.

Ella resopla burlonamente. —Deberías haberlo visto anoche. Que yo apareciera en su porche no estaba en su cartón de bingo. Parecía que iba a vomitar.

Mariya apareció de la nada. Eso tiene más sentido.

Dijo que su madre quería que se quedara aquí, pero él se había negado. Al parecer, pasaron por encima de él. Que Dios las ayude.

—¿Llegaste anoche?

—Hacia medianoche —murmura, con sus finos dedos apretados alrededor de una taza de café.

Más o menos cuando Yakov me dejó salir de la habitación de invitados.

Debió pensar que no merecía la pena explicarle a su hermana por qué tenía a una mujer atrapada en una habitación de invitados. Puede que le deba a Mariya una tarjeta de agradecimiento. Su aparición puede haberme valido la libertad.

—Quiere que salga en el primer vuelo de hoy, pero ya le he dicho que me quedo —levanta la barbilla, desafiante—. No me van a echar de mi propia casa porque mi hermano quiera juntarse con una cualquiera.

Tacha la tarjeta de agradecimiento. Mostraré mi gratitud no empujando su pequeño culo de su taburete y lanzándola a la estratosfera.

Respiro hondo y sonrío. —Tienes un aspecto muy distinto al de la foto que vi de ti en el

despacho de Yakov.

—¿Tiene una foto mía en su despacho?

—Unas cuantas, en realidad. De ti y de Nikandr.

—El Rey de Hielo tiene corazón. ¿Quién lo habría imaginado?

—Se preocupa mucho por ti. Solo quiere lo mejor para ti.

Puede que Yakov y yo no nos llevemos bien, pero no quiero interponerme entre él y su familia. Además, necesito todos los puntos que pueda conseguir ahora mismo.

—¿En serio? —Mariya se vuelve hacia mí, con las dos cejas levantadas.

Sonrío suavemente. —Por supuesto. Se preocupa por ti y quiere...

—No. Quiero decir... ¿*de verdad*? —arruga la nariz—. No voy a contarle todas las cosas bonitas que dijiste de él cuando no estaba para oírte. Ya se ha acostado contigo. Deja de estar tan desesperada.

Mi autocontrol, ya de por sí agotado por la actitud de Mariya, se rompe por la mitad.

Dejo caer mi barrita de proteínas sobre la encimera y me vuelvo hacia ella. —Oye, sé que tienes problemas y que te estás desahogando. "La gente herida hiere a la gente" y toda esa mierda. Pero no estoy aquí para ser tu felpudo. Si quieres hablar de por qué estás realmente enfadada, adelante. Si no, quizá deberíamos dejar de hablar. Por tu bien.

Sus ojos se abren de par en par.

Por un segundo, creo que el amor duro podría ser la solución.

Puede que nadie haya hablado nunca así con Mariya. Solo necesitaba una mano firme y yo se la proporcioné. Fui yo quien llegó hasta la hermana de Yakov. Yo salvé el día.

—Tienes razón. No eres un felpudo. Solo eres la zorra con la que se acuesta mi hermano —se levanta con una sonrisa genuina en la cara—. Ya nos veremos. O... probablemente no.

Con eso, Mariya Kulikov coge su café y me deja sentada sola, sin palabras.

YAKOV

Como si la perspectiva de una reunión de hermanos separados hace tiempo a primera hora de la mañana no fuera suficiente, Luna está sentada en mi cocina.

Todos mis fantasmas vuelven hoy a perseguirme.

Sigo la curva de su culo en los vaqueros antes de apartar la mirada. Este día ya va a ser demasiado largo. No hay necesidad de torturarme con fantasías que no tengo tiempo de hacer realidad.

Paso de la isla y me dirijo directamente a la cafeína.

—Buenos días —dice Luna en voz baja.

Asiento sin darme vuelta. —Te has levantado temprano.

—No he dormido mucho.

Ya somos dos. Estoy a tope de trabajo y de obligaciones familiares. Me sirvo una taza de café y me apoyo en la encimera.

Luna está jugueteando con el envoltorio de una barrita de proteínas que apenas ha mordisqueado. A la derecha hay otro plato. Una tostada de mantequilla de cacahuete con trocitos de corteza.

Me pongo rígida al sumar dos y dos. —Ya la has visto.

—¿Qué? —levanta la vista y sigue mi mirada hacia el plato que tiene al lado—. Ah, sí. Estaba comiendo cuando bajé.

—*Blyat'* —maldigo en voz baja—. Justo lo que necesitaba. Como si ya no tuviera munición suficiente.

Luna frunce el ceño. —Lo siento. Espera un momento. ¿Crees que conocí a tu hermana por primera vez e inmediatamente empecé a hablar mal de ti? ¿Así crees que empecé el día?

—Mariya sería un público comprensivo. Está furiosa conmigo.

—Yo también —replica—. Eso no significa que intente interponerme entre tu hermana y tú. De hecho, intenté defenderte. No es que te lo merezcas.

Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y no creo que se dé cuenta de lo mucho que me

descoloca ese simple gesto irreflexivo. Agarro la taza de café con tanta fuerza que me sorprende que no se haga añicos.

—¿Cómo ha ido? —pregunto sarcásticamente—. ¿La defensa? Seguro que Mariya se lo tragó.

—Oh. Bueno... —se tira del labio inferior con los dientes—. Mariya tiene confianza. Te lo aseguro. Tampoco es tímida.

Me paso una mano por la frente. —¿A quién ha insultado, a ti o a mí?

—A los dos. Aunque sobre todo a mí —Luna se ríe—. Por lo visto, tengo que deshacerme de mis pantalones.

Un pensamiento resuena en mi cabeza, completamente inesperado: *Te los arrancaré si me lo pides.*

En voz alta, digo—: Debería haberte avisado que estaba aquí, pero llegó tarde.

—¿Después de abrirme la puerta?

Asiento. —Si hubiera sabido que venía, podría haberlas encerrado a las dos. Me habría complicado mucho menos la vida.

De repente, un tenedor rebota en mi pecho y cae al suelo. Luna reprime una sonrisa. —No tiene gracia.

—¿Quién dice que estaba bromeando?

Luna juguetea un poco más con su barrita de proteínas antes de levantarse y tirarla a la papelera sin comer. Apoya la cadera en la encimera y cruza los brazos. Es una lucha no beber en cada centímetro de ella. —¿Qué vas a hacer?

No voy a cerrar la brecha que nos separa y subirte a la isla, abrirte de piernas y devorarte, eso seguro. Sería una idea terrible, terrible.

Aunque, por otra parte...

Puede que no sea tan malo.

Aprieto los dientes y me obligo a no moverme. —Enviarla de vuelta a vivir con mi madre no es una opción. Tiene casi dieciocho años. No tardará mucho y, de todos modos, podría venir aquí sin el permiso de nuestra madre.

—Si te sirve de algo, puedo decir que le gustas —Luna se encoge de hombros—. O, al menos, quieres gustarle. Tanto como puede gustarle a una adolescente su hermano mayor.

—Le gustaré menos cuando la siente y le explique las condiciones en las que se le permitirá quedarse aquí.

—Te lo agradecerá más adelante. Aunque ahora sea duro, algún día verá lo mucho que debiste de preocuparte por ella para tomar esa dura decisión —Luna se desliza más cerca—. Estás dispuesto a dejar que te odie con tal de mantenerla con vida. Alguien tiene que importarte mucho para hacer eso por él.

Luna no está hablando solo de Mariya. Sus ojos están clavados en mí, preguntándose qué estoy pensando. Una parte de mí cree que sabe que aún oigo los ecos de sus gemidos de la última vez que follamos.

Todo el mundo en mi vida necesita algo de mí en este momento, pero Luna está intentando ayudar. Me está ofreciendo apoyo. El hecho de que quiera apoyarme es razón suficiente para echarme atrás.

Entonces, ¿por qué no puedo retroceder?

Luna sigue mirándome cuando alguien se aclara la garganta. Ambos levantamos la vista y vemos a Nikandr sonriendo en la puerta. —Buenos días a los dos.

Las mejillas de Luna se sonrojan, aunque no hayamos hecho nada. Aunque Nikandr nunca se lo creerá.

Me sirvo el café y codeo a Nik hacia mi despacho.

—Siento interrumpir tu pequeño momento —susurra, demasiado alto.

—No interrumpiste nada —lo empujo hacia el pasillo—. Llegaste tarde.

NIK VUELVE A ENTRAR por la puerta de mi despacho como si acabara de estar en la guerra. Su habitual sonrisa perenne ha desaparecido. Se deja caer en la silla frente a mí y suspira. —Bueno, la mierda está jodida.

—Estuviste hablando con Mariya durante treinta minutos. Si no tienes más que decir, estás despedido.

Frunce el ceño. —Soy de la familia. No puedes despedirme.

—Puedo hacer lo que me salga de los huevos —me reclino en el asiento—. Dime lo que ha dicho.

—No dijo gran cosa. Fue más por *la forma* en que lo dijo.

—Maldición —escupo—, esto no ha servido para nada. Debería haber ido a hablar con ella.

Nikandr se ofreció voluntario para charlar primero con Mariya. Pensó que ella lo escucharía y se abriría, y yo lo dejé intentarlo. Estaba claro que no estaba por la labor.

Levanta las manos. —No soy un puto terapeuta, ¿vale? Solo sé que está pasando por algo. ¿Crees que podría tener algo que ver con Otets?

Hago una mueca. Todo esto tiene que ver con nuestro padre.

—Murió hace cinco años. Esto es otra cosa.

—Vale, bien. Entonces, ¿se va a quedar el tiempo suficiente para que lo averigüemos o vas a enviarla de vuelta? Porque tengo que decirte que creo que podría salir corriendo si intentas

meterla en un avión.

—Con Gustev merodeando, que Mariya desaparezca es lo último que necesitamos —sacudo la cabeza—. No hay otra opción. Madre no puede manejarla y es lo bastante ingenua como para huir y hacerse daño si la obligamos a irse.

—Así que se queda —concluye Nik.

Entrecierro los ojos para mirarlo. —¿De qué coño te ríes?

—Me parece bien —dice, encogiéndose de hombros—. Por fin volvemos a estar todos juntos. Ha pasado mucho tiempo.

—Por una buena razón. Sabes que aquí no es seguro para ella.

—Yo la vigilaré —dice—. Y podemos asignarle algunos guardias. Estará bien. Todos volveremos a conocernos.

—Una gran reunión familiar feliz —murmuro.

—Una gran familia feliz *y* Luna —añade Nik—. Estaría bien tener su energía femenina cerca. Por Mariya... y por ti.

Le lanzo una mirada de advertencia. —Sería mejor para todos que no se vieran mucho. De todas formas, Luna se irá pronto.

Lo último que necesito es que Mariya se encariñe con Luna como parecen estarlo todos los demás en esta puta casa.

Nik resopla.

—Si tienes algo que decir, dilo —gruño.

—No tengo nada que decir. Solo me pregunto cuándo van a admitir que hay algo más entre ustedes.

Uno de nosotros ya lo ha hecho.

Luna se está enamorando de mí.

Cada vez que la miro, ese pensamiento resuena en mi cabeza. No puedo deshacerme de él.

Pero no significa nada. No somos fichas de dominó. Puede que ella se haya caído, pero no puede llevarme abajo con ella.

LUNA

Estoy en la biblioteca cuando se abre la puerta principal.

El corazón me salta a la garganta como siempre que sé que estoy a punto de ver a Yakov. Pero es una voz muy diferente la que está en la puerta.

—...digamos que has cumplido con tu deber, ¿no crees? —pregunta Mariya a alguien a quien no puedo ver—. Seguirme por el centro comercial es una cosa, pero seguirme hasta mi habitación podría meterte en alguna lista de vigilancia de depredadores. Mejor seguro que pedófilo —la puerta se cierra de golpe y ella maldice en voz baja—. Bienvenida a casa, Mariya. El Gran Hermano siempre está vigilando.

Hundirme en la silla y esconderme es una opción atractiva. Mi intento de ser amistosa con Mariya esta mañana no ha ido precisamente bien.

Entonces, recuerdo el aspecto de Yakov cuando entró en la cocina. Las ojeras, la tensión en su voz. Si hay algo que pueda hacer para ayudarlo en lo que respecta a Mariya, debería intentarlo.

Cuando pasa por la puerta con innumerables bolsas de compras colgando de los brazos, me incorporo. —¿Te has divertido comprando?

Mariya se gira hacia mí y arquea una ceja. —No fue por diversión. Necesitaba comprar algunas cosas necesarias, ya que me quedaré aquí un tiempo.

—Bien pensado.

Cruza la puerta. —Creo que nunca he visto a nadie aquí. Pensé que era para decorar.

—Me gusta leer.

Su sonrisa parece más bien una mueca de dolor. —Qué divertido para ti.

La forma en que puede ser mala incluso cuando está siendo amable es, sinceramente, un superpoder. ¿Ha pensado Yakov en utilizar a Mariya como arma contra quienquiera que me persiga? Una breve conversación con ella, y probablemente se echarían atrás y llorarían.

Tiro el libro a un lado y me pongo de pie. —Sí, pero me estoy poniendo tiesa. ¿Necesitas ayuda con las bolsas?

—No.

Pasa por delante de la puerta, pero me precipito tras ella. Alguien con vergüenza se rendiría, pero yo agarro un par de bolsas rosas que cuelgan de su dedo. —Insisto. Hace mucho que no voy de compras. Me encantaría ver lo que has comprado.

Mariya me mira de pies a cabeza, como si intentara decidir lo fácil que sería deshacerse de mí. Finalmente, suspira. —De acuerdo.

Aceptaré esta pequeña victoria.

Su habitación está al final del pasillo de la de Yakov, pero nunca la he visto. Era una de las muchas puertas cerradas de la casa cuando llegué. Me imaginaba celdas húmedas con barrotes en las ventanas o cámaras de tortura con grilletes colgando de las paredes.

En cambio, tiene una cama con dosel, cortinas de terciopelo morado y papel pintado de mariposas.

—Esto es adorable —doy vueltas en círculo, asimilándolo todo—. De niña habría matado por esta habitación.

Mariya resopla. —Ni siquiera me gustaba esta habitación cuando era niña. La eligió mi madre. Voy a redecorarla pronto.

—¿Todo? ¿Incluso el papel pintado?

Me lanza una mirada que me dice que quemaría cada una de las mariposas si pudiera. —Ya no soy una niña.

Para dejarlo aún más claro, Mariya coge una de las bolsas rosas que sostengo y la arroja sobre su colcha morada. Encaje y seda y destellos de negro y rosa revolotean por el edredón.

Lencería. Más lencería de la que he tenido en toda mi vida, por no hablar de la que he comprado en un mismo día.

Necesidades, Marce. Necesidades.

Se aparta de la cama y me mira como si esperara un sermón. O quizá a que me cubra los ojos y me persigne.

Cojo un sujetador rosa con flores en el tirante. —Este es muy lindo.

Mariya me mira fijamente durante otro segundo antes de darse la vuelta, rebuscando entre el resto de sus bolsas. —Puedes sentarte. Si quieres. Me da igual.

Como crecí con un solo hermano, nunca se me dio bien hablar con las chicas. Pero hasta yo sé que Mariya podría haber desplegado una alfombra roja y contratado una banda de música para mí.

Me invita a pasar el rato. ¡En su habitación!

Me hago la interesante y me siento al borde de la cama. —Vale, claro. ¿Por qué no?

La respuesta a eso, por supuesto, es que ahora soy cómplice de que la hermanita de Yakov abastezca su armario con un desfile de los conjuntos más escuetos que jamás he visto. No hay forma de que la deje salir de casa con ninguno de estos conjuntos. Desde luego, no el

minivestido negro con los paneles laterales recortados y la espalda escotada.

Pero sonrío y asiento y le digo lo estupenda que está.

No es mentira. Mariya es guapísima. No es de extrañar, dada la irreal reserva genética de la que procede. Yakov es el ser humano más atractivo que he visto en mi vida, pero sus hermanos le siguen de cerca. Estar en esta casa basta para acomplejar a una mujer.

—Asco. No —Mariya sostiene en el aire un escueto bikini azul, como si fuera una cáscara de plátano podrida—. Este no es mi color.

—¿Por qué lo compraste?

Se encoge de hombros. —Estaba en una nube de compras. Todo parece estupendo en la tienda. Luego lo llevas a casa y te arrepientes. Este es un arrepentimiento.

—Me parece lindo —si dar a todos los que te cruzas un vistazo de tus golosinas puede llamarse "lindo".

Mariya me tiende el bikini con los ojos entrecerrados. Luego, me lo lanza. —Quédatelo. Este color te quedará genial.

Resoplo. —Esto parece más una cuerda enredada que ropa. No puedo llevar esto.

—¿Por qué no? ¿Te avergüenzas de tu cuerpo? —me mira de arriba abajo y me preparo para cualquier cosa horrible que vaya a decirme. Entonces, dice—: Porque no deberías.

No basaré mi autoestima en el cumplido de una niña de diecisiete años. No basaré mi autoestima en el cumplido de una chica de diecisiete años. No basa...

—Gracias, pero yo...

—Póntelo y podemos ir a sentarnos junto a la piscina —Mariya rebusca en una bolsa y saca un enterizo fucsia escotado—. Necesito broncearme.

Por un lado, es mi oportunidad de pasar tiempo con Mariya. Quiere pasar tiempo conmigo. Podría hablar con ella, tal vez ayudar a abrir una puerta entre Yakov y su hermana.

Por otra parte, en el ginecólogo llevo más ropa de la que cubre este bikini. Estaré a un estornudo de mi citología anual.

Mariya tira la ropa a un rincón y se pone el bañador mientras yo sigo mirando el manojo de tela que tengo en la mano. Coge unas gafas de sol de la cómoda y se dirige a la puerta. —¿Nos vemos fuera?

No estoy segura de si sigo cediendo a la presión de grupo o realmente estoy tan comprometida a ayudar a Yakov con su hermana, pero me encuentro asintiendo. —Claro. Salgo enseguida.



—ME ENCANTA ESTAR AQUÍ —Mariya está estirada en la tumbona de madera junto a la mía. Su piel pálida ya se está volviendo rosada al sol—. Pensé que hoy iba a ser una mierda, pero ha sido

muy bueno.

Teniendo en cuenta cómo hemos empezado esta mañana, yo pensaba lo mismo. Pero tiene razón: el día está saliendo bien.

—¿Así que ir de compras fue divertido, después de todo?

—No. Bueno, sí —admite, poniendo los ojos en blanco—. Pero es que me gusta estar aquí. El sol y la piscina. Además, no estoy en un avión de vuelta a Rusia, así que eso es una ventaja. Esperaba que Yakov me atacara por sorpresa mientras dormía y me deportara.

—Él no haría eso —resulta hilarante viniendo de una mujer a la que Yakov ha secuestrado no una, sino dos veces.

Pero Mariya no lo sabe. Probablemente debería mantenerlo así, a menos que quiera que Yakov me prohíba hablar con su hermana.

Ella resopla y se pone boca abajo. —Sí, lo haría. Probablemente lo intentó. Seguro que Nik lo convenció para que no lo hiciera. Nik es la única razón por la que sigo aquí, estoy segura.

—¿Nikandr?

Ella asiente. —Era el único que hablaba conmigo por teléfono. Yakov siempre está demasiado ocupado. Creo que a Nik le gusta tenerme cerca. A Yakov... no tanto.

Cuesta creer que la chica que tengo al lado sea la misma que me llamó “zorra” en el desayuno. Esta mañana estaba a la defensiva, irritable e inaccesible. Entonces le dije que me gustaba su sujetador y, *pum*, mejores amigas al instante.

Ojalá todas las relaciones pudieran arreglarse tan fácilmente.

—No es que Yakov no te quiera cerca. Es solo que las cosas han estado... tensas últimamente. Está estresado.

—¿Por tu culpa? —pregunta.

—No tiene nada que ver conmigo. Bueno, en realidad no. Yo no... —frunzo el ceño—. Espero que no esté estresado por mi culpa.

No sé lo suficiente sobre lo que ocurre fuera de las paredes de esta casa para estar segura.

—Quizá estés aquí para ayudarlo a desestresarse —abre los ojos lo suficiente para hacerme un gesto con las cejas.

—Qué asco. No puedes decir cosas así de tu hermano —finjo arcadas—. Y, si te hace sentir mejor, Yakov se desharía de mí si pudiera. Solo estoy atrapada aquí de momento.

—Sí, claro. No estarías aquí si Yakov no te quisiera aquí. Mi hermano no hace nada que no quiera hacer.

Gruño. —¿Es ese el lema oficial de la familia o algo así? No lo he visto grabado en ninguna de las paredes.

Mariya se ríe. —Así son los Kulikov. Los chicos pueden hacer lo que quieran mientras a mí me

llevan y me mandan. A nadie le importa lo que yo quiera.

—Eso no es verdad.

—Así es. Nadie me preguntó si quería irme un mes después de la muerte de mi padre —se levanta sobre los codos y se queda mirando la piscina. Me doy cuenta de que ella y Yakov tienen la misma nariz—. Murió y entonces me arrancaron de mis hermanos. Que nunca me llamaron, por cierto. Estuve cinco años en Moscú, pero esta casa siempre me pareció mi hogar. Siempre quise volver, pero Yakov no me dejó.

Quiero defender a Yakov. No sé todo, pero sé lo suficiente. Las cosas fueron difíciles para él después de que asesinaran a su padre. Sostuvo al hombre en sus brazos mientras moría.

Pero Mariya no quiere oír eso ahora. Probablemente volvería a callarse y me dejaría fuera de nuevo.

—Eso debió ser muy duro. No puedo ni imaginar lo que sería volver a empezar en otro país después de perder a alguien a quien amabas. Siento que te ocurriera eso.

Me dedica una sonrisa tensa. —Gracias.

Estoy a punto de decirle a Mariya que debería contarle a Yakov lo que acaba de decirme a mí. Escuchar el punto de vista del otro podría ayudar mucho a arreglar las cosas entre ellos.

Antes de que pueda, el teléfono de Mariya vibra. Lo comprueba y se levanta de un salto. —He quedado con alguien.

—Ah, vale. ¿Tu hermano sabe dónde...?

—Buena charla —dice por encima del hombro.

Podría ser otro insulto disfrazado de cumplido... pero no lo creo.

Sonrío mientras corre hacia las puertas del patio. Puede que, después de todo, tenga una amiga en esta casa.

YAKOV

Mi puño cruje en la maltrecha cara del hombre. Cae de rodillas sobre la sangre del soldado de Gustev muerto a su lado, rociando sangre sobre mi zapato.

Escupo al suelo con asco. —No me das lo que quiero y me has estropeado los zapatos —le doy una patada en el pecho y se desparrama hacia atrás sobre el polvoriento suelo de cemento—. Antes estaba molesto, pero ahora estoy furioso.

Eso no es del todo cierto. Estuve jodidamente lívido desde el momento en que miré por el retrovisor y vi a dos de los hombres de Akim siguiéndome. Ni siquiera estaban siendo discretos. No estaban lo bastante bien entrenados para saber cómo hacerlo.

Es la tercera vez que me siguen en una semana y estos soldados son el quinto y el sexto que he tenido que matar.

Se está volviendo tedioso.

—Dime qué planea Akim —vuelvo a exigir—. Dímelo y vivirás.

El soldado suelta una carcajada, haciendo que la sangre le gotee por la barbilla. —Me matarás de cualquier manera.

—No lo haré. No si me prometes lealtad.

—Nací con la lealtad corriendo por mis venas —sisea entre sus dientes manchados de rojo—. Trabajo para la Bratva Gustev. No para ti.

Pongo los ojos en blanco. —Tu compromiso sería admirable si no fuera tan jodidamente triste. ¿Qué eres, primo cuarto por línea doble? ¿Un Gustev por matrimonio? Probablemente Akim ni siquiera sepa tu nombre. Por eso te envió a seguirme. Porque eres *prescindible*.

—Akim me eligió para esta misión porque confía en mí.

Casi me siento mal por ese bastardo. Casi. El hecho de que correría alegremente a los brazos de Akim y le contaría exactamente lo que he estado haciendo todo el día es donde muere mi simpatía.

Para eso, también tiene que morir.

Agarro al hombre por la parte delantera de la camisa. Sus pies apenas tocan el suelo.

—¿No te has preguntado dónde han desaparecido todos tus amigos? Eres el sexto hombre que mato esta semana.

Sus ojos inyectados en sangre se ensanchan.

—Siento darte la noticia de esta manera —continúo—. Pero tu jefe te ha enviado a la puta boca del lobo. Eres una distracción. ¿Lo entiendes? Sabía que te vería siguiéndome. Y sabía que, después de verte, no me arriesgaría a conducir hasta la reunión que he concertado hoy con uno de tus supuestamente "leales" hermanos.

El hombre entrecierra los ojos. —Nadie traicionaría a la Bratva.

—Alguien ya lo ha hecho. Tú podrías ser el siguiente —digo—. Solo dime qué está planeando Akim.

—Nunca —escupe—. Moriré antes de traicionar a mi familia, y...

Le suelto y le meto una bala entre los ojos antes de que pueda terminar. Dijo que quería morir, así que puede morir. En el fondo, me dedico a cumplir deseos.

Saco mi teléfono y envío un mensaje a Boris. ***Acabo de encargarme de otros dos de tus hermanos. Me han vuelto a seguir. Hoy no hay reunión.***

Boris ha sido mi contacto dentro de la Bratva Gustev durante el último año. Desempeñó un papel fundamental a la hora de conseguirnos la información que necesitábamos para acabar con el padre de Akim, el anterior *pakhan*. Ahora, va a ayudarme a acabar con Akim.

Eso si alguna vez consigo llegar a una puta reunión sin que me sigan.

Estoy a punto de llamar a un equipo de limpieza para que venga a ocuparse de estos cadáveres cuando recibo una llamada de Oleg. —¿Qué hace ahora mi hermana? —gruño al teléfono. No tengo tiempo para más mierda de Mariya.

Es la tercera vez que Oleg me llama hoy. Las otras dos fueron para avisarme de que exigía que la dejasen salir de casa y luego otra vez para avisarme de que estaba vaciando el centro comercial de lencería y trajes de baño.

Sabía que la seguían y la vigilaban, y solo por eso lo hizo. Está pisando sobre hielo delgado, apareciendo aquí sin avisar, pero sigue intentando molestarme.

—Nada. Está a salvo en casa —dice Oleg—. Llamo por Akim.

—Dime lo que sabes.

Suspira. —No es mucho, pero no quería quedarme de brazos cruzados. Se dice que está planeando algo. *Algo grande.*

Ya lo sospechaba. No hay otra razón por la que sacrificaría a sus soldados de bajo nivel para poder seguirme. Además, perseguir a una mujer con la que tuve una cita para cenar es un poco desesperado, incluso para él. Pero que se confirme significa que está moviendo fichas. Se corre la voz. No podrá permanecer oculto mucho más tiempo.

—Díselo a Nikandr y que dirija esto. Quiero saber qué planea Akim —le digo—. Y que alguien

vaya al almacén para hacer una limpieza.

Oleg se ríe entre dientes. —¿Otra vez?

—Dos de ellos —Suspiro—. Akim sigue colocándolos, así que yo sigo derribándolos.

—Yo me encargo —dice Oleg.

Colgamos y me vuelvo hacia los muertos que tengo detrás.

Son unos putos críos. No mayores que Nikandr. Akim los tenía a ambos convencidos de que iba a cuidar de ellos y, sin embargo, los puso directamente en mi camino.

Desprecio no haber tenido elección aquí.

Odio aún más haber tenido que matar a estos hombres cuando preferiría arrancar miembro a miembro al propio Akim. Lo mataría por la única razón de que se alegra de sacrificar a estos hombres que morirían por él. No es un líder; es un cobarde.

Pronto será un cadáver.

~

EL VIAJE de vuelta a la mansión no hace nada por aliviar la tensión entre mis hombros.

Ha sido un día tras otro de derribar peones de Akim sin acercarme a él. Ahora tengo que preocuparme de que vaya a por mi hermana mientras ella recorre la ciudad comprando ropa interior.

Dentro, lleno un vaso de agua en el fregadero y lo trago de un golpe. Estoy a punto de ir a buscar a mi hermana y obligarla a devolver al menos el setenta y cinco por ciento de lo que ha comprado hoy. Puedo permitírmelo con creces, pero las reglas básicas tienen que empezar por algún sitio. Regla básica número uno: nunca compres lencería con el dinero de tu hermano.

Entonces, miro por la ventana y me quedo paralizado.

Luna está tumbada en una de las tumbonas de la piscina. Si no está en la biblioteca o en el jardín, suele estar junto a la piscina. Esto es normal.

Lo que no es normal son los microscópicos retazos de tela que cubren sus tetas.

No puede ser un bañador. Parece que esa cosa se disolvería en cuanto tocara el agua. Me pregunto si no estará pintado.

La frustración que he estado reprimiendo todo el día sale a la superficie. Me zumba la piel y tengo la polla dura como una roca.

Ha sido un mal día. Una liberación estaría bien.

La necesito.

No. No a ella. Cualquiera me serviría.

Esto no tiene nada que ver con Luna y sus labios carnosos y su confesión de amor. Este deseo tiene todo que ver con el hilo con el que se vistió y al que llama bañador.

Atravieso furioso las puertas dobles y cruzo el patio. Luna tiene los ojos cerrados y un brazo echado sobre la cabeza. Los triángulos del bikini apenas le cubren los pezones y una delgadísima franja azul desaparece entre sus muslos.

Me detengo junto a su tumbona. Estoy tan empalmado que casi me duele.

Sus pestañas se agitan cuando mi sombra cae sobre su rostro, pero no abre los ojos. No se da cuenta de que estoy de pie sobre ella con las más viles intenciones.

Alargo la mano hacia abajo y aprieto la fina tira que rodea su cuello. —¿Qué coño llevas puesto?

LUNA

Estaba al borde de un sueño feliz. El aire es cálido y lánguido, el murmullo de la piscina chapoteando en los bordes de la cubierta es agradable, y todo está tranquilo.

Entonces, una sombra cae sobre mí.

—¿Qué coño llevas puesto?

Doy un grito y me levanto de un salto, justo cuando Yakov me arranca la tira de la parte superior del bikini. Instintivamente, cruzo los brazos sobre el pecho para asegurarme de que las chicas no se desparraman. —¿Qué haces aquí?

Más concretamente, ¿qué hace cerniéndose sobre mí como el ángel de la muerte? Tiene la boca fruncida y los ojos entrecerrados. Me mira como si fuera yo la que acaba de interrumpir su tarde al puro estilo de un anuncio de Corona.

—Estoy intentando averiguar por qué estás desnuda junto a mi piscina.

—No estoy desnuda. Llevo un bañador.

—Te he visto desnuda. Sé cómo se ve —sus ojos verdes estudian lentamente mi cuerpo—. Se parece muchísimo a esto.

Descruzo los brazos y vuelvo a tumbarme. Mi espalda puede o no estar ligeramente más arqueada que hace un segundo. Nadie puede estar seguro.

—Se llama *bikini*, Yakov.

Se arrodilla a mi lado, aún humeante. —Se llama "vigilancia veinticuatro horas". ¿Tienes la más puta idea de cuántos guardias te han estado observando sentada aquí fuera con tu "bikini"? —pronuncia la última palabra con una dosis de sarcasmo que impresionaría incluso a Mariya.

Pongo los ojos en blanco. —Si no puedes controlar a tus empleados, es tu problema. No el mío.

Un segundo después, una toalla aterriza sin gracia sobre mi cabeza.

—¡Eh! —tiro la toalla al suelo y me levanto—. La última vez que lo comprobé, era libre, ¿recuerdas? A menos que tengas unas esposas y un mono de presidiario que quieras que me ponga, me pondré lo que me dé la gana.

—Esposas —le brillan los ojos—. Que buenas ideas se te ocurren.

Todo mi cuerpo se estremece a pesar del calor. —Era una broma. No te adelantes a los acontecimientos.

Acorta la distancia que nos separa, rodeándome con un brazo la parte baja de la espalda para que no pueda escapar. —Mientras haya hombres a sueldo míos en la caseta de vigilancia vigilándote, no irás por ahí en pezoneras y tangas. *Cúbrete*. O lo haré yo por ti.

Le golpeo el pecho con las manos. Bien podría ser una pared de ladrillos por lo mucho que se mueve, pero, al cabo de un momento, me suelta la cintura y da un paso atrás.

—¿Cuál es la nueva norma entonces? ¿Es como un código de vestimenta escolar? Tal vez deberías escribir todo lo que puedo y no puedo ponerme para tenerlo todo bajo control.

Coloco los puños en las caderas. Enfrentarse a Yakov es de risa. Es tan ancho que, cuando está delante de mí, no hay nada más. Llena toda mi visión. Todo mi cerebro.

—¿Qué tal si te lo pongo fácil para que lo recuerdes? —un mechón de pelo oscuro cae sobre su frente y me pican los dedos para apartarlo—. Si he puesto mi boca ahí y he hecho que se te doblen las rodillas, nadie más que yo debe verlo.

Trago saliva. *Parece que entonces llevaré una carpa de circo.*

—Mi cuerpo no tiene la regla de “si lo rompes, lo pagas” —le digo pasando el avergonzado nudo que se me hace en la garganta—. Me has tocado, pero no te pertenezco.

Vuelvo a empujarlo contra el pecho con toda la fuerza que tengo por un repentino y salvaje impulso de mojar su exasperante culo en la piscina azul aguamarina que hay detrás de él. Pero esta vez no se mueve. Ni un pelo fuera de su sitio.

Yakov rodea mis muñecas con sus enormes manos y se las quita de encima con una risita cruel. —Buen intento, princesa.

Frunzo el ceño. —Parecía que necesitabas refrescarte.

—Si necesito algo, te lo haré saber —sus manos se deslizan hasta mi cintura—. Tú, sin embargo, estás ardiendo.

—¡No! No, no lo estoy.

Me pasa un dedo por el cuello. —Empapada en sudor.

—Es aceite bronceador, Yakov.

Sacude la cabeza, con una peligrosa diversión brillando en sus ojos. —No. Estás ardiendo, Luna. Muy, muy caliente.

Yakov me levanta y me hace girar hacia la piscina.

—¡No! ¡Para! No...! —grito y me agito, pero no consigo que me suelte la cintura. Así que hago lo único que puedo: Me aferro a él. Le echo los brazos al cuello y engancho las piernas a su cintura justo cuando se dispone a lanzarme.

Hace que todo llegue a una dura pausa. Enfatizando lo de “dura”. Con su cuerpo apretado contra el mío, la minúscula cantidad de tela que me cubre realmente no parece nada. Sobre todo, cuando siento su dura longitud contra el interior de mi muslo.

Yakov tiene los ojos oscuros. Me mira como si estuviera hambriento. Como si yo fuera lo único que ansía.

No debería gustarme tanto como me gusta.

—Jaque mate —digo, con la voz temblorosa.

—¿Crees que aún no puedo mojarte? —dice con un profundo retumbar.

Madre mía. O eso es un doble sentido o mi cerebro está sucio.

—No sin empaparte tú también.

Sonríe y siento su calor en los dedos de los pies, en las yemas de los dedos, en todas partes.

—Oh, *solnyshka*... ese es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer.

Entonces, Yakov se da la vuelta y salta a la piscina.

Nos precipitamos por el aire durante lo que me parece una eternidad, pero me siento acurrucada contra el pecho de Yakov. Incluso cuando nos estrellamos contra el agua, él no vacila. Nos hundimos juntos y nos levantamos rápidamente, con sus brazos todavía rodeándome con fuerza.

Cuando llegamos a la superficie, ni siquiera tengo tiempo de inhalar antes de que la boca de Yakov esté sobre la mía.

Su mano se curva alrededor de mi cuello. Posesivo, brutal. Me separa los labios con la lengua y se desliza hasta el fondo. Es como si siguiera bajo el agua. Como si me hundiera en él, feliz de ahogarme en esto.

Jala la tira que me rodea el cuello y se me cae la endeble parte de arriba del bikini. Yakov me roza las costillas con el pulgar, moviéndose más alto con cada caricia. Si sigue excitándome así, el agua de la piscina empezará a hervir.

Su mano se desliza hasta el lazo de mi cadera y la molesta realidad se abre paso.

—Los guardias —respiro, apartándome para mirarlo—. Dijiste que los guardias...

—Nadie está mirando. Mis hombres tienen buen criterio —me chupa la suave curva detrás de la oreja mientras sus manos me amasan el culo.

—Pero... dijiste que había guardias vigilándome —me acompaña hasta el borde de la piscina y me aprisiona entre la pared de azulejos y su cuerpo. El roce de su polla contra la cara interna de mi muslo me dificulta pensar—. Pensé que estaba bajo “vigilancia constante”.

Su voz se vuelve ronca. —Así es. Pero les advertí a todos de lo que haría si te miraban por cualquier motivo que no fuera el estrictamente necesario para protegerte.

—¿Les has dicho que no me miren?

—Seguro que se rompieron el cuello intentando apartar la mirada cuando saliste con esto puesto —me desata el lazo de la espalda, liberándome por completo de la parte de arriba.

—¿Por qué?

Sabe exactamente lo que quiero decir. *¿Por qué haría eso? ¿Por qué se molestaría en decir a sus hombres que no me miren?*

—Porque —explica Yakov, masajeando mis muslos con sus manos hasta que sus pulgares acarician la última fina tira de tela que me cubre—, nadie más puede disfrutar de lo que es mío.

Quiero decirle que no soy suya. En realidad, quiero querer decírselo. La realidad es que cada palabra que sale de su boca es un clavo más en el ataúd de mi dignidad.

Al menos murió por una buena causa. Mejor dicho, por una *deliciosa* causa.

—¿Cómo lo haces? —susurro—. Dices cosas así... Cosas que deberían aterrorizarme. Pero en lugar de eso, solo...

Sus pulgares circulan más alto, más cerca. Está acariciando mi raja, creando una deliciosa fricción sobre mi clítoris. —¿Solo qué?

Lamo una gota de agua de su cuello y aprieto los labios contra su oreja. —Me ponen muy, *muy* húmeda.

Un gruñido retumba en su pecho. Me aparta las bragas a un lado y presiona la punta de su polla contra mi entrada. —Sé lo que quieres, Luna. Y sabes que solo yo puedo dártelo.

Entonces, se acabó el tiempo de hablar. Me aprieta lentamente, dejando que me adapte a su tamaño. Vuelvo a apoyar la cabeza en el borde de la piscina y suelto un largo suspiro entrecortado. Sigue así durante lo que me parece una eternidad. Lo tomo y lo tomo hasta que apenas puedo respirar. El suspiro se convierte en un gemido y luego en nada.

Cuando está completamente dentro de mí, retrocede y vuelve a llenarme. El agua ralentiza sus embestidas, así que no tengo más remedio que sentir cada centímetro de él deslizándose contra mí. Es un mete y saca lento y devastador. El calor y la fuerza de su cuerpo, el agua fría de la piscina lamiéndome los pezones: me estoy quemando y congelando al mismo tiempo.

Su mano se sumerge bajo el agua y entonces su pulgar está en mi clítoris. Tira y pellizca hasta que vibro.

—Será mejor que te quites el primero de encima —aconseja con una risa sombría—. No tiene sentido retrasar lo inevitable.

Aprieto los ojos. Abro la boca y una sarta de gemidos y pensamientos confusos salen de mí mientras pulso alrededor de Yakov. Cuando acabo de correrme, estoy babeando.

Yakov me besa el cuello. —Eres tan jodidamente hermosa cuando hago que te corras.

Abro un ojo y veo que me está mirando. Tiene las pupilas tan dilatadas que sus ojos están casi negros. Literalmente *acabo* de correrme, pero la mirada de sus ojos me hace desear inmediatamente hacerlo una y otra vez.

Mientras siga mirándome así, haré lo que quiera.

Le rodeo el cuello con los brazos e inclino las caderas hasta que vuelve a llenarme por completo. —¿Sigo siendo guapa cuando hago que te corras? —me burlo.

Yakov gira para que sea él quien esté contra la pared. Necesito todos mis músculos para empalarme en su polla una y otra vez. Hizo que pareciera fácil. No me sorprende.

Mientras subo y bajo su polla palpitante, presiona su frente contra la mía y murmura—: Solo hay una forma de averiguarlo.

Es entonces cuando enciendo el turbo. Lo cabalgo tan fuerte como puedo, jadeando entre besos, acariciando con mis dedos su pelo húmedo, hasta que finalmente, Yakov se pone rígido.

—Maldición, Luna —sus dedos se clavan en mis caderas mientras se sacude y se derrama dentro de mí. La tensión de su voz al pronunciar mi nombre es suficiente para ponerme al límite con él.

Apoyo la cabeza en su pecho mientras termino. Su corazón retumba al mismo ritmo que el mío.



De vuelta dentro, espero a que Yakov me abandone para ir a su despacho. Encontrará alguna excusa para marcharse: una reunión, una llamada. Pero me sigue por el pasillo hasta su habitación. Nuestra habitación, a todos los efectos.

Me agacho para buscar unos vaqueros del último cajón y Yakov gruñe.

—Ese puto bikini —se pone la camiseta húmeda por encima de la cabeza y, sin más, soy yo la que reprime un gemido. Debería ser ilegal que tenga tan buen aspecto y brille tanto. Casi espero que su pelo empiece a ondear con una brisa inexistente.

—Qué dramático eres.

—Vas a matar a alguien en esa cosa.

—No sé si te encanta o lo odias —comento, entrando en el baño para cambiarme. No debería avergonzarme cambiarme delante de él, pero me parece demasiado doméstico para lo que sea que está pasando entre nosotros.

—Depende de para quién lo lleves —oigo abrir y cerrar cajones en el dormitorio—. Si te lo pones para mí, me encanta, maldición.

Me muerdo la comisura de los labios para ocultar una sonrisa. —¿Y si es para otra persona?

Me estoy poniendo los vaqueros cuando Yakov aparece detrás de mí. Capto la flexión de su mandíbula en el reflejo del espejo. Pone las manos sobre la parte de arriba del bikini, arrugando la tela entre las manos. —Si es para otra persona, lo haré trizas, lo quemaré, esparciré las cenizas al viento y luego te esposaré a una cama para recordarte que ningún otro hombre te tocará como yo.

Por muy bien que suene, no puedo mentir. La posesividad gruñona y agresiva en su voz me ha limpiado el cerebro por completo. No soy capaz de decirle nada que no sea la verdad.

—Es para ti —susurro—. No hay nadie más.

Asiente, satisfecho. —Bien.

Entonces, Yakov se da vuelta y se retira de nuevo al dormitorio como si nada hubiera pasado.

Mientras tanto, me agarro al borde del lavabo y mojo la cara en el agua fría. Basta decir que él y yo manejamos la tensión sexual de formas muy distintas.

Todavía me tiemblan las piernas cuando, unos minutos después, salgo y encuentro a Yakov completamente vestido, sentado en el borde de la cama. *¿Qué está pasando aquí?* quiero preguntar. *¿Qué soy yo para ti?*

Pero no puedo forzar las palabras. Temo que lo que diga rompa este tenue equilibrio que hemos encontrado. Si hago la pregunta equivocada o presiono demasiado, las paredes de este castillo de arena en el que vivimos se desmoronarán.

—Escuché que pasaste el día con mi hermana.

Ahí está. El conocido sube y baja caliente. Derrite mi piel con palabras traviesas un segundo. Interrógame sobre tu hermana al siguiente.

Arqueo una ceja. —¿Cómo lo sabes? Dijiste que no me vigilaban.

—Siempre te observan, pero nunca te miran. Hay una diferencia —Yakov ilustra esa diferencia recorriendo mi cuerpo con sus ojos, lenta y minuciosamente. Si le gusta lo que ve, no da muestras.

Me rodeo con los brazos, cohibida. —Mariya y yo no empezamos con buen pie esta mañana y quise arreglar las cosas. Me pegué a ella cuando volvió del centro comercial. Supongo que funcionó. Me pidió que me sentara junto a la piscina con ella.

—¿Te has puesto *eso* para sentarte con mi hermana junto a la piscina? —suelta una bocanada de aire.

Decido aquí y ahora no decirle nunca a Yakov que su hermana se compró el bikini para ella. Ya ha sufrido demasiados traumas.

—Le pareció muy lindo. La positividad corporal está de moda entre los adolescentes —me encojo de hombros—. Pero se sinceró un poco conmigo. Sobre... todo.

—Nik habló con ella media hora esta mañana y no dijo ni una palabra, pero se abrió contigo. Que puta locura.

Me muerdo el labio inferior. —Lo siento. No quería excederme, pero...

Me hace señas para que continúe. —¿Qué ha dicho?

—Creo que todo se reduce a que se siente sola. Los echó de menos a ti y a Nikandr cuando estaba lejos. Está contenta de haber vuelto y quiere sentirse bienvenida aquí.

—Eso sería mucho más fácil si hubiera tenido una maldita pista de que venía —Yakov se pasa una mano por la mandíbula—. Apareció de la nada y espera que la vida se detenga por ella. Nik y yo tenemos mierda que hacer.

—Ella lo sabe.

Yakov me lanza una mirada penetrante.

—No estoy poniéndome de su parte —le digo apresuradamente—. Solo digo que... Mariya quiere conocerlos a ti y a Nik. Quiere que este lugar sea su hogar. ¿Puedes culparla?

—Difícilmente.

—Veo que la vena de la confianza viene de familia.

Yakov sonríe y luego se levanta con un suspiro. —Bueno, sigue hablando con ella. Ahora mismo, eres la única persona que le cae remotamente bien a Mariya. Si va a hablar, prefiero que sea con alguien en quien confíe.

Yakov confía en mí.

BUM. Ahí va otra bomba.

Me trago una sonrisa y asiento. —Por supuesto. Lo que tú quieras.

LUNA

—Esta película es buenísima —Mariya hace girar en el aire una cuerda corta de regaliz como si fuera un lazo.

Luego de un par de días de holgazanear juntas junto a la piscina y dar vueltas por la casa, por fin la convencí de que no se moriría de aburrimiento si hacíamos una cosa que me gustara.

—Ya te lo he dicho. Esta película es increíble.

Arranca un bocado de regaliz. —Es caliente, como en los viejos tiempos.

Nadie ha descrito nunca *La princesa que quería vivir* de forma más sucinta. Los adolescentes y su capacidad para destilar sabiduría en bocados fáciles de consumir y aptos para TikTok.

—Gregory Peck es sexy.

—Tiene una onda de papito —concuerda—. Me gusta.

—A todas las mujeres les gusta. ¿Por qué crees que llamé Gregory a mi gato?

Arruga la nariz. —Ponerle a tu gato el nombre de tu amor de Hollywood es espeluznante, Luna. No se lo digas a nadie más.

—Demasiado tarde. Ya se lo he dicho a tu hermano.

—Y le sigues gustando. Es un milagro. En realidad —se incorpora—, el verdadero milagro es que haya dejado entrar a un gato en esta casa. ¿Tienes idea de cuánto tiempo he suplicado tener una mascota?

—Años. Hasta que tomaste cartas en el asunto y adoptaste una ardilla salvaje —sonrío ante el asombro de su rostro—. Me lo contó tu hermano.

Ella sonríe. —¿Habló de mí en su cita?

—No sé si me lo dijo en nuestra primera cita. Fue un poco más adelante. Cuando yo ya vivía aquí —me encojo de hombros—. Quizá en nuestra segunda cita. Si es que se puede llamar así.

No me doy cuenta de que estoy divagando hasta que veo a Mariya mirándome fijamente, con la mandíbula abierta. —Espera. Pausa. ¿Estabas viviendo aquí incluso *antes* de haber tenido dos citas?

Mierda. Se supone que debería estar pasando el rato con Mariya para hacerme una mejor idea de lo que le está pasando, y sin embargo aquí estoy, cotorreando sobre mi propia vida con ella. Esto es lo que pasa cuando no tengo a nadie con quien descargar mis cosas.

—Es complicado —le resto importancia—. Seguro que sabes cómo es eso. ¿Quieres hablar de algún ex novio? ¿Novios actuales?

Es un débil intento de cambio de tema y Mariya no cae en la trampa. Gira en su asiento para quedar frente a mí. —¿Qué pasa entre Yakov y tú? Es tan difícil leer lo que pasa entre ustedes.

Me lo dices a mí. He estado en una montaña rusa sin parar desde que Yakov y yo nos conocimos.

—Creo que sería mejor que hablaras de esto con Yakov. No quiero excederme y...

—Eso nunca ocurrirá. No me habla —se encorva en su asiento, cruzada de brazos—. Ahora, tú tampoco me dirás nada. Genial.

Tiene razón. Llevo dos días sonsacándole toda la información de la familia Kulikov sin darle nada a cambio. Si quiero que confíe en mí, yo también tengo que confiar un poco en ella.

Hago una mueca de dolor. —Bien. Puedo contarte un poco. Solo un poco.

Mariya se anima de inmediato y se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos y ansiosos. —¿Cómo se conocieron?

—Fue una cita a ciegas.

Ella jadea. —¿Mi hermano tuvo una cita a ciegas?

—No exactamente. *Yo* estaba allí para una cita a ciegas y pensé que era el hombre con el que había quedado. Yakov decidió no decirme que me había equivocado. No me enteré hasta más o menos la mitad de la cena, cuando apareció mi verdadera cita.

—Dios mío, esto podría ser una película —se balancea hacia atrás, cacareando. Luego, se pone seria—. Además, la próxima vez tienes que confirmar esa mierda antes de sentarte, Luna. Las citas a ciegas son como los viajes compartidos. Si te equivocas de coche, puedes acabar en una playa sin un riñón.

—Asco.

—La dura realidad de ser mujer hoy en día —se encoge de hombros y se inclina hacia mi—. ¿Y qué pasó después?

No estoy segura de cuánto debo o no debo contarle a Mariya sobre la amenaza que se cierne sobre la casa. Ni siquiera yo misma tengo la versión completa de lo que está pasando.

—Bueno, Nik llamó y había... algo fuera del restaurante, supongo. Yakov pensó que podía ser peligroso.

—¿Francotiradores? —Mariya lo pregunta del mismo modo que alguien podría preguntarse si me dio un beso de buenas noches.

—Eh, no. Creo que no.

—Sigues viviendo aquí, así que fuera lo que fuera, debía de ser malo —pone los ojos en blanco —. Siempre es algo.

Cierto. Mariya nació en este mundo. Esto es normal para ella.

No puedo entenderlo. No creo que el tipo de riesgo de vida o muerte con el que vive Yakov cada día pueda ser normal para mí.

De todas formas, probablemente no estaré el tiempo suficiente para que se conviertan en algo normal.

—Um... así que, sí. Entonces salimos del restaurante y vinimos aquí. A tomar algo.

—Claro. "A tomar algo" —me hace un guiño exagerado—. Entendido.

Me sonrojo, pero continúo. —En realidad, eso es todo. Sigo aquí, esperando a que tu hermano decida que es seguro que me vaya.

—Todo esto porque cometiste el error de sentarte en la mesa equivocada —resopla—. Puede que no hayas terminado en una playa sin un riñón, pero apuesto a que no volverás a hacerlo.

—No sé... Es decir, definitivamente me aseguraré mejor de estar en una cita con quien se supone que debo estar. Pero no creo que sentarme en esa mesa fuera un error.

Sus ojos se humedecen. —¿Crees que ha sido el destino?

Me quedo viéndola con asombro. No habría dicho que la Princesa Sarcasmo Mordaz era una romántica de corazón. Todos los días se aprende algo nuevo.

—Puede que no sea el destino. Pero tampoco un error —me trago una sonrisa—. Me alegro de haberlos conocido a todos. No lo cambiaría por nada.

Mariya suelta un largo "*awwwww"* y me da un trozo de regaliz como regalo de "Bienvenida a la Familia"—. Así que mientras has estado aquí conociéndonos a todos, ¿dónde creen que estás las personas de tu vida?

—Mi familia está dispersa. Probablemente ni siquiera se han dado cuenta de que he desaparecido.

—¿No han llamado?

Me encojo de hombros. —Lo dudo. Nunca lo hacen. Pero no estoy segura, porque Yakov me cogió el teléfono en cuanto llegué.

—¡Ese cabrón! ¿Y tus amigos?

Se me encoge el corazón. —Hablé con mi mejor amiga la semana pasada, pero no he vuelto a hablar con ella.

—¿Cómo hablaste con ella sin teléfono?

—Entré en el despacho de tu hermano y robé un desechable.

Mariya sonríe. —Mmm, algo de rebeldía. Me encanta.

—No te ilusiones —le digo, señalándola con un dedo—. Tu hermano me mataría si pensara que soy una mala influencia.

—Por favor. Nadie puede influir en mí; soy yo quien influye. No necesito que tú, Nik o Yakov me digan lo que tengo que hacer —se lleva el teléfono al pecho—. Yakov puede intentar arrancarme el teléfono de mis manos frías y muertas.

—Él no haría eso.

—Seguro que sí. Lo intentará, de todos modos. En cuanto lo haga enfadar —pone los ojos en blanco—. A Yakov le encanta hacer saber su poder.

Mariya siempre está lanzando pequeñas pullas a Yakov cuando no está cerca. He intentado mantener mi defensa de él al mínimo. No puedo ser una simpatizante de los rebeldes si estoy al lado de los poderes fácticos.

Pero esta no la dejo pasar del todo.

—Yakov intenta mantenerte a salvo. Y a mí. A las dos —le recuerdo—. Tiene mucho que hacer.

—Si lo sabré yo. Tiene el plato tan lleno que no puede meterme en él —murmura.

—Sabes, si hay algo que quieras decirme, puedes decírmelo. Se me da bien guardar secretos.

—Duermes en la habitación de Yakov —suelta—. No hay secretos cuando se habla entre almohadas.

Es una bonita imagen. Pero está tan lejos de la realidad que me duele el pecho.

—Algunas cosas son sagradas —me llevo una mano al corazón—. Cualquier cosa que se diga durante un maratón de Audrey Hepburn, especialmente en lo que se refiere a ti y a tus hermanos, jamás saldrá de mis labios.

Mariya me mira de arriba abajo y resopla. —Qué cursi eres.

—Pero una buena oyente.

—Bien —gime—. De todas formas, no es exactamente un secreto. Mi padre murió, eso fue un asco. Luego mis hermanos dejaron que mi madre me enviara al otro lado del mundo, lo que fue aún peor. No podía hacer una mierda para traer a mi padre de vuelta, pero no tenía por qué perder también a Yakov y Nik. Saber que estaban vivos y que no les interesaba estar cerca de mí no era divertido.

Alargo la mano y la aprieto. —No es que no quisieran estar cerca de ti. También estaban lidiando con sus propias cosas.

—Sí, bueno, podríamos haberlo solucionado juntos.

—Todavía pueden hacerlo. No es demasiado tarde para arreglar las cosas con ellos si quieres. Solo tienes que hablar con ellos.

Se queda callada. Nos quedamos sentadas unos segundos, yo cogiéndole la mano, Mariya respirando.

Justo cuando me suelto y retrocedo, Mariya se voltea y desliza algo duro entre mis dedos.

—Llama a tu amiga y dile que estás bien —dice simplemente.

Su teléfono. Mariya me puso el teléfono en la mano.

Un millón de pensamientos se agolpan en mi mente a la vez. El principal es que Yakov me ha dicho que no hable con Kayla. No cree que sea seguro que haya una conexión entre ella y yo mientras estoy en su casa.

Pero la echo de menos. Aún más que eso, Mariya me confió su teléfono. Eso es enorme para una adolescente. No quiero parecer desagradecida.

Antes de poder disuadirme, marco el número de Kayla. Mariya finge no prestar atención, aunque apostaría mi último dólar a que está escuchando cada palabra que voy a decir.

Kay responde inmediatamente. —¿Luna?

—¿Cómo sabías que era yo?

Suspira con evidente alivio. —Me estoy acostumbrando a que me llames desde números aleatorios. ¿Es otro teléfono desechable?

—No, es... es una larga historia. Solo quería llamarte para decirte que estoy bien.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta—. Has vuelto a desaparecer.

—Ya lo sé. Lo siento.

—Odio esto. Odio no poder hablar contigo. Siento miedo por ti.

—Estoy bien. De verdad. Todo va bien.

—¿Estás segura? —vuelve a preguntar Kayla, poniendo más énfasis en cada palabra—. ¿De verdad confías en este tipo?

Levanto la vista y Mariya me está mirando ahora. Sonríe suavemente. Veo mucho de Yakov en ella. Tienen el mismo labio inferior lleno. La misma nariz. El mismo espíritu de “nadie puede decirme qué coño tengo que hacer”.

Le devuelvo la sonrisa y aprieto un poco más el teléfono. —Sí, Kayla. De verdad que sí. Le confío mi vida.

YAKOV

La decisión de pinchar el teléfono de Mariya no la tomo a la ligera.

Será una pesadilla si se entera, y lo último que necesito es que empiece a ser más imprevisible.

La única persona con la que habla hoy en día es Luna. Yo fui quien las empujó a estar juntas, así que solo puedo culparme a mí mismo, pero sigo pensando que fue una decisión inteligente. El problema es que Mariya confía en Luna, así que no tiene que contarme una mierda.

Por lo tanto, ponerle un micrófono en el teléfono para asegurarme de que no planea huir por la noche y no volver jamás es mi única opción.

Reviso y no encuentro nada más incriminatorio que unos cuantos mensajes entre ella y sus amigas de Moscú y una serie de mensajes sin respuesta de nuestra madre. Nada alarmante.

Casi ni compruebo su registro de llamadas. Nunca he visto a Mariya usar realmente su voz para hacer una llamada. Pero soy muy meticuloso.

La única llamada que ha hecho en los últimos cinco días es a un número que no está en su lista de contactos.

Un número que reconozco al instante.

Mi mano se tensa alrededor del teléfono justo cuando oigo pasos detrás de mí. —Ahí estás —dice Luna—. No has vuelto a dormir en tu habitación. Empiezo a preguntarme si tengo mal olor o...

Agarro a Luna por el brazo y la giro contra mí. Grita, pero el sonido muere en su garganta cuando la enjaulo entre mi cuerpo y la encimera.

—¿Cuándo robaste el teléfono de mi hermana? —gruño.

—No robé nada. ¿De qué estás hablando?

Intenta zafarse de mí, pero la inmovilizo con las caderas y le tiendo el teléfono de Mariya. —Sé que has llamado a Kayla.

Las emociones parpadean en el rostro de Luna casi demasiado rápido para poder leerlas. —No he robado nada.

—Pero llamaste a Kayla —confirmo—. Me has mentido, maldición.

—No, no lo hice.

—¿Cómo llamas a esto? —rujo.

Se estira sobre los dedos de los pies, su cuerpo se desliza contra el mío. La fricción me hace sentir muy enfadado con ella. Retrocedo un poco, pero Luna acorta distancias. —Mariya me prestó su teléfono. Pensó que debía hablar con mi amiga. No le dije nada a Kayla.

—Y una mierda. ¿Para qué la llamas si no le pasas información?

—¿Has oído hablar alguna vez de tener amigos? —Luna alza las manos, frustrada—. Le estaba demostrando que no me has metido en ninguna mazmorra y tirado la llave. Y no te preocupes, no le dije nada de cuando me encerraste en una mazmorra y tiraste la llave.

Hago una mueca. —Estás haciendo que me arrepienta de la decisión de dejarte salir todos los días.

Sus ojos se entrecierran. —Puede que te cueste creerlo, pero la gente de mi vida real se preocupa por mí. Quieren asegurarse de que estoy bien.

Su vida real. Como si todo aquí hubieran sido unas vacaciones de la realidad. Un descanso antes de volver a su apartamento de mierda y a su trabajo de mierda y a sus citas a ciegas de mierda organizadas por su mejor amiga de mierda.

—No hay "vida real" sin mí. ¿No lo entiendes? La única razón por la que sigues aquí es porque te mantengo con vida —espeto—. ¿Se dan cuenta tus amigos de que un hombre estaba esperando fuera de tu apartamento la mañana después de conocernos? Si supieran lo rápido que te habría disparado en la cabeza y te habría dejado morir en la acera, me darían las gracias por todo lo que he hecho por ti.

Luna tiene los ojos muy abiertos y la piel pálida. *Maldición, la he asustado.*

Necesito que despierte y se dé cuenta de lo graves que son las cosas. Está en peligro y tiene que empezar a actuar como tal, joder. Pero la expresión de su rostro atenúa el fuego de mi pecho. No quiero encerrarla en una habitación; quiero arrastrarla contra mi pecho.

Doy un paso atrás. Me rechinan los dientes por el esfuerzo que me cuesta apartarme. —Huir es una mala idea. Si sales de esta casa, harás que te maten.

—¿De verdad crees que intento huir?

—Te escabulles para llamar a tu amiga y engañas a mi hermana pequeña para usar su teléfono. Huir parece el siguiente paso.

—Crees que estoy... Me dijiste que me acercara a Mariya. Lo hago para *ayudarte*.

—Y te ayudas a ti misma mientras tanto —replico—. Eres lista, Luna. No tienes instintos de supervivencia, pero sabes cómo manipular una situación en tu beneficio.

Grita de pura frustración. —¡Qué pesado eres!

—El sentimiento es mutuo.

Me clava un dedo en el pecho. —¿Sabes con qué facilidad podría haber huido si hubiera querido? Salí a correr dos veces esta semana y no había guardias en las puertas. Podría haber saltado la valla y haberme ido antes de que nadie se diera cuenta. Incluso antes de que tú te dieras cuenta. Bastante fácil, ya que no has estado mucho por aquí.

Tiene razón. Al principio, tenía todos los ojos al pendiente. Quería saber dónde estaba Luna y qué hacía en todo momento. En algún momento, dejé de preocuparme de que Luna se fuera y, en su lugar, me preocupé mucho más de que alguien se la llevara.

¿Cuándo coño ha pasado eso?

—Tu hermana me ofreció su teléfono. Fue un bonito gesto y quería que supiera que se lo agradecía —continúa Luna—. Llamé a Kayla, le dije que estaba a salvo y le devolví el teléfono a Mariya. Estuvo presente durante toda la llamada. Fin de la historia.

—Ningún "fin de la historia". Ahora, Kayla tiene el número de móvil de mi hermana.

—¿Y? —Luna se encoge de hombros—. ¿Qué va a hacer Kayla con eso?

—No tengo ni puta idea. Ese es el problema —me alejo de ella, de la energía que chisporrotea bajo mi piel cada vez que Luna está cerca—. Podría hacer que Nikandr cogiera a Kayla y la trajera a la casa para interrogarla. Sería la forma más fácil de averiguar qué trama.

De repente, Luna está delante de mí, con la mano apoyada en mi pecho. —¿Crees que secuestrarla es la solución más fácil? ¿De verdad? Necesitas una nueva opción A.

La agarro de la muñeca y le quito la mano de encima. Aún siento la cálida impresión de sus dedos contra mi piel. —O es un secuestro o la mato antes de que pueda ir con la policía.

Luna palidece. —La única razón por la que la he llamado es para que no vaya a la policía. Solo irá a la policía si cree que estoy en peligro. ¿Sabes qué la ayuda a convencerse de que no estoy en peligro? —se pone de puntillas y me mira a la cara—. Contacto regular. De nada.

Resoplo. —¿Se supone que tengo que darte las gracias por mentirme?

—Claro. Igual que se supone que debo darte las gracias por robarme el móvil y encerrarme en un dormitorio —pone los puños en las caderas y me mira fijamente—. No es divertido oírlo, ¿verdad?

Nos miramos fijamente durante unos segundos, hasta que la energía bajo mi piel empieza a arder. Mi mirada pasa de sus ojos entrecerrados a su boca llena y rosada.

Antes de que pueda rodearle el cuello con la mano, inmovilizarla contra la pared, arrancarle la falda por las caderas y vaciar en ella toda esa tensión, cojo el teléfono de Mariya y pulso la llamada más reciente.

Luna parpadea, como si estuviera saliendo de un aturdimiento. —¿Qué haces?

No respondo. Simplemente pongo el teléfono en el altavoz y lo dejo sobre la encimera. Suena tres veces antes de que la voz de Kayla salga por el altavoz metálico. —¡Luna! El señor Estocolmo te ha dejado llamarme dos veces en la misma semana. ¿Es tu recompensa por portarte bien?

Arqueo una ceja y miro a Luna. —¿Señor Estocolmo?

Se presiona la frente con la palma de la mano. —Hola, Kayla. Soy Luna... y Yakov. Estás en el altavoz.

—Maldición. Lo siento. Podrías haber empezado con eso —murmura Kayla—. Nos habría ahorrado este momento tan incómodo.

Apago el altavoz y cojo el teléfono. —Ahora que sabes que Luna está viva, podemos hablar los dos.

—¡Eh! —Luna intenta coger el teléfono—. Es *mi* amiga.

Le quito la mano del aire y la hago girar hasta que se golpea contra mí con una fuerte exhalación. —Precisamente por eso necesito leerle la cartilla —le siseo al oído.

Se retuerce en señal de protesta y tengo que apartarla a un lado antes de volver a mi plan original y follármela contra la nevera.

—Dios, no son nada normales —dice Kayla—. ¿Se están peleando?

—Todo con Luna es una lucha. Es tu amiga. Deberías saberlo.

—En realidad, no. Luna siempre ha sido tranquila. No aburrida —se apresura a añadir—. Solo... reservada.

Miro la cabeza rubia de Luna, que intenta escabullirse de mi brazo. —Supongo que yo lo saco a relucir en ella.

Luna me pincha en las costillas. —Deja de hablar de mí.

Agarro su otra muñeca y sujeto sus dos manos con una de las mías, con su cuerpo aún encajado bajo mi brazo.

—Kayla, te llamo para decirte que las cosas se pondrán muy mal si acudes a la policía.

—Lo dice el secuestrador —murmura Kayla—. ¿Vas a intentar convencerme de que la poli es corrupta o algo así?

—Claro que lo son. Pero, aunque no lo fueran, diría lo mismo. Las cosas se pondrán muy feas para ti si empiezas a hablar con la gente equivocada.

Hay una larga pausa antes de que silbe. —Eres una auténtica joyita.

—Mantengo viva a tu amiga. Sin mí, estaría muerta —suelto entre dientes—. Si vas a interponerte en mi camino, entonces...

—No me interpongo en el camino de nadie. Luna me ha dicho que te confía su vida. Si está tan convencida de ello, no tengo más remedio que confiar en su juicio. No importa lo que me grite mi intuición.

Luna me confía su vida.

Contrasta directamente con la forma en que está luchando como una puta banshee para liberarse

ahora mismo. Pero, si se lo dijo a su mejor amiga en privado, probablemente sea cierto.

Tomo una decisión espontánea. —Si realmente te sientes así, puedes venir a casa a hacer una visita.

Luna deja de luchar al instante. Me mira con los ojos azules muy abiertos. —¿Qué?

Kayla se hace eco del sentimiento. —¿Qué?

—Enviaré un coche —le digo—. Estará listo en una hora.

Antes de que pueda colgar, Luna me rodea el cuello con los brazos. Entierra la cara en el pliegue de mi hombro y suspira—: Gracias, Yakov.

LUNA

Kayla levanta la cabeza del flotador gigante de la piscina y me mira por encima de las gafas de sol. —Si Yakov también quiere secuestrarme, dile que adelante.

No tiene ni idea de lo cerca que estuvo de hacerse realidad. No pienso informarla.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que hace falta para atraerte a una trampa? ¿Una piscina con vistas?

—No. No todo —levanta una mano y empieza a marcar cosas con los dedos—. Haría falta una piscina con vistas, servicio de limpieza a tiempo completo, un chef personal y poder dejar mi trabajo. Por todo eso, renunciaría a mi vida en un instante.

—No estoy seguro de que Grant lo aprobara.

Agita una mano. —Estará bien. De todas formas, Yakov te tiene a ti para todos sus impulsos sexuales. Yo solo estaré aquí como decoración. Alguien para holgazanear en la piscina y comer los tentempiés que quedan en la encimera.

—¡Eh! —le doy una patada de agua—. Eso no es lo que estoy haciendo aquí. Es más complicado que eso.

—Vale, pero ¿te metes o no te metes en la cama con ese hombre cada vez que puedes? —levanta las manos—. Ni siquiera te culpo. Ahora que lo he visto, entiendo *todo* esto mucho mejor.

Me tumbo en mi flotador y entrecierro los ojos hacia el cielo azul brillante.

Yakov y Kayla se han visto esta mañana durante tres minutos. La saludó con la cabeza cuando llegó y luego arrastró a Mariya hasta la puerta principal con él para pasar un día de "unión entre hermanos sin parar, superdivertida". Palabras de Mariya, no de Yakov. Y las dijo con su característico tono sarcástico.

Kayla sabe ahora que Yakov es ridícula e increíblemente atractivo, pero aún no tiene ni idea de que estoy aquí por mucho más que su aspecto. Ni siquiera tiene nada que ver con su dinero o con el hecho de que he tenido más orgasmos en esta mansión que en el resto de mi vida junta.

Estoy enamorada de él.

Todavía.

Pensé que encerrarme en aquella habitación me habría quitado la costumbre, pero el dolor que

me corroe el pecho sigue tan fuerte como siempre. Amo a Yakov Kulikov... y no tengo ni la más remota idea de lo que él siente por mí.

Kayla y yo nos secamos junto a la piscina y entramos. Se derrite cuando ve la bruschetta fresca y el pan crujiente esperándonos en la encimera.

—¡Un aperitivo de película! — declara, cogiendo toda la bandeja y llevándosela al salón.

—¿Desde cuándo la bruschetta es un aperitivo de película?

—Desde que tienes un novio rico cuyo chef personal hace bruschetta y que tiene todos los servicios de *streaming* que existen.

Nos amontonamos en el sofá de la sala de estar y llegamos a la mitad de *Búsqueda implacable*, la elección de Kayla, a pesar de mis protestas de que es más que una tontería, cuando se abre la puerta principal.

En realidad, cuando la puerta principal se abre de golpe y rebota contra la pared.

Me incorporo, con el corazón retumbando. Siempre me he sentido segura en esta casa, pero quizá Yakov tenía razón. Quizá traer a Kayla aquí fue una mala idea. Quizá alguien la siguió y ahora está aquí para matarnos a las dos.

Entonces, Mariya pasa furiosa por la sala de estar.

—¡No des portazos! —grita Yakov, justo en el momento en que Mariya cierra de golpe la puerta de su habitación.

—Uh-oh —susurra Kayla, hundiéndose en el sofá—. Parece que ese día sin parar de superdivertidos lazos entre hermanos no ha ido tan bien.

Un segundo después, Yakov cierra la puerta de su propio despacho.

Hago una mueca. —Supongo que no.

Kayla y yo terminamos la película, pero yo no registro nada de lo que está pasando. Solo pienso en ir a ver a Yakov. Quiero saber qué ha pasado, si está bien, si puedo hacer algo para ayudarlo.

Cuando Kayla entra por fin en el coche, me aprieta fuerte y luego me empuja hacia la casa. —Ahora ve a ver cómo está tu novio.

—No es mi novio.

Ella pone los ojos en blanco. —Sea lo que sea, se nota que estás preocupada por él.

—Las cosas con su hermana están un poco... tensas. Su madre la envió aquí sin decírselo. Ahora, Yakov está haciendo de papá y cuidando de ella. Intento ayudar en lo que puedo, pero no puedo hacer mucho. Solo quiero que los dos se lleven bien. Él intenta hacer lo mejor para ella, pero Mariya no siempre puede verlo.

—Vaya —Kayla sacude la cabeza, con una sonrisa cautelosa en el rostro—. Estás muy metida en esto, Loon. Nunca te había visto así por un chico.

Cruzo los brazos como si pudiera ocultar mis sentimientos a mi mejor amiga, aunque obviamente

ya es demasiado tarde para eso. Kayla solo lleva aquí unas horas y ya ve a través de mí.

Le doy otro abrazo. —Volveré a verte pronto.

—Ahora que tu novio lo aprueba, ¿me dejarán visitarte? —Kayla pone los ojos en blanco—. No sé qué pensaba que iba a hacer, ¿aparecer con un micrófono o algo así? No soy una narco. Soy buena.

—Ya lo sé. Ahora, Yakov también lo sabe.

Cierro la puerta del coche y me quedo saludando hasta que el coche baja por el camino. Entonces entro y me dirijo directamente al despacho de Yakov.

—Pasa —vocifera antes de que pueda llamar a la puerta.

Abro la puerta de golpe. —¿Ahora puedes ver a través de las paredes?

—Oí pasos. Como no eran pisadas furiosas, deduje que eras tú y no mi hermana.

—Aburrida y vieja deducción. No tan divertida como los poderes mágicos.

Hace una media sonrisa. —Nunca he dicho que no los tuviera; solo que no necesitaba utilizarlos.

Cierro la puerta suavemente tras de mí. Una parte de mí quiere dejarla abierta como vía de escape. Estar en espacios cerrados con Yakov le hace cosas raras a mi cuerpo. Incluso cuando esta mañana me tenía inmovilizada contra el mostrador, gritándome ridículas acusaciones, quería que me tocara.

Exhalo una bocanada de aire y me pongo frente a él. —¿Cómo...?

—Kayla está bien —gruñe.

—¿Qué?

—Kayla —balbucea despacio, como si hubiera olvidado el nombre de mi mejor amiga—. Parece estar bien.

—Es una crítica elogiosa viniendo de ti. Sobre todo porque no estuviste en todo el día. Apenas pasaste tiempo con ella.

—No hizo falta —cierra el portátil y se echa hacia atrás en la silla—. No te habría dejado sola si no estuviera seguro.

¿Fue por tu bien o por el mío? ¿Te importa lo que me pase lo mismo que me importas tú?

Me trago las preguntas. —Me alegro de que hayas podido irte... para pasar tiempo con Mariya.

—Ha sido una buena transición —resopla—. Muy casual.

—Bien, seré directa —me dejo caer en la silla frente a su escritorio—. ¿Qué demonios ha pasado hoy entre Mariya y tú? Estaba muy molesta cuando volvieron.

—Estaba molesta —dice, con la mandíbula apretada—. Estaba montando en cólera porque no la dejo huir y hacerse matar.

—¿Intentó huir?

Mariya huyendo parecía una opción cuando llegó, pero pensé que la amenaza había pasado. En parte porque Yakov accedió a que se quedara aquí. Pero también porque ella y yo éramos amigas. O eso creía yo.

—Eso es lo que pensé al principio, cuando me dijo que iba al baño y no volvió hasta pasados quince minutos. Fui a buscarla y el baño estaba vacío. No estaba en ninguna parte. Tampoco estaba nuestro camarero —Yakov frunce el labio—. Entonces, oí por casualidad a dos cocineros hablando de un camarero llamado Trey y "el buen pedazo de culo" con el que se enrollaba en el callejón.

Dejo caer la cara entre las manos. —No lo hizo.

—No lo hizo. Pero lo habría hecho —gruñe—. Los encontré a tiempo. El cabrón flacucho le había metido la mano en la camisa cuando lo arrastré.

—¿Qué le has hecho?

—Sigue vivo, si es eso lo que preguntas —sigue con el ceño fruncido, pero en sus ojos relampaguea la diversión—. Pero que siga siendo dueño de su polla depende de que no vuelva a estar a menos de quince metros de mi hermana.

Me río entre dientes. —Bien por ti.

—Mariya no pensó lo mismo.

—Claro que no. Seguramente está enfadada porque le estropeaste el estilo y la avergonzaste delante de un chico que le gustaba. Un día se dará cuenta de que ese chico era un asqueroso y te lo agradecerá. Créeme.

—Tal vez, pero ese día seguro que no será hoy. Ni pronto —se sienta hacia delante, con los codos apoyados en el escritorio—. Mariya no tiene ni puta idea del peligro que corre.

Me muerdo el labio inferior. —¿Se lo has dicho? Es difícil tener miedo de una amenaza que no entiendes.

Sus ojos se clavan en los míos y tengo que obligarme a encontrarme con su mirada.

—Sé que intentas cuidarme manteniéndome al margen de las cosas —continúo—, pero eso no significa que sea fácil mantenerse a raya. Los humanos somos curiosos. No podemos evitarlo.

—Ella puede evitarlo. Mariya nació en este mundo. Conoce los riesgos. Cuando le doy una orden, debe cumplirla. Sin preguntas —tamborilea con los dedos sobre el escritorio—. Tengo que ser más duro con ella.

—Buena suerte con eso —murmuro. Yakov me fulmina con la mirada y yo levanto las manos en señal de rendición—. Mira, puede que a ti no te ocurriera lo mismo porque eres una raza humana superespecial, pero la mayoría de los adolescentes humanos desafían a la autoridad. Normalmente de la forma más molesta posible. Cuando les dices "salta", preguntan "¿Por qué?" y "¿Puedo hacerlo más tarde? Ahora estoy cansada". Mariya no va a obedecerte solo porque deba hacerlo. Si obedece, será porque confía en ti y te quiere.

—Confianza y amor. Las dos cosas más fáciles de ganar y controlar.

Suspiro. —Puede que sea difícil, pero hay cosas que puedes hacer. Sé que estás ocupado con todo lo que está pasando, pero podrías intentar pasar más tiempo con ella.

—¿Porque hoy ha ido tan bien?

—Hará falta un esfuerzo —le digo—. Los dos llevan mucho tiempo separados. Al principio será raro, pero Mariya quiere conocerte. Me doy cuenta. Solo tiene miedo de que vuelvan a hacerle daño. Pero la única forma de conocer a la gente y generar confianza es pasar tiempo con ella... hacer cosas juntos... hablar.

Me mira fijamente el tiempo suficiente para que mi piel empiece a calentarse. —Qué curioso. Eso es lo que Mariya dijo de ti y de mí.

Frunzo el ceño. —¿Qué?

—El principal tema de conversación de hoy ha sido Mariya, que intentaba convencerme de que te dejara salir de casa y tomar el aire. ¿Alguna idea sobre quién pudo darle esa idea?

—Nunca le dije nada de eso —insisto—. Te lo juro. Nunca me quejé de nada con ella. Fue ella quien me dio su teléfono para que llamara a Kayla. Lo único que hice fue mencionar que hacía una semana que no hablaba con ella. A Mariya se le ocurrió la idea sola.

Se pasa una mano por el pelo. —No me sorprende. Mi hermana siempre ha sido decidida. Cuando se le mete algo en la cabeza, no deja de insistir hasta salirse con la suya. Y, ahora mismo, asegurarse de que te tratan bien es su objetivo.

Agacho la cabeza. —Hablaré con ella. Me aseguraré de que sepa que estoy contenta aquí y...

—Tú y yo vamos a tener una cita. Esta noche.

Cierro la boca de golpe y lo miro.

—En algún lugar “íntimo” —dice con un leve rastro de sarcasmo—. Puedo llevar seguridad extra con nosotros, pero solo un idiota intentaría algo mientras estoy contigo. Todos saben que no sobrevivirán al intento.

Yakov y yo hemos hecho mucho más que salir juntos. Duermo en su cama todas las noches. Compartimos jabón corporal. Pero, por alguna razón, esto me parece una gran cosa.

No lo es. Solo lo hace porque su hermana quiere que lo haga. Es por ella. No por ti.

Sin embargo, no puedo convencer de eso a mi corazón palpitante. Me trago los nervios. —Estoy impaciente.

LUNA

Me está dando un latigazo emocional de lo rápido que se están moviendo las cosas. Apenas unas horas después de que sugiriera la idea, Yakov y yo estamos metidos en una alcoba del restaurante más bonito que he visto nunca.

El comedor principal está bordeado de rincones privados, cada uno de ellos separado por un arco cubierto de enredaderas, delicadas flores blancas y velas parpadeantes. Los grandes ventanales del fondo de cada alcoba ofrecen una vista de la ciudad, cuyas calles parecen negras vías fluviales llenas de peces brillantes.

Totó, creo que no estamos en Olive Garden.

—Este no parece el tipo de sitio que hace espaguetis con albóndigas —susurro.

Yakov se acerca y me aprieta su rodilla contra el muslo. —Si esperas que sorba el mismo fideo que tú para que podamos encontrarnos en el medio para darnos un beso, te sugiero el linguini de ricotta al limón.

A menos que haya una versión para adultos de *La dama y el Vagabundo* flotando por ahí que yo no conozca, no creo que un plato de pasta vaya a conducir a lo que espero.

—Si no me falla la memoria, fuiste tú quien tuvo que engañarme para que tuviéramos nuestra primera cita, Sergey.

Pasa un dedo por el borde de su vaso. —Pero no tuve que engañarte para que tuvieras un orgasmo.

Yakov deja que sus ojos se detengan en mí y yo bien podría estar bajando los finos tirantes de mi vestido rojo y dejando que se me encharque alrededor de la cintura, porque ahí es donde inevitablemente vamos a acabar esta noche. Me arde la piel. Ni siquiera hemos terminado el aperitivo y ya estoy lista para el postre.

Me muevo en la silla, cruzando y descruzando las piernas. Intento fingir que leo el menú, pero mis ojos se desvían una y otra vez para mirar furtivamente a Yakov. Lleva una camisa de punto verde bosque que bien podría ser un cartel que exigiera que todo el que se cruzara con él mirara amorosamente sus ojos verdes a juego. La americana que lleva encima resalta la anchura de sus hombros y la estrechez natural de su cintura. Tiene buen aspecto.

Lo suficiente como para tener que recordarme una y otra vez que no es una cita de verdad, por

mucho que lo parezca. Solo está aquí para ganar puntos con Mariya.

Estoy en medio de una conversación apasionada sobre las muchas virtudes de su mandíbula cuadrada, cuando de repente levanta la vista hacia mí.

—¿Luna?

Parpadeo. —¿Sí?

—Preguntó qué querías pedir.

Su garganta se mueve con cada palabra. Nunca había visto un cuello tan atractivo, pero aquí está. —¿Quién?

Arquea una ceja y suspira. —Mi cita pedirá el linguini de ricotta al limón y el braciole de ternera.

Aparto los ojos de él para ver que nuestra camarera está de pie junto a la mesa. Mientras he estado desnudando a Yakov con la mirada, la camarera me ha estado mirando como si necesitara que el chef precortara mi comida en la cocina y retirara cualquier utensilio afilado de mi alcance. Ni siquiera puedo culparla.

En cuanto se va, agacho la cabeza. —No la he visto acercarse.

—Es difícil ver algo cuando estás ocupada follándome descaradamente con los ojos.

Me arde la cara, pero rezo para que la suave luz de las velas oculte la evidencia. —No estaba... haciendo eso. Parece que alguien que conozco tiene una extra confianza en sí mismo.

—Dime que me equivoco —Yakov es pura diversión. No lo había visto tan despreocupado desde... bueno, desde nuestra primera cita.

Cuando entramos en el restaurante, mantuvo una mano en la parte baja de mi espalda. Su cabeza giraba de un lado a otro, buscando amenazas en cada rincón sombrío. Podía sentir la tensión que se desprendía de él como un campo de fuerza.

Sin embargo, cuanto más tiempo llevamos sentados aquí, más relajado está. Podría ser por el vino, pero no lo creo. Yakov aguanta bien el alcohol. Esto es otra cosa.

—¿Así eres cuando no estás de servicio? —pregunto.

—Nunca estoy fuera de servicio.

—Pero así eras la noche que nos conocimos. Vuelvo a recordar por qué acepté volver a casa con un desconocido —observo cómo se echa hacia atrás en la silla, con un codo apoyado en la mesa —. Pareces relajado.

—Es fácil estar relajado cuando sé que estás a salvo.

Se me aprieta el corazón. —¿Estoy a salvo aquí?

Asiente una vez. —Estás conmigo, Luna. No dejaré que te pase nada.

Esto no es una cita de verdad. Me repito las palabras una y otra vez, pero no cuajan. No cuando me mira como si fuera su plato favorito del menú.

Me aclaro la garganta. —Entonces, ¿las cosas entre Mariya y tú van mejor que esta tarde?

—Si crees que el hecho de que no me hable es mejor que gritarme, entonces claro. Mucho mejor.

Podría ser mi imaginación, pero casi parece como si hubiera tenido que parpadear para volver a la realidad. Como si estuviera en la misma neblina de *buena cita* en la que yo acababa de perderme.

—¿Qué dijo cuando le dijiste que íbamos a salir?

Frunce el ceño. —No le he contado nada. Mariya no necesita saber nada de mi vida amorosa.

—Pero... yo pensé... —se me aprieta el pecho. Tengo que tragar saliva por la molesta esperanza alojada allí—. Estamos aquí porque ella lo sugirió, ¿no? Quería que me sacaras de casa.

Yakov frunce el ceño un segundo. Es un vistazo fugaz a lo que ocurre bajo su superficie. —Se lo contaré más tarde.

Quiero que las cosas mejoren entre Yakov y Mariya. Ambos se necesitan, se den cuenta o no. Quiero que tiendan puentes y los crucen, todo eso.

Pero espero que Yakov no le cuente a Mariya lo de esta noche.

Quiero que esto sea para nosotros y solo para nosotros.



YAKOV SALE del coche y da la vuelta para abrirme la puerta. Me tiende la mano y apoyo los dedos en su palma.

—Gracias —inclino la cabeza regiamente mientras me ayuda a salir y me lleva los dedos a los labios para darme un beso rápido.

Siento el roce de sus labios en los dedos de mis pies. Solo me aparto de la puerta que se cierra porque Yakov tira de mí hacia delante. Tropiezo contra su pecho musculoso.

—Demasiado vino —murmuro, balanceándome sobre los talones.

—¿Estás borracha, *solnyshka*? —me coge la mejilla con la mano.

Sacudo lentamente la cabeza. —No. En absoluto.

Sus ojos se clavan en los míos y lo que hay entre nosotros es algo más embriagador que cualquier vino que haya en mi organismo y que me hace soltar todos los pensamientos que tengo en la cabeza sin filtro alguno.

—Rehacer nuestra cita fue muy divertido.

—Rehacer nuestra cita —repite. Sus dedos giran alrededor de un mechón de mi pelo. La tensión me marea.

—Ya sabes, una cita en la que no piense que eres otra persona durante la primera mitad.

—Solo era mi nombre —murmura—. Seguía siendo yo mismo.

Lo dice como si fuera sencillo. Como si no tuviera la menor idea de quién es el verdadero Yakov Kulikov. Como si fuera posible saber quién es el verdadero Yakov Kulikov.

—Bien. Entonces fue agradable tener una cita en la que ninguna amenaza misteriosa te obligara a llevarme a casa al final de la noche —continúo.

La mano de Yakov se desliza por mi pelo y me rodea la cintura. Un rápido tirón y estoy pegada a él, mirando los planos ensombrecidos de su rostro.

—Nadie me obligó a hacer nada —gruñe—. Podía haberte dejado salir del restaurante aquella noche y enfrentarte a tu destino. Pero no lo hice. Decidí salvarte porque quise.

Quiero asentir y seguir adelante. Mantener las cosas ligeras y divertidas. Pero no puedo dejarlo pasar.

—Te lo agradezco —le digo—. También te agradezco que esta noche no esté aquí porque hayas tenido que tomar una decisión sobre la marcha para salvarme la vida.

Yakov gruñe. —Me vas a obligar a decirlo.

—¿Decir qué?

—Admitir que podría haberte enviado a un piso franco aquella noche —sus ojos brillan—. Podría haberte enviado a cualquiera de la docena de apartamentos diferentes que tengo en la ciudad. Una villa suiza. Una habitación de hotel con guardias apostados fuera habría servido. Podría haberte mantenido a salvo y lejos, muy lejos de mí. Pero elegí traerte a mi mansión. Para tenerte cerca —su mano se curva alrededor de mi cuello—. No quiero una cita rehecha, Luna. No lo necesito. Esto entre nosotros ocurrió como siempre debió ocurrir.

Tengo miedo de respirar, de parpadear. Tengo miedo de que el más mínimo movimiento rompa este momento en un millón de pedacitos.

—¿Me oyes? —pregunta.

Consigo asentir lenta y uniformemente.

Entonces, Yakov se da la vuelta y abre la puerta principal.

Me lleva dentro y no rompe el paso ni siquiera cuando pasamos por la cocina y me pregunta—: ¿Quieres tomar algo?

Sacudo la cabeza. Solo quiero una cosa.

Los dos sabemos adónde va esto. Por lo fuerte que me agarra la mano, sé que está tan ansioso por llegar como yo.

La puerta de la habitación se cierra y Yakov me aprieta contra ella antes de que mis ojos puedan adaptarse a la oscuridad. Tiene una mano contra la parte baja de mi espalda y la otra apoyada en el marco de la puerta. Estoy enjaulada por él y aún no es suficiente.

—Me lo he pasado bien esta noche —susurro.

Yakov me dedica una sonrisa lenta y líquida. —*Solnyshka*... acabamos de empezar.

Como todo lo demás esta noche, el beso es fácil. Es lento y tierno. Yakov separa mis labios con su lengua y me chupa el labio inferior.

Tira de la cremallera a lo largo de mi columna hasta que mi vestido se desprende. Por una vez, ni siquiera me siento cohibida. Me alegro de deshacerme de otra capa entre nosotros. En cuanto saco los brazos, deslizo las manos bajo las solapas de su chaqueta y se la quito. Después le quito la camisa. Antes de que se la quite, me inclino hacia delante y le beso el pecho.

—Hueles a lluvia —suspiro entre beso y beso—. Y a madera. Y a especias.

Se ríe entre dientes, pero el sonido se interrumpe cuando le bajo la cremallera de los pantalones y me arrodillo. Ya está empalmado cuando le rodeo la base con la mano y me lo llevo a la boca.

—Maldición —la puerta golpea contra el marco mientras él se apoya en ella.

Lo rodeo con la lengua. Luego me lo trago. Lo tomo hasta que mi nariz presiona la base de su estómago.

Su mano aprieta mi pelo. —Tú y esta boca tuya, *solnyshka*.

Me deslizo y vuelvo a cogerlo. Mis dedos se clavan en los músculos de sus muslos mientras él se flexiona. Sus caderas se mueven ligeramente hacia delante, palpitando mientras gime.

No puede haber mejor sensación que la que siento al llevar a este poderoso hombre al borde del abismo.

Mi vestido se acumula alrededor de mis piernas. Sin quitármelo de la boca, bajo la tela por el cuerpo hasta quedarme solo en bragas.

—Preciosa —Yakov me mira desde arriba. Curva su mano alrededor de mi mejilla y baja, palmeando mi garganta—. Jodidamente hermosa.

Empuja cada vez más rápido dentro de mi boca. Me encantaría dejarlo acabar así. Quiero llevarlo al límite.

Pero Yakov sale de mi boca de repente. Me coge por debajo de los brazos y me pone de pie. Por alguna razón, soy yo la que tiene las piernas temblorosas.

—Algún día acabaré en esa bonita boca tuya —me besa profundamente, sumergiéndome hacia atrás, su lengua barriendo mi boca hasta hacerme jadear. Luego me hace retroceder hacia la cama —. Pero esta noche necesito que tengas la boca libre para oírte gemir cuando te folle hasta dejarte sin aliento.

Mi cuerpo prácticamente vibra de necesidad. Me duele todo lo que no nos tocamos.

Una sonrisa se curva en su boca antes de desaparecer entre mis piernas.

Ya estoy hinchada y palpitante. Cada presión de su lengua es como una descarga de electricidad en mi columna vertebral. Me agito y me retuerzo bajo su boca hasta que me pasa un fuerte brazo por las caderas. —Tómalo como una buena chica, Luna.

Me sujeta y me lame con caricias largas y decadentes. La electricidad se calma. En su lugar, es

un fuego que crece en mi vientre. Me rodea el clítoris con la boca, lamiendo el capullo hinchado hasta que el calor es demasiado grande para mi cuerpo.

Enrosco los dedos en su sedoso pelo y aprieto las caderas contra su boca. —No —gimo, tirando de su pelo—. Quiero sentirte. No puedo, te necesito dentro de mí.

Pasa el pulgar por mi dolorido centro y sonríe. —Lo haré. Pero tienes que ganártelo. Ahora, sé mi obediente princesita y ensúciame primero la cara.

Me devora, su lengua penetra profundamente en mí hasta que, efectivamente, no tengo elección. Exploto. Me arqueo fuera de la cama y doy un puñetazo al edredón. Mi cuerpo se retuerce mientras él me lame, gimiendo conmigo.

Cuando termina, Yakov sube por mi cuerpo hasta besarme la boca. Como me ordenó, le he dejado la cara hecha un asco. Tiene los labios y la mandíbula untados con mis jugos, que brillan a la luz. Me avergonzaría, pero entonces su lengua sale y limpia sus labios a lametazos y, en lugar de eso, me derrito en un charco de necesidad.

Me abalanzo sobre su polla, pero él se levanta justo fuera de mi alcance. —Intentas que me corra —me acusa.

—Tú eres quien ha dicho que tenemos tiempo. Eso significa que podemos hacerlo ahora y después. Tantas veces como queramos.

Yakov deja caer su frente sobre la mía. —No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

—Pues enséñamelo.

Sus ojos se encienden justo antes de que baje las caderas y me separe con un empujón lento y persistente.

Le rasco la espalda con las uñas y lo tomo. Me toma y me llena hasta que estoy segura de que no puedo más. Entonces se desliza más profundamente.

—Maldición, sueño con estar aquí, enterrado dentro de ti.

No me he permitido esperar más de Yakov. Pero cuando dice cosas así, es imposible no caer en ensoñaciones peligrosas. Le beso el hombro mientras me empuja, saliendo lentamente y penetrándome una y otra vez.

Abro más las piernas. Las envuelvo alrededor de su espalda, gimiendo con cada empujón. Quiero ser su princesa, su niña buena, su putita obediente.

—Esos sonidos que haces —sus dientes rozan donde me late el pulso en la garganta—. Me encanta saber que son por mí. Por lo que te hago.

Me envuelvo en él y me abrazo. No quiero que este momento termine.

Me hunde más en el colchón, y su polla y sus palabras me provocan sentimientos con los que no sé qué hacer. Consigo mantener la cordura lo suficiente como para recordar que no estamos solos en la casa, así que sello la boca contra su hombro y grito contra el calor de su piel.

Los dedos de Yakov me taladran las caderas. —Córrete así, Luna. Córrete ahora. Quiero sentirte

a mi alrededor...

Sus palabras se cortan cuando un calor cegador me desgarra. Me retuerzo y me arqueo sobre la cama, arañando su espalda para acercarlo, para recibir más.

Se disuelve en un ruso entrecortado y áspero.

No puedo abrir los ojos, ni siquiera cuando Yakov me besa la garganta y se vacía dentro de mí. Incluso cuando me pone de lado y se acurruca detrás de mí, no soporto decir una palabra y arriesgarme a romper el hechizo.

Así que me arropo contra su cuerpo y me duermo en este sueño.

YAKOV

Una o dos horas más tarde, Luna se agita en mis brazos. Consciente o no, aprieta el culo contra mi entrepierna. No hace falta más.

En un segundo, mi polla está dura.

En dos, está dentro de ella.

No hablamos porque no hace falta. Me rodea el cuello con una mano y levanta la pierna para facilitarme el acceso. Me aferro a sus caderas y la penetro.

Es lento y perezoso. Luna entierra la cara en la almohada para amortiguar sus gritos y se derrumba casi de inmediato. Enrollo su pelo alrededor de mi mano, arqueo su espalda y me derramo dentro de ella.

Cuando vuelve a respirar con normalidad, me deslizo fuera de la cama y vuelvo con una toallita húmeda. La limpio, pero no abre los ojos. Se limita a agacharse, con los dedos sueltos alrededor de mi muñeca y la boca susurrando palabras que no puedo oír.

Sigue hablando cuando le subo el edredón hasta los hombros.

—Gracias —respira—. Gracias por cuidar de mí.

Luna se duerme rápidamente, pero esas palabras resuenan.

Todo esto empezó porque quería mantener viva a Luna. Ahora, estamos aquí, tumbados desnudos en mi cama después de volver a casa tras una cita. *Una puta cita*. La primera en la que he estado... nunca.

Las mujeres con las que he estado en el pasado no eran del tipo “vino y cena”. Eran más bien del tipo paga por jugar. Pero ahora, en lugar de planear cómo sacar a Luna de mi cama por la mañana, la arropo. La quiero cerca más de lo que quiero estar solo. Hace mucho tiempo que eso no me ocurre con nadie.

Por primera vez en mi vida, estoy fuera de mí.

Y feliz de estar aquí.

Cuando vibra mi teléfono, me doy la vuelta y lo cojo de la mesilla. El nombre de Nik aparece en la pantalla.

Tenemos un problema.

¿Cuándo coño no? Si todo fuera de maravilla, eso merecería un mensaje a media noche. Los problemas son lo de siempre.

De niño, veía a mi padre dirigir la Bratva desde fuera. Los hombres lo miraban con respeto en los ojos. La gente le temía. Él era el principio y el fin para mí. Alfa y omega. Soñaba con representar eso para la gente. Con merecer ese tipo de respeto.

Ahora estoy donde él estaba y es como jugar a un juego interminable de *Guacamole*. Surgen fuegos y los apago, justo a tiempo para que resurja otro.

Luna se mueve a mi lado, con la mano enroscada bajo la barbilla. Sus labios carnosos se separan en una suave exhalación que me hace desear despertarla e ignorar el mensaje de mi hermano.

Me paso una mano por el pelo. Todo es más complicado de lo que imaginaba.

Suspiro y respondo: ***¿Y ahora qué?***

La respuesta de Nik llega un segundo después. ***Han dado luz verde.***

Me siento en la cama, con cuidado de no tirar de las mantas y molestar a Luna. La habitación sigue a oscuras. El trozo de carretera visible a través de la ventana de mi habitación está en silencio. Veo la caseta de vigilancia junto a las puertas, con el tenue resplandor de los monitores de seguridad brillando a través de la ventana.

No es que crea que los asesinos vayan a descender en rápel desde el techo o a irrumpir por la ventana, pero alguien ha puesto precio a mi cabeza. Ahora me perseguirán todos los mercenarios, ejecutores y matones de bajo nivel que busquen hacerse un nombre. Todo es posible.

Pregunto aunque ya sé la respuesta. ***¿Quién?***

Akim, responde Nik. ***Te quiere muerto, hermano. Por cualquier medio necesario.***

Llevar a Luna a ese restaurante fue una estupidez. Empezó como una forma de apaciguar a Mariya. Mi hermana pequeña se preocupa por Luna. Pensé que podría utilizar a Luna para llegar a ella.

Entonces, Luna caminó hacia mí con aquel vestido rojo y desaparecieron todos los motivos ocultos de mi cabeza. Quería salir con ella. Quería que la gente la viera de mi brazo y supiera que era *mía*.

Pero, si hubiera sabido que Akim me había puesto una diana en la espalda, nunca me habría arriesgado a estar con Luna en público. Nunca habría arriesgado su seguridad.

Prefiero que esté viva y me odie a que muera queriéndome. Lo mismo ocurre con Mariya.

Mi trabajo no es caer bien. Mi trabajo no es ser el hermano, el amigo o el novio de nadie. Mi trabajo es protegerlos. A todos ellos. Nik, Mariya, Luna...

Cueste lo que cueste.

Si Akim quiere una guerra, le devuelvo el mensaje, ***se la damos***.

Dejo el teléfono en la mesilla de noche. Cuando vuelvo a tumbarme en la cama, Luna se acerca más a mí. Sus dedos se extienden por mi pecho.

—Estás caliente —murmura somnolienta. No me muevo, pero ella apoya la cabeza en mi hombro—. ¿Va todo bien?

No, quiero decir. *Nada ha estado bien durante mucho tiempo*.

No desde el momento en que se disparó la pistola y mi padre cayó de rodillas.

No desde que Luna se me acercó en el restaurante, nerviosa y preciosa y complicada y tan jodidamente mala para mí.

La mierda está jodida desde hace mucho tiempo.

—Lo estará pronto —le beso la frente—. Vuelve a dormir.

Luna se acurruca contra mi costado y hace exactamente eso. Me duermo con su respiración constante.

YAKOV

Apenas son las seis de la mañana cuando entro en el vestíbulo, pero ya hay luz debajo de la puerta de Mariya. O todavía hay luz bajo su puerta.

El desfase horario la afectó mucho los primeros días, pero se ha adaptado perfectamente al estereotipado ritmo circadiano adolescente. Levantarse toda la noche, dormir todo el día, una y otra vez.

Pensaba hablarle de lo que pasó ayer con el camarero escuálido del callejón en otro momento. Preferiblemente una vez que hubiera borrado la imagen de mi mente. Pero ahora me siento más paciente de lo normal, así que es tan buen momento como cualquier otro.

Abro la puerta. Está tumbada en la cama, con el teléfono apoyado en las rodillas flexionadas. No se mueve, salvo por el giro de sus ojos hacia la puerta. —Podría haber estado desnuda.

—No lo estás.

—Aunque podría haberlo estado.

—Entonces cierra la puerta si no quieres que la gente irrumpa.

Arquea una ceja, pareciéndose a nuestra madre. —Vale. Vete y la próxima vez me aseguraré de cerrar con llave.

He sobrevivido a intentos de asesinato. He matado a hombres armados hasta los dientes con mis propias manos. Una adolescente *no* va a ser mi muerte.

Pero seguro que lo va a intentar.

Cierro la puerta tras de mí y me cruzo de brazos. —Tenemos que hablar.

—No me interesa —balbucea sin apartar los ojos de su teléfono.

Luna me dijo que fuera amable con Mariya. Que pasara tiempo con ella.

Creo que llegaré a ella a mi manera.

Cruzo la habitación en dos pasos y golpeo su teléfono contra el suelo. —No era una pregunta.

Eso llama su atención. Me mira con la barbilla levantada.

—Si vas a quedarte aquí —continúo—, tiene que haber normas.

—Ni alegría, ni diversión, ni vida —enumera con los dedos—. Ya conozco las reglas.

—Besarse con un puto baboso camarero en el callejón no es una vida, Mariya. No es "diversión". Es una mierda y jodidamente peligroso.

—Lo dice el tipo que dejó que Luna se mudara después de una sola cita —pone los ojos en blanco—. ¿No te parece doble moral?

Aprieto los dientes. —Tú no eres yo. Soy un adulto.

Soy el líder de una Bratva. Mantengo entero todo tu mundo.

—¿Y qué coño soy yo? —suelta—. Tengo casi dieciocho años. Ya no soy una niña, Yakov. Sé que hace mucho tiempo que no nos vemos, pero he madurado.

Como si necesitara que me lo recordaran. La última vez que vi a Mariya, tenía mechas de purpurina en el pelo y una rana de peluche que guardaba en el centro de la cama.

Echo un vistazo a la habitación y veo la rana verde desaliñada sobre su estantería. Han cambiado muchas cosas, pero no todo. No las cosas importantes.

Respiro hondo y me vuelvo hacia ella. —No se trata de si sigues siendo una niña o no, Mariya. Se trata de mantenerte a salvo.

—¿Y si no confío en ti para que me mantengas a salvo?

—Pues súbete a un puto avión y vuelve a vivir con mamá —le espeto—. Si vas a vivir en esta casa, vas a seguir mis normas.

Se cruza de brazos y se tumba contra el cabecero tapizado. —No voy a aceptar normas antes de saber cuáles son.

—Si sales de casa, alguien va contigo. Siempre. No me importa si soy yo, Nik, un guardia... *alguien tiene que estar contigo en todo momento*.

—Protesto.

Sacudo la cabeza. —No puedes oponerte.

—¡Sí, puedo hacerlo! —grita—. Seguiré tus normas, pero no voy a quedarme en casa como haces con tu novia. Tengo una vida fuera de esta casa. No voy a estar enjaulada.

—Luna no está enjaulada.

—Ella siempre está aquí. La has aislado de todos y de todo. Está viva, pero ¿a qué costo?

Me rechinan las muelas. —Luna salió anoche.

Mariya frunce el ceño. —¿Ah sí? Pensé que había estado en tu habitación toda la noche.

—No. Salió.

—¿Con quién? —pregunta rápidamente.

—¿Con quién coño crees? Conmigo.

Ella enarca las cejas. —¿La *sacaste*? ¿A una cita? No te creía capaz.

—Tú no sabes nada. Ni siquiera has estado aquí.

Entrecierra los ojos. —Por causas ajenas a mi voluntad, te recuerdo. Pero no necesito haber estado aquí para saber lo que ocurre. El personal no teme cotillear delante de mí. Todas las criadas hablan de que Luna es la primera mujer que has traído a casa. No sé si eso es más dulce o triste.

—No es ninguna de las dos cosas. Es asunto mío. Tampoco es la puta cuestión.

—Entonces, por favor, por el amor de Dios —se queja—, ¡ve al grano!

Aprieto los dientes y cuento hasta diez para no sucumbir a la tentación de arrojar a Mariya al calabozo durante toda su estancia aquí. —Dijiste que querías que te trataran como a un adulto. Pues esta es tu oportunidad. Ponte las pilas, sigue mis normas y demuéstrame que estás preparada para tomar decisiones de adulta.

—Sí, señor —Mariya levanta los dedos en señal de saludo y luego pone los ojos en blanco.

He roto fémures por menos falta de respeto que eso, pero es lo mejor que se puede conseguir. Es mejor que "*sí, padre*", así que lo considero una victoria.

Salgo y cierro la puerta tras de mí.

Nik está de pie en el pasillo, con el hombro apoyado en la pared. Le dije que viniera a primera hora de la mañana para hablar de qué hacer ahora que han dado luz verde por mi cabeza. Supuse que no llegaría hasta cerca del amanecer.

Me mira a la cara y hace una mueca de dolor. —¿La crianza te ha afectado?

—No soy su padre. Soy... —mierda, ya no sé lo que soy—. La mantengo a salvo.

—*Si* sigue tus normas —advierte. Me mira de reojo—. ¿Crees que lo hará?

Detrás de mí, la cerradura de la puerta de Mariya encaja en su sitio.

Suspiro. —Lo dudo.

LUNA

Dejo caer un puñado de regaliz en un jarrón en el centro de la mesita y me alejo para admirar mi obra. Una noche de chicas normal con mis amigas implica bastante más alcohol y bastante menos caramelos de goma con forma de animales, pero, como Mariya no puede beber, creo que he hecho un buen trabajo.

Gregory se estira sobre sus patas traseras para olisquear un bocadillo de queso. Lo alejo.

—Ya has comido tus meriendas. No seas avaro.

Abre la boca como si fuera a silbar antes de levantar la cola y alejarse. Esta mañana he pillado a Yakov tirando "accidentalmente" huevos revueltos al suelo para él. Gregory se está echando a perder en esta casa.

Oigo pasos detrás de mí, y como Yakov y Nik llevan todo el día fuera de casa, sé que es Mariya.

—Todas las categorías de comida basura están representadas —anuncio sin darme la vuelta. Señalo cada cuadrante a medida que avanzo—. Tenemos tus gominolas, tanto las variedades estándar como las ácidas. Luego, el espectro del chocolate, desde el blanco hasta el negro, mi favorito. Por último, aperitivos salados. Tenemos cinco tipos distintos de patatas fritas con tres tipos de salsas y algunas palomitas.

Termino mi perorata, ridículamente orgullosa de mi capacidad de planificación, hasta que me doy la vuelta y veo a Mariya en la puerta con un top de tirantes deslumbrante y una falda a juego. Va muy maquillada y lleva tacones de plataforma.

—Vaya, te has arreglado para la noche de chicas —miro la sudadera gris que robé del cajón de Yakov. Tuve que enrollarla cinco veces para que me quedaran remotamente bien—. ¿Me cambio?

—Solo si quieres venir conmigo.

Frunzo el ceño. —Pero nos quedamos en casa. Películas. Televisión basura. Dulces.

Mariya hace una mueca. —Por mucho que me gustaría quedarme aquí y hacerme una con el sofá, he pensado que en vez de eso podría hacer algo que sea realmente divertido.

—Esto es divertido.

—No, claro. Sí —asiente y examina la habitación como si yo estuviera delante de mi colección

de pelo humano y ella intentara no gritar de horror—. Esto es muy divertido. Pero esta noche no es mi ambiente. Necesito bailar.

Vuelvo a mirar la mesa de la merienda y me encorvo. Esta mañana me he pasado una hora haciendo una lista. Hope compró todos los suministros en la tienda de camino al trabajo. Me he esforzado de verdad en esta reunión. Pero tengo demasiado amor propio para admitirlo ante Mariya.

—No te lo tomes a mal, pero tengo que salvarte literalmente de este festival depresivo que estás montando. Tienes que venir conmigo.

—¡Las noches de cine no son deprimentes! Los aperitivos lo hacen divertido.

Me dedica una sonrisa triste. —Vale. Entonces dejemos para otro día esta noche superdivertida que has planeado. Una noche, cuando no tenga nada que hacer y esté desesperada por entretenerme, volveremos a reunirnos.

—No hay otra forma de tomárselo que "a mal" —refunfuño.

Mariya me agarra del brazo y tira de mí hacia la puerta. —Vamos a pasar una verdadera noche de chicas. Conozco un club estupendo.

—¿Un club?

—Oh, no, Luna —hace un gesto de dolor—. ¿Nunca has estado en uno? Es como un bar, pero con más baile.

—¡Sé lo que es un club! —replico.

Se ríe. —Ya lo sé. Estaba bromeando.

—Yo no. ¿Cómo vas a entrar en un club? No tienes edad suficiente.

—Cuando tienes tan buen aspecto —dice con un giro pícaro y acento pijo—, se te abren las puertas —arqueo una ceja y ella resopla—. Conozco al portero, ¿vale? Lo tengo todo planeado.

—¿Eso significa que tu hermano lo sabe? ¿Lo aclaraste antes con él?

—Sí. Se ha avisado a la policía de la diversión —me enseña el móvil. En la pantalla aparece un mensaje de texto, pero bloquea el teléfono y lo mete en el bolsillo de su minúscula falda antes de que pueda verlo bien—. A los chicos les toca ir a divertirse. Yo digo que nos toca a nosotras.

—Yakov y Nik no están en la ciudad. Están trabajando.

—Que es su versión de diversión —pone los ojos en blanco—. No es culpa mía que sean aburridos. Pero nosotras somos jóvenes y vibrantes. Salgamos.

Si Mariya intenta apelar a mi vanidad, lo está haciendo muy bien. Estar aquí en chándal con el pelo recogido en un moño mientras ella irradia pura juventud y vivacidad al mundo no me parece estupendo. Quiero ir a divertirme. Quiero un poco de aire fresco.

—No tengo nada que ponerme —digo, haciéndole un gesto.

Mariya da un paso atrás y me evalúa. —Probablemente tú y yo tengamos más o menos la misma

talla. Tus caderas quizá sean más grandes. Y tus tetas.

Ah, sí. Esta chica sabe exactamente lo que hace.

Yo también, pero eso no significa que no vaya a caer en la trampa.

Mariya me agarra del brazo. —Tengo el vestido perfecto para ti.

Esta vez, dejo que me arrastre por el pasillo hasta su habitación.



MIRO por el retrovisor lateral cuando Mariya entra en el aparcamiento. —Quizá deberías ir más despacio. No sé si los de seguridad pueden rastrearnos aquí. No veo a nadie detrás de nosotros.

Tararea. —Tienen sus maneras. Son como ninjas. Muy astutos.

Aparca y sale. No hay tiempo para dudas cuando Mariya va delante.

En cuanto acepté salir con ella, me puso un vestido, me maquilló la cara y me metió en su coche antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando.

Yakov perdió a Mariya durante un almuerzo el otro día. ¿Cómo se supone que voy a seguirla en una discoteca abarrotada? No puedo creer que aceptara que fuera su acompañante.

Salgo a toda prisa del coche y me apresuro a seguirla. —Espera. Estos tacones son difíciles de llevar.

—No están hechos para caminar. Están hechos para estar buenas.

Los tacones plateados de tiras *sí* que son sexys. No se equivoca. Solo que no estoy segura de que sean los zapatos adecuados para llevar cuando tengo que seguir el ritmo de los jóvenes.

Estamos a una manzana de distancia cuando empiezo a oír la música. Es un zumbido sordo que se hace más fuerte cuanto más nos acercamos al edificio. El río de gente que espera ante las puertas zumba como cigarras.

Hacía semanas que no estaba rodeada de tanta gente. Incluso antes de estar secuestrada en la mansión de Yakov, esta salida nocturna habría sido intimidante. Es el tipo de plan que me saltaba repetidamente.

—Es una cola muy larga. Quizá deberíamos ir a otro sitio.

—Podemos saltarnos la cola —Mariya se mete la mano en el sujetador y saca una identificación —. Asegúrate de llamarme Marissa cuando estemos arriba. El tipo que me hizo la identificación falsa me jodió el nombre.

La cojo del brazo y la hago girar para que me mire. —¡Dijiste que conocías al portero! ¿Para qué necesitas un carné falso si conoces al portero?

—Plan de respaldo, nena. Siempre hay que tener uno.

—Eres menor de edad. Ni siquiera puedes beber. No deberíamos estar aquí.

Mariya me hace callar y sonríe a un tipo que espera en la cola lo bastante cerca como para oírnos. Aun oyendo lo que acabo de decir, le guiña un ojo. Puede que estos tacones de aguja tan afilados acaben siendo una buena elección, después de todo. Puede que los necesite si acechan asquerosos como ese.

No puedo creer que me haya convencido.

—Es una mala idea, Mariya. No deberíamos estar aquí. Es imposible que tu hermano esté de acuerdo con esto —miro por encima del hombro, pero aún no hay señales de que nos siga ningún agente de seguridad. Ninguno que yo pueda ver, al menos. Rezo para que sepan pasar desapercibidos.

—A Yakov le parece bien. Me dijo que no podía salir a menos que tuviera un acompañante —me da una palmada en la espalda—. Hola, chaperona. Además, te llevó a una cita la otra noche.

—Fuimos a un buen restaurante, no a un club. Y Yakov vino conmigo.

Arruga la nariz. —¡Qué asco! No necesito saber lo que pasa en el dormitorio.

Tardo unos segundos en entender. Entonces, le doy un manotazo en el hombro. —¡No quería decir eso! Nunca te diría eso.

Mariya se echa a reír. —Dios mío, Loon. Tranquilízate. Era una broma.

Kayla es la única persona que me ha llamado “Loon”. Si no estuviera revuelta por la culpa, estaría más emocionada de que Mariya me haya puesto un apodo. Tal como están las cosas, estoy empezando a entrar en espiral.

—Todo esto me parece muy mal.

—No está mal. No es ningún secreto que se acuestan. Duermen en la misma habitación.

Le hago un gesto con el dedo. —No estoy hablando de eso. No intentes distraerme.

Mariya pasa a mi lado. —No necesito distraerte. Vengas conmigo o no. Me da igual. Solo pensé que querrías vivir un poco en vez de ser la mascota de mi hermano.

—¡No soy su mascota! Y es mucho más fácil “vivir un poco” cuando estamos realmente vivas. Creo que deberíamos irnos a casa.

Se cruza de brazos. —Ahora hasta suenas como él. Tanto tiempo dentro te está deformando el cerebro.

Cruzo los brazos hacia atrás y la miro fijamente. Estamos cara a cara durante treinta segundos antes de que Mariya me haga girar y señale la puerta de salida ennegrecida del lateral del edificio. Ambas nos reflejamos en el cristal. —Mírate.

—Sé cómo me veo.

—No. *Mírate* —se coloca detrás de mí, las dos mirando mi reflejo.

El vestido azul de lentejuelas sin hombros de Mariya era realmente la elección perfecta para mí. Me dijo que el azul resaltaría mis ojos, pero el corte del vestido resalta mucho más mi trasero. Puede que tenga que comprárselo si no cuesta una pequeña fortuna.

—Tengo buen aspecto —admito.

—Estás *increíble*. Tienes demasiado buen aspecto para cubrirte de migas de patatas fritas y babear por un tipo guapo muerto en una película antigua.

—*Sabrina* es un clásico. Que sea vieja no significa que...

—Entra conmigo —me suplica Mariya, apretándome las dos manos—. No quiero entrar sin ti.

Está siendo amable. Las dos sabemos que se metería de cabeza en la multitud sin dudarlo un instante y me dejaría en la acera. Entonces, tendría que explicarle a Yakov que abandoné a su hermanita en un club.

Además, *tengo* buen aspecto. Me parece un desperdicio arreglarme así y ni siquiera entrar.

—Una hora —digo levantando un solo dedo—. *Una* hora. Luego comemos patatas fritas y babeamos por Humphry Bogart.

Mariya chilla. —¡No sé quién es, pero vamos!

Me arranca el dedo del aire y me arrastra por la acera. Pasamos por delante de la larga cola de gente molesta que espera en las puertas. Le enseña su carné al portero y la cuerda de terciopelo se abre para nosotras.

—Te dije que no habría problema —dice Mariya por encima del hombro—. El carné tiene el nombre equivocado, pero tiene el apellido correcto.

Esta astuta...

Mariya no conocía a ese guardia. Solo sabía que el nombre de Kulikov la haría pasar por la puerta.

Cualquier posibilidad de gritarle por haberme mentido se la traga la música que retumba en los altavoces. La pista de baile está llena de cuerpos y Mariya se dirige directamente hacia ella.

Una hora. Necesito mantener a la hermana pequeña de Yakov con vida durante una hora.

Puedo hacerlo.

Mariya y yo nos abrimos paso hasta el centro de la pista de baile entre una multitud de cuerpos. Antes de que pueda tomar aliento, ella levanta las manos. —Este sitio es una locura. Vamos arriba.

—Acabamos de llegar.

—En realidad, primero las bebidas —vuelve a abrirse paso entre la gente hacia la barra. Me abro paso a codazos y empujones tras ella, ya sudando.

Está a punto de ser la hora más larga de mi vida.

YAKOV

La parte trasera del restaurante está a oscuras. La luz que hay sobre nuestra mesa parpadea cada dos minutos, pero por lo demás, estamos entre sombras.

Así lo planeé.

Cuando Boris entra por la puerta, al principio ni siquiera nos ve. Se sienta en un banco de la sala de espera hasta que por fin nos ve y se abre paso entre las mesas.

—Maldito inútil —murmura Nik—. Debería saber que estamos aquí. Habría estado vigilando este lugar durante horas antes de la reunión. *Yo* llevaba horas vigilándolo.

—Precisamente por eso no lo hice yo —vocifera Boris al acercarse, dándole una palmada en la espalda a Nikandr—. ¿Has oído alguna vez la frase "trabaja más inteligentemente, no más duro"?

Nik le frunce el ceño. —Tus hermanos son la razón por la que tuvimos que conducir una hora hacia el norte para celebrar una reunión. Si alguien debería haber estado vigilando, eres tú.

Boris desenvuelve un tenedor de la mesa y se hurga en el espacio entre los dos dientes delanteros. —Me resulta difícil darte toda la información que quieres si estoy de guardia. Hice unos recados para Akim, para estar de buenas con él. Ahora estoy aquí. No había tiempo. Así que, de nuevo, gracias por cuidarme.

—Ni siquiera sé por qué estamos aquí —dice Nik. Se vuelve hacia mí—. Ya te he dicho que Akim ha dado luz verde.

—Lo hiciste. Y luego descubrí que tu fuente no tenía claro de dónde procedía el dato —grité.

Es seguro suponer que Akim está detrás del golpe, pero no voy a arriesgar la seguridad de mi familia por una corazonada. Quiero tenerlo claro antes de decidir cuál será mi próximo movimiento.

Boris chasquea la lengua. —Siempre hay que verificar la información.

—¿Por eso no avisaste a nuestro padre de que le habían puesto precio a su cabeza? —sisea Nik —. ¿Estabas demasiado ocupado "verificando"?

—Nik —advierto.

Boris sacude la cabeza. —No pasa nada. No le gusto a Nikandr. No pasa nada.

—Trabajaste para el anterior *pakhan* de la Bratva Gustev. Estabas allí cuando planearon el asesinato de nuestro padre. Un aviso habría estado bien.

—Si hubiera estado en tu nómina en aquel momento, te habría avisado. Pero —se encoge de hombros—, mis lealtades estaban en otra parte.

Nik resopla. —Donde los bolsillos sean más profundos, allí encontrarás a Boris.

—Por eso estoy aquí —dice Boris, con un ceño inusualmente fruncido—. Con gran riesgo personal para mí, debo añadir.

—Te pagan muy bien por tu "gran riesgo personal". Lárgate de aquí con...

—Dejen de hacerme perder el tiempo con un concurso de meadas —ladro—. Boris, ¿vienes a confirmar o a desmentir?

Boris inclina la cabeza en señal de disculpa. —A confirmar.

—Gran puta sorpresa —murmura Nik.

Boris lo ignora. —He oído a Akim dar la orden. Te quiere muerto aunque no sea él quien lo haga.

—Porque no puede hacerlo. Sabe que nunca sobreviviría al intento —sacudo la cabeza—. Es un maldito cobarde.

—Un cobarde con una amplia red de gente lo bastante desesperada como para aceptar el dinero que ofrece —Boris mira por encima del hombro—. Yo que tú no vagaría por la ciudad.

—Por eso no eres yo. Akim Gustev no va a asustarme para que me esconda.

Boris levanta las manos. —Tienes razón. Estoy aquí para dar información, no consejos.

—Hasta ahora no nos has dicho nada que no supiéramos ya —gruñe Nik—. Si no tienes nada nuevo que decir, deberíamos poner fin a esto antes de que nos descubran.

—No nos descubrirán gracias a toda tu vigilancia —Boris le guiña un ojo a Nik, lo que no hace sino enfurecerlo aún más—. Y tengo algo más.

—Entonces, dilo ahora —escupo—. He terminado aquí.

—Hay una mujer —dice Boris.

Nik frunce el ceño. —¿Dónde?

—En la lista negra de Akim. Hay una mujer.

—¿Quién? —exclamo.

Boris se echa hacia atrás y se encoge de hombros. —No tengo el nombre, pero debe ser alguna zorra que lo rechazó. Akim no es tan bajo como para ir detrás de mujeres.

—Excepto que ya lo ha hecho —escupe Nikandr—. Akim fue tras...

—¿No tienes nombre? —pregunto, cortando a Nik.

Nikandr tiene razón al no confiar en Boris. Ha seguido el dinero hasta nosotros, lo que significa que nos dará la espalda en cuanto reciba una oferta mejor. Tengo mucho cuidado de que Boris nunca sepa más de lo que yo quiero.

Boris sacude la cabeza. —Aún no tengo nombre. Aunque no creo que sea para tanto. Él no...

Raspo mi silla contra el suelo de baldosas. —Hemos terminado aquí. Espera diez minutos antes de irte.

Subo a la acera y Nikandr está a mi lado inmediatamente. —¿Crees que Akim ha puesto precio a Luna?

—O a Mariya.

—Mierda —sisea—. ¿Las llamo?

—Están en la mansión viendo películas. Están a salvo —me oigo decirlo, pero las palabras no calan. No calarán hasta que las vea vivas y respirando entre las paredes de mi mansión—. Quédate aquí y vigila a Boris. Asegúrate de que hace lo que le he pedido y no habla con nadie más.

Nik vigilará a Boris mientras yo me voy a casa a ver cómo están Mariya y Luna.

—¿No confías en él? —pregunta Nik.

Me río amargamente. —No me fío de nadie.

LUNA

—¡Te dije que esto sería divertido!

Mariya tiene los brazos por encima de la cabeza, el cuerpo se balancea con la música. Estamos en el entresuelo del club. Aquí arriba hay tanta gente como en la pista de baile, pero pegarme a la barandilla me ayuda a no querer vomitar inmediatamente.

—¡Nunca he dicho que no fuera divertido! —le grito—. ¡Dije que era una mala idea!

—¿Cómo puede ser esto una mala idea? —vuelve a girar, sorbiendo algo rosa con una cereza flotando en el fondo.

Oh, déjame contar las maneras.

No la vi pedir nada, pero su mierda de carné falso debió de ser lo bastante buena como para engañar al camarero. Le cortaré el paso antes de que pueda emborracharse.

—Ha sido divertido, pero aún nos vamos en... —miro el reloj de neón que hay sobre la cabina del DJ—, veinte minutos.

Mariya pone los ojos en blanco. Sus dientes brillan en las luces negras que cuelgan del techo. —Ni siquiera has bailado todavía. Ni te has tomado una copa.

—Una de nosotras tiene que ser la conductora designada —como soy la única de las dos que tiene edad legal para beber, no sé cómo he llegado a ser yo. *Pero bienvenida a mi vida.*

—La hora no empieza hasta que te diviertes.

El DJ lanza una nueva canción. Puedo sentir el golpeteo de la línea de bajo en mis huesos. Tengo que gritar para oírme. —¡Ese no era el trato!

—Pues ahora sí —me agarra de los brazos y los balancea de un lado a otro—. Deja de cuidarme, diviértete y *luego* podemos irnos.

Quiero discutir, pero es evidente que la testarudez está muy arraigada en la familia Kulikov. Mariya se saldrá con la suya, me guste o no. Más vale que decida que me gusta.

Una camarera pasa a toda prisa con una bandeja de bebidas. Cojo la más cercana.

—¡Eh! Eso no era para...

Me lo trago antes de que pueda terminar y hago una mueca de dolor por la quemadura.

—¡Dios mío, sí! —Mariya aplaude y enseña su carné a la camarera.

Definitivamente, su apellido significa algo por aquí. La camarera está molesta, pero no dice nada más mientras se da vuelta y desaparece entre la multitud.

Clavo un dedo en su pecho brillante. —La hora empieza ahora.

Mariya me hace un gesto de desdén. —Sí, sí. Ahora, ¡a bailar!

Me hace girar hacia la multitud de gente.

Esta vez, en lugar de luchar contra la masa de cuerpos y miembros, fluyo hacia ella. Me dejo deslizar entre la gente mientras se mece al ritmo de la música. Cierro los ojos y dejo que el bajo me atraviese.

Después de tantos días en la mansión de Yakov, preguntándome a qué atenerme y qué va a ocurrir a continuación, es agradable dejarlo todo. Aunque solo sea por el espacio de una canción.

Cuando la música baja, mezclándose con algo un poco más lento, abro los ojos. Busco a Mariya en la barandilla donde estábamos antes.

Pero no está.

Comienzan los sudores nerviosos.

Comienzan los latidos rápidos.

Comienza el *qué carajo está pasando*.

Me abro paso entre la multitud, escudriñando los rostros a mi alrededor. Incluso con mis tacones, todos los demás me parecen gigantes. No puedo ver nada.

—¡Mariya! —me pongo las manos en la boca para amplificar. Da igual que grite contra una almohada. El club se traga el sonido.

Intento subirme a una silla para ver mejor cuando una mano se desliza alrededor de mi cintura. —Hola, nena. ¿Quieres bailar?

El tipo lleva una camisa abotonada, con las mangas remangadas lo suficiente para que todo el mundo pueda ver su Rolex.

—No, gracias. Estoy buscando a mi amiga.

Se acerca, su aliento húmedo me calienta el cuello. —Seré tu amigo.

No tengo tiempo para esto. Le doy un codazo en las costillas al imbécil y paso a su lado.

—¡Puta! —me grita.

Lo único que hace es espolearme. Mariya está sola aquí con imbéciles como ese deambulando por ahí. Nuestra seguridad debería estar por aquí, pero tienen que ser inútiles en esta aglomeración de gente. Si yo no puedo verlos, es imposible que ellos puedan verme a mí.

—¡Mariya! —vuelvo a gritar.

Atravieso el salón principal y luego me agarro a la barandilla mientras miro a la multitud de abajo. Las luces de colores giran y dan vueltas, lo que hace difícil centrarse en alguien. Pero Mariya no me llama la atención. De todos modos, dudo que volviera al primer piso. No cuando su nombre puede llevarla tras cualquier puerta de este club.

Así que me dirijo a las cuerdas de terciopelo de la zona VIP, al final de la escalera.

El portero tiene un gran tatuaje de un león en el cuello. Extiende un brazo fornido cuando me acerco. —Solo VIP.

Levanto la barbilla. —Soy huésped de la familia Kulikov.

El hombre mira a su alrededor. —No los veo.

—Me están esperando arriba —miento—. Se enfadará si llego tarde.

No aclaro de quién estoy hablando, pero basándome en la rapidez con que el guardia aparta la cuerda de mi camino, no necesito hacerlo.

Yakov realmente dirige esta ciudad. Una locura.

La música de abajo sigue sacudiendo las paredes, pero está amortiguada en el tercer piso. La gente de aquí arriba no quiere bailar. Tienen otra forma de aliviar el estrés.

Una ojeada a las oscuras salas revela bailarinas privadas que no llevan mucho puesto y mesas cubiertas de líneas empolvadas.

Sigo caminando, rezando para que Mariya no sea tan estúpida como para meterse en alguna de esas.

La parte trasera del tercer piso se abre a una sala acristalada. Aquí la música es aún más silenciosa. No queda nada excepto el bajo implacable. El espacio está rodeado de bancos de cuero negro con una vista desde el suelo hasta el techo de los bailarines dos pisos más abajo.

Me paro frente al cristal y miro las formas sin rostro que pululan abajo. Aunque Mariya estuviera justo en el centro de todo, nunca podría verla desde aquí.

Hablaré con la seguridad del club. Quizá estén en contacto con los guardias de seguridad de Yakov. Sea quien sea, necesito que alguien con un título oficial busque a Mariya. Me duelen los pies y la única bebida que he robado no se está asentando muy bien en mi estómago vacío.

Justo cuando me alejo de la pared, golpeo algo.

A alguien, más bien.

Unas manos grandes me agarran por la cintura y me sujetan con fuerza. Antes de que pueda chillar de sorpresa, una voz grave me sisea al oído—: Ahí estás. *Por fin*.

YAKOV

No hay nadie en la piscina. Nadie en mi habitación ni en la de Mariya. La cocina está vacía. En el salón, la televisión está encendida, la pantalla brilla azul sobre los bocadillos que Luna se pasó el día organizando.

La casa está completamente vacía.

¿Dónde coño están?

Gregory se escabulle por debajo de la silla y se enrosca en mis tobillos. Me lo quito de encima justo cuando suena mi teléfono.

Es Nikandr.

—Cuéntame buenas noticias —ordeno.

—Boris ha muerto.

Cierro los ojos. —Acabamos de verlo.

—Eso es lo que lo mató, creo. Le dispararon en el aparcamiento hace quince minutos.

—Alguien sabía que se reunió con nosotros —digo entre dientes.

—Vigilé el lugar todo el día. No había nada, Yakov. Te lo juro.

—¿Lo has matado tú? —pregunto.

En realidad no creo que lo hiciera, pero después de cómo se enzarzaron los dos en la reunión, es una posibilidad.

—Odiaba a ese puto gusano, pero no haría eso. No cuando necesitamos su información —dice —. Después de la reunión, vi un coche en el aparcamiento. No estaba allí cuando entramos y los cristales estaban tintados. Era sospechoso, pero no pensé que fuera nada. Entonces salió Boris. En cuanto se acercó al coche, alguien saltó, le disparó en la nuca y se largó. Debería haberlo visto venir, pero no prestaba ninguna maldita atención.

—¿Alguna pista sobre quién ha sido?

—No había matrícula en el coche y no pude identificar al tirador. Pero tuvo que ser Akim.

Mis manos se cierran en puños a mi lado. En un abrir y cerrar de ojos, doy la vuelta a la mesita, haciendo volar bocadillos por todas partes. —¡Maldición!

—¿Qué está pasando? —pregunta Nik—. ¿Qué está pasando?

—Mariya y Luna se han ido.

Las palabras me hacen comprender la realidad.

No están aquí.

Y Boris está muerto.

Ambas cosas tienen que estar relacionadas. Mariya y Luna no serían tan estúpidas como para salir de casa solas.

Nik se hace eco de la maldición. —Estoy enviando un mensaje a Oleg. Ha sido el guardia de Mariya los últimos días, pero esta noche no estaba de servicio. No creí que lo necesitáramos, ya que iban a quedarse dentro.

—Quiero a todo el mundo en esto —exijo, irrumpiendo en la casa—. Quiero a todos los soldados de patrulla. Vamos a volar las puertas de Akim y matar a ese hijo de puta por pensar siquiera un segundo que puede entrar en mi casa y tocar lo que pertenece a...

Un trozo de papel se desprende del mostrador al pasar. Era pequeño, no más grande que la palma de mi mano. Antes no lo había visto. Ahora, me agacho y lo recojo.

—¿Yakov? —pregunta Nik—. ¿Estás ahí?

Leo la nota una vez y luego dos. La leo una y otra vez hasta que las palabras se graban en mi cerebro.

La noche de cine fue abandonada en favor del baile. Has sido muy amable al dejar salir a Mariya. Está entusiasmada. XO, Luna

—Se fueron a bailar —desmenuzo la nota en mi mano—. Salieron de esta casa para ir a bailar... y nadie se lo impidió, maldición.

Por primera vez en mucho tiempo, estoy a punto de quedarme sin palabras.

—Encuéntralas —gruño finalmente a Nik—. Voy a llamar a Oleg.

Cuelgo con Nikandr y llamo a Oleg mientras vuelo por la puerta principal y vuelvo a subir a mi coche. —Si no tienes una pista, estás muerto —digo en cuanto Oleg descuelga el teléfono.

—Mierda. Esperaba... Me estoy ocupando de ello —dice rápidamente—. Acabo de descubrir que falta uno de los coches del garaje. Nadie las vio salir. Mariya debió de coger la puerta lateral.

—Alguien debería haberla vigilado.

—No es accesible desde la carretera principal. Solo la conocen los miembros de la familia, así que no... —se interrumpe sabiamente—. Deberíamos habernos dado cuenta. Pero creo que sé en qué club están. Se llama Suono. Lo dirigen...

—Los Marinos —termino. Ya sé quién es el dueño del club. Mariya también debería saberlo. La única buena noticia es que los Marinos no se asocian con la Bratva Gustev. Akim no daría un golpe allí a menos que quisiera librar una guerra en dos frentes.

Sin embargo, eso no significa que los Marinos sean amigos míos.

—Me dirijo hacia allí ahora. Ve allí —ordeno—. Si les pasa algo a Luna o a mi hermana, te mataré, maldición.

Cuelgo y envío la dirección por SMS a Nikandr. Quiero que llegue primero quien esté más cerca.

Piso a fondo el acelerador y recorro el camino de entrada, esperando ser yo.



ES TARDE, pero una larga cola de gente espera fuera de Suono para entrar.

A Mariya no la cogerían ni muerta allí. Nunca se dignaría a hacer cola. No cuando nuestro apellido abre puertas en todos los rincones de esta ciudad.

Probablemente enseñó su carné y una sonrisa y se metió. Ni una sola vez pensé lo fácil que sería para los Marinos vender la noticia de su localización a cualquiera de mis enemigos.

Aprieto la mandíbula y respiro hondo. De nada servirá salvar a Luna y Mariya esta noche si acabo matándolas yo mismo.

Evito la cola y me dirijo hacia las puertas. No me molesto en llevar el carné; no lo necesito. Cuando el portero me ve llegar, salta de su taburete y se apresura a desenganchar la cuerda de terciopelo con manos temblorosas, de modo que ni siquiera tengo que romper el paso mientras entro.

El oscuro pasillo se abre en un puto manicomio. Las luces LED brillan en todo el techo, las luces parpadean en las paredes y en la abarrotada pista de baile, y la música y las voces son un rugido indistinguible en mis oídos.

¿En qué demonios estaban pensando?

No estaban pensando. Esa es la única respuesta.

Intento destruir a Akim Gustev y mantenerlas a salvo y ellas van por la ciudad con putos vestidos de fiesta. Una celda compartida en el calabozo es cada día más probable.

Pero primero tengo que encontrarlas.

LUNA

Ahí estás. Por fin.

Durante un fugaz segundo, creo que es Yakov quien está detrás de mí.

Vio la nota. Vino a buscarnos. Mariya debe de estar fuera con los guardias y Yakov ha venido para estar conmigo. Para bailar y beber y olvidarse de todo lo demás por una noche.

Entonces el hombre me hace girar.

Mis esperanzas se marchitan y mueren cuando veo un rostro sudoroso que me resulta familiar. Mi cerebro tarda un segundo en situar la barba desaliñada y los ojos inyectados en sangre. Entonces, hace clic.

—¿Sergey?

Sergey, igual de borracho y manoseador que la noche que lo conocí, me curva hacia él. Su aliento apesta a alcohol. —Te vi bailando. Te reconocí. Te seguí.

Me empujo contra su pecho para intentar darme un poco de espacio. —Hola… Um… Me… Me alegro de volver a verte.

No me gusta *nada* volver a verlo. Para empezar, ni siquiera quería verlo. Pero tengo demasiada experiencia en hacer retroceder a hombres borrachos y enfadados. Si empiezo a gritar, esto se irá a la mierda. *Rápido*.

Si Sergey estaba dispuesto a ponerme las manos encima en un restaurante lleno de gente con un hombre como Yakov sentado a medio metro, ¿qué intentará ahora que estamos solos?

—¿Dónde está tu novio? —se burla.

Miente. Oigo la voz de Yakov en mi cabeza como si estuviera detrás de mí. *No te atrevas a decirle que estás sola.*

—Abajo. Fue por un trago —empiezo a apartarme—. Probablemente debería ir a buscarlo y...

Sergey me rodea la muñeca con la mano. —Qué raro. Tu “novio” se parecía mucho a una morena con un crop top —el pánico me sube por la garganta y él se ríe—. Te dije que te estaba observando. Te vi en cuanto entraste por la puerta principal.

—Vale. Mi novio no está aquí. Ni siquiera tengo novio —*si mentir no funciona, probaremos con la sinceridad radical*—. Estoy aquí sola y me gustaría que siguiera siendo así. No me interesa conocer a nadie esta noche.

—Ya nos conocemos —ronronea.

—Y diste una primera impresión de mierda.

Sacude la cabeza. —No, no, princesa. Has sido tú. Saliste con otro hombre en mitad de nuestra cita.

—Porque llegaste una hora tarde. Y apareciste borracho. Igual que ahora.

—Estoy bebiendo. No estoy *borracho* —dice entre dientes. Su mano baja hasta tocarme el culo —. Estoy lo bastante sobrio para saber que estás jodidamente deliciosa con este vestido.

Le golpeo el pecho con fuerza. Sergey no es ni de lejos tan grande como Yakov, pero eso no significa que sea pequeño. Me duplica, por lo menos. Retrocede un paso, pero no es suficiente para que yo corra hacia la puerta. Aunque tuviera espacio para correr, apenas puedo andar con estos tacones, y mucho menos correr.

Su perezosa sonrisa se convierte en una mueca mientras se acerca a mí. —Me lo debes, zorrita.

Parpadeo y Sergey se convierte en Benjy.

De repente, no estoy en un club; estoy en el dormitorio que compartíamos Benjy y yo.

Sergey me aprieta contra el cristal y no puedo moverme. No puedo respirar.

Me haces actuar así, Luna. Me pones de los nervios.

Bloqueo la voz de Benjy. No está aquí.

—No te debo nada —fuerzo las palabras a pesar de que se me hace un nudo en la garganta y los ojos se me llenan de lágrimas.

—Te lo pondré bonito —Sergey me desliza hasta la esquina de la sala. Puedo ver la pista de baile muy por debajo, a mi izquierda, pero nadie nos verá aquí arriba.

Si quiero salir de esta, tengo que hacerlo yo misma.

Sergey pasa sus manos bajo mi vestido y yo me empujo contra su pecho. Retrocede un paso, pero al segundo siguiente ya está encima de mí. Tiene las manos por todas partes. El alcohol de su aliento me da náuseas.

Empujo mi rodilla hacia delante y conecto con su pene.

Sisea, pero no retrocede. Cae hacia delante, inmovilizándome contra el cristal. Me gime al oído. —Tu amiga no opuso ninguna resistencia. Se contentó con seguirme el juego.

Me paralizo. Mi corazón se detiene de golpe. —¿Mi amiga?

—La morena alegre con los brillantes. Te había echado el ojo, así que se fue con mi colega.

Mientras bailaba, durante los dos putos segundos que me permití relajarme, un imbécil atrajo a

Mariya.

¡Maldición, maldición, maldición! Podría estar en cualquier parte. Con cualquiera. Pensar en ella en otro rincón oscuro del club con algún desconocido me pone enferma.

Vuelvo a golpear inútilmente el pecho de Sergey con las palmas de las manos. —Suéltame.

Me aparta los brazos y tantea el dobladillo de mi vestido. Arrastra la mano por la parte superior de mi muslo. Aprieto las piernas hasta que creo que van a romperse.

—¡No me toques, maldición! Gritaré.

Sergey se retira el tiempo suficiente para sonreír. —Adelante. Nadie te oirá.

Tiene razón.

Nadie puede oírme. Nadie puede vernos.

Mariya está sola y tengo que llegar hasta ella.

Ahora tengo el vestido hasta la cintura y dejo volar los puñetazos. Golpeo el pecho, los hombros y la cabeza de Sergey con los puños agitados. Grita y se tambalea hacia atrás justo cuando uno le alcanza en la nariz.

El dolor me atraviesa la mano, pero apenas lo siento. No puedo sentir nada con la adrenalina que me recorre.

Hasta que Sergey retrocede y me golpea con el puño directamente en la cara.

Sus nudillos chocan con mi pómulo. Mi cabeza rebota contra el cristal que hay detrás de mí. Las estrellas se arremolinan en mi visión mientras un dolor de cabeza instantáneo ruge en mi cráneo.

Dolor. Todo es dolor.

Tanto que no puedo pensar en otra cosa.

Ni siquiera cuando el aire frío se precipita sobre mis caderas.

Cuando unos dedos extraños tiran de la cintura de mis bragas.

Cuando las pesadillas del pasado se mezclan con la fría y dura realidad de lo que está a punto de ocurrirme en el sangrante filo del presente.

YAKOV

Oleg se reúne conmigo cuando estoy subiendo las escaleras a la planta principal. —He hablado con el jefe de seguridad nada más llegar. Las cámaras de seguridad las grabaron entrando, pero las de arriba no funcionan —dice—. No funcionan desde hace más de un mes.

Claro que no funcionan. ¿Por qué algo en mi vida debería ser jodidamente sencillo?

—¿Pero Luna y Mariya subieron?

Oleg asiente. —Y estaban solas.

Saber que no están en la planta principal reduce el alcance de nuestra búsqueda, pero no mucho.

Esta planta rodea todo el club. La gente se retuerce y baila bajo las luces parpadeantes allá donde miro. Bajamos por un lado sin verlas y estamos subiendo por el otro cuando una mujer con un vestido transparente con estrellas sobre los pezones se lanza hacia mí. —¿Me invitas a una copa?

—No.

De algún modo, consigue sonreír con un mohín. —Invítame a una copa y te daré lo que quieras.

Hace unas semanas, habría aceptado su oferta solo porque me aburría. Me habría follado la cara de esta mujer, le habría echado un par de duros para una copa y habría seguido con mi noche.

Ahora, es repulsiva.

La empujo al sillón de cuero que hay detrás de ella y me muestra el dedo medio. —¡Imbécil!

Me abro paso a codazos entre la multitud, ganándome miradas furtivas y desagradables de la gente hasta que se dan cuenta de quién soy. Entonces saltan para apartarse de mi camino.

Oleg y yo bajamos por el otro lado de la planta, pero aún no hay rastro de ellas.

—¿Arriba? —sugiere Oleg.

—Tú eres el que muere si no las encontramos, así que ¿qué coño crees?

Agacha la cabeza y nos hace pasar por otra cuerda de terciopelo a la sala VIP del tercer piso.

Pasamos junto a filas de habitaciones privadas que ni siquiera me molesto en comprobar. Todavía no. Porque basta pensar en mi hermana o en Luna detrás de una de esas puertas para que

me hierva la sangre. Si las encuentro allí, todos los que estén dentro estarán muertos.

Avanzo por el pasillo y me dirijo al gran mirador del fondo. Las luces de la pista de baile parpadean tenuemente sobre las paredes rojo oscuro y los sofás de cuero negro.

Durante un segundo, no veo nada. No es de extrañar. Todos los imbéciles que consiguen pasar la cuerda VIP prefieren el anonimato que conllevan las salas privadas. No pueden pagar por follarse a camareras y volarse los sesos con drogas mientras un mar de gente con teléfonos móviles está de fiesta debajo de ellos.

Entonces, se produce un cambio en las sombras.

Veo a un hombre de pie en la esquina, de cara a la pared. Pero hay otro par de piernas entre sus pies calzados. El hombre se mueve...

Y la veo.

El rostro de Luna es blanco pálido bajo las luces que brillan a través del cristal. Sus ojos revolotean como si no pudiera mantenerlos abiertos. Luego, inclina la cabeza. Tiene un corte en el pómulo y el principio de un moratón debajo.

Oleg maldice detrás de mí, pero no lo oigo. No oigo nada más allá del torrente de sangre en mis oídos.

Cruzo la habitación en tres pasos, agarro al muerto por la espalda de su camisa de cuello barato y lo arrastro hacia atrás. El material sudoroso se desgarra en mi puño, pero aun así consigo tirarlo al suelo.

—¿Qué coño...? —murmura el hombre—. ¿Quiénes son...?

Me mira al mismo tiempo que por fin le veo la cara.

—Tú —siseo.

El imbécil de la noche que conocí a Luna.

—Eh, hombre, yo... —Sergey empieza a explicarse, retumbando entre excusas que no oigo.

Estoy demasiado ocupado viendo a Luna deslizarse por el cristal como si sus piernas no la sostuvieran. Tiene el vestido ceñido a la cintura, y entre las piernas se le ve un trozo de encaje pálido.

Me vuelvo hacia donde sigue encogido en el suelo. —Lo que ocurre a continuación te hará mucho, mucho daño.

Sergey se pone en pie, pero Oleg llega en un segundo. Le inmoviliza los brazos a la espalda.

Por mis venas corre una rabia que nunca había sentido. Podría atravesarle el pecho con el puño y arrancarle el corazón aquí y ahora.

Pero no puedo evitar volverme hacia Luna. Necesito saber si está bien. Necesito saber exactamente cuán dolorosa es la muerte que merece Sergey.

Un problema a la vez.

Le paso un brazo por detrás de la espalda y otro por detrás de las rodillas, llevándola al sofá del rincón. Cada centímetro de ella, aparte del moratón de la mejilla, es perfecto. Jodidamente impecable.

—¿Yakov? —parpadea con fuerza, lucha por mantener los ojos abiertos—. Estás... aquí.

—Estoy aquí —le enderezo el vestido y le rozo con el pulgar la mejilla hinchada. Puede que mantenga a Sergey con vida mientras dure este moratón. Para cuando empiece a desvanecerse, estará suplicando la muerte—. Dime que estás bien.

—Estoy bien. Me duele la mejilla, pero estoy... —abre los ojos de golpe. Se echa de espaldas en el sofá y mira a su alrededor—. Estaba aquí y me agarró. Estaba aquí. Sergey. ¿Está...?

—No te preocupes por él.

Ella sacude la cabeza. —Pero me agarró. Me dijo que se lo debía. Iba a...

—No va a hacerte nada —*ni a nadie. Nunca más*.

Paso mis manos por sus brazos, examinando cada centímetro de ella.

—¿Estoy bien? —pregunta en voz baja—. ¿Él...?

—Si lo dices, mataré a Sergey mucho antes de estar preparado para hacerlo —solo pensar que ahora respira el mismo aire que Luna me hace apretar los dientes. Aparto unos pelos sueltos de su cara—. He llegado a tiempo.

Se hunde en los cojines del sofá y suspira. —¿Mariya está bien?

El nombre de mi hermana me estremece. No necesito mirar alrededor de la habitación para saber que Mariya no está aquí. Estamos solos.

Luna me mira a la cara y se incorpora. —Sergey me dijo que uno de sus amigos agarró a Mariya y...

En un instante, me giro y agarro a Sergey por el cuello. Oleg tiene criterio suficiente como para soltarlo y apartarse de mi camino. Lo hago retroceder contra la pared de cristal con tanta fuerza que oigo el chasquido de sus dientes.

—¿Dónde está mi hermana?

Sergey abre mucho los ojos. —¿Tu hermana? No sabía...

—Esa no es una respuesta —vuelvo a lanzarlo contra el cristal. Esta vez, se forma una pequeña grieta en el cristal detrás de su cabeza—. Inténtalo de nuevo. ¿Dónde está mi hermana?

—No sabía que tu hermana era...

Le suelto el cuello y le golpeo la cara con el puño exactamente donde golpeó a Luna. La piel se resquebraja y la sangre se derrama instantáneamente por su mejilla. La grieta del cristal tras él se astilla aún más.

Intenta apartarse de la caída que no le mataría, aunque le dolería mucho. No se lo permito. Lo empujo más hacia el cristal.

—¿Dónde. Está. Mi. Hermana?

El cristal empieza a combarse bajo la presión. Siento la tentación de empujarlo a través de él. Pero primero necesito que responda.

—No necesitas poder andar para darme respuestas —gruño—. Te voy a empujar por esta ventana, pedazo de mierda inútil. Si se te rompen las piernas en la caída, te haré un favor y te las serrucharé.

Aprieto más fuerte contra su pecho. El cristal cruje. Gime y entonces las palabras brotan de él. —¡Mi amigo! ¡Se fue con mi amigo! Se fueron por una puerta trasera antes de que yo subiera aquí.

El cristal cede justo cuando tiro de Sergey hacia atrás. Llueven fragmentos sobre el club, dos pisos más abajo. La gente empieza a gritar, pero no les hago caso. Pateo a Sergey hacia las escaleras.

—Enséñamela.

LUNA

—Por aquí se f-fueron —balbucea Sergey. Da vueltas en el callejón húmedo como una peonza borracha—. Yo lo vi. Salieron por la puerta trasera. Debería estar... Se suponía que estaban...

Hace unos minutos, Sergey era lo más terrorífico que podía imaginar. Ahora, ese título pertenece plena y completamente a Yakov. Se cierne sobre Sergey, con una fuerza que emana de él. Golpea con una mano en el centro del pecho de Sergey y el hombre vuela contra la pared de ladrillo.

—Cada segundo de mi tiempo que pierdes es otro nudillo que pierdes —Yakov saca algo del bolsillo trasero y lo abre de un tirón. Una hoja de plata brilla en la acuosa luz amarilla de la calle. La aprieta contra el dedo índice de Sergey. Antes de que el hombre pueda suplicar, desaparece.

Observo horrorizada cómo un nudo de color pálido golpea el pavimento y rueda hasta formar un charco.

Sergey grita, pero Yakov ahoga el sonido con un antebrazo en la garganta. —Gritar hace perder segundos. Cuando acabe con los dedos, pasaré a otras partes del cuerpo.

—No lo sé —solloza, temblando bajo la mirada de Yakov—. Apenas conozco al hombre. De todas formas, todo fue idea suya. Solo quería hablar y...

Yakov desplaza la hoja más abajo, sobre el muñón ensangrentado del dedo de Sergey. Mi estómago vacío da un bandazo. Giro hacia la pared por si vomito.

Sergey vuelve a gritar. Al sonido le sigue otro corte de esclusa y aún más gritos.

Me tiemblan las rodillas. Aprieto la frente contra el ladrillo y respiro larga y profundamente.

Yakov intenta salvar a su hermana.

Sergey es un imbécil violento.

Entiendo lo que está pasando aquí, pero eso no significa que me guste.

Tras otra ronda de gritos y cortes, no aguanto más. Me doy la vuelta. —¡Para!

Yakov sujeta a Sergey por la muñeca. La sangre se derrama por los dedos de Sergey y sobre la mano de Yakov. Empapa la manga de su camisa. No mira hacia mí mientras aprieta los dientes. —Todo esto es por tu culpa, Luna. No te pongas tímida ahora que estoy aquí para limpiar tu desastre.

—¡Yo no he hecho nada! —grito.

—¡Has abandonado la puta mansión! —ruge Yakov. Cuando me mira, sus ojos verdes son negros. Apenas lo reconozco.

—Porque tú... —no puedo forzar las palabras. En cuanto Mariya me dijo que Yakov nos dejaba ir a bailar, tuve dudas. No tenía sentido. ¿Por qué iba a dejarnos vagar por la ciudad después de semanas de encierro?

Pero quería confiar en ella.

Quería pensar que Yakov confiaba en mí.

Mi estómago se retuerce de nuevo. *Todo esto es culpa mía.*

Sergey aprovecha la distracción para intentar escabullirse, pero Yakov le aprieta la hoja en el dedo siguiente.

—¡Espera! —grita Sergey—. Espera, puede que sepa algo. Puede que...

De todos modos, Yakov le corta el dedo. Más gritos. Más sangre.

—No me hagas perder el tiempo. Dilo —gruñe Yakov.

—Su apartamento —solloza Sergey—. Sé dónde vive. Puede que la haya llevado allí. Puede que estén allí.

Yakov desliza más la hoja por su dedo. —¿*Puede que*?

—¡Están ahí! —se apresura a decir Sergey—. Estarán allí. Es el único sitio al que la habría llevado.

Entre parpadeo y parpadeo, Yakov empuja la hoja bajo la barbilla de Sergey. —Si ella no está, estás muerto. Si la ha tocado, estás muerto. Si simplemente me canso de mirar tu puta cara, estás muerto.

Lágrimas y sudor se derraman por la cérea frente de Sergey. Parece a punto de desmayarse.

Puede que le vaya mejor si lo hace.

Yakov arrastra a Sergey por el callejón y yo me muevo para seguirlos antes de que Yakov gruña por encima del hombro—: Sácala de aquí, Oleg.

Oleg me alcanza, pero le esquivo. —Quiero ir contigo. Puedo ayudarte.

—No —suelta—. Llévala a casa, Oleg. *Ahora mismo*.

No me quiere cerca. Lo sé. Pero no puedo evitar intentar mantenerme cerca. Cuando me encontró por primera vez en el club, Yakov se mostró amable, preocupado. Me tocó como si fuera preciosa.

Ahora, ni siquiera soporta mirarme.

Tengo que arreglar esto.

Oleg me agarra del brazo, pero yo me zafo de un tirón. Me lanzo hacia Yakov. —Mariya también me importa. Quiero asegurarme de que está bien.

Yakov tira a Sergey al suelo y se eleva sobre mí. Sus bordes familiares tiemblan de rabia apenas contenida. —Si te preocuparas por ella, no la habrías dejado salir de casa. Pensé que la vigilarías. Confiaba en que tú... —corta de un tajo lo que estaba diciendo, con la ira brillando en su rostro.

Las lágrimas me nublan la vista. Yakov es la ira misma delante de mí antes de girar sobre sí mismo y levantar a Sergey del suelo de un tirón. —Levántate —ladra.

Me limpio las lágrimas que caen por mis mejillas. —Yakov, por favor. Quiero arreglarlo.

Quiero recuperar a Mariya. Quiero que Yakov me mire como lo hizo en el club. Como lo hizo esta mañana, antes de irse con Nikandr, y empecé a recorrer el camino que nos condujo hasta aquí.

—Ya has hecho bastante —no se da vuelta antes de que él y Sergey doblen la esquina.

YAKOV

Nikandr está de pie en la acera, delante del edificio de apartamentos al que me trajo Sergey. Me detengo junto al bordillo y bajo la ventanilla.

—Mierda —dice, evaluando a Sergey—. Odio cuando te diviertes sin mí, hermano.

No fue divertido. Ni un solo segundo.

Normalmente, disfrutaría castigando a alguien que se lo merece como Sergey. Pero mi mente estaba en otra parte. Con Mariya.

Y Luna.

—No puedo ir —gime Sergey. Se desploma en el asiento del copiloto—. He perdido demasiada sangre.

—Déjame ver —Nikandr le agarra la mano y tira de ella hacia la ventana. Sergey gime cuando Nikandr se la devuelve. —No te vas a desangrar por unos dedos, cabrón. Agradece que no haya sido tu polla.

Nunca digas nunca. La noche es joven.

—¿Cómo es que estás aquí, Nik?

Debería haber llamado a Nikandr cuando salí del club. No pensaba con claridad. No tengo la cabeza bien puesta desde que vi el moratón en la cara de Luna.

—He rastreado el teléfono de Mariya hasta aquí. Está dentro, en alguna parte.

Su teléfono está dentro, al menos. Llevo demasiado tiempo viviendo en este maldito mundo como para tener esperanzas sin pruebas. No voy a suponer el mejor de los casos hasta que vea a Mariya viva con mis propios ojos.

—Parece que, después de todo, no necesitaba este peso muerto —digo, señalando con el pulgar a Sergey—. Podría haber dejado que se pudriera en el callejón como se merece.

Sergey empieza a decir algo, pero Nik se inclina sobre él para mirar al asiento trasero. —Espera. ¿Dónde está Luna?

—En casa —digo rotundamente. No dejo que mi cara muestre toda la mierda que me quema por

dentro cuando se trata de esa mujer exasperante.

Sergey lucha por incorporarse, con los ojos repentinamente muy abiertos. —No soy un peso muerto. Te llevaré al apartamento. Directamente a él. Te ahorrará tiempo.

Nikandr resopla. —Creía que estabas demasiado débil para andar.

—¡Quiero ayudar!

—Quieres decir que quieres mantener el resto de tus miembros donde están —doy la vuelta al coche y lo arrastro hasta la puerta—. Pero lo que tú quieras no importa. Llévame con mi hermana. Yo decidiré lo que ocurre a continuación.

Sergey cojea por el podrido edificio de apartamentos como si le hubiera cortado los dedos de los pies en vez de los de las manos. Hay manchas amarillas de agua en las baldosas del techo abatible y moho acumulándose en las esquinas. Todo el puto lugar debería estar clausurado.

Después de esta noche, puede que me asegure de ello.

—No puedo creer que Mariya no saliera corriendo y gritando cuando vio este lugar —murmura Nik.

—Probablemente no tuvo esa opción.

Maldice en voz baja, dándose cuenta de lo mismo que yo en cuanto entré en el callejón y Mariya no estaba allí.

Nuestra hermana pequeña es rebelde. Quiere adentrarse en el peligro y poner a prueba sus límites, pero no es estúpida. No se habría ido con un tipo que no conocía, sobre todo con Luna esperándola dentro.

Si abandonó Suono, no fue porque quisiera.

—La lista de personas a las que matar aumenta cada día —suspira Nik.

Subimos unas escaleras desgastadas y Sergey se detiene ante el primer apartamento del segundo piso. Acuna la mano ensangrentada en la camisa e inclina la cabeza hacia la puerta. —Ahí dentro.

—¿Es este? —pregunta Nik—. ¿Estás seguro?

Sergey comprueba dos veces el número del apartamento. —Estoy seguro.

Lo empujo hacia la puerta. —Llama a la puerta. Dile que eres tú.

De mala gana, le suelta la mano izquierda y llama suavemente a la puerta. —Hola, Ryder, hombre. Soy yo.

Nik está arrimado a la pared junto a la puerta, con la pistola preparada. Yo espero al otro lado.

—Otra vez —ladro cuando nadie responde.

Sergey golpea con más fuerza. —¡Ryder! Abre!

Se oye movimiento desde el interior del apartamento. Luego, una voz grave. —Vuelve más

tarde.

Nik le da un codazo a Sergey. —Abre la puerta.

Sergey prueba el pomo y sacude la cabeza. —Está cerrada.

—No tengo puto tiempo para esto —gruño.

Pateo a Sergey hacia Nik, que lo agarra por el cuello para que no corra. Luego, me inclino hacia atrás y dirijo mi hombro y todo mi peso directamente hacia la puerta.

El marco de la puerta está tan deteriorado como el resto del edificio, así que, cuando lo golpeo, la moldura se astilla y se desprende de la pared y nos encontramos mirando a través de la puerta, ahora abierta, el apartamento de Ryder.

Es pequeño. Lo que significa que no hace falta más que una mirada al interior para ver a un hombre corpulento con las manos encima de mi hermana.

Se vuelve hacia la puerta y Mariya golpea con los puños el pecho del hombre. —¡Yakov! ¡Socorro!

El temblor de su voz es una inyección de adrenalina directa a mi pecho. Es como aquel día en el partido de fútbol de Nikandr.

Mi padre desangrándose en mis brazos. Nik y Mariya buscándome por ayuda, respuestas.

Ese día vieron horrores que no deberían haber visto. Cosas de las que debería haberlos protegido.

Igual que era mi trabajo proteger a Mariya de esto.

De él.

Salto por encima de los restos destrozados de la puerta principal y aterrizo con ambos pies en medio del salón.

Ryder se aleja de mi hermana, con las manos en alto. —Vaya, hombre. ¿Es tu chica? No me lo ha dicho. Yo no sabía nada.

Tiene más de treinta años, por lo menos. Sabía que Mariya era demasiado joven para él, aunque no supiera nada más.

—Es mi hermana —gruño.

Nik se mueve detrás de mí, con Sergey todavía a remolque, y coge a Mariya del sofá.

—Me obligó a subir a su coche —solloza Mariya, aferrándose a Nik—. Yo no quería ir.

Ryder abre mucho los ojos. Sacude la cabeza. —Ella quería. De todas formas, no iba a follármela. Solo tontear. Solo estábamos...

Cada gramo de rabia que me he tragado en la última hora sube como un puto tsunami. No hay forma de controlarla.

Arranco a Ryder del sofá. Se agarra a mis manos, intentando zafarse de mí, pero no tiene ni una puta oportunidad.

Mi visión se enrojece cuando golpeo su cabeza contra la esquina del único mueble de aspecto robusto que hay en la habitación. La sangre salpica la superficie. Riachuelos de rojo se escurren sobre la alfombra manchada. La mesita gime con cada golpe de su cráneo contra la madera, pero no se dobla.

Así que lo hago otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

El cuerpo de Ryder está inerte y sin vida antes de que por fin me obligue a parar.

Incluso cuando arrojo su cadáver sobre el sofá, la furia que hay en mí no se ha agotado ni mucho menos.

Cuando me doy la vuelta, Mariya no mira al muerto que tengo detrás ni la sangre. Está acostumbrada. Más acostumbrada a la violencia de lo que yo desearía. Tiene marcas de lágrimas en la cara, pero ya no llora. Ahora sus ojos están fijos en los míos.

—¿Dónde está Luna? —grazna.

—¿En qué coño estabas pensando, Mariya? Podrían haberte matado.

Ella frunce el ceño. —No iba a matarme.

—Violarte no es precisamente un premio, hermanita —añade Nik—. Esto es malo.

El fracaso que podría haber sido esta noche se repite en el fondo de mi cabeza. Si hubiera llegado unos minutos tarde al club. Si hubiera perdido otro minuto gritándole a Luna en el callejón. Un giro equivocado. Una pista perdida. Y *zas*, un puto desastre.

—Nunca deberían haber pasado la verja —le gruño a Nik.

Aprieta la mandíbula con fuerza. Como jefe de seguridad, fue su fracaso tanto como el mío. Él lo sabe. —Me encargaré. Van a ser más rigurosos. Creían que Luna podía salir.

De nuevo, su nombre se mueve incómodo dentro de mí.

—Le mentí —dice Mariya rápidamente—. Ella no lo sabía. Le dije que tenía tu permiso. No es culpa suya.

Ignoro a Mariya y miro a Nik. —Llévala a casa.

—¡Yakov! —chasquea—. Escúchame. No fue culpa suya. Le mentí sobre...

—*¡Vete a casa!* —grito tan alto que mi voz hace sonar las paredes.

Mariya retrocede bruscamente, con los ojos muy abiertos. Retrocede hacia el pecho de Nikandr y mi hermano la empuja hacia la puerta.

La puerta sigue siendo una boca destrozada de madera triturada, así que no hay mucha intimidad. Pero esto servirá.

Es suficiente para que por fin, misericordiosamente, abra la caja que tengo en el pecho. La bestia

negra se desliza y se enrosca alrededor de mi corazón, igual que yo enrosco mi mano alrededor del cuello de Sergey.

El hombre ha estado acurrucado en un rincón desde que le partí el cráneo a su amigo. Ahora, cuelga de mi agarre, susurrando lo que parece una plegaria.

—Si Dios existe, te dio la espalda hace mucho tiempo, amigo mío.

Lo arrojo contra la mesa de café ensangrentada. Cae al suelo y se levanta al instante de rodillas. —Por favor. Por favor. Nunca toqué a tu hermana. No quería que pasara nada de esto. Todo fue cosa suya, de Ryder. Fue idea suya.

—¿Y dónde estaba Ryder cuando le pusiste las manos encima a mi mujer? —gruño.

Sergey llora demasiado como para formar palabras. De todos modos, no hay ninguna que pueda salvarlo.

Agarro su mano izquierda arruinada y la extiendo. Los muñones de sus dedos han dejado de sangrar, pero están rojos y palpitantes. Sin embargo, cuando vuelvo a pisarla, la sangre empieza a correr de nuevo.

—¿Dónde estaba Ryder cuando tenías las manos bajo su vestido? —siseo, retorciéndole la muñeca izquierda hasta que se rompe.

Grita tan fuerte que no me oye. No pasa nada. Ya no me importa.

—Ryder no estaba allí cuando le diste un puñetazo en la cara y la forzaste contra la pared. ¿Usaste esta mano? —pregunto, levantando su mano derecha.

Antes de que pueda responder, aprieto el gatillo de mi pistola contra su palma.

La pólvora y la carne explotan en el pequeño espacio. El olor a piel quemada llena el aire.

Entre el disparo y los gritos de Sergey, uno de sus vecinos podría haber llamado a la policía. O, en vista del barrio en el que estamos, quizá no.

En cualquier caso, he terminado con él.

Su boca se forma en torno a lo que serían sus últimas palabras, pero le aprieto la pistola en la cabeza. Con un último disparo, Sergey cae al suelo, convertido por fin en el saco de carne inútil que siempre supe que era.

Miro el cuerpo roto de Sergey, pero la bestia de mi pecho no vuelve a su jaula. Se enrosca con más fuerza alrededor de mi corazón, llenándome los pulmones. Crece, quiere más.

Deseándola.

Pero ya me entregué a eso. Tomé ese camino y nos condujo hasta aquí.

No volveré a seguirlo.

LUNA

Permanezco junto a la ventana de la habitación de Yakov y observo las luces que se mueven por el camino de entrada.

Nikandr y Mariya volvieron hace media hora. Podía oír sus voces apagadas en la cocina, así que me quedé en mi habitación.

Ya has hecho bastante.

No puedo quitarme de la cabeza la voz de Yakov. Me miró como si yo fuera tan mala como Sergey. Como si les hubiera entregado a Mariya a Sergey y a su amigo en bandeja de plata.

En cierto modo, bien podría haberlo hecho.

Es la última vez que creo en la palabra de Mariya. Cualquier cosa que me diga será doble y triplemente confirmada la próxima vez.

Si hay una próxima vez.

Aparto ese pensamiento cuando veo a Yakov salir de su coche y entrar furioso. La puerta principal se abre de golpe y enseguida empiezan los gritos. Sea lo que sea lo que Yakov ha estado haciendo durante los últimos treinta minutos, no sirvió de nada para calmarlo.

—¡Escúchame! —grita Mariya.

Pero Yakov no acepta órdenes de nadie. —Esta noche te he salvado el culo, Mariya. Han puesto precio a mi puta cabeza, pero estaba ahí fuera salvándote. Podrían habernos matado a los dos.

¿Pusieron precio a su cabeza? ¿Alguien intenta matarlo?

Esto es nuevo para mí, pero Mariya parece pasarlo por alto. —Tipos repugnantes hay en todas partes. ¿Se supone que debo permanecer en una burbuja aislada porque los hombres son pervertidos?

—Se supone que debes tener un guardia contigo en todo momento —interrumpe Nik—. ¡Se supone que alguien debe saber dónde estás para que podamos parar las cosas antes de que te metan mano en el sofá de algún pedófilo!

—Que se jodan los guardias —ladra Yakov—. Estarás tan encerrada que desearás estar en una burbuja. Tu teléfono será confiscado, tu portátil también, cualquier cosa que puedas utilizar para

contactar con alguien fuera de esta casa se ha ido.

—¡No es justo! —grita Mariya.

—La vida no es justa. Si lo fuera, estarías de vuelta en esa casa de mala muerte, pagando las consecuencias de tu decisión increíblemente estúpida de esta noche.

Ella jadea. —¿Crees que me lo merecía?

—Creo que las acciones tienen consecuencias. Tienes suerte de que sea yo quien reparta las consecuencias y no el puto Ryder.

Me siento con las piernas cruzadas en medio de la cama, de cara a la puerta, y escucho cómo Yakov y Mariya se gritan durante horas. Finalmente, cuando Mariya se queda afónica de tanto gritar, Yakov la coge en brazos y la lleva a su habitación. Solo sé que ha cerrado la puerta porque empieza a aporrearla unos segundos después de que la oiga cerrarse.

Soy la siguiente.

Me preparo para que Yakov atraviese mi puerta y me grite como merezco. Espero y espero... pero Yakov nunca llega.

La casa se queda en silencio y yo sigo sola. Sigo sentada en medio de la cama, mirando fijamente a la puerta. En cierto modo, eso es peor.

Por lo menos, si grita, tendría pruebas de que le importo.

A medida que pasan las horas y continúa el silencio fuera de la puerta de la habitación, incluso Mariya por fin deja de aporrear la puerta y se va a dormir, me siento más sola de lo que me he sentido en mucho tiempo.

Pensé que, una vez que Yakov recuperara a Mariya sana y salva, las cosas mejorarían. Se enfadaría, pero podríamos superarlo. Podría perdonarme.

Tal vez no haya perdón para esto. Tal vez metí la pata por última vez.

Permanezco un rato tumbada en la cama, agarrándome el estómago revuelto, hasta que salgo disparada de la cama y caigo de rodillas frente al retrete. No tengo nada en las tripas, excepto un estúpido trago. Una vez que la bilis desaparece, vomito una y otra vez. Pero no hay alivio. Todavía se me revuelve el estómago cuando vuelvo al dormitorio y me acurruco en el lado de Yakov en la cama.

Esta noche ha sido estresante. Para todos nosotros.

Las cosas irán mejor por la mañana, promete una vocecita en mi cabeza.

Cierro los ojos e intento desesperadamente creerme la mentira.



EL OLOR del tocino me saca de la cama a la mañana siguiente.

No porque quiera desayunar; aún tengo náuseas de anoche. No, es la promesa de Yakov de pie en la cocina con una espátula en una mano y una sartén en la otra lo que me pone en pie.

Camino por el pasillo anhelando siquiera una pizca de normalidad a la que aferrarme. Las cosas no pueden ir tan mal si Yakov está preparando el desayuno.

Entonces, doblo la esquina y mis endebles esperanzas se convierten en cenizas.

—Buenos días —dice Hope, con una sonrisa forzadamente alegre en la cara—. Voy a prepararle algo de comer a Mariya. ¿Quieres algo?

Por si el olor del tocino no fuera suficiente, ver los huevos rotos en el cuenco junto a los fogones casi me lleva al límite.

Lucho contra una arcada y sacudo la cabeza. —No, estoy bien. Gracias.

Hope echa los huevos en la sartén y dice suavemente—: Deberías comer algo. Después de la noche que has pasado.

—Las noticias vuelan por aquí.

—La voz de Yakov viaja rápido —murmura.

Estupendo. Ahora todos en la mansión saben lo mucho que la he cagado. Si no eran ya miembros vitalicios del Equipo Yakov, lo serán ahora que casi consigo que lo maten a él y a su hermana.

Miro fijamente la encimera mientras Hope termina de cocinar, respirando por la boca para evitar demasiados olores del desayuno. Vomitar sobre la encimera tampoco me haría quedar bien con el personal.

Cuando Hope por fin desliza los huevos, el tocino y las tostadas en un plato, me levanto. —Se lo llevaré a Mariya si quieres.

Hope acerca el plato a su pecho como si fuera a robarlo y salir corriendo. —No estoy segura de si el Sr. Kulikov querría...

—Mientras permanezcamos en la casa, no creo que a Yakov le importe.

Mentira. Si estuviera hablando conmigo ahora mismo, probablemente me diría que me mantuviera lo más lejos de su hermana que sea humanamente posible.

Hope se muerde el labio inferior.

—Dile que te he dominado, si eso te hace sentir mejor —le ofrezco.

—No nos ha dado ninguna orden en lo que a ti respecta —dice finalmente, entregándome el plato—. Hasta que lo haga, esto me parece bien.

—¿Necesitaré una llave?

—El Sr. Kulikov abrió su habitación esta mañana temprano.

Es una buena señal. Al menos, para Mariya.

Intento que el pavor no se acumule en mi estómago vacío mientras llamo a la puerta de la

habitación de Mariya.

—Vete —responde de inmediato.

Vuelvo a llamar. —Soy yo.

Hay un lapso de silencio en el que creo que toda la familia me está aplicando la ley del hielo. Van a hacer como si yo no existiera hasta que me rinda y me vaya.

Entonces, la puerta se abre de par en par.

Mariya ya está volviendo a la cama, así que la sigo dentro y cierro la puerta tras de mí.

Se desliza bajo las mantas y se acurruca de lado. —No tengo hambre.

—Yo tampoco —admito. Dejo el plato de comida sobre su cómoda y me apoyo en los cajones—. Anoche fue un asco.

Se limpia el rímel que aún le corre por las mejillas. —Eso es poco. Nunca había visto a mi hermano tan enfadado.

—¿Cuál?

—Los dos —hace una mueca—. Nikandr siempre ha sido el más frío, pero incluso él estaba molesto conmigo. Yakov estaba... nuclear.

—Te ha abierto la puerta. Eso es un paso en la dirección correcta.

Se encoge de hombros. —Probablemente suene raro, pero... me sentía mejor cuando la puerta estaba cerrada.

—¿Por qué?

—Cuando estaba encerrada aquí, podía fingir que me sentía como una mierda porque mi hermano es un psicópata controlador. Pero ahora, está abierta y... sigo sintiéndome como una mierda —deja caer la cara entre las manos—. La he cagado de verdad.

—Yo también, Mariya. Esto es culpa mía tanto como tuya.

—No. Yakov lleva diciéndome desde que llegué que estamos en peligro. Es decir, yo estaba allí cuando mataron a mi padre. Sé lo mal que pueden ir las cosas. Debería haber escuchado.

—Yakov me confió tu seguridad. Todo esto es culpa mía. No debería haberte dejado ir.

—No podrías haberme detenido —suelta una carcajada sin gracia—. Lo siento, pero es verdad. ¿Qué ibas a hacer, atarme?

—Debería haberlo hecho. Habría sido más seguro.

—Pero te habría odiado para siempre.

—Te perdonará —digo mientras se me hace un nudo en la garganta—. Te quiere, Mariya.

Mariya abre la boca para decir algo, pero no me quedo a oírlo. Doy vueltas hacia su cuarto de baño y apenas llego al retrete antes de vomitar. No sale nada, pero mi cuerpo lo intenta una y

otra vez.

Cuando por fin me balanceo sobre los talones, Mariya está de pie en la puerta. —¡Vaya!

—Es solo el estrés —le digo—. He tenido náuseas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Desde anoche —respondo rápidamente—. Todo el día de ayer, en realidad... Parte del día anterior, también. Ha pasado tiempo, supongo.

No me extraña. Mi vida lleva un tiempo patas arriba. Por fin mi cuerpo lo está procesando todo.

Me enjuago la boca en el lavabo y Mariya se da la vuelta y entra en su habitación. La oigo rebuscar en unos cajones mientras me limpio la cara. Cuando termino, Mariya está de nuevo en la puerta, con una cajita en la mano. —Coge esto.

—¿Es una medicina o algo así? —pregunto cogiéndolo.

Hace un gesto de dolor. —No del todo. En realidad, todo lo contrario. Si la usas, las cosas podrían complicarse *mucho* más por aquí.

Miro hacia abajo... a la prueba de embarazo que tengo en las manos.

LUNA

—¿Luna? —Mariya me sacude los hombros—. ¿Sigues con nosotros?

Parpadeo y la miro. —¿Qué?

—Llevas un rato mirando esa caja. Empezaba a preocuparme un poco que se te derritiera el cerebro.

—No. Aquí no hay ningún cerebro derretido. Estoy bien. Totalmente bien.

Maldición, maldición, maldición.

—¿Así que no estás perdiendo la cabeza? —pregunta.

—¿Sobre qué? ¿Esto? —levanto la caja y suelto una carcajada. Sale alta y chirriante—. No. Desde luego que no.

No recuerdo cuándo fue mi último periodo. Antes de conocer a Yakov, seguro. No he tenido ninguno desde que estoy aquí. De hecho, ahora debería tener la regla.

Mierda, mierda, mierda.

—Antes de que preguntes por qué tengo esa prueba de embarazo —empieza Mariya.

Me abalanzo sobre ella, apuntándola ya con el dedo. —¿Por qué demonios tienes pruebas de embarazo? ¡Mierda, Mariya! ¿Estás...?

—¡No! —agita los brazos como si intentara ahuyentar a un demonio—. No. Rotundamente no. Ni siquiera pronuncies esas palabras.

Suspiro. Gracias a Dios. —Vale, ¿y por qué la prueba?

—Teniendo en cuenta todo lo que pasó anoche, el plan está oficialmente cancelado, pero puede que haya planeado plantarlas en algún sitio y asustar a mis hermanos. Solo por diversión.

La miro boquiabierta. —¡Mariya! Habría sido la peor broma del mundo. No tiene gracia.

—No pretendía ser graciosa. Quería asustarlos. Pero creo que lo de anoche asustó a todos más que suficiente. Como he dicho, el plan se ha cancelado.

—Que siga así —digo bruscamente.

Entonces, vuelvo a mirar la caja que tengo en la mano.

—No. Se acabaron las miradas —Mariya me arrebata la caja de la mano y la desgarra—. No vamos a tener un arrebato existencial hasta que sepamos que es necesario. Si hay un bollo en ese horno, *entonces* puedes mirar fijamente al espacio y contemplar tu futuro.

Mi futuro.

—Dios mío. Tengo veinticuatro años.

Mariya frunce el ceño. —¿Te golpeaste la cabeza anoche? ¿Debo preguntarte en qué año estamos? Dime quién es el presidente.

—Tengo veinticuatro años —repito lentamente—. Se supone que aún no tengo hijos. Ni siquiera estoy casada. Ni siquiera tengo pareja.

—Estás con Yakov.

Bendita sea Mariya y las ingenuas lentes de adolescente con las que ve el mundo, pero no tiene ni idea de lo que está hablando. Le quito la caja y me acerco a la puerta del baño. —Me voy.

—¿Y la prueba?

—Más tarde —digo—. La usaré más tarde.

O quizá nunca. Es entonces cuando estaré preparada para saber que estoy embarazada.

—¿Pero no quieres saberlo? —pregunta.

No. Una ración de negación a la mesa tres, por favor y gracias.

—Además, ahora mismo ni siquiera tengo ganas de mear —sonrío, esperando que parezca más real de lo que parece.

—Hay zumo con mi desayuno. Puedes tomarlo si...

Salgo de su cuarto de baño antes de que pueda terminar. Probablemente parezca que estoy huyendo, pero no importa. Es exactamente lo que estoy haciendo.

De vuelta a mi habitación, cierro la puerta y apoyo la cabeza contra la madera. Me invade otra oleada de náuseas. Respiro profundamente hasta que se me pasa.

Incluso cuando se ha ido, no se ha ido realmente. Mi cuerpo se siente raro. No puedo decidir si es real o todo está en mi cabeza.

Esta mañana ha sido tan estresante como anoche. Podrían ser más náuseas inducidas por el estrés. Pero nunca me había pasado.

Por otra parte, tampoco había sido nunca secuestrada por un jefe Bratva y luego casi agredida por un hombre que me dejó plantada en una cita.

Últimamente he tenido muchas primeras veces.

Como estar embarazada. Sería la primera vez.

—Oh, Dios —gimo.

Mariya puede tener una visión simplista de la vida y las relaciones, pero no se equivocaba. Dar vueltas antes de saber si estoy embarazada o no es una pérdida de tiempo.

Llevo las pruebas al cuarto de baño y cierro la puerta.

Hacen falta varias rondas de respiraciones profundas y paseos por el palaciego cuarto de baño principal de Yakov antes de que por fin desenvuelva la primera prueba. Hago mis necesidades con los ojos cerrados todo el tiempo y, cuando termino, la dejo boca abajo sobre la encimera. Luego, paso el triple de tiempo de lo habitual lavándome las manos.

Probablemente será negativo. Casi seguro, ¿no? Mariya me metió la idea del embarazo en la cabeza y me asustó. Pero las probabilidades de que esté realmente embarazada son escasas.

Claro, Yakov me quitó el teléfono, lo que significa que no tenía el recordatorio de la alarma diaria para tomar mi anticonceptivo. Pero me he acordado de tomarlo a tiempo. Por lo general. Una píldora olvidada no es el fin del mundo.

La tensión en el pecho desaparece. Incluso las náuseas parecen mejorar.

—Me estoy volviendo loca por nada —digo mientras cojo la prueba.

Aún no han pasado tres minutos completos, pero no necesito esperar todo el tiempo solo para ver una ventana de prueba vacía.

Excepto que cuando doy la vuelta a la prueba, la ventana no está vacía. Hay una línea azul sólida.

Miro fijamente, esperando que la línea desaparezca entre parpadeo y parpadeo.

Aún no han pasado los 3 minutos completos. La línea debería ser tenue, si es que hay algo. Debo de estar viendo mal.

—Está defectuosa —rompo la siguiente prueba con dedos temblorosos—. Está rota.

Esta vez, hago pis y miro enseguida a la ventana.

Solo han pasado unos segundos, pero se está formando otra línea azul. Se oscurece cuanto más la miro.

Mierda, mierda, mierda.

Llaman a la puerta del dormitorio. Antes de que pueda siquiera procesar lo que está ocurriendo, tiro los dos pruebas a la papelera.

—¿Luna? —llama Mariya desde el pasillo.

Abro la puerta y me apoyo en el marco. Creo que sonrío, pero en realidad no siento mi cara. Me tiembla todo el cuerpo.

Estoy embarazada.

—¿Y bien? —se muerde el labio inferior—. ¿Lo hiciste?

—Todavía no. En realidad me encuentro mejor.

Se me acumula la saliva en la boca. Se me revuelve el estómago. Voy a vomitar.

Estoy embarazada.

Los niños no estaban en mi radar. No han estado en mi radar. Ni siquiera cuando estaba con Benjy. No siempre me di cuenta de lo malsana que era nuestra relación, pero nunca pude imaginarme un futuro con él. Pensar en nosotros dentro de cinco años era como mirar a través de una cámara con la tapa del objetivo puesta. Sabía que debía de haber algo ahí, pero estaba segura de que no podía verlo.

—Igual deberías tomar una, Luna. Por si acaso.

—Lo haré más tarde —le digo—. Ahora mismo, voy a intentar dormir un poco más. Estoy cansada.

Mariya entrecierra los ojos como si pudiera ver a través de mi mentira. Pero luego asiente. —Vale. Luego hablamos.

No pensaba mentir. Pero no me atrevía a decir las palabras en voz alta: *Estoy embarazada.*

En cuanto se lo cuente a alguien, parecerá demasiado real.

Además, probablemente debería decírselo primero a Yakov.

Si es que me habla.

YAKOV

Nik me acerca el taburete del bar. —¿Las cosas siguen tensas en casa?

Eso requeriría estar en la mansión el tiempo suficiente para saberlo. Llegamos tarde a casa y me fui antes de que saliera el sol.

—No sé a qué te refieres.

Se acerca y me da un golpecito en el vaso. —Apenas es mediodía y hemos quedado en un bar en vez de en tu despacho.

—Quería un trago.

—Anoche te acabaste media botella de bourbon del carrito del bar después de que nos ocupáramos de Mariya. Si fueras cualquier otra persona, hoy ni siquiera estarías de pie.

—Menos mal que no soy nadie más.

Asiente. —Tienes razón. Eres mi hermano. Por eso te diré que no puedes beberte a la rubia que duerme en tu cama.

—Eres mi segundo, no mi puto padrino de alcohólicos anónimos —gruño.

Nik ni se inmuta. Se limita a levantar la mano hacia el camarero, indicándole que tomará lo mismo que yo. —Creo que hay que estar sobrio para ser un padrino.

El camarero le desliza un trago a Nik y me da otro a mí. Le dije que se asegurara de que mi vaso estuviera lleno hasta que yo dijera basta. *Si* es que digo basta. No pienso hacerlo.

Sin embargo, en realidad no he venido aquí a beber. Pensé que un lugar sin ventanas y con clientes que saben ocuparse de sus propios asuntos era una buena elección mientras hubiera un precio por mi cabeza. El alcohol era solo una agradable ventaja.

—¿Sigue Mariya encerrada en su habitación? —pregunta Nik.

—La abrí antes de salir esta mañana. Mientras no vuelva a gritar, permanecerá abierta.

—¿Y Luna?

Mis músculos se tensan. Su nombre es como uñas en una pizarra en mi cerebro. —¿Qué pasa con ella?

Nik se encoge de hombros. —Solo me preguntaba si ya habías hablado con ella sobre...

—No hay nada de qué hablar. Me ha desobedecido.

—Creo que también pagó el precio por ello. Ese imbécil de anoche la asustó mucho.

No puedo cerrar los ojos sin ver a Luna desplomada en mis brazos, con la cabeza apoyada en mi brazo. —Casi hace que maten a nuestra hermana.

—Quiero decir, sí, pero tienes que admitir que Mariya habría llegado allí de una forma u otra.

—No si Luna hubiera alertado a los guardias como debía. No si me hubiera llamado.

No si me hubiera quedado más cerca de casa. No si hubiera mantenido a Luna bajo vigilancia constante.

—Mariya le mintió. Ella lo admitió. Luna no sabía...

—Ella lo sabía —gruño—. Sabía que no la habría dejado marchar.

Nik pasa el dedo por la condensación alrededor de su vaso. —La llevaste a una cita. Quizá pensó que confiabas en ella lo suficiente como para dejarla marchar.

Es verdad. Ese fue mi error.

—Sé lo que pasó anoche. No te dije que nos viéramos aquí para escuchar la versión de Luna.

Nik levanta ambas manos. —Solo estoy comprobando.

—No te molestes —digo bruscamente—. Dime lo que has averiguado.

Su mandíbula se mueve de un lado a otro. Luna no solo se ha colado en mi confianza, sino que ha infectado a toda mi puta familia.

Cuanto antes se vaya, mejor.

Finalmente, Nik suspira. —Tengo buenas y malas noticias. Como anoche fue un asco, empezaré primero por las buenas: por fin tengo un contacto sólido para el traficante de armas de Akim. Budimir está dispuesto a reunirse contigo cuando fijes la fecha.

Por fin. Un avance. No estoy acostumbrado a encontrarme con tantas calles ciegas. Las dos últimas semanas me han dejado demasiado tiempo libre. Estar ocupado es más fácil. Mantiene mi cabeza libre de distracciones.

—Debemos reunirnos con él lo antes posible. Akim tiene a todos los aspirantes a asesinos de la ciudad apuntándome. Asesinar a su principal fuente de ingresos me parece justo.

—Ahí vienen las malas noticias —se estremece—. Akim ha cancelado la orden y planea eliminarte él mismo.

—¿La mala noticia es que Akim es aún más idiota de lo que pensábamos? No puede matarme.

—No, pero se dice que planea eliminarte... cuando te reúnas con Budimir.

Ahí lo tienes.

—¿Qué tan sólida es tu fuente esta vez?

—Sólida como una puta roca —dice—. Lo he confirmado.

Rechino los dientes. —Entonces, tenemos una fuga.

—Quizá Boris era un agente doble, después de todo. Antes de que lo asesinaran, claro —añade Nik.

Si Akim sabe que planeamos reunirnos con Budimir, sabrá que voy a por él financieramente. Se preparará para ello.

—Ahora ya no importa. El plan se ha ido a la mierda.

—¿Significa eso que nos echamos atrás?

Sacudo la cabeza. —No. Quiero que Akim piense que tiene ventaja. Tenemos que reunirnos con Budimir para que Akim piense que va un paso por delante de nosotros. Así podremos cogerlo desprevenido.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —Nikandr sonríe—. ¿Vamos a acabar por fin con Akim Gustev?

Sonrío. —Bebe, hermano. Tenemos trabajo que hacer.

~

CONDUZCO hasta la casa por la verja lateral y entro por las puertas del patio, pero Luna está esperando en la cocina.

Es la primera vez que la veo desde el callejón. Tiene el pelo recogido detrás de una oreja, y el moratón en lo alto del pómulo ha adquirido un desagradable color púrpura.

Sergey ya está desmembrado y descomponiéndose en algún barril de ácido, pero mis puños siguen apretados. Debería haber alargado más su muerte. Haberlo hecho sufrir por todo lo que le hizo. Todo lo que *quiso* hacerle.

Luna me oye y se levanta. —Ya estás aquí.

Lleva unos pantalones de chándal míos enrollados en la cintura y una camiseta de tirantes. Quiero arrancárselos. Pero sé a dónde me llevaría eso.

Nada bueno.

—Es mi casa.

—Claro, sí —se muerde el labio inferior—. Estuviste fuera todo el día.

Paso por delante de la isla. Si espera una explicación de dónde he estado, morirá esperando. No le debo nada. Ya le he dado más que suficiente. Lo único que quiero es llegar a mi despacho y dormir unas horas.

Entonces, sus dedos rodean mi codo. Su mano está fría y lo primero que pienso es que debería

subir la calefacción si ella está incómoda. *Maldición, ¿qué me pasa?*

Me alejo de ella.

—Perdona, yo... —retira la mano—. ¿Podemos hablar? Solo será un segundo.

—No.

Voy a acabar con Akim y luego Luna podrá volver a su vida. No necesito hablar de eso; solo necesito hacerlo, maldición.

Sigo caminando, pero ella vuelve a alcanzarme. —Yakov, por favor.

Le arranco la mano de mi brazo. —No.

—Sé que estás enfadado conmigo —dice de todos modos—. Si no quieres hablar conmigo, no pasa nada. Pero necesito decirte...

Dejo caer la mano a su lado. —Ahora mismo no quiero ni verte, maldición.

El dolor se extiende por su rostro. Aparto los ojos de ella, sobre todo porque me duele demasiado dejarlos allí.

Cada vez que la miro, veo a Sergey de pie junto a ella en un rincón oscuro.

Cada vez que la miro, siento el dolor hueco en el pecho que empezó en el momento en que llegué a casa y me di cuenta de que Luna y Mariya se habían ido.

Cada vez que la miro, solo veo lo jodidamente estúpido que fui al dejar que esa mujer se metiera en mi piel, en mi cabeza, en mi cama, en mi corazón.

—Quiero respetar tu espacio —susurra, con la voz aguada—. Solo creo que hay algo que deberías saber.

Incluso ahora, quiero calmar el temblor de su barbilla. Me pican las manos por apretarla contra el mostrador y borrar todo recuerdo de las manos de Sergey sobre ella. —No necesito saber nada de ti, Luna. Nada de ti tiene que ver conmigo.

Su rostro está pálido.

Esto es lo correcto. Lo que debería haber hecho desde el principio.

—No lo dices en serio —respira.

—No tengo una buena razón para mentir. Ya no.

—¿Cuándo has mentido? Me dijiste que habría secretos, pero juraste que no me mentirías.

—Todo lo que hice fue para asegurarme de que no me culparan de tu muerte. Si hubiéramos salido a cenar y hubieras aparecido muerta esa noche, habría tenido todas las miradas puestas en mí. Pero pronto podré librarme de ti.

—¿*Librarte de mí*? —dice con voz ronca.

—Solo te mantuve cerca porque así era más fácil. Podía neutralizar la amenaza y asegurarme de

que no te mataban. Aunque anoche seguro que lo intentaste.

—Pero dijiste... Tuvimos citas. Tuvimos relaciones sexuales.

Pego una sonrisa cruel en mi cara. —¿Quién dice que a veces el trabajo no puede ser divertido?

Se lleva las manos al estómago. Parece que va a vomitar. —Te dije que te quería.

—Y no te lo he respondido, ¿verdad?

Sus rodillas se tambalean. Tengo que luchar contra el impulso de sujetarla. Otra señal de que me he dejado arrastrar demasiado. Ya tengo suficientes personas de las que ocuparme en mi vida. No necesito a nadie más.

—Yakov —mi nombre se rompe en sus labios—. Por favor. Yo...

—Cuando desaparezca la amenaza, haré que Hope empaquete tus cosas —me vuelvo hacia la puerta del patio, marchándome por donde he venido—. Será como si esto nunca hubiera ocurrido.

LUNA

Será como si esto nunca hubiera ocurrido.

Sus palabras resuenan incluso después de que la puerta se cierre tras él.

Me dejo caer en un taburete de bar, con las piernas demasiado débiles para sostenerme. No he podido retener nada en todo el día, pero ahora lo agradezco. Si hubiera tenido algo en el estómago, habría estado por todo el suelo en el momento en que Yakov dijo que pronto podría "librarse" de mí.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos y recorren mis mejillas. Intento enjugarlas, pero salen demasiado deprisa. No puedo ver. No puedo respirar. Estoy sollozando tan fuerte que no oigo a Mariya acercarse hasta que me rodea la espalda con el brazo.

—Maldición, Luna. ¿Qué ha pasado?

Tengo el corazón roto. Eso es lo que es este dolor en mi pecho, ¿verdad? El dolor punzante es la última esperanza de que Yakov y yo superemos esto resurgiendo de las cenizas.

Mariya me lleva de la mano desde la cocina. —El personal ya tiene bastantes cotilleos después de la cagada de anoche —me explica.

Me lleva a mi habitación. O a la habitación de Yakov, supongo. Muy pronto no la compartiremos. Volverá a tenerla toda para él.

Será como si esto nunca hubiera ocurrido.

Una nueva oleada de lágrimas casi me hace caer de rodillas.

—Siéntate —me ordena, llevándome al borde de la cama—. Te traeré pañuelos y agua.

Entra en el baño y vuelve un minuto después. Levanto la vista y tiene dos pruebas de embarazo blancas en las manos. Tiene la cara arrugada. —Luna.

La realidad me golpea. Dejo caer la cara entre las manos y Mariya corre a mi lado. Me abraza con fuerza.

—Todo irá bien. Todo irá bien —susurra una y otra vez—. Estás bien.

Excepto que no lo estoy.

Nada está bien.

No estoy segura de que nada vuelva a estar bien.

Yakov quiere que me vaya. Está deseando que me vaya para que su vida vuelva a la normalidad. Pero *mi* vida... ni siquiera sé lo que es "normal". Porque la vida que tenía antes de Yakov no es posible. No puedo volver a mi apartamento y a mi trabajo y olvidar que él existe. Nunca podré tener una cita con otro hombre sin compararlo con Yakov. No tendrán ninguna posibilidad. Mi vida ha dado un vuelco y se ha transformado en una forma nueva e irreconocible. Nunca podrá volver atrás.

Mariya me pasa la mano por la espalda. —¿Esto es por el bebé?

—Sí —digo con hipo—. No. Quiero decir que se trata de todo.

—¿Se lo has dicho a Yakov?

Me froto los ojos, pero es inútil. Las lágrimas siguen brotando. —Lo intenté, pero él... no quiso oírlo.

Mariya gime. —Puede ser muy testarudo cuando se enfada. Le gusta aplicar la ley del hielo a la gente. Créeme, lo sé.

—Es más que eso. No habló solo de anoche. Habló de todo el tiempo que llevamos conociéndonos... De todo.

—¿Qué ha dicho?

Intento repetir las palabras que aún me desgarran el pecho, pero no puedo obligarlas a salir de mi boca. Sacudo la cabeza. —No le importo.

—Y una mierda.

Me encojo de hombros. —Es lo que ha dicho.

—Vale. Antes dijiste que aún no te habías hecho las pruebas de embarazo —me pone las pruebas delante de la cara—. La gente puede decir lo que quiera. Eso no significa que sea verdad.

—Eso es diferente. *Esto* es diferente. Lo decía en serio, Mariya.

—No. En absoluto. ¿Cómo puedes siquiera pensar eso?

—¡Porque nada de esto tiene sentido! —exclamo—. Yo solo era una perdedora nerviosa y divagadora que se le acercó en un restaurante. Mi ex novio era un cretino drogadicto, pero me engañó *él* a *mi*. Así que no tiene sentido que alguien como Yakov pueda quererme.

Mariya frunce el ceño. —Luna, eso es jodidamente trágico.

—Y que lo digas —murmuro.

—No, es trágico que realmente te creas esa mierda.

Me encojo, aunque sigo con la cara enterrada entre las manos. —Es lo único que tiene sentido. Yakov podía haberme enviado lejos, pero no lo hizo. No tenía por qué llevarme a su casa y

salvarme la vida, pero lo hizo. Lo hizo todo porque tenía que hacerlo, a menos que quisiera acabar como sospechoso número uno de mi asesinato.

Mariya resopla. —Mi hermano conoce a todos los policías, fiscales y jueces de esta ciudad. No le preocupa que lo acusen de ningún delito. Y mucho menos de asesinato.

—¿*Mucho menos de asesinato*? —*Dios, esta familia da miedo.*

—Además —añade—, todo lo que dijiste también podría utilizarse como prueba de que está obsesionado contigo. No quiso decirte que no era tu cita a ciegas porque pensaba que estabas buena. Te trajo a la mansión porque quiso. ¿Has pensado alguna vez en eso?

Me encojo de hombros. —Sí. Pero es que no tiene...

—¡Tiene mucho sentido! —grita—. No dejes que el imbécil de tu ex novio te haga dudar de ti misma.

—Vale, de acuerdo. Aunque todo eso fuera cierto y yo le importara a Yakov... ya no le importo. No has oído lo que ha dicho. Está muy enfadado.

—Creo que todo su enfado desaparecerá en cuanto le digas que estás embarazada.

Resoplo. —Ya lo intenté. No estaba de humor para escuchar.

—Pues llámalo.

—No contestará.

—Déjale un mensaje —dice—. Bombardéalo con mensajes de texto hasta que no tenga más remedio. Le enviaré por AirDrop una foto de tus pruebas de embarazo.

Apoyo la cabeza en el hombro de Mariya. —Me alegro de que estés aquí.

—Ahora mismo eres la única. Por eso vamos a arreglar esto —me agarra de las manos y tira de mí para ponerme en pie—. Vamos.

—¿A dónde vamos? —murmuro, con los pies en calcetines arrastrando los pies por la alfombra.

Sonríe por encima del hombro. —A anunciar un embarazo.

LUNA

Me recuesto contra el cabecero, con el teléfono apoyado en el muslo mientras suena. El timbre constante ha sido la banda sonora de mi noche. Una y otra y otra vez, he llamado al teléfono de Yakov.

Nada.

Ahora, ni siquiera espero que conteste. Marcar su número, dejar que suene y volver a hacerlo se ha convertido en algo terapéutico. Es una opción mejor que repetir todo lo que me ha dicho Yakov esta noche en un bucle sin fin.

Cierro los ojos y espero a que atienda su buzón de voz. A que su voz grave retumbe en la línea y me recorra un escalofrío. *Soy Yakov Kulikov. Deja un mensaje.*

Riiing.

Riiing.

Riii…

—¿Qué coño quieres, Mariya? —dice Yakov en su lugar.

Me incorporo tan rápido que el teléfono vuela por la cama. Tengo que lanzarme a por él. —¿Aló?

Hay una pausa. —Tú no eres Mariya —la agudeza habitual de su voz ha desaparecido. Parece borracho.

—¿Yakov?

—Luna —mi nombre es un susurro arrastrado—. ¿Cómo tienes el teléfono de Mariya?

—¿Estás borracho? —no puedo imaginarme a Yakov borracho. Nunca lo he visto ni siquiera achispado. ¿Cuánto tendría que beber un hombre de su tamaño para empezar a arrastrar las palabras?

—Confisqué su teléfono —dice, sin responder a mi pregunta—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Tendrías que preguntárselo a Mariya. Ella me lo dio. Quería que te llamara —me muerdo el interior de la mejilla antes de añadir—: Quería llamarte.

Hay otra larga pausa antes de que por fin hable. —Te dije que no quería verte.

Las palabras siguen doliendo tanto como la primera vez. La teoría de Mariya sale por la ventana. Yakov hablaba en serio: no quiere saber nada de mí.

—Créeme, lo recuerdo —murmuro—. Pero necesito hablar contigo. No quería hacerlo por teléfono, pero...

—Dije que me libraría de ti —habla tan bajo que apenas puedo oírlo. Sobre todo por el ruido de fondo. La gente habla y se ríe. Debe estar en un bar.

Aprieto los ojos para cerrarlos. No quiero llorar. No estoy segura de que me queden lágrimas después de lo de antes. —Te he oído.

—¿Por qué llamas, *solnyshka*?

Mis ojos se abren de golpe al oír el apodo familiar. —¿Qué significa eso?

—¿Qué?

—*Solnyshka* —mientras hablo me doy cuenta de que tal vez no quiero saberlo. Quizá sea un insulto y he sido demasiado estúpida para ver lo que tenía delante todo este tiempo, distraída por la forma en que la palabra sale de su lengua—. Llevas llamándome así desde la noche en que nos conocimos.

—Eres... Tú... Todo estaba oscuro. Jodidamente sombrío. Estaba enfadado con el mundo y solo. Entonces te acercaste a mi mesa y fue... Iluminaste mi mundo. Fuiste la primera gota de sol que vi en cinco putos años —suspira—. Eso es lo que significa: una gotita de sol. Mi propio sol personal.

Su explicación es entrecortada y farfullada y es imposible que sea real. No diría nada de esto si no estuviera borracho. ¿Significa eso que no es verdad?

Me paso la mano por el vientre. No puedo hablarle del bebé ahora. No mientras está borracho en un bar. Necesito verle la cara. Necesito disculparme por lo que pasó con Mariya. Entonces, podremos empezar de nuevo. Podemos construir una vida juntos.

—Pero a veces es mejor la oscuridad, *solnyshka*.

Frunzo el ceño. —No. No, creo que no.

—Esa noche hablamos de bonitas mentiras y feas verdades. Tú y yo hemos estado viviendo en una bonita mentira.

—Yakov —digo con voz ronca—. No me lo creo. No creo...

—Las cosas habrían sido más fáciles si nunca nos hubiéramos conocido.

Mi pecho está hueco. Mi vida sería más fácil ahora si nunca hubiera conocido a Yakov, pero eso no significa que hubiera sido mejor. Lucharía por él, por nosotros, con todo lo que hay en mí.

Él no lo haría.

Si sentía algo por mí, ya no importa. No cree que merezca la pena. No me quiere. Me trago un

sollozo mientras las lágrimas ruedan suavemente por mis mejillas.

Entonces, termina la llamada.

Yakov colgó. Con un golpecito de su dedo, puso fin a la llamada y a lo que había entre nosotros, fuera lo que fuese.

YAKOV

—Las cosas habrían sido más fáciles si nunca nos hubiéramos conocido —digo.

Luna inhala ruidosamente.

Maldición, quiero tocarla. Estoy haciendo añicos su corazón, lo sé, pero aún así quiero ver cómo separa los labios al inhalar. Quiero sentir su pulso latiendo contra la yema de mi pulgar.

El amor es pérdida. Pero, si tengo que perderla, quiero estar allí para presenciar cada segundo de la destrucción.

Quizá vuelva a casa esta noche. Una noche más juntos. Eso es lo que necesitamos. Una noche para despedirnos.

Estoy a punto de decirle exactamente eso cuando se me cae el teléfono de las manos.

Me abalanzo sobre él. Pero no cae. *Alguien lo ha cogido.*

—Basta ya —suelta Nik. La pantalla está ahora en negro.

Frunzo el ceño. —Le colgaste el teléfono.

Ladea la cabeza. —¿Has estado bebiendo desde que te dejé en la cena?

¿Ha sido hoy? He perdido la noción del tiempo. Las horas transcurridas desde que me alejé de Luna en la cocina parecen días.

Creyó cada palabra que le dije. Tenía los ojos vidriosos por las lágrimas. Pude ver cómo se le partía el corazón mientras la alejaba.

—Se ve tan guapa cuando llora —murmuro a nadie en particular.

—Estás tocando puto fondo.

—Dame mi teléfono —tiro de su mano, pero fallo. En lugar de eso, derribo un trago y la cerveza salpica la barra.

El hombre que está unos taburetes más allá se levanta, sacudiendo la cerveza derramada de sus pantalones al suelo. —Lárgate de aquí, imbécil. Estás borracho.

—Aún podría dejarte en la tumba —gruño.

—Ven e inténtalo, maldición.

Nik le hace señas al otro para que se retire. —Retírate, amigo. No quieres hacer esto.

—Puedo con los dos, cabrones —el hombre se levanta, mirando de mí a Nik—. No me asustan unos cuantos chicos guapos que no aguantan la bebida. Te enseñaré a...

No me entero de lo que quiere enseñarme porque mi puño se estrella contra su mandíbula.

Nik maldice en algún lugar detrás de mí, pero yo estoy concentrado en el *mudak* que se tambalea y gime delante de mí. —¿Crees que puedes hacerme daño? Demuéstralo, maldición.

El hombre tiene los orificios nasales dilatados. Es más bajo que yo, pero es ancho. Construido como un toro. Por un segundo, imagino cuernos en su cabeza.

Entonces, carga contra mí, su hombro golpea con fuerza mi esternón. Me tira de espaldas sobre una mesa y no intento levantarme. Permanezco tumbado mientras me lanza un puñetazo tras otro al torso.

No siento nada. Mi cuerpo está entumecido. Todo está entumecido.

—¡Yakov! —grita Nik—. ¿Qué coño estás haciendo? Lucha!

—Ya no gritas tanto, ¿verdad, hijo de puta? —gruñe el hombre.

Cree que está ganando. Cree que esto es todo lo que tengo.

Dejo que dé un puñetazo más antes de incorporarme y agarrarle el puño. Le retuerzo el brazo hacia atrás y lo empujo contra la barra.

—No puedes hacerme daño —mis nudillos se parten contra la cuenca de su ojo y su nariz. Intenta esquivar, pero incluso borracho soy más rápido que él.

Lo golpeo una y otra vez hasta que gime, goteando sangre sobre la encimera del bar.

Nik me arrastra hacia atrás. —Ya ha tenido bastante, Yakov.

—¡Nik! —grita el camarero—. ¡Sácalo de aquí!

Nik deja el dinero sobre la barra y me conduce a la puerta. Lo dejo.

—¿Valió la pena? —Nikandr escupe con disgusto mientras me deja en el asiento trasero—. ¿Te encuentras mejor?

Me gotea sangre por la barbilla desde la fisura del labio. Mi ojo derecho ya está hinchado y cerrado.

Sacudo la cabeza. —Ya no siento nada.

~

NO ESTOY EN MI CAMA.

Lo sé porque no oigo el suave sonido de la respiración de Luna. También porque oigo armarios

golpeando y una tetera que silba.

Me doy la vuelta. El cuero chirría bajo mi piel húmeda.

—Manchaste de sangre mi alfombra —acusa Nik.

Hago un gesto de dolor. —Deja de gritar, maldición.

Se ríe. —No estoy gritando. Puedes agradecérselo al litro de vodka que te bebiste. No pensé que tuvieras un límite de tolerancia, pero anoche lo encontraste.

—Eso explica el dolor de cabeza —cada palabra que sale de mi boca se siente como un cuchillo en el cerebro.

—Y la sangre en mi alfombra. No te preocupes: acepto efectivo *o* crédito.

Me incorporo y el ático de Nik nada a mi alrededor. Tengo que parpadear varias veces antes de que el suelo se nivele.

No recuerdo la última vez que tuve tanta resaca. Quizá la noche después de mi vigésimo primer cumpleaños. Quizá la noche después de la muerte de Otets. Quizá nunca.

Nik está preparando un café en infusión. El olor del café preparándose me revuelve el estómago, pero también lo necesito. Café, un poco de pan, tal vez una lobotomía.

—Podrías haberme llevado a casa. Entonces me habría desangrado sobre mi propia alfombra.

—De verdad que no te acuerdas de una mierda —suelta—. Intenté llevarte a casa y me amenazaste para que te trajera aquí.

—Odio dormir sobre cuero —despego las piernas del sofá y me pongo de pie. Siento las piernas como sacos de arena, pero el mareo ha desaparecido. Me dirijo a la barra y me dejo caer en un taburete.

—Te lo dije exactamente, pero no te importó. No querías volver a casa —Nik desliza un plato de tostadas secas hacia mí—. En realidad querías ir a otro bar, pero no me interesaba pagar a más desventurados perdedores para que olvidaran la visión de Yakov Kulikov babeando en su cerveza ni provocar estúpidas peleas.

—Eso tiene sentido —flexiono la mano, abriendo cortes en los tres nudillos centrales—. ¿He ganado?

—¿No lo haces siempre? —Nik sonríe satisfecho—. Dejaste que el tipo te zarandeara durante un segundo. Nunca te tomé por masoquista, pero pareció que lo disfrutabas.

¿Crees que puedes hacerme daño? Demuéstralo, maldición.

El recuerdo parece borroso, como un sueño. Cada vez que intento aferrarme a él, se me escapa un poco más. Pero recuerdo haber hablado con Luna. Cómo sonaba al teléfono... cómo estaba en la cocina antes de que me fuera... Eso no está borroso en absoluto. Lo recuerdo en alta definición.

Quería patearme mi propio culo. Como eso no era posible, supongo que encontré a alguien que lo hiciera por mí.

—Tenía algo de energía que quemar —digo en su lugar.

Nik me acerca una taza de café. No parece convencido. —"Energía". Claro, como quieras llamarlo.

—¿Cómo sabías dónde estaba?

—El dueño del bar entrena en mi gimnasio. Nos conocemos desde hace tiempo. Te reconoció y pensó que estabas mal. Pero tenía miedo de cortarte él mismo.

—No habría podido.

—De ahí que no lo intentara —Nik se pasa una mano por la mandíbula—. Cuando llegué, estabas hablando por teléfono con Luna. Parecías... No parecía que las cosas fueran bien. ¿Recuerdas algo de eso?

Más de lo que quisiera.

—No hay nada que recordar. No tenemos nada de qué hablar.

Se queda callado un momento mientras mira fijamente la profundidad de su café. Cuando levanta los ojos para mirarme, hay una especie de tristeza líquida en ellos. —¿Sabías que sigues hablando en sueños cuando estás borracho? —pregunta Nik—. Es salvaje. Mantienes conversaciones completas contigo mismo. Para estar inconsciente, tu enunciación tampoco está nada mal.

Blyat'. Hace años que no comparto habitación con nadie y hace aún más tiempo que no me emborracho. No puedo arriesgarme a emborracharme si algo sale mal. La única razón por la que pude permitírmelo anoche es porque doblé la guardia en la casa en mi ausencia.

—¿No quieres saber lo que has dicho? —continúa Nik.

No es necesario. Creo que ya lo sé.

Pero no importa lo que yo quiera. Lo que *necesito* es seguir centrado en defender a la Bratva y a mi familia. No puedo permitirme distracciones.

Termino lo que me queda de café. —Lo que quiero es ducharme y averiguar cómo darle la vuelta a la tortilla con Akim Gustev. Cualquier otra cosa, no quiero saber ni mierda.

Nik suspira. —No tienes que dejarla fuera para...

—Concéntrate y haz tu puto trabajo o encontraré otro segundo.

Nik aprieta la mandíbula. Luego asiente una vez. Brevemente. Tristemente. —Puedes usar mi ducha, pero no toques el aceite de barba. Es caro.

LUNA

Las náuseas matutinas son una putada.

La vida en general ha sido una serie de putadas últimamente, pero las náuseas matutinas son las más putas.

Imagina estar enamorada de alguien sin ser correspondida, avergonzada de ti misma por multitud de razones y confundida sobre tu futuro. Luego añade vomitar una vez por hora.

Eso se llama patear a una chica mientras está en el suelo, universo. No caes bien.

Me pongo de pie y tapo con tierra el montón de vómito que he depositado discretamente en la base de un roble. Solo tuve unos segundos para decidir dónde vomitar y el roble parecía más resistente al ácido estomacal que los arbustos de azaleas del otro lado del sendero.

No es que importe. Si las cosas siguen como hasta ahora, tendré montones debajo de cada planta y arbusto del jardín.

Pensé que un poco de aire fresco ayudaría a mi estómago. La cocinera personal de Yakov, Sanya, ha estado en la cocina los dos últimos días sin parar. Al parecer, se trata de su reposición trimestral de alimentos congelados. Ha estado cocinando a fuego lento ricos caldos de hueso, encurtiendo verduras y haciendo albóndigas georgianas a granel. Al menos, ese es el rumor. No me acerqué lo suficiente a la cocina para confirmarlo. Es un campo de minas avinagrado y umami. En cuanto salgo de mi habitación, tengo que correr al baño.

Estar en el jardín ayuda. Más o menos.

Aunque solo sea eso, estar fuera podría ayudarme a mantener el secreto un poco más. Probablemente, el personal de Yakov empezaría a hacerse preguntas si yo me pasease por el interior con un cubo, *por si acaso*.

El propio Yakov no tendría ninguna pregunta, porque no lo he visto desde aquella noche en la cocina. Aparte de nuestra breve llamada telefónica borracho, ha sido un fantasma. Pero me gustaría minimizar la cantidad de gente que se entera de nuestro bebé antes que él.

Nuestro bebé.

—Maldición —murmuro.

Es la primera vez que lo pienso así. Yakov y yo tendremos un humano en común. Una persona

de carne y hueso con sus ojos azules y mi pelo rubio y una afición por las películas antiguas y los dulces y el homicidio violento.

Vale, espero que no lo último. No estoy segura de que las tendencias homicidas sean genéticas.

Pero tal vez el homicidio venga con la parte de la crianza. En realidad, no lo sé. Crecer en una Bratva es obviamente complicado.

Mi mente empieza a desviarse hacia los millones de cosas que aún no sé y que no puedo empezar a decidir antes de exhalar un profundo suspiro y sacudir la cabeza.

Hoy voy a centrarme en retener al menos una comida. Pensar en cómo Yakov y yo vamos a criar a un hijo juntos debería reservarse para después de que Yakov y yo volvamos a hablar. Si es que volvemos a hablar.

Bajo por el sendero, salgo de entre los árboles y me asomo al sol. El sol me calienta la piel e inclino la cabeza hacia atrás para absorberlo. Puede que todo lo demás sea una mierda, pero aún puedo disfrutar de un día hermoso, ¿verdad? Eso aún no es ilegal. Eso aún no está arruinado para mí.

Respiro hondo, relajo mi cuerpo hasta los dedos de los pies. Siento los miembros pesados y creo que podría dormirme de pie cuando alguien me dice—: Tus plantas están creciendo.

Grito y resbalo en el camino de piedra.

Hope se apresura a agarrarme del brazo y estabilizarme. —¿Estás bien?

—Oh, estoy bien. He oído que un infarto leve te sienta bien de vez en cuando —me presiono el pecho palpitante con una mano—. ¿De dónde has salido?

—La casa. Perdona, pensé que me habías oído.

—Supongo que estaba en mi pequeño mundo —*¿Cuánto tiempo lleva observándome? ¿Me ha visto vomitar?*—. ¿Qué te trae por aquí?

—Estaba haciendo café para el Sr. Kulikov y quería ver si querías un poco. Todavía no has tomado nada esta mañana. No es propio de ti.

Solo pensar en el café me produce ardor de estómago. Pero no es eso lo que llama mi atención. —¿Yakov está aquí?

—Anoche llegó tarde —Hope me dedica una sonrisa triste—. Fue directamente a su despacho y... no quiere que lo molesten.

En otras palabras, *no quiere verte, Luna.*

Adiós a cualquier esperanza que tuviera de que toda la mansión no tuviera que enterarse de que Yakov me está cortando de raíz. Hope me mira como si fuera un cachorro con una pata rota. No ayuda que me sienta un poco como un cachorro con una pata rota.

—¿Has visto que tus plantas están creciendo? —vuelve a preguntar Hope, cambiando de tema antes de que se me llenen los ojos de lágrimas.

Además de ardor de estómago y náuseas, ahora también lloro a moco tendido. Ah, la magia del

embarazo. *La diversión no tiene fin.*

La sigo hasta el arriate que me regaló Yakov. Lo he regado todos los días, pero no ha crecido nada. Pero hoy hay docenas de pequeños brotes verdes asomando entre la tierra.

—Vaya —respiro—. Eso ha ocurrido de la noche a la mañana. Ayer no había nada.

—Puede pasar rápido. Ahora empieza la verdadera diversión: desherbar, abonar y podar. Puede que necesites ayuda. No estoy segura de que puedas seguir el ritmo tú sola.

Hope y mi subconsciente serían grandes amigos. Llevo días pensando lo mismo. *No puedo hacerlo sola*.

Parpadeo para contener las lágrimas y sonrío. —Antes de asustarme por lo que viene después, voy a celebrarlo un segundo. Realmente he cultivado algo. No creía que fuera posible.

—Hacer crecer una nueva vida es emocionante —dice Hope.

Nueva vida. ¿Cuándo se convirtió Hope en una galleta de la fortuna espantosamente exacta?

—"Aterrador" más bien —murmuro. Luego, me río rápidamente—. Ya sabes, por si mato a todas estas plantas.

Hope me observa un segundo antes de volver la vista al jardín. —¿Sabías que tengo siete hermanos pequeños?

—¿De verdad? Vaya. No tenía ni idea —hay muchas cosas que no sé sobre Hope. Llevo aquí semanas, pero no he llegado a conocerla a ese nivel. Se me revuelve el estómago de culpa. Resulta que prefiero las náuseas—. ¿Cómo ha sido?

—Una locura —se ríe—. Tuve que ayudar a cuidar de mis hermanos pequeños cuando mi madre estaba embarazada. Siempre tenía unas náuseas matutinas horribles. Le duraron todo el embarazo.

¡Qué horror! Rezo en silencio para que mis náuseas matutinas terminen en el segundo trimestre, cuando me doy cuenta de lo que está haciendo Hope. Todas las pequeñas pistas que ha ido soltando. No es una galleta de la fortuna, sino demasiado astuta para su propio bien.

Me miro los pies. —Eso suena duro.

—Lo fue. Pero al menos me tuvo a mí para ayudarla. Seguro que habría sido peor si hubiera estado sola.

Las lágrimas me escuecen en los ojos. Me doy la vuelta para que no las vea. —Has sido muy amable por ayudarme.

—Para eso está la familia. Y los amigos —añade suavemente—. Eso hacen los amigos.

No me doy cuenta de que estoy temblando hasta que Hope me agarra la mano.

—¿Cómo lo has descubierto? —susurro, con los ojos cerrados.

—Dejaste de tomar café, tu cuarto de baño olía a vómito cuando lo limpié y... —hace una pausa antes de que se le escapen las palabras—. Te juro que no estaba fisgoneando, pero tiré la

papelera de tu cuarto de baño y se cayó la prueba. Fue difícil no verlo. No vi el resultado, pero sé cómo son las pruebas de embarazo. Eso con todo lo demás, simplemente... lo supe.

—Supongo que no se me da bien guardar secretos.

—¿Estás molesta? —pregunta.

—No. No pasa nada. En realidad es agradable tener una persona más a la que no se lo oculto.

—¿El Sr. Kulikov lo sabe entonces?

Más culpa aprieta el nudo de mi estómago. —No. Mariya sí. Ella fue quien se dio cuenta de que era una posibilidad. Probablemente seguiría negándolo si ella no me hubiera obligado a hacerme la prueba.

—Suena como la señorita Mariya —se ríe Hope—. ¿Se lo vas a decir pronto a Yakov?

—No lo sé. No tengo ni idea de lo que voy a hacer. Con nada —admito—. ¿Podrías, por favor, no decírselo a nadie? ¿Especialmente a Yakov? Necesito tiempo para resolverlo.

Se pasa los dedos por los labios. —No es mi secreto para compartirlo. No diré ni una palabra.

Tiro de ella para abrazarla. —Gracias, Hope.

—Por supuesto. No estás sola en esto —dice.

Parece tan segura de sí misma cuando lo dice. Desearía más que nada poder creerle.

YAKOV

—¿Quieres ir al Rouge Lounge, hermano? —pregunta Nik mientras abre de golpe la puerta de mi despacho. Se detiene en el umbral y mira a su alrededor—. ¿Qué demonios ha pasado?

Llevo dos días seguidos en mi despacho, pero miro la habitación con ojos nuevos. Desde luego, podría estar más ordenada.

—He estado trabajando aquí.

—Y durmiendo aquí también, por lo que parece —mira mi almohada y mi manta esparcidas por el sofá—. ¿Las cosas entre Luna y tú siguen mal?

—Esto no tiene nada que ver con Luna —digo bruscamente—. Limpiaré cuando Akim esté muerto.

Porque una vez que Akim esté muerto, Luna habrá desaparecido. Entonces, podré pasear por mi casa sin miedo a resbalar y encontrarme accidentalmente con mi polla dentro suyo.

Hace días que no la veo y siento la distancia. Pensé que el dolor por ella se desvanecería, pero parece que va a empeorar antes de mejorar. Ahora mismo, incluso la idea de tocar a Luna me pone semiduro.

—Hablando de... —Nik cierra de una patada la puerta de mi despacho y desliza su teléfono por mi mesa—. Aquí tienes un artículo sobre The Rouge Lounge.

—¿Qué coño es eso? —me desplazo por el artículo, deteniéndome en cuanto veo un nombre familiar—. Por fin abre el club de Akim.

—Dentro de dos días —confirma Nik—. Al final de ese artículo, le dice al entrevistador que va a estar de pie ante las puertas principales toda la noche, dando personalmente la bienvenida a los invitados.

—Más le valdría pintarse una diana en la espalda —le devuelvo el teléfono a Nik—. Es el momento perfecto para atacar.

—Va a haber mucha gente allí.

—La suficiente para que podamos colarnos en el caos sin que nadie vea nada —tamborileo con los dedos sobre el escritorio, pensando—. Pero tenemos que ser inteligentes. Si marchamos hacia el club con un ejército, Akim lo verá venir desde una milla de distancia.

—Podríamos establecer un perímetro más amplio y reducir al mínimo el número de personas que entran.

Sacudo la cabeza. —Un perímetro sigue siendo un riesgo. Akim vigilará todo lo que conduzca a la apertura.

—¿Qué sugieres entonces?

—Tú y yo. Solos.

Los ojos de Nik se abren de par en par, la excitación lo recorre por dentro. —¿Vamos a hacer este golpe nosotros mismos?

No me imagino enviando a nadie más en mi lugar. No después de todo lo que Akim ha hecho a mi familia. Tengo que ser yo.

Asiento. —Entraremos solos y no se lo diremos a nadie. Cuanta más gente conozca el plan, más probabilidades habrá de que Akim se entere. Si lo hace, esa maldita rata no volverá a asomar la cara en mucho tiempo. Pasarán meses antes de que tengamos otra buena oportunidad con él. Por eso, cuando tomemos esta, no fallaremos, maldición.

Nik se levanta. —Haré todo el reconocimiento posible: salidas, entradas, seguridad, los alrededores. Cuanto más sepamos, más limpia podrá ser esta matanza.

—Bien. Reunirnos con el traficante de Akim y encontrar una entrada de esa manera puede ser un respaldo, pero, por ahora, nos centramos en un golpe a dos días.

—Faltan dos días —Nik sonríe, sacudiendo la cabeza—. Por fin, maldición.

Intento compartir su emoción, pero no lo consigo. Nunca pensé que matar a Akim sería agridulce, pero ahora está enredado con la marcha de Luna. Cuando él muera, ella ya no tendrá ningún motivo para estar aquí. Se marchará y esta casa volverá a ser como era desde que mataron a mi padre.

Silencio.

Soledad.

De repente, la puerta de mi despacho se abre de golpe y Mariya está allí de pie. —¿Reunión familiar?

Pensándolo bien, quizá no sea exactamente silencioso y solitario...

—Asuntos de la Bratva —corrige Nik, tratando de empujar la puerta para cerrarla—. Fuera.

Mariya se cuela justo a tiempo. —Soy de la Bratva.

Nik resopla. —Formar parte de nuestra familia no te convierte en soldado, hermanita.

Le saca la lengua a Nik. —Merezco saber qué está pasando.

Nik abre la boca para discutir, pero le hago un gesto para que no lo haga. Podrían estar discutiendo durante horas. No tenemos tanto tiempo.

—Haz lo que tengas que hacer —le digo—. Yo me ocuparé de esto.

Nik se cuela por la puerta y Mariya se vuelve hacia mí. —No soy un "problema" del que haya que "ocuparse".

—Si eso fuera cierto, no estarías aquí ahora mismo.

—Quiero saber qué está pasando.

Sacudo la cabeza. —Es más seguro para ti si no lo sabes.

—No. Nada de eso —se posa en el brazo de la silla en la que Nik acababa de sentarse—. La semana pasada no sabía nada y me escapé de casa y me secuestró un pedófilo. Creo que hemos aprendido que es más seguro que me mantengas informada.

—No —suelto entre dientes—. Hemos aprendido que es más seguro cuando no te escapas de la puta casa.

—¡No me habría escapado si alguien en esta casa me tratara como a un adulto! Todos actúan como si fuera una niña pequeña. No lo soy. Cuando mataron a papá, no me dijeron nada. Nadie me dijo que estábamos en peligro. Incluso después, no supe lo que pasó.

Mariya vio morir a nuestro padre. Nik intentó mantenerla alejada, pero ella se abrió camino hacia donde nuestro padre agonizaba en mis brazos. Lo vio todo. Nunca le hablé de eso después, porque ya había visto suficiente. ¿Por qué revivirlo una y otra vez?

Se inclina hacia delante, con ojos suplicantes. —Si estamos en peligro, Yakov, merezco saberlo.

—Somos una de las familias del crimen más poderosas del mundo, Mariya. *Siempre* estamos en peligro.

Levanta las manos. —Así que eso es todo. Me siento en casa mientras tú y Nik corren por ahí y arriesgan sus vidas. ¿Cómo es que yo nunca consigo divertirme?

—Porque crees que mi trabajo es *divertido* —replico—. No lo es, Mariya. Todo lo que hago es para mantenerte a salvo.

—Y a Luna.

Su nombre se engancha en mi mente, atrapando mi hilo de pensamiento. —¿Qué?

—A Luna y a mí —arquea una ceja—. Nos mantienes a salvo a las dos, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco. —Claro. Claro. En resumidas cuentas, lo mejor que puedes hacer es quedarte en casa y no meterte en líos. No perseguirte por la ciudad para salvarte el culo hace que sea mucho más probable que Nik y yo volvamos a casa con vida.

Se cruza de brazos y se encorva en la silla. —Soy lo bastante mayor para tener un trabajo.

—¿Quieres un trabajo? Muy bien. Puedes... Puedes cuidar a Luna.

—He estado cuidando a Luna —murmura—. Pero, como no tengo un fetiche por el vómito, no me va muy bien.

Me incorporo. —¿Qué coño significa eso?

Se encoge de hombros. —Luna ha estado vomitando mucho.

—No sabía que estaba enferma.

Hope no ha dicho nada. Nik tampoco ha dicho nada. Si estuviera realmente enferma, lo sabría. ¿Verdad?

—Probablemente sea todo el estrés. Mantenernos a las dos en la ignorancia no nos mantiene más seguras. Nos pone ansiosas.

Luna está enferma. Luna está enferma y no me he dado cuenta.

No es que haya estado por aquí. Hace días que no la veo, salvo por la visión que tuve de ella ayer en el jardín. En cuanto vi el destello de su cabello dorado meciéndose entre el follaje, cerré las persianas.

—No te estarás enfermando tú, ¿verdad? —pregunto.

Mariya arquea una ceja. —Por favor. He crecido en este mundo. Tengo un estómago más fuerte que eso.

—¿Con qué frecuencia vomita?

—No llevo la cuenta. No soy médica —dice—. Si tanto te preocupa, ¿por qué no vas a hablar con ella?

Quiero hacerlo, ese es el problema. No puedo arriesgarme a distraerme, sobre todo ahora que estamos tan cerca de acabar con Akim. Necesito mantener la cabeza despejada. Pero, aunque no la vea todos los días, está en mi puta cabeza.

Por eso sé que estoy haciendo lo correcto. Cortar con ella es duro, pero es lo mejor.

—Yo tampoco soy médico.

—¡Pero tú eres la razón de que esté enferma!

—No está enferma por mi culpa. Está enferma porque no puede soportar este mundo. No pertenece a este mundo.

Otra prueba de que debería devolver a Luna a su antigua vida lo antes posible.

Mariya sacude la cabeza. —No lo dices en serio.

—No tienes ni idea de lo que pienso.

—Si realmente pensaras eso, entonces no estarías escondido en tu despacho porque tienes miedo de verla. Después de todo lo que le has hecho pasar, lo menos que podrías hacer es hablar con ella.

Le respondo—: Si de verdad crees que soy la razón de que esté enferma, deberías querer que me alejara de ella. Esa es la solución.

Mariya suspira y se vuelve hacia la puerta. —Puede que tú lleves la voz cantante, pero a veces no

tienes ni puta idea.

Deja la puerta abierta detrás de ella.

Al cabo de unos segundos, me levanto y la cierro de golpe.

LUNA

—No entiendo por qué quieres sentarte a escuchar a alguien masticar y sorber su comida —hice que Mariya se pusiera auriculares hace una hora, pero cada vez que le echo un vistazo a su teléfono, siento náuseas—. Incluso cuando no estoy... *vomitando*, los ruidos de la boca me dan ganas de arrancarme los oídos.

Mariya se quita un auricular de la oreja y se encoge de hombros. —El mukbang es relajante.

—Ver a alguien comerse una pizza y un galón de helado no es relajante —señalo con un dedo el programa de telerrealidad que estoy viendo—. Esto sí es relajante.

Lo único que me ha ayudado a sobrellevar los dos últimos días de náuseas tan atroces que apenas puedo sentarme es un nido de mantas en el sofá del salón, una emisión ininterrumpida de telerrealidad sin sentido y las galletas de jengibre que Hope horneó a granel.

Hope dijo que las galletas fueron lo único que hizo que su madre superara todos sus embarazos. Hasta ahora, a mí me ocurre lo mismo. Incluso cuando intento comer otra cosa, las galletas son el único alimento que puedo retener. Gracias a Hope, me despierto con ellas apiladas en mi mesilla de noche.

Mariya se quita los auriculares y hace una mueca ante el televisor. Un plano general del enorme yate llena la pantalla. —Los chicos de esta temporada son súper normales y el yate ni siquiera es tan grande.

Prácticamente se me desencaja la mandíbula. —¡Tiene treinta metros de largo!

Mariya se encoge de hombros. —Yakov tiene un superyate.

—¿Yakov tiene un *qué*?

—Un par, en realidad —dice Mariya—. A menos que haya vendido uno, pero... No, creo que aún tiene los dos. Nunca sabes de qué costa estarás más cerca. Es más fácil tener dos.

—No tengo ni idea de por qué me sorprendo. A estas alturas, podrías decirme que tiene una fábrica de chocolate mágico y un portal a otro mundo escondido en el fondo de su armario y te creería.

—Tuvimos brevemente una pastelería francesa que mi padre ganó en una partida de póquer, pero no era mágica.

Aún estoy digiriendo esta nueva información cuando Hope entra corriendo en la habitación. —Hay un médico.

Mariya y yo nos quedamos mirando, esperando más explicaciones. Hope respira demasiado fuerte para dar una. También tiene los ojos desorbitados.

—¿Qué? —pregunta Mariya.

—Doctor. Aquí —repite Hope—. Hay un médico aquí. Para verte.

Mariya frunce el ceño. —¿A mí?

—No. Ha dicho que está aquí por ti, Luna.

Ha venido a verme un médico. ¿Por qué iba a venir un médico a...?

Ni siquiera puedo seguir el hilo de mis pensamientos antes de incorporarme por primera vez en horas. Cualquier pensamiento sobre mukbang o gente guapa en yates se desvanece para dejar paso al pánico que me invade.

Me vuelvo hacia Mariya, pero ya está negando con la cabeza. —No he dicho nada. Te lo juro.

—Yo tampoco —añade Hope.

Mariya mira de mí a Hope y viceversa. —Espera. ¿Hope lo sabe?

—Me lo imaginé —susurra Hope—. Pero no dije nada. No lo haría.

—Yo tampoco lo haría —vuelve a decir Mariya—. Me llevaré tu secreto a la tumba, Luna.

—El bebé tiene que salir en algún momento, así que no será necesario —me revuelvo nerviosamente el pelo alrededor del dedo—. Les creo a las dos. Pero, ¿por qué hay un médico aquí?

Mariya hace una mueca de dolor. —Vale, puede que le haya mencionado a mi hermano que has estado enfermando, pero solo fue porque...

—¡Mariya! —le tiro un cojín del sofá.

Lo coge y lo levanta como un escudo. —¡Solo ha sido porque se ha escondido en su despacho y se ha portado como un imbécil!

—¿Así que has decidido decirle que estoy embarazada?

—¡No lo he hecho! Pero lo harás tú si no te callas —sisea—. Pensé que debería tener alguna idea de lo que te pasa. Pero le dije que estabas enferma de ansiedad. Pensé que te traería unos caramelos y te prepararía un café.

Los días en que Yakov me dejaba regalos y cocinaba para mí ya pasaron. Eso no significa que el recordatorio no escueza.

Entorno los ojos hacia ella.

—No me mires así —protesta ella—. Yakov no sabe nada.

—¡Lo sabrá ahora! —siseo—. ¡El médico se lo contará todo en cuanto salga de aquí!

A Mariya se le cae la cara de vergüenza. —Lo siento, Luna. Quería que Yákov saliera de su estúpido despacho y... Quizá pueda decirle al médico que se vaya.

—¿Y qué crees que hará tu hermano si me niego a ver al médico que llamó a casa?

Hace una mueca. —Te echará al hombro y te llevará al hospital.

—Eso no sería bueno para el bebé —señala Hope.

Tampoco sería bueno para mi relación con Yakov. No tengo ni idea de lo que hará cuando se entere de que estoy embarazada, pero mentirle activamente al respecto tampoco es una buena solución.

Me pongo de pie. Me entran náuseas mientras me quito las migas de galleta de la sudadera. —No he comido nada en dos días aparte de galletas, así que probablemente debería hablar con un médico sobre eso, de todos modos.

—Quizá todo esto sea para bien —dice Mariya, esperanzada.

—Sí —le dedico una sonrisa tensa—. Tal vez.



El Dr. Mathers me presiona suavemente el estómago, pero aun así me dan ganas de vomitar.

—¿Te encuentras bien? —pregunta en voz baja.

No tengo ni idea de lo que esperaba cuando Hope dijo que había un médico en la puerta. En realidad, es mentira. Esperaba a un viejo cascarrabias con un maletín negro y herramientas metálicas que podrían servir como dispositivos de tortura. Pero el Dr. Mathers no es eso en absoluto. Es joven y de voz suave.

Pensaba intentar ocultarle mi embarazo el mayor tiempo posible, pero, en cuanto nos quedamos solos en la habitación, sus ojos amables me sacaron la verdad.

—Estoy bien —digo—. Solo tengo náuseas.

—¿Dices que has tenido náuseas matutinas?

—Náuseas matutinas, náuseas vespertinas, náuseas en mitad de la noche. Tengo todo.

Se ríe entre dientes. —Es un término un poco equivocado. Las náuseas pueden aparecer en cualquier momento del día. O, en tu caso, todo el día.

—Qué suerte la mía.

—Te dejaré algunos suplementos de B6. Te ayudarán a aliviar las náuseas. Si sigues sin poder retener nada, podemos probar con una receta —desliza las manos de un hueso de la cadera a otro, amasando—. No es una ciencia exacta, pero, basándonos en el tamaño de tu útero, estás de seis a siete semanas.

Hago retroceder las semanas en mi cabeza. —Pero nosotros no...

Hace seis semanas no nos conocíamos.

Ni siquiera los amables ojos del Dr. Mathers pueden arrancarme esa confesión.

Sin embargo, no parece posible que Yakov y yo solo nos conozcamos desde hace unas semanas. Acabamos de conocernos, pero se ha convertido en un elemento fijo en mi vida. No puedo imaginarme un mundo sin él. Lo que ha hecho que los últimos días hayan sido especialmente duros. Las náuseas incesantes y la nostalgia no son una buena combinación.

—Con el embarazo, empiezas a contar las semanas desde el primer día de tu último periodo. Puedes haber concebido hace tres semanas, pero sigues embarazada de seis semanas —explica.

—Tiene sentido —digo tímidamente.

—Pero no tomes mi palabra al pie de la letra. Soy médico de familia, no ginecólogo-obstetra. Te recomiendo que pidas cita con uno lo antes posible.

—¿Tienes alguna recomendación?

—Puedo enviar una lista por correo electrónico al Sr. Kulikov —dice, ya haciendo la maleta.

A duras penas resisto el impulso de agarrarlo por las solapas y rogarle que no le diga ni una palabra a Yakov. Pero es inútil. Yakov paga esta factura. Al final se enterará de lo del bebé, se lo diga o no el Dr. Mathers.

No pasa nada. Este es el empujón que necesitaba para decirle por fin la verdad. Se merece saber que tiene un hijo en camino.

Se lo diré en cuanto vuelva a soportar estar en la misma habitación que yo.

LUNA

No soy la única persona a la que Yakov está evitando. Su personal doméstico tampoco tiene ni idea de dónde está.

—Nikandr vino esta mañana temprano —me dice Hope justo después del mediodía—. No he visto a ninguno de los dos desde entonces.

Merodeo ante la puerta de su despacho durante un tiempo vergonzosamente largo antes de armarme de valor y llamar. No hay respuesta. Escucho en la puerta, pero no oigo ninguna señal de movimiento en el interior.

Al caer la tarde, me pregunto si Yakov se habrá mudado sin que me dé cuenta. Seguro que tiene muchas otras casas repartidas por el país y el mundo. Quizá se haya mudado a una de ellas hasta poder deshacerse de mí. Al fin y al cabo, eso es lo que dijo que quería.

Nuestra pelea en la cocina me golpea de nuevo. Me duele el pecho como si acabara de ocurrir.

Mientras me hago un ovillo en mi nido de mantas del sofá, la única ventaja es que no lo hago porque tenga náuseas. El medicamento que me dio el Dr. Mathers ya me está ayudando con las náuseas matutinas.

Lo malo es que me sigo sintiendo igual de miserable.

Mariya salta por encima del brazo del sofá y aterriza con las piernas cruzadas, casi aplastando a Gregory. Éste sisea y se escabulle bajo el sillón. —Alguien está de mal humor —comenta en su dirección.

—Ha estado sensible. Creo que echa de menos a Yakov —Gregory desaparece misteriosamente durante horas. No puedo probarlo, pero creo que se cuela en el despacho de Yakov. Por lo visto, Yakov sigue hablando con mi gato, pero no conmigo.

—Mi hermano tiene un *bromance* con un gato. Nunca lo habría imaginado —se ríe entre dientes y se abraza una almohada contra el pecho—. Hablando de eso, Yakov aún no ha derribado la puerta principal exigiendo respuestas ni te ha encerrado en una burbuja de plástico. Supongo que eso significa que no sabe lo del bebé.

—O lo sabe y no le importa —murmuro.

—Desde luego que no. Si lo supiera, estaría aquí.

Sé que Mariya tiene razón. Decirle que estoy embarazada es una forma segura de hacer que hable conmigo. El problema es que no quiero obligarlo a hablar conmigo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Debería desechar los planes de instalar un vomitorio permanente?

—No siento que vaya a vomitar por primera vez en tres días, así que estoy muy bien.

—Te has puesto el listón muy alto —Mariya sonríe antes de que su sonrisa se deslice hacia algo más cauto—. Por lo demás, ¿cómo te encuentras?

Se me revuelve el estómago de una forma que no tiene nada que ver con el embarazo. —No estoy... segura. Es difícil saberlo cuando no puedo hablar con Yakov de nada de esto.

—¿De qué quieres hablar?

—Todo. Ni siquiera sé si quiere tener hijos.

—Sí quiere —dice rápidamente.

La miro por encima del montón de mantas. —¿Cómo lo sabes?

—Hacer herederos es lo que se espera en la Bratva.

—¿"Hacer herederos"? —hago una mueca de dolor—. Eso lo hace sonar tan... clínico. Y eso no es lo que hacíamos Yakov y yo. No se hablaba de "herederos" cuando estábamos... antes de... Bueno, ya me entiendes.

La barbilla de Mariya se frunce con severidad. —¿Estás diciendo que utilizabas a mi hermano para tener sexo sin sentido? —abro mucho los ojos y Mariya suelta una carcajada—. Estoy de broma. Obviamente, no hablaban de tener hijos. Pero eso no significa que Yakov no los quiera. A mi hermano se le da bien sacar lo mejor de una situación de mierda.

Es mi turno de fulminarla con la mirada. —¿Estás diciendo que estar embarazada es una "situación de mierda"?

—Bueno, ¿no lo es? —replica.

—Touché —gruño—. Pensé que enterarme de que quiere hijos me haría sentir mejor, pero ahora tengo que asumir que mi hijo va a heredar una Bratva. No sé si quiero que mi hijo crezca en el mundo de Yakov. Me secuestró y me encerró en su casa. ¿Cómo va a tratar a un niño?

—Esto es definitivamente mucho que asimilar, pero puedo decirte que creo absolutamente que Yakov va a ser un padre increíble.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Porque creció con un padre increíble —sonríe suavemente—. Nuestro padre era el mejor. Era fuerte y jodidamente aterrador cuando tenía que serlo, pero también era cariñoso. Yakov lo idolatraba…

—Perder a nuestro padre cambió a Yakov —continúa Mariya—. Sé que lo molesto, pero lo entiendo. Tuvo que dar un paso adelante y ser el líder de nuestra familia mucho antes de lo que esperaba. Fue mucho que asumir. Sobre todo, después de todo lo que pasó.

—¿De estar allí cuando murió tu padre? —pregunto suavemente.

Mariya exhala un suspiro. —Fue horrible, Luna. Peor de lo que puedes imaginar. Estábamos en un partido de fútbol, rodeados de gente y familias. Solo un monstruo mataría a un hombre delante de todos aquellos niños, delante de sus propios hijos.

Tiene lágrimas en los ojos. Alargo la mano y la aprieto. —Yakov odia que hayas visto morir a tu padre. Se martiriza por ello.

—No fue culpa suya.

—Tú y yo lo sabemos, pero no creo que él lo sepa. Cree que debería haberte protegido de ello.

—Él lo intentó. Nik también lo intentó —dice—. Pero sonaron los disparos y lo único en lo que podía pensar era en llegar hasta mi padre. Él siempre fue mi lugar seguro. Si estaba cerca de él, nada podía tocarme. Entonces lo vi en el suelo, con las manos de Yakov apretadas contra el pecho. Había mucha sangre.

Aprieto su mano con más fuerza mientras parpadeo para contener mis propias lágrimas. No puedo hacer nada para evitarlo, pero puedo estar aquí para ella.

Se limpia las lágrimas de las mejillas. —Estaba tan concentrada en mi padre que no me di cuenta de que me habían disparado hasta que Yakov me lo dijo. Solo fue un rasguño, pero...

—Debías de estar aterrorizada.

—Todos lo estábamos —dice—. Aquel día lo cambió todo para todos nosotros. Mi madre tenía miedo de más atentados. Quería que todos fuéramos a Moscú, pero Yakov se negó y Nikandr nunca iría a ningún sitio sin Yakov. Era lo bastante joven como para no tener elección.

—Yakov estaba pasando por muchas cosas. No se sentía capaz de mantenerte a salvo y asumir las responsabilidades de tu padre al mismo tiempo.

Mariya agacha la cabeza. —Lo sé. Pero comprenderlo no lo hace más fácil. El caso es que crecí sabiendo que nuestro mundo es peligroso. Pensé que estábamos hechos para superarlo. Entonces la mierda nos llegó al cuello y mi vida implosionó. Ojalá lo hubiera visto venir.

—Eso es lo que temo —admito—. Yakov está tan preocupado por protegernos que no nos cuenta nada. ¿Cómo voy a sentirme segura de traer un niño a este mundo si no tengo ni idea de a qué me enfrento?

—Te lo diría si lo supiera —refunfuña Mariya—. A mí tampoco me dicen nada.

Nos hundimos en los cojines, las dos compadeciéndonos de nosotras mismas. Entonces, Mariya se vuelve hacia mí, con el rostro serio.

—¿Qué? —no me siento muy bien por la expresión traviesa de su cara, pero conozco a Mariya lo suficiente como para saber que, sea lo que sea lo que se le acaba de ocurrir, lo hará con o sin mi ayuda.

—Si de verdad quieres saber qué está pasando —dice con una sonrisa de satisfacción—, puedo ayudarte a averiguarlo.

YAKOV

—Lo único que digo es que estuviste en una pelea de bar hace dos días. Puede que seas más adecuado que yo para causar una distracción —dice Nik mientras conduce el coche.

Mi hermano no está muy de acuerdo con mi decisión de que sea yo quien acabe con la vida de Akim Gustev.

—Es demasiado tarde —le digo—. No vamos a cambiar el plan.

—No es demasiado tarde hasta que aprietes el gatillo. En todo caso, cambiar el plan en el último momento hará que Akim no se nos adelante. Si hay una filtración, ahora lo sorprenderemos.

—Somos las dos únicas personas que saben lo que va a pasar esta noche. ¿Cómo podría haber una filtración?

Considera la pregunta durante un segundo y luego frunce la nariz. —Vamos, hombre. Déjame matarlo. Podemos hacer un trato —ve el acero en mi cara y suspira—. Esto es una mierda. Deberíamos haberlo echado a la suerte o algo así. Me estás robando toda la diversión.

—Empiezas a sonar como Mariya.

El hecho es que hacer el disparo mortal es peligroso. Si Akim es listo, tendrá guardias apostados a ambos lados de las puertas. Esos guardias podrían descubrirme y eliminarme antes incluso de que tenga la oportunidad de apretar el gatillo. Entre los dos, Nikandr tiene más posibilidades de llegar a casa esta noche.

—Está bien —refunfuña—. Me alegro de que por fin hagamos esto. Ha tardado mucho en llegar.

Ha tardado mucho en llegar. También tengo la sensación de que podría haberme pasado varios días más pensando en los peores escenarios y parcheando agujeros. Me siento apurado. Odio tener prisa.

—¿Hay guardias adicionales apostados en el perímetro de la mansión? —pregunto.

Nik asiente. —Tienen órdenes estrictas de no dejar salir de la propiedad a nuestra queridísima hermanita ni a Luna esta noche. Que no se repita lo de la última vez.

La última vez. La última vez que las cosas con Luna fueron bien. La última vez que la vi...

Quería ir a verla antes de salir de casa esta mañana. Soy optimista y creo que saldré vivo de esta

noche, pero aún así no podía quitarme de la cabeza la idea de que necesitaba arreglar las cosas con ella antes de que todo esto se viniera abajo.

Pero ella sabría que algo va mal si lo intentara. Como siempre, cuanto menos sepa Luna lo que pasa con Akim, más segura estará.

Además, sabía que si entraba en mi habitación para verla, no querría volver a salir.

Sin distracciones.

Cojo mi teléfono de la consola y tecleo un número.

—¿A quién llamas? —pregunta Nik.

No digo nada. Dejo que suene.

El Dr. Mathers descuelga al tercer timbrazo. —Me alegro de volver a tener noticias suyas, Sr. Kulikov.

—¿Y bien? —digo bruscamente.

Esto no es una distracción. Me estoy quitando a Luna de la cabeza. En cuanto sepa que el Dr. Mathers se ocupa de ella, podré dejar de pensar en ella.

El hombre, habitualmente paciente, suspira. —¿Llama para pedir información sobre la cita de la Srta. McCarthy?

—¿Por qué iba a llamar si no?

—Encantador —murmura el Dr. Mathers—. Puedo decirte que la señorita McCarthy está sana. Cualquier otra cosa sería inapropiada.

—Lleva días vomitando. Si estuviera sana, nunca te habría llamado.

Nik se inclina más. —¿Quién? ¿Quién está enferma? ¿Es un juego de sexo telefónico?

Nik estaba lo suficientemente ocupado con el reconocimiento como para no necesitar saber que Luna ha estado enferma. Definitivamente, no necesitaba saber que programé una visita a casa para que la examinaran. Ya cree que entre nosotros hay más de lo que realmente hay. No necesita más munición.

—Sabes que me gusta estar a tu lado cuando me necesitas, Yakov —dice el Dr. Mathers—, pero no me siento cómodo rompiendo el privilegio médico-paciente.

—Claro, lo entiendo.

Hay una pausa antes de que un conmocionado Dr. Mathers diga—: ¿Sí?

—Por supuesto. No quieres quebrantar el privilegio médico-paciente, pero te sientes supercómodo recetando analgésicos a pacientes que nunca han estado bajo tu cuidado a dosis muy superiores a las estándar del sector.

Se aclara la garganta. —No puedo hablar contigo de las recetas de otros pacientes.

—Hay muchas cosas que “no puedes” discutir conmigo. Quizá te abras cuando la junta médica

estatal llame a la puerta con preguntas sobre tu relación con los traficantes de poca monta de toda la ciudad.

Mathers aspira con fuerza. —No harías eso.

—¿Crees que no puedo encontrar a otro médico que remiende discretamente algunos agujeros de bala de vez en cuando? Hay una fila de médicos aún más turbios que tú que matarían por tener esa oportunidad. Literalmente.

—La Sra. McCarthy podría decírtelo ella misma —dice—. Podrías hablar con ella y...

—No le estoy pagando a ella. Te pago a ti. Empieza a hablar.

—¿Hablar de qué? —refunfuña Nik—. ¿Qué está pasando?

El Dr. Mathers suspira. —Luna está experimentando todos los signos de un embarazo perfectamente sano.

Las palabras tardan unos segundos en calar.

Mi cerebro tarda unos segundos más en apagarse y reiniciarse.

Para cuando vuelve a funcionar, un millón de pensamientos pasan por mi cabeza a la vez.

—Ella está...

—Embarazada —repite el Dr. Mathers—. Ha tenido náuseas matutinas, así que le receté una vitamina prenatal y un suplemento de vitamina B6. Pero en realidad debería consultar a un ginecólogo-obstetra. No tengo equipo de diagnóstico por imagen, así que solo puedo adivinar de cuánto está.

—¿De cuánto está? —gruño, saltando sobre la pregunta.

¿Luna estaba embarazada cuando la conocí? ¿Está embarazada del imbécil de su ex? Solo de pensarlo se me ponen blancos los nudillos alrededor del volante.

—La concepción estimada es de hace unas tres semanas.

No necesito hacer cuentas. *Mío. El bebé es mío.*

El Dr. Mathers dice algo de enviarme por correo electrónico una lista de ginecólogos recomendados, pero cuelgo. Dejo caer el teléfono sobre mi regazo, con todos los pensamientos de mi cabeza dedicados al hecho de que Luna está embarazada de mí.

—¿Qué pasó? —pregunta Nik—. ¿Quién está enfermo? ¿Es por lo de esta noche?

¿Esta noche? ¿Qué pasa esta noche?

Debo parecer enloquecido, porque Nik se acerca y agarra el volante como si creyera que voy a desviarme de la carretera. —¿Qué coño está pasando, Yakov?

—Voy a ser padre.

Las palabras suenan aún más extrañas saliendo de mi boca.

Nunca planeé tener hijos. En realidad, nunca pensé en los hijos lo suficiente como para decidir explícitamente que no los quería. Después de que mataran a mi padre y nos dejara atrás, supe que no quería hacerles eso a mis propios hijos. La mejor forma de evitar joderlos era no tenerlos nunca. Por lo que a mí respecta, los posibles hijos de Nikandr podían heredarlo todo. Pero ahora...

Todo el aire sale de los pulmones de Nik. —¿Qué?

—Luna está embarazada de mí.

Intentó decírmelo. Esa noche en la cocina, cuando le dije que quería deshacerme de ella. Cuando me llamó mientras estaba borracho en el bar.

—Mariya intentó... —aprieto los dientes.

Mariya me dijo que Luna vomitaba. Sabía lo del bebé, pero no me lo dijo. Ni siquiera puedo controlar a mi hermanita; ¿qué demonios voy a hacer con un bebé *de verdad*?

Tiene sentido que Luna se lo haya dicho antes que a mí. La he estado apartando. Ella misma intentó decírmelo, pero yo la aparté.

Voy a ser padre.

El Rouge Lounge aparece unas manzanas más abajo. La gente está alineada a la vuelta de la esquina, bañada por el resplandor rojo de neón del nuevo letrero. Akim está allí mismo, para dar el golpe.

Y no tengo ni la más remota idea de lo que voy a hacer con Luna.

Por eso alejo ese pensamiento. Sin distracciones. No puedo pensar en ella ahora. No cuando el futuro de mi familia depende de que lleve a cabo este plan esta noche.

¿Ahora Luna forma parte de esa familia?

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Nik.

Agarro el volante y despejo la mente. —Voy a matar a Akim Gustev.

LUNA

—Intento *mejorar* las cosas con tu hermano —siseo mientras Mariya abre la puerta de su despacho—. Irrumpir en su despacho y husmear no es la manera. Créeme, lo he intentado.

Mariya empuja la puerta y me hace señas para que entre. —Le diré que actué sola.

—¿Y cuando se entere de que estuve contigo?

—Juega la carta del embarazo. No puede enfadarse contigo cuando llevas su bebé.

Creo que Mariya subestima gravemente la capacidad de su hermano para guardar rencor. Pero siento la suficiente curiosidad por el mundo al que podría traer a un niño como para adentrarme en la fría oscuridad del despacho de Yakov.

Mariya cierra la puerta de golpe y enciende las luces. —Suelo encontrar cosas nuevas e interesantes en el cajón inferior derecho del escritorio o en el cajón superior del archivador.

—¿"Suelo"? —replico, con las cejas levantadas—. ¿Haces esto a menudo?

—Solo cuando hay algo que quiero saber —sonríe—. Lo cual es, reconozcámoslo, bastante a menudo.

—¿Cómo?

Me enseña la llavecita de plata que usó para abrir la puerta. La sonrisa de su cara se parece tanto a la de Yakov que una punzada de soledad me recorre el pecho. —Mi madre guardaba una llave de repuesto escondida entre las páginas de *La mística femenina* en la biblioteca. Supongo que a los hombres de mi familia no les va la segunda ola feminista.

—En realidad es bastante inteligente.

—Sí, al parecer, en algún momento fue muy divertida. Vete a saber qué pasó.

Puedo adivinar lo que pasó. *Su marido murió.*

La madre de Yakov estaba casada con el líder de una Bratva y lo asesinaron delante de ella y de sus hijos. Eso puede hacer estragos con la cabeza de cualquiera.

No se me escapa la idea de que estoy peligrosamente cerca de estar en esa misma situación. Pero aparto el pensamiento. Tengo más que suficientes preocupaciones como para añadir futuras

hipótesis a la lista.

Mariya empieza a rebuscar en los cajones, deteniéndose solo para mirarme. —¿Piensas ayudar?

—Me siento rara con esto.

—¿Quieres saber lo que pasa o no?

Me muerdo el labio inferior. —Sí, pero yo... quiero que Yakov quiera decírmelo.

—Sigue soñando —resopla—. Los hombres de esta familia no nos cuentan nada a las mujeres. Si queremos respuestas, tenemos que indagar nosotras mismas.

—¿No te preocupa que Yakov se entere de que estuviste aquí y se enfade?

—Yakov espera que haga imprudencias como esta. Todo el mundo lo espera. Solo estoy cumpliendo las expectativas.

Abro tímidamente el cajón superior del archivador y hojeo un mar de carpetas manila. —¿Siempre has sido imprudente?

—Mi madre me ha llamado un "personaje" desde que era pequeña, si te refieres a eso. Pero normalmente lo decía como si fuera gracioso. Sentía que estaba orgullosa de mí por perseguir lo que quería. Supongo que en los últimos años he llegado a ser demasiado para ella —dice con tristeza. Antes de que pueda decir nada, Mariya me da vuelta la pregunta—. ¿Eres muy unida a tu familia?

—No. Mi padre nunca estuvo presente y mi madre y mi hermano viven lejos. No hablamos mucho.

—¿Qué es "mucho"?

—Bueno, como ejemplo superaleatorio, podría literalmente ser secuestrada y preñada por el líder de una Bratva y mi madre no tendría ni idea. Así que... así de a menudo hablamos.

Mariya resopla. —Eres mucho más divertida de lo que pensé cuando nos conocimos. En cuanto a cuñadas, podría ser mucho peor.

—¡Vaya! —exclamo—. Eso es un gran paso adelante respecto a "la zorra que se folla tu hermano". Es un honor.

—Eso te pasa por hablar conmigo cuando tengo jetlag y no he tomado café —bromea—. Además, Yakov estaba siendo un imbécil. Estaba de mal humor.

—Bueno, por muy bonito que sea que me consideres de la familia, Yakov y yo no estamos comprometidos.

Ni siquiera nos hablamos. El matrimonio parece firmemente descartado en este momento.

—Estás embarazada de él, Loon. ¿De verdad crees que vas a tener elección?

Se me pone la carne de gallina en los brazos, pero Mariya no se da cuenta. Sigue rebuscando en los cajones, ajena a la nueva ansiedad que acaba de dejar caer sobre mi plato ya rebosante.

Casarme con Yakov no me asusta. Quizá debería, pero no. Sin embargo, ¿la idea de que sienta que no tiene más remedio que casarse conmigo? Me aterra. Lo único peor que no estar con Yakov sería estar con él cuando preferiría estar con otra persona.

Mariya lanza una carpeta sobre el escritorio, sacándome de mis oscuros pensamientos. —¡Allá vamos!

Abre la carpeta y extiende las páginas por el escritorio. Hay imágenes aéreas por satélite de calles de la ciudad cubiertas de flechas entrecruzadas y marcas de trampilla por todas partes. Notas garabateadas llenan los márgenes.

—¿Qué es todo esto?

Mariya frunce el ceño y gira la cabeza mientras da vueltas a los mapas. —Está claro que planean algo. Pero no puedo leer la letra de Yakov. Y no tengo ni idea de dónde está esto. ¿Está en la ciudad?

Ordena unos cuantos mapas más hasta que veo algo que me resulta familiar. Cojo uno de los mapas del escritorio y lo estudio. —Conozco este lugar.

—¿Cómo?

Señalo una gran fuente con forma de trébol de cuatro hojas que hay en la esquina. —Recuerdo esa fuente. Había una igual fuera de este buffet al que solía ir después del trabajo.

—¿“Un buffet”? No, Luna. Simplemente... no.

—No seas clasista. Tenían buenos macarrones con queso. Se llamaba... ah, rayos, cómo era... ¡Henrietta's!

Mariya lo busca en su teléfono casi tan pronto como el nombre sale de mi boca. —Henrietta's cerró a principios del año pasado. Dios mío, Luna.

Me tenso. —¿Qué?

—Aquí dice que cerraron por un brote de ébola en la barra de ensaladas. Alguien estornudó sangre sobre la César y entonces, *boom*, *The Walking Dead* por donde mires.

Le doy un golpecito en el brazo. —Eso no tiene gracia.

Resopla y sigue dándole vueltas al móvil. —Cerró porque los buffets son asquerosos y quebraron, pero parece que lo van a reabrir como club. El Rouge Lounge.

Saca un artículo sobre el club, murmurando mientras lee. Me pongo de puntillas detrás de ella, intentando leer por encima de su hombro.

—El restaurante fue comprado y reformado el año pasado para convertirlo en un club. Este artículo dice que va a ser “el sitio de moda de Los Ángeles”, pero eso dicen de todos los clubes nuevos. De hecho, la inauguración es esta noche.

—¿Así que Yakov y Nik están en la inauguración de un club? —pregunto—. Eso no suena como ellos.

—Las discotecas tampoco requieren mapas detallados —Mariya sacude la cabeza y sigue

leyendo. De repente, suelta un grito ahogado—. ¡Mierda!

Una parte de mí espera que sea otra broma, pero ella gira su teléfono hacia mí. Toca la pantalla y amplía la imagen de un hombre corpulento con el pelo rubio como el hielo. Está de pie junto a un cartel de neón rojo que dice “The Rouge Lounge”. —Ese es el nuevo propietario. Akim Gustev.

—¿Lo conoces?

—Es el hijo del hombre que mató a mi padre —exclama—. Este artículo dice que esta noche estará delante de las puertas de su nuevo club para dar personalmente la bienvenida a los invitados.

Puede que no haya crecido en este mundo, pero hasta yo sé sumar dos más dos. El secreto, los mapas, la conexión con Akim.

Es una emboscada.

—No lo haría —respiro.

—La única razón por la que Yakov o Nik se acercarían a Akim es para matarlo. No hay otra razón por la que estarían allí esta noche.

—Pero va a estar lleno. Habrá cientos de personas.

Mariya se muerde la comisura de los labios. —Si alguien puede llevar a cabo un golpe en medio de un club abarrotado y salirse con la suya, son mis hermanos. Saben lo que hacen.

La confianza de Mariya en ellos es dulce, pero no hace nada por aliviar el pavor que se agita en mi estómago.

Me preocupa lo que significaría para mí y para el bebé que le pasara algo a Yakov. Pero más que eso... me preocupa Yakov. No quiero que esa noche en la cocina sea la última vez que lo haya visto.

Intento controlar el pánico que se apodera de mí cuando suena una alarma en el escritorio detrás de Mariya. Se gira hacia el ordenador de Yakov, que está abierto. Estaba bloqueado cuando lo intentamos antes, pero ahora la pantalla está llena de imágenes de seguridad. Imágenes de los jardines, el porche, la entrada y la caseta de seguridad.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

Mariya se inclina sobre el ordenador. —La alarma está sonando. Eso solo ocurre si alguien de la caseta del guarda pulsa el botón.

—¿Es un error?

—Podría ser, pero nunca he visto que ocurriera. Pero no veo nada en el... —inhala bruscamente.

—¿Qué?

Mariya no se mueve. No respira.

Me inclino a su alrededor y veo hombres moviéndose en la pantalla. Están caminando por el césped. Parecen guardias de Yakov patrullando.

Entonces, un hombre vestido de negro saca una gran pistola de su chaqueta y dispara contra la caseta del guarda. Cada ráfaga del arma resplandece en el modo de visión nocturna en escala de grises de la cámara, pero aún puedo distinguir al hombre fornido de pelo rubio como el hielo que está de pie detrás del tirador.

Me tiemblan las piernas y me agarro al borde del escritorio para apoyarme. —¿Ese es...?

—Tengo que llamar a Yakov —Mariya saca el teléfono y se lo lleva a la oreja. Salta de un pie a otro, maldiciendo en voz baja—. Contesta, Yakov. Contesta, contesta, contesta, maldición.

—¿Por qué está aquí? —digo con voz ronca—. Va a abrir su club. Dijo en el artículo que estaría esperando en la puerta. Dijo...

—No necesito tu buzón de voz, Yakov. Te necesito a ti —grita Mariya al teléfono—. Akim Gustev no está en el Rouge Lounge como dijo. Está aquí. En nuestra casa. Era una trampa.

Por un segundo, estoy aterrorizada por Yakov y Nik.

Entonces, veo a los hombres con abrigos oscuros que se dirigen hacia la mansión por el jardín delantero, con las armas preparadas. Y me doy cuenta.

Yakov y Nik no están en una trampa.

Nosotras lo estamos.

YAKOV

—¿Dónde coño está? —murmuro lo bastante alto como para que el auricular que llevo lo capte —. Se supone que está aquí, Nik.

La voz de Nikandr es estática a través de los auriculares. —Debería estar aquí. Dijo que estaría aquí. Lo leí en el artículo y lo confirmé con otras dos fuentes. Akim quería demostrar que la seguridad de su club es tan estricta que no teme mezclarse con los clientes.

—Nada de eso cambia el hecho de que Akim no esté aquí, maldición —gruño.

No he visto a ningún miembro de la Bratva Gustev desde que salimos del coche y nos acercamos a la multitud de gente reunida fuera de The Rouge Lounge. Llevamos veinte minutos dando vueltas entre influencers desesperados por conseguir la primicia sobre el nuevo lugar de moda y gente que no existe salvo para que la vean en el lugar adecuado con la gente adecuada. Es jodidamente nauseabundo.

Solo aguantaría esto si al final pudiera matar a Akim de una vez por todas. Pero el cobarde no ha dado la cara ni una sola vez.

—No he dicho ni una palabra a nadie —me dice Nik al oído—. Le dije a Oleg que reforzara la seguridad en la casa, pero eso es todo. No sabe por qué.

—Es imposible que nuestro plan se haya filtrado —me digo sobre todo a mí mismo.

—Quizá Akim cambió de opinión.

—¿Después de asegurarse de que todos en la ciudad sabían que estaría aquí? Imposible —vuelvo a escudriñar la multitud, buscando guardias de seguridad o porteros que reconozca. Pero no son nadie. Civiles—. Es una vergüenza. Parece asustado. ¿Por qué haría esto a menos que...?

Mi voz va a la deriva, una idea arraiga en mi cerebro.

—¿Yakov? ¿Estás ahí?

Akim dijo a todo el que quisiera escucharlo exactamente dónde estaría esta noche, al minuto. Era como si anunciara su propia ejecución. Era tan fácil que Nik y yo no podíamos dejar pasar la oportunidad, a pesar de lo rápido que había que preparar el plan.

Y Akim sabía que no podría resistirme.

Mis venas se llenan de hielo.

—¡Maldición!

La chica que está a mi lado jadea y se mete en el pecho de su novio, que tiene la camisa abierta hasta el ombligo. Los empujo a los dos, con una sarta de palabrotas saliendo de mi boca.

—¿A dónde vas? —pregunta Nik—. ¿Qué ha cambiado?

—Todo ha cambiado —digo bruscamente—. Vuelve al coche. Ahora mismo.

Puedo ver a Nikandr moviéndose en mi periferia, su cabeza balanceándose por encima de la multitud. Pero rompo a correr.

—Yakov, ¿qué está pasando?

Mierda, mierda, mierda.

—Trampa —jadeo, corriendo ahora todo lo rápido que puedo—. Es una puta trampa, Nik. Akim nunca iba a estar aquí. Lo anunció porque sabía que apareceríamos. Sabía que dejaríamos a Luna y a Mariya solas en casa.

Hay un compás antes de que Nik maldiga. Me alcanza y corre hacia el coche por el lado opuesto de la calle. Lo oigo respirar agitadamente por el auricular. —¿Por qué ha hecho esto? ¿Por qué no viene a por nosotros?

—Mi muerte no es suficiente. No quiere mi vida. Quiere que sufra.

Luna. Mariya. Mi corazón se aprieta.

El amor es pérdida. Es debilidad. Es vulnerabilidad.

Akim lo sabe y va a por la gente que quiero.

Ni siquiera se lo dije.

Nikandr salta al asiento del conductor y arranca el coche justo cuando yo llego al lado del copiloto. Todavía tengo la puerta abierta cuando se aleja del bordillo y arranca calle abajo.

—¿Cómo lo has averiguado? —pregunta Nik—. ¿Viste algo o...?

—Simplemente lo sé.

—¿Cómo? —insiste—. Se supone que tenemos que confirmar esta mierda. Eso es lo que me dijiste. ¿Y si simplemente llega tarde y dejamos pasar la oportunidad de acabar con él?

—*Lo sé* —gruño—. Conduce el puto coche. Llega *ya*.

Guardé el teléfono en el coche para no distraerme, pero cuando lo cojo ahora, hay tres llamadas perdidas de Mariya y un buzón de voz.

La vuelvo a llamar, pero no contesta. Llamo a Oleg, pero lo mismo. Un timbre interminable.

—¿Dónde están? —suelto entre dientes.

Envío un mensaje a Oleg. ***Akim Gustev va a atacar la casa.***

Copio el mismo mensaje a Mariya con un cambio. ***Escóndete hasta que lleguemos.***

Puede que ya sea demasiado tarde.

—Akim podría haber llegado a la mansión minutos después de que nos fuéramos. Con los treinta minutos de trayecto hasta el club y los treinta minutos que estuvimos fuera... Le dimos una puta hora entera, Nik.

—Mariya es lista —dice Nik, con voz temblorosa—. Sabrá qué hacer.

—Pero Luna... —ni siquiera puedo decir su nombre. Ni siquiera puedo pensarlo.

Está embarazada.

Si Akim descubre que está embarazada de mí, no solo la matará, sino que la destruirá.

Me tiembla la mano de ganas de arrancarle el corazón aún palpitante a Akim Gustev cuando pongo el buzón de voz que dejó Mariya. Su voz resuena en el coche, como si estuviera sentada en el asiento trasero.

—No necesito tu buzón de voz, Yakov. ¡Te necesito a ti! Akim Gustev no está en el Rouge Lounge como dijo. Está aquí. *En nuestra casa*. Era una trampa.

Sin mediar palabra, Nik pisa a fondo el acelerador.

LUNA

—No podemos quedarnos aquí —Mariya agarra el portátil de Yakov y mi mano, tirando de mí hacia la puerta.

No me resisto, pero también siento que las piernas no me funcionan. Yakov me dijo que su mundo era peligroso, me dijo que yo estaba en peligro, pero no lo comprendí hasta que sonaron los primeros disparos.

—¿A dónde vamos?

—Arriba —Mariya asoma la cabeza por la puerta, mirando a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie en el pasillo.

Ninguna de las dos habla mientras subimos deprisa las escaleras y bajamos por el pasillo hacia mi habitación. La casa está extrañamente silenciosa. No hay personal pululando. Los guardias que estaban antes en el porche se han ido. *Probablemente para acabar con la amenaza*, me digo.

Pero por dentro, se me retuerce el estómago.

Mariya cierra y bloquea la puerta del dormitorio en cuanto estamos dentro. Luego, se acerca a las ventanas. —Este es el mejor mirador de la casa. Por algo Yakov la convirtió en su habitación.

El césped se extiende bajo nosotros. Veo formas negras que avanzan por la hierba.

—¡Aléjate de las ventanas! Te verán.

Sacude la cabeza. —Son unidireccionales. Mientras mantengamos las luces apagadas, no podrán ver dentro.

Mariya sostiene el portátil abierto en un brazo y escudriña la propiedad a través de las ventanas. La adolescente tonta y problemática que conocía ha desaparecido. Es toda negocios. Toda Bratva.

Yo, en cambio, estoy temblando de pies a cabeza. Como adulta, debería ocuparme de *ella*. Pero Mariya creció en este mundo y eso se nota.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto.

—Vamos a dejar que los guardias hagan su trabajo. Están entrenados para esto.

Los disparos se repiten una y otra vez. Hay hombres totalmente vestidos de negro acribillando a los guardias en todas y cada una de las cámaras de seguridad. Tiene que haber tres docenas de hombres ahí fuera, por lo menos.

No estoy segura de cómo podrías estar lo suficientemente entrenado para enfrentarte a algo así.

Mariya mira fijamente la pantalla, con el labio inferior apretado entre los dientes. Entonces, la pantalla se oscurece.

—Mierda —Mariya pulsa rápidamente la barra espaciadora una y otra vez, pero la pantalla permanece en negro—. Las cámaras están apagadas.

—¿Está muerto el ordenador?

—Tal vez —vuelve a maldecir—. O... o tal vez los guardias desconectaron la alarma. Quizá la amenaza haya sido neutralizada.

Es difícil de creer después de lo que acabamos de presenciar, pero no puedo evitar esperar que tenga razón.

Entonces, se oye un fuerte golpe en el piso de abajo.

Ambas giramos hacia la puerta. Mi corazón retumba, mi cuerpo permanece inmóvil mientras esperamos algo. *Cualquier cosa*. Más ruidos, voces fuertes, que alguien derribe la puerta de la habitación.

Nada.

Me acerco un paso más a Mariya. —¿Crees que están dentro de la casa?

—Creo que... Los guardias están registrando la casa para asegurarse de que han encontrado a todos los intrusos. Seguro que es eso.

Deja caer el portátil sobre la cama y se dirige hacia la puerta, pero la cojo de la mano. —¿A dónde vas?

—Necesito saber qué está pasando.

—No. No, no hace falta. No necesitamos hacer eso en absoluto. Podemos quedarnos aquí. Escondernos hasta que…

—¿Hasta qué? Yakov y Nik no están aquí. Solo quedo yo.

¿Han muerto Yakov y Nikandr?

Mariya no puede querer decir eso. Es imposible que Yakov y Nik se hayan ido. Es imposible imaginarlos a los dos, anchos y fuertes y seguros de sí mismos, simplemente... desaparecidos.

¿Pero por qué no contesta Yakov al teléfono? ¿dónde están?

Si se hubiera tratado de un ataque planeado, podrían haberlos matado en cuanto hubieran salido de la propiedad. Ahora, Akim irrumpe aquí, sabiendo que no tendrá que enfrentarse a la ira de Yakov.

Yo lo sabría. Si le pasara algo a Yakov, lo sentiría, ¿no?

—Voy a asegurarme de que todo está en orden —dice.

Es una mala idea. Lo siento en mis entrañas. Pero también sé que no puedo detenerla.

Así que cuando Mariya abre la puerta, me obligo a cruzar la habitación y salir al pasillo tras ella. Se lo debo a Yakov.

Llevo meses viviendo en esta mansión, pero ahora parece diferente. Las posibles amenazas acechan por todas partes. Pasamos puerta tras puerta y no dejo de dar vueltas para asegurarme de que nadie se acerca sigilosamente detrás de nosotras.

En lo alto de la escalera, Mariya se detiene y se agacha. La puerta principal está abierta, pero el zumbido de las cigarras es el único sonido que llega flotando desde el césped.

—Los guardias del porche se han ido —susurra Mariya.

—¿Es eso normal? ¿Que abandonen su puesto?

Su boca se tuerce hacia un lado. Su falta de respuesta es respuesta suficiente.

No. No es normal en absoluto.

Se levanta. —Voy a salir a ver qué pasa.

La agarro de la muñeca y la arrastro de nuevo al suelo. —¡Mariya! No. No puedo dejar que hagas eso.

—No puedes "dejarme" hacer nada —dice con una sonrisa triste—. Voy a ver, Luna. No puedes impedírmelo.

—Mariya —digo con voz ronca—, no es seguro. Puedo sentirlo. Algo va mal. Deberíamos escondernos y esperar a que Yakov y Nikandr vuelvan aquí.

Pone su mano sobre la mía y la aprieta. —Puede que sea demasiado tarde para eso.

—No —sacudo la cabeza mientras se me llenan los ojos de lágrimas—. Están bien, Mariya. Van a volver. Pronto estarán aquí. Lo sé.

No lo sé. Mariya tiene razón: no podemos sentarnos a esperar una ayuda que quizá nunca llegue.

Estoy temblando, así que me pone la chaqueta sobre los hombros. —Estás embarazada, Luna. Deberías quedarte aquí.

—¡Y tú eres una niña! No puedo dejar que vayas a luchar sola.

Se encoge de hombros despreocupadamente. —He estado en entrenamiento con armas y en clases de Krav Maga desde que tenía cuatro años.

—Ni siquiera sé lo que es eso.

—Exacto. No te ofendas, pero deberías quedarte aquí. Solo conseguirías distraerme —Mariya sonríe, casi ocultando la ansiedad que arde en sus ojos—. De todas formas, es probable que los guardias ya hayan controlado la amenaza.

Quiero creerle.

Lo intento.

Pero, mientras Mariya baja sigilosamente las escaleras y atraviesa la puerta principal de la mansión, cada célula de mi cuerpo grita que esto está mal. Yakov nunca la habría dejado salir sola.

Yakov no está aquí.

Me agarro a la barandilla solo para tener algo a lo que aferrarme. Por alguna forma de evitar salir volando por la puerta detrás de Mariya y arrastrarla de nuevo al interior.

—Estará bien —me susurro—. Sabe lo que hace.

Justo cuando casi me he convencido de que todo irá bien...

Es entonces cuando empiezan los gritos.

LUNA

No decido conscientemente bajar corriendo las escaleras, solo parpadeo y me encuentro al pie de ellas, mirando a través de la puerta principal hacia el oscuro césped que hay más allá.

Las luces que bordean el camino de entrada no funcionan. La única iluminación procede de las ventanas de la caseta del guarda, algo extraño, porque suelen estar bien cerradas. Una luz roja parpadea contra el cristal.

Mal, mal, mal.

Entonces, veo a Mariya.

Está a medio camino entre la casa y las puertas, agachada en posición de alerta mientras tres hombres la rodean. Estoy a medio camino de la puerta cuando le da una patada en la rótula al hombre más cercano. Incluso desde tan lejos, oigo crujir el hueso. El hombre gime y cae al suelo.

Mariya no bromeaba. Sabe lo que hace.

Todo en mí quiere salir corriendo a ayudarla, pero sé que no puedo hacer nada. Seré una distracción en el mejor de los casos y una sentencia de muerte en el peor.

¿Dónde demonios están los guardias?

Sigo esperando que lleguen refuerzos, pero no viene nadie. La posibilidad de que estén todos muertos es demasiado horrible para contemplarla.

Mariya retrocede ante el grupo de hombres, sin permitir que la rodeen. Cada vez que uno de ellos se acerca, ella asesta un golpe. Un golpe rápido en la mandíbula, una patada en las costillas. Incluso consigue patear las piernas de un hombre y hacerlo caer. Acaba de costado en la hierba.

Sería casi divertido ver a esta diminuta adolescente enfrentándose a tres hombres corpulentos, si la realidad de que no puede contenerlos para siempre no rondara por mi cabeza.

Escudriño la carretera en busca de faros o cualquier señal de Yakov y Nikandr corriendo de vuelta a casa. Pero la carretera está a oscuras.

Uno de los hombres agarra el brazo de Mariya y consigue desequilibrarla. Ella se tambalea y da una patada en el suelo. Le asesta un golpe perfecto en las pelotas. Se desploma, con las manos cruzadas sobre la ingle.

Ya está. No puedo dejar que lo haga sola. Estoy embarazada y sin formación, pero tengo que ser mejor que nada.

Eso espero.

Miro alrededor de la entrada en busca de algún tipo de arma. Cualquier cosa que pudiera utilizar para defenderme. Estoy a punto de coger un jarrón de cerámica que hay sobre una mesa auxiliar cuando oigo una voz grave que ladra órdenes en ruso.

Yo no lo entiendo, pero Mariya sí. Porque se da la vuelta y corre hacia las puertas justo cuando el último hombre que queda en pie se mete la mano en la chaqueta y saca una pistola.

El tiempo se ralentiza y se estira mientras sus brazos y piernas bombean. El cabello oscuro de Mariya se agita de un lado a otro mientras corre.

Debe sonar el disparo, pero no lo oigo. Lo único que oigo es el grito estrangulado que me sale de la garganta cuando Mariya da una sacudida hacia delante y se desploma sobre la hierba.

Esto no está ocurriendo.

Esto no puede estar pasando.

Pero Mariya no se mueve y los tres hombres que la rodean caminan ahora hacia la mansión.

Hacia mí.

Mariya necesita ayuda, pero no puedo ayudarla si me capturan o muero. Así que cierro de golpe la puerta principal, deslizo el pestillo y corro hacia el patio trasero. Esconderme y esperar a que pase este ataque no es una opción. Ya lo sé. Si vinieran Yakov y Nikandr, ya estarían aquí. No puedo esperar a que me salven.

Tengo que salvarme.

Corro hacia las puertas traseras por instinto. Quiero salir de la mansión. Los hombres del patio delantero saben que estoy aquí, así que quiero estar en cualquier otra parte. Pero hay más figuras sombrías de pie ante las puertas de cristal.

Estoy rodeada.

Giro, me agacho alrededor de la isla de la cocina y me deslizo hasta la despensa justo cuando la puerta principal se abre de golpe. Unas voces profundas llenan la casa. A los hombres no les preocupa que los cojan. Prácticamente están gritando. Hablan en ruso, así que no consigo entender su plan ni para qué han venido. Pero intento triangular sus voces.

En cuanto crea que el camino está despejado, saltaré de la despensa, correré hacia la puerta principal e intentaré llegar a la choza de los guardias. Aunque todos los guardias estén muertos, las llaves del carrito que utilizan para patrullar el perímetro estarán en la cabaña. Podría conducirlo hasta la casa del vecino y...

Lo que venga después no importa. Escapar ahora es lo importante.

Mariya. Dispararon a Mariya.

No puedo cargarla. Si no puede andar, entonces no tendré más remedio que dejarla.

La idea me deja un sollozo atascado en la garganta. Tengo que contenerlo mientras las voces llenan la cocina. Las puertas de la despensa están diseñadas para confundirse con los armarios, pero es solo cuestión de tiempo que me encuentren. El corazón me late tan fuerte que me sorprende que los hombres no lo oigan.

Espero que pasen las voces. Alguien abre la puerta del patio y dice algo a los hombres que están fuera. Luego, la puerta se cierra y... nada.

No hay voces. Ni pasos.

Por ahora, estoy a salvo aquí dentro. Lo último que quiero hacer es abrir el armario y salir al aire libre. Pero no tengo elección.

Por mi bebé.

Por Mariya.

Por Yakov.

Empujo la puerta de la despensa para abrirla lo más silenciosamente posible y piso el suelo de baldosas.

Me arrastro hasta la entrada y hacia la puerta sin hacer ruido. Pero los hombres cerraron la puerta tras de sí. Presiono lentamente la palanca y tiro. El aislamiento succiona la madera, chasqueando antes de arrastrarse por la baldosa.

En lo profundo de la casa, oigo una voz masculina que grita algo.

Mierda.

Salgo a toda velocidad.

A la mierda lo de ser silenciosa. A la mierda el sigilo. Tengo que moverme. *Ahora*.

Bajo de un salto los escalones y corro por el camino de entrada, con los pies descalzos rechinando contra el pavimento. Cuando el camino gira, yo sigo recto. Corro por la hierba, diciéndome a mí misma que mi destino es la caseta del guarda. Pero no puedo apartar la mirada de la forma arrugada de Mariya, tendida en la hierba.

No hay tiempo. Si no me muevo, nunca conseguiré salir. No puedo detenerme.

Pero estoy lo bastante cerca de ella para oír su respiración jadeante. Puedo oler el sabor metálico de la sangre en el aire.

Caigo de rodillas junto a ella antes de poder contenerme. —¡Mariya!

No se mueve. No responde.

Su rostro es una mancha pálida en la hierba oscura, pero hay un charco de sangre en la base de su cuello. Ríos de sangre se desprenden de su piel y caen al suelo. Le paso las manos por encima, pero no veo dónde le dispararon. No sé si sobrevivirá.

—Mariya, ¿puedes andar? —pregunto, sabiendo que no puede. Ni siquiera tiene los ojos

abiertos.

Y no puedo cargar con ella.

Se me salen las lágrimas. —Lo siento mucho —me ahogo—. Lo siento. No puedo...

Antes de que pueda decidir qué demonios hacer, alguien se abalanza sobre mí por detrás.

Grito, pero el sonido queda amortiguado por la capucha que me han puesto en la cabeza. Cuando intento quitármela, unas manos carnosas me atan las muñecas a la espalda con cremalleras.

—¡Socorro! —grito, sabiendo que nadie puede oírme. Sabiendo que no hay nadie que me ayude.

Mis pies se arrastran por la hierba mientras dos hombres me arrastran por los codos. Me arrojan a la parte trasera de un coche. A duras penas consigo rodar sobre un costado y evitar caer directamente sobre el estómago.

Sin mediar palabra, me meten las piernas dentro, arrancan el motor y pisan a fondo el acelerador.

Yakov no vendrá.

Dispararon a Mariya.

Estoy sola.

YAKOV

Giramos en la boca de la calzada y Nik maldice. —Maldición. Las puertas están abiertas de par en par.

Hemos tenido treinta minutos para imaginar lo que encontraremos en la mansión. Cada uno de mis peores escenarios comienza con esas puertas abiertas.

Sin discutirlo, Nik saca su pistola de la consola central. Yo también preparo la mía. Ambos sabemos lo que esto significa.

Estaba en lo cierto.

Hace pasar el coche por las puertas abiertas, arrastrándose por el camino hasta que vemos el primer cadáver. Hay alguien tumbado boca abajo en el bordillo, justo delante de la caseta de seguridad destrozada. La puerta está colgando de las bisagras, hay tantos agujeros de bala en el revestimiento que parece un colador, y las luces rojas de advertencia del interior de la caseta parpadean una y otra vez, latidos rojos como sangre salpicada contra la noche negra y vacía.

Uno de mis hombres ha muerto.

No es Luna. No es Mariya.

Sacrificaría mi propia vida e innumerables más para mantenerlas a las dos con vida.

Salto del coche y compruebo el pulso del hombre sin darle la vuelta. El momento de identificar los cadáveres llegará más tarde.

Nada. No tiene pulso. Pero su cuerpo sigue caliente.

Levanto la vista y veo más cadáveres. La sangre chirría bajo mis pies cuando voy hacia cada uno de ellos. *Muertos. Muertos.*

—Maldita sea —Nik se arrodilla junto a Oleg, con la mano apoyada en la espalda del hombre.

Oleg es el siguiente al mando después de Nik. Si él está muerto... *no tuvieron ninguna posibilidad.*

—Yakov —la voz de Nik apenas supera un susurro, pero se me eriza el vello de la nuca.

Sigo su mirada y veo la puerta principal de la mansión abierta.

El pavor se me agolpa en el estómago. Vibro de rabia, terror y arrepentimiento mientras Nik y yo corremos por la hierba hacia la casa. Hay demasiado silencio. Debería haber gritos. Se suponía que teníamos que aparecer en medio de la pelea, con las balas volando y los cuerpos cayendo.

Se supone que no ha terminado.

Llegamos demasiado tarde.

Estoy tan concentrado en la puerta principal que casi no veo la forma oscura a la derecha. Pero me vuelvo hacia ella y casi caigo de rodillas.

—¡Mariya! —su nombre sale rugiendo de mí.

Nik gira sobre sí mismo, buscando hasta que también la ve. Corremos hacia ella, dejándonos caer a ambos lados de nuestra hermanita.

Nik le pasa la mano por el pelo. —Mariya, ¿puedes oírme? Mariya.

Ni siquiera puedo mirarla. Mantengo los ojos clavados en la hierba que hay sobre su cabeza. Su rostro es tan pálido que prácticamente brilla en la oscuridad. Con cada parpadeo, veo a mi padre colgado de los brazos. El hilillo de sangre que salía de su boca y de su nariz. Lo quieto y frío que estaba.

Entonces, Mariya gimotea. —¿Lu... Luna?

—Está viva —respira Nik.

Gracias a Dios. Pero el nombre de Luna es un puñal en mi pecho, incluso cuando el alivio me inunda.

—Soy yo —dice Nik.. Yakov y yo. Estamos aquí. ¿Dónde te dispararon?

Mariya tose, al instante hace una mueca de dolor y se agarra el hombro derecho. —Ay.

La sangre empapa las rodillas de mis pantalones. Delgados chorros siguen fluyendo sobre su cuello. —Está perdiendo mucha sangre.

Nik se quita la camisa y la aprieta contra el hombro de Mariya.

—¿Qué ha pasado, Mariya? —le pregunto—. ¿Quién ha sido?

Ya sé lo que va a decir. Me di cuenta en el club.

Sin embargo, me di cuenta demasiado tarde. Demasiado. Tarde.

—Akim —jadea, haciendo otra mueca de dolor cuando Nik le aplica presión en la herida.

—¿Dónde está Luna?

Hay un millón de preguntas más que debería hacer. *¿Cuándo llegó Akim? ¿Cuándo se marchó? ¿Cuántos hombres lo acompañaban?*

Pero Luna es el único pensamiento que tengo en la cabeza.

Mariya sacude la cabeza. Sus ojos giran en su cabeza como canicas sueltas. —Yo... no lo sé.

Se le cierran los ojos. Me agacho y le sacudo el otro hombro. —¡Mariya!

—¡Yakov! —chasquea Nik—. Le han disparado, maldición.

—Y Luna podría estar muerta en cualquier momento —replico—. Necesito saber qué pasó.

—Estaba borroso. Me d-desmayé —la voz de Mariya se vuelve más suave cada segundo. Como si alguien le bajara el volumen lentamente—. Recuerdo... que vi a L-Luna. Durante un segundo. Salió y luego...

—¿Y luego? —presiono.

Nik me lanza otra mirada de advertencia, pero no me importa. Si algo de lo que Mariya pueda decirme salva a Luna, tengo que intentarlo.

—Se la llevaron.

En cuanto las palabras salen de su boca, me doy vuelta y corro hacia la mansión. Corro de una habitación a otra, gritando el nombre de Luna. Llevo días evitándola, pero daría mi puta vida por verla acurrucada en la biblioteca con un libro en el regazo o casi incendiando mi cocina para prepararme el desayuno.

Reviso mi habitación, que ahora le pertenece más a ella que a mí. El suave aroma a vainilla de ella está por todas partes. Me atormenta lo cerca que estuvimos.

Estuvo aquí.

Y ahora, se ha ido.

Como sabía que sería.

Mi portátil está tirado en la cama. No tengo ni idea de cómo ha llegado hasta aquí, pero no importa. Me siento en el borde de la cama y abro la grabación de seguridad. Me desplazo por la reproducción hasta que veo movimiento. Hasta que la veo a *ella*.

Luna corre descalza por el camino de entrada, con su pelo rubio arrastrándose tras ella. Sé cómo acaba esto. Sé que no lo consigue. Pero eso no me impide murmurar en voz baja.

—Corre, Luna. Sigue moviéndote. No te detengas.

Se adentra en la hierba, corriendo... hacia Mariya.

La vida de Luna está en juego. Es su oportunidad de escapar. Pero cae de rodillas junto a mi hermana pequeña. Está tan concentrada en Mariya que no se da cuenta de que los hombres se acercan sigilosamente al otro extremo de la casa. Cuando Luna por fin se levanta, ya es demasiado tarde.

Un hombre la agarra por la cintura mientras otro le pone una capucha en la cara. Le atan las muñecas y la meten en una furgoneta.

Solo tengo un pensamiento que atraviesa el cielo de mi cerebro como un cometa: *morirán por esto*. Cada persona que le puso una mano encima está muerta. Todos los responsables de este ataque están muertos.

Akim quería que sufriera, pero no tiene ni idea del infierno que estoy dispuesto a atravesar para recuperar a Luna.

No puedo perderla. No la perderé.

Cueste lo que cueste, la traeré a casa.

YAKOV

La sala de espera está vacía.

No es exactamente la misma sala en la que me senté hace cinco años, pero bien podría serlo. Estoy rodeado de las mismas sillas de plástico. Unas máquinas familiares emiten un pitido en algún lugar del pasillo, un latido constante.

Recuerdo que pensaba en lo injusto que era todo, saber que mi padre había muerto y oír el latido del corazón de otra persona. El pitido constante, como una presión repetitiva sobre una herida abierta.

Lo llevaron corriendo al quirófano como si hubiera alguna posibilidad, pero supe que era demasiado tarde antes incluso de que las puertas batientes se cerraran tras su camilla. Todo lo demás fue una farsa cruel.

Nikandr llevó a Mariya de vuelta a la mansión. Solo hacía un mes que tenía el carné de conducir. No era seguro para ninguno de ellos salir en público. No si la Bratva Gustev estaba dispuesta a asesinar a mi padre en el aparcamiento después de un partido de fútbol. Le contó a nuestra madre lo ocurrido. Ella llamó y llamó y llamó hasta que por fin apagué el teléfono.

Ahora miro fijamente el teléfono, prácticamente rogando que suene. Pero sé que no sonará. Mariya está en el quirófano. Nik está con ella. Nuestra madre no sabe lo que está pasando. Luna está...

Los nudillos se me ponen blancos alrededor del teléfono. Los bordes siguen mordiéndome la palma cuando se abre la puerta de cristal de la sala de espera.

—Mariya ha salido de la operación —dice Nik. Está jadeando como si hubiera venido corriendo —. Se va a poner bien.

Solo puedo parpadear y sacudir lentamente la cabeza. —Esto no puede estar pasando otra vez.

Nik deja que la puerta se cierre tras él. —He dicho que se pondrá bien. Mariya está bien. Tendrá el hombro jodido por un tiempo. Llevará un cabestrillo. Pero está bien.

—Ya te he oído. Solo quiero decir... —sacudo la cabeza—. Cuando Otets murió, ni siquiera podía pensar en ello. Lo único en lo que podía concentrarme era en que yo estaba al mando. Eso eclipsaba todo lo demás.

Todo es responsabilidad mía. Todo.

Nikandr, Madre, Mariya, la Bratva. De repente, la vida y la seguridad de la gente estaban en mis manos.

—Tiene sentido —dice Nik suavemente—. Tenías muchas cosas entre manos.

—Cuando el médico entró aquí y me dijo que había muerto, ni siquiera me entristecí. Estaba... estaba jodidamente furioso con él por morirse y echarme toda esta mierda encima —aprieto los dientes—. Ahora, Mariya está aquí por mi culpa, y solo puedo pensar en encontrar a Akim y...

—A Luna —termina Nik—. No pasa nada si estás preocupado.

—Es nuestra hermana, Nik.

—Y yo me ocupé de ella —replica—. Para eso estoy aquí. Estoy aquí para ser tu segundo. Para ocuparme de todo cuando estés ocupado. Ahora mismo, estás ocupado recuperando a tu mujer.

Mi mujer. Esta vez ni siquiera me molesto en corregirlo. Akim no habría ido a por Luna a menos que significara algo para mí. La razón por la que ahora está en peligro es porque ella me importa.

Lo menos que puedo hacer es admitirlo por fin ante mí mismo.

—Ni siquiera deberías estar aquí —continúa Nik—. Traje a Mariya al hospital sin problemas por mi cuenta. Si algo cambia, te llamaré. Deberías estar localizando a Luna.

Las persianas situadas detrás de la cabeza de Nik están entreabiertas. A través del cristal, veo a alguien al teléfono. Un hombre. Tiene el brazo vendado. No puedo verle la cara.

—¿Me oyes, Yakov?

Le hago un gesto para que se calle, intentando oír lo que dice el hombre a través del cristal. Llevo toda la noche en estado de alerta, pero ahora todos mis sentidos pitan.

Nikandr maldice en voz baja. —Me doy cuenta de que estás molesto, pero no me importa. No tienes por qué ocuparte de todo tú solo todo el tiempo.

Entonces, el hombre se vuelve hacia la sala de espera y yo arremeto contra Nik.

Lo arrastro hasta el suelo mientras forcejea contra mí. —No voy a pelearme contigo por esto, Yakov. Yo también puedo manejar las cosas. Tienes que dejarte llevar y...

—Cierra el pico y escucha —le siseo al oído—. Uno de los hombres de Akim está delante de esta puerta.

Nik se queda inmóvil. —¿Qué hacemos?

Podría cogerlo e interrogarlo aquí. Nik podría bloquear la sala de espera con bastante facilidad. Pero, si el hombre no habla, habremos perdido el tiempo y seguiremos sin estar cerca de Luna.

—Voy a seguirlo —decido—. Veré adónde va y espero que me lleve hasta Luna.

—Yo también voy.

—Tienes que quedarte aquí con Mariya.

Sacude la cabeza. —Está estable y durmiendo. Además, hay guardias en su habitación. Está a salvo. *Tú*, sin embargo, podrías necesitar refuerzos.

Quiero discutir. Esta noche ya ha estado en peligro bastante gente que me importa. No me interesa aumentar la lista.

Pero Nik tiene razón. Puede que sea mi hermano pequeño, pero también es mi segundo. Nunca me ha impedido hacer mi trabajo. Yo no me interpondré para que él haga el suyo.

El soldado de Akim pasa junto a la ventana y yo asiento. —Bien. Vamos.

Nik y yo bajamos las escaleras hasta el vestíbulo y esperamos a que el hombre salga del ascensor. Sigue al teléfono.

En los brillantes fluorescentes de la planta principal, puedo ver el moratón alrededor de la cuenca de su ojo y el rasguño en su mejilla. El vendaje del brazo desaparece bajo la chaqueta. Parece que se ha dislocado el hombro.

—¿Crees que Mariya le hizo eso? —pregunta Nik, con no poco orgullo en su voz.

—No me sorprendería. Al fin y al cabo, es una Kulikov.

Me encantaría volver a ver las imágenes y ver cuánto tiempo luchó contra ellos. Pero no puedo ver cómo se llevan a Luna otra vez.

El hombre permanece de pie ante las puertas acristaladas del hospital durante unos minutos antes de que un coche negro se detenga y él suba al interior. Los cristales están muy tintados.

—Mierda —gruño—. He aparcado en el garaje de al lado. Cuando llegue a mi coche, ya se habrá ido.

Nik sonríe y señala el todoterreno oscuro con matrícula robada que hemos llevado al club esta noche. De algún modo, está aparcado a pocos metros de la puerta principal. —Y por eso guardo una placa de minusválido falsa en la cartera, para emergencias.

Subimos, damos una vuelta en U ilegal y seguimos al coche a distancia mientras serpentea por la ciudad. Conducimos en silencio durante veinte minutos antes de que el coche negro se detenga en un aparcamiento asfaltado detrás de un almacén. Nik y yo nos quedamos atrás mientras tres hombres salen del coche y se dirigen a la puerta trasera del almacén.

—Está ahí dentro —digo—. Tiene que estar.

Nik apaga el coche y coge las llaves. —Vamos a salvar a tu mujer.

YAKOV

El labio de Nikandr se curva con disgusto al contemplar el lugar. —Este lugar debería ser derribado.

—Ya casi lo logra —señalo una descolorida señal roja y negra que cuelga de un poste metálico. ***Advertencia: Esta propiedad está sellada.***

Las ventanas están todas destrozadas, pero solo se molestaron en tapiar las de la planta baja. Las malas hierbas crecen por el asfalto agrietado del solar y las enredaderas trepan por el lateral del edificio metálico, enroscándose en canalones y pernos oxidados.

—Supongo que es un buen lugar si quieres mantener alejada a la gente, pero aun así —Nik sacude la cabeza—. No parece el tipo de lugar en el que Akim pasaría su tiempo libre. Ni siquiera para mantener prisioneros.

Podría ser el tipo de lugar donde se desharía de un cadáver.

Aparto el pensamiento en cuanto lo tengo. Luna está viva. Tiene que estarlo.

Estamos a la sombra del almacén, doblando la esquina para encontrar el camino a través de una puerta lateral, cuando un motor se acelera por delante.

—Mierda —Nik corre hacia la fachada del edificio—. No se van a quedar aquí. Van a cambiar de coche.

Sabían que los seguían. O sabían que sería estúpido no prever esa posibilidad. Este era un punto intermedio para perder a cualquiera que los siguiera y evitar llevarnos a donde realmente tienen a Luna.

Al doblar la esquina, veo otro coche oscuro con los cristales tintados parado junto a la acera. Hay dos hombres sentados delante con las ventanillas bajadas. Miran hacia el almacén y gritan en ruso.

—¡Date prisa! —ladra el conductor. Tiene una prominente cicatriz blanca que le recorre la mejilla izquierda.

El pasajero se ríe. —Akim no incluyó pausas para ir al baño en el cronograma.

No ven a Nik y me aproximo lentamente. Tomo decisiones rápidamente en mi cabeza. Dos son multitud. Solo necesito un hombre vivo para obtener las respuestas que quiero.

—Pasajero —le susurro a mi hermano.

Entonces, levanto el arma y disparo a través del parabrisas.

El pasajero se desploma en su asiento mientras el conductor se agacha. Nik le dispara a las dos ruedas delanteras y avanza agachado.

Incluso con los neumáticos pinchados, sé que el conductor va a arrancar. Paso corriendo junto a Nik hacia el coche.

El hombre se revuelve en el asiento, probablemente tratando de encontrar su pistola. Solo tengo que cogerlo antes de que se marche. Tengo tiempo.

Me estoy acercando a él cuando saca el brazo por la ventanilla y dispara. Esquivo hacia la derecha, agachándome detrás de un buzón metálico tumbado de lado en la acera.

Me doy vuelta. Nik sigue de pie en medio de la acera. —¡Agáchate! —le ladro—. Nik, ¿qué coño estás...?

Luego, se tambalea hacia atrás... con una mano apretada contra el pecho.

No.

Hay movimiento a la izquierda. El tercer hombre, el del hospital, está de pie junto al almacén, con los pantalones bajados y la polla colgando. Todavía está meando cuando le disparo sin pensar en nada más que en llegar hasta mi hermano.

El conductor se aleja del bordillo, chirriando con las llantas desnudas, mientras yo retrocedo y me tiro al suelo junto a Nik. La sangre roja y brillante mancha la parte delantera de su camisa.

—Sigue al c-coche —jadea. La sangre burbujea entre sus dedos.

Me quito la chaqueta y la aprieto contra su pecho.

Nik me aparta las manos. —No. Lárgate de aquí.

—¡No puedo dejarte, maldita sea!

Se oyen sirenas a lo lejos. Alguien cercano debió de oír los disparos y llamó a la policía.

—Ya llega la ayuda —le digo—. Aguanta.

Sus ojos se ponen en blanco, pero parpadea y vuelve a enfocarlos. —Ve a salvarla.

—No voy a dejarte sangrando en la puta acera, Nik. No voy a dejar que...

Las palabras se me atascan en la garganta. *No voy a dejarte morir solo.*

Le han disparado en el pecho. La sangre sale de él muy deprisa, esparciéndose por la acera. Su rostro está pálido. Demasiado pálido.

¿Voy a ver morir así a todos los miembros de mi familia?

Nik desliza su mano hacia la mía. Tardo un segundo en reconocer que me está entregando las llaves del coche.

—Ve a salvar a tu hijo, Yakov. Salva a tu familia —dice débilmente.

Se me hace un nudo en la garganta. No puedo salvar a Nik, pero puedo intentar llegar a Luna a tiempo. Puedo salvarla a ella y a nuestro bebé.

Me inclino sobre mi hermano y le doy un beso en la frente. Cuando me retiro, tiene los ojos cerrados.

La rabia me impulsa a levantarme del suelo y bajar por la acera. La única razón por la que puedo alejarme de mi hermano es porque sé que el responsable de su muerte va a morir lenta y dolorosamente.

Pero antes, me llevará a Luna.

LUNA

Conducimos durante horas. Días, parece. Si alguien me dijera que estoy en el infierno, le creería.

Lo único que me impide vomitar es saber que tengo una capucha sobre la cabeza. Acabaría nadando en mi propio vómito y dudo que un cálido baño de burbujas me esté esperando al final de este trayecto.

Estoy sola.

Las voces que me rodean son profundas y desconocidas. Hablan en ruso, así que no puedo entenderlas. Aunque entenderlas no cambiaría nada. No puedo ver y tengo las manos entumecidas por las cremalleras que me atan a las muñecas. No es una lucha que pueda ganar.

Solo hay un pensamiento al que me aferro: una pequeña pizca de esperanza en esta oscuridad literal.

Yakov me encontrará.

Está furioso conmigo. Dijo que quería deshacerse de mí. Pero nunca me dejaría morir así. No sin luchar.

De repente, el coche se detiene de golpe. Apoyo las rodillas en el asiento que tengo delante para no caerme de bruces cuando el conductor vuelva a pisar el acelerador.

Pero esta vez no pisa el acelerador. Apaga el coche.

Me pongo rígida, escuchando mientras los hombres hablan y se mueven. Las puertas se abren y se cierran. Entonces, alguien me agarra por los tobillos y me empuja a través de la puerta abierta del coche. Grito, pero solo consigo que los hombres se rían. Sus manos sudorosas me aprisionan los bíceps y me ponen en pie antes de empujarme hacia delante.

Tropiezo con el suelo irregular y con mis propios pies, ganándome más risas cada vez que tropiezo. El hombre que tengo detrás no deja de gritarme cosas al oído que no entiendo.

¿Camino hacia mi muerte? ¿Hacia mi tumba? La imagen de un agujero recién cavado en la tierra llena mi cabeza. Las lágrimas se derraman por mis mejillas. —Por favor.

No sé por qué estoy malgastando mi aliento. Aquí nadie va a salvarme. No se apiadan de mí. Solo me empujan hacia delante.

Más adelante, oigo el chirrido metálico de la puerta de un garaje. Luego el suelo se nivela. Estoy sobre una losa de hormigón y las voces que me rodean resuenan en lo que parecen techos muy altos.

¿Un garaje? ¿Un almacén, tal vez?

Avanzo a pasos lentos y vacilantes hasta que otra voz retumba en la habitación. —Desnúdala.

Este hombre habla en inglés, pero no entiendo lo que quiere decir hasta que unas manos me arañan la ropa.

—¡Basta! —lanzo las muñecas atadas hacia las manos incorpóreas que me destrozan la camiseta y los pantalones del pijama—. ¡Déjenme en paz!

—Cállate —ordena la voz—. Cállate y coopera si quieres vivir.

No le creo. No harían nada de esto si yo fuera a sobrevivir. Pero no tengo otra opción.

Lágrimas silenciosas corren por mi cara, empapando la capucha que me rodea la cabeza hasta que me desnudan hasta dejarme en ropa interior. Incluso me cortan las cremalleras, aunque me dejan puesta la capucha.

—Incluso con la cara cubierta, veo lo que vio en ti —dice el hombre.

Yakov. Está hablando de Yakov.

La piel se me pone de gallina. *¿Cuántos hombres me están mirando? ¿Qué van a hacer?*

No puedo permitirme pensar en los horrores que podrían acecharme. Tengo que tomarme esto minuto a minuto.

El hombre se ríe, el sonido procede ahora de justo delante de mí. —Relájate, Luna. Nadie va a hacerte daño. Todavía.

Una mano presiona la piel expuesta de la parte baja de mi espalda y me dirigen hacia delante.

—Escaleras —dice la voz, dirigiendo mi mano hacia una barandilla mugrienta.

Subo escalones metálicos hasta que me arden los muslos. Entonces esa misma mano vuelve a estar en la parte baja de mi espalda, guiándome hacia delante.

De repente, su mano aprieta el material de mi capucha y me la arranca. Una buena cantidad de pelo se va con ella.

Entrecierro los ojos a la luz mugrienta de una habitación gris. Llevo tanto tiempo en la oscuridad que la única bombilla que cuelga del techo me ciega. Me lloran los ojos cuando la mano me empuja hacia delante.

Tropiezo con la puerta y me golpeo con fuerza contra el suelo de cemento. El dolor irradia por mis brazos, vibrando a través de mis huesos.

—Bienvenida a casa —sisea la voz detrás de mí.

Ruedo sobre mi espalda, con una mueca de dolor al sentir el frío del suelo contra mi piel

desnuda. Cuando vuelvo a ver, entrecierro los ojos hacia la puerta. Poco a poco, la figura que hay allí se va enfocando. Es el hombre achaparrado con el pelo rubio hielo de la grabación de seguridad.

Akim Gustev.

Me arrastro lejos de él, acurrucándome en el rincón más alejado de la puerta. Como si importara. No hay ventanas ni medios de escape. Estoy atrapada aquí como un animal.

Akim parece disfrutar con mi miedo. Sonríe mientras me acobardo ante él.

—¿Por qué haces esto? —gimoteo.

—Porque perteneces a Yakov Kulikov —exclama, como si fuera estúpida por habérselo preguntado—. Si no fuera así, ya estarías muerta. Pero como él se ha interesado por ti... Bueno, voy a tenerte por aquí un tiempo. Para divertirme.

Empieza a cerrar la puerta, y yo grito tras él—: Yakov te matará por esto.

—Puede que sí. Por desgracia, no a tiempo de salvarte —mira hacia atrás por encima del hombro, con la boca torcida en un cruel tajo—. Hasta pronto, Luna.

Entonces, la puerta metálica se cierra de golpe... y nos quedamos solos.

Solo yo y mi bebé en la oscuridad.

Continuará

La historia de Yakov y Luna continúa en el Libro 2, ¡LÁGRIMAS AL CREPÚSCULO!